

# ALMANAQUE

DE

# LA ILUSTRACIÓN

PARA EL AÑO DE

# 1889

ESCRITO POR LOS SEÑORES

BECERRO DE BENGUA (D. Ricardo), CAMPILLO (D. Narciso), CASTELAR (D. Emilio), CAVESTANY (D. J. Antonio),  
FERNÁNDEZ BREMÓN (D. José), FERNÁNDEZ SHAW (D. Carlos), FRONTAURA (D. Carlos),  
HERRERO (D. José), ICAZA (D. Francisco A. de), LANDERER (D. José J.), MADRAZO (D. Pedro de),  
MARTÍNEZ DE VELASCO (D. Eusebio), MAS Y PRAT (D. Benito), MENÉNDEZ PIDAL (D. Juan), MONREAL (D. Julio),  
OSSORIO Y BERNARD (D. Manuel), PALACIO (D. Manuel del), PALACIO (D. Eduardo), QUIRÓS (D. Virgilio de),  
REINA (D. Manuel), RODRÍGUEZ MOURELO (D. José), SÁNCHEZ DE CASTILLA (D. Eduardo), SBARBI (D. José María),  
SEPÚLVEDA (D. Ricardo), THEBUSSEM (El Doctor), VELARDE (D. José) y VIDART (D. Luis).

---

AÑO XVI.

---



MADRID,  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»  
IMPRESORES DE LA REAL CASA  
Paseo de San Vicente, núm 20.

1888.

ALMANAQUE

LA ILUSTRACION

PARA EL AÑO DE

1889

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

INFORMACIONES DE LOS EDITORES...  
MADRID: LA ILUSTRACION...  
DIRECCION: D. J. GARCIA...  
REDACCION: D. J. GARCIA...  
DISTRIBUCION: D. J. GARCIA...



AÑO XVI



MADRID

1889

# PRELIMINARES

## AÑO RELIGIOSO.



### CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número. . . . .	9	Indicción romana. . . . .	II
Epacta. . . . .	XXVIII	Letra dominical. . . . .	f
Ciclo solar. . . . .	22	Letra del martirologio romano. . . . .	M

### FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús. . . . .	20 de Enero.
Septuagésima. . . . .	17 de Febrero.
Sexagésima. . . . .	24 de Febrero.
Quincuagésima. . . . .	3 de Marzo.
Miércoles de Ceniza. . . . .	6 de Marzo.
Pascua de Resurrección. . . . .	21 de Abril.
Patrocinio de San José. . . . .	12 de Mayo.
Letanias. . . . .	27, 28 y 29 de Mayo.
Ascensión del Señor. . . . .	30 de Mayo.
Pascua de Pentecostés. . . . .	9 de Junio.
La Santísima Trinidad. . . . .	16 de Junio.
Santísimo Corpus Christi. . . . .	20 de Junio.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento. . . . .	24
Santísimo Corazón de Jesús. . . . .	28 de Junio.
Purísimo Corazón de María. . . . .	30 de Junio.
Fiesta de la Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo. . . . .	7 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora. . . . .	18 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario. . . . .	6 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora. . . . .	10 de Noviembre.
Adviento. . . . .	1 de Diciembre.

### TÉMPORAS.

I. — El 13, 15 y 16 de Marzo.	III. — El 18, 20 y 21 de Septiembre.
II. — El 12, 14 y 15 de Junio.	IV. — El 18, 20 y 21 de Diciembre.

### DÍAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.  
Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la Purísima Concepción de Nuestra Señora cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.  
La Vigilia de Pentecostés (con abstinencia de carne).  
Miércoles, Viernes y Sábado de las cuatro Témperas.  
Vigilia de San Pedro y San Pablo (con abstinencia de carne).  
Vigilia de Santiago Apóstol.  
Vigilia de la Asunción de Nuestra Señora (con abstinencia de carne).  
Vigilia de Todos los Santos.  
Vigilia de Navidad (con abstinencia de carne).  
También es ayuno con abstinencia de carne el Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa, 17, 18, 19 y 20 de Abril.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado; y, durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.  
Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes del año.

### VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 29 de Abril, y se cierran respectivamente el 5 de Marzo y el 30 de Noviembre.

### DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 17 de Febrero; el 12, 23, 24 y 31 de Marzo; el 12, 13 y 24 de Abril, y el 13 y 15 de Junio.

## AÑO ASTRONÓMICO.

### POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. . . . . 40° 24' 30" N.  
Longitud. . . . . 0<sup>h</sup> 10<sup>m</sup> 4<sup>s</sup>,2 al E. del Observatorio de San Fernando.

### ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

19 de Enero, en Acuario.	22 de Julio, en Leo.—Cánticula.
18 de Febrero, en Piscis.	22 de Agosto, en Virgo.
20 de Marzo, en Aries.—Primavera.	22 de Septiembre, en Libra.—Otoño.
19 de Abril, en Tauro.	23 de Octubre, en Escorpio.
20 de Mayo, en Géminis.	22 de Noviembre, en Sagitario.
21 de Junio, en Cáncer.—Estío.	21 de Dic., en Capricornio.—Invierno.

### CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo á las 9 h. y 36 m. de la mañana.  
ESTÍO. — Entra el 21 de Junio á las 5 h. y 55 m. de la mañana.  
OTOÑO. — Entra el 22 de Septiembre á las 8 h. y 23 m. de la noche.  
INVIERNO. — Entra el 21 de Diciembre á las 2 h. y 37 m. de la tarde.

### ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA

**ENERO 1.º** *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.  
El eclipse principia en la Tierra á 6<sup>h</sup> 38<sup>m</sup>7, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 173° 40' al O. de San Fernando, y latitud 31° 36' N.  
El eclipse central principia en la Tierra á 7<sup>h</sup> 50<sup>m</sup>2, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 174° 42' al O. de San Fernando, y latitud 53° 7' N.  
El eclipse central á mediodía sucede á 8<sup>h</sup> 51<sup>m</sup>2, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 131° 45' al O. de San Fernando, y latitud 36° 45' N.  
El eclipse central termina en la Tierra á 9<sup>h</sup> 44<sup>m</sup>9, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 88° 4' al O. de San Fernando, y latitud 52° 16' N.  
El eclipse termina en la Tierra á 11<sup>h</sup> 5<sup>m</sup>4, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 89° 41' al O. de San Fernando, y latitud 30° 36' N.  
Este eclipse será visible en gran parte de la América Septentrional, en parte del Océano Pacífico, y en una pequeña parte del Atlántico.  
**ENERO 17.** *Eclipse parcial de Luna*, visible en Madrid.  
Principio del eclipse á las 3 y 44<sup>m</sup> de la mañana.  
Medio del eclipse á las 5 y 15<sup>m</sup> de idem.  
Fin del eclipse á las 6 y 46<sup>m</sup> de idem.  
El principio de este eclipse será visible en toda Europa, en una pequeña parte de Asia, en gran parte de África, en las dos Américas, en el estrecho de Behering, en el Océano Atlántico, en gran parte del Pacífico, en el Mediterráneo, en el Mar Polar Artico y en una pequeña parte del Antártico.  
El fin de este eclipse será visible en parte de Europa, Asia y África, en las dos Américas, en el estrecho de Behering, en casi todo el Océano Atlántico y Pacífico, en el Mar Polar Artico y en una pequeña parte del Antártico.  
Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte austral del limbo, 0,696: tomando como unidad el diámetro de la Luna.  
El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 46° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 57° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).

**JUNIO 27.** *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 17<sup>h</sup> 41<sup>m</sup>3, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 15° 0' al E. de San Fernando, y latitud 21° 16' S.

El eclipse central principia en la Tierra á 18<sup>h</sup> 56<sup>m</sup>0, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 2° 39' al E. de San Fernando, y latitud 32° 39' S.

El eclipse central á mediodía sucede á 20<sup>h</sup> 32<sup>m</sup>1, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 52° 43' al E. de San Fernando, y latitud 9° 49' S.

El eclipse central termina en la Tierra á 22<sup>h</sup> 14<sup>m</sup>5, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 104° 10' al E. de San Fernando, y latitud 27° 40' S.

El eclipse termina en la Tierra á 23<sup>h</sup> 29<sup>m</sup>2, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 91° 20' al E. de San Fernando, y latitud 16° 10' S.

Este eclipse será visible en parte de África, en una pequeña parte de Asia y Australia, en el Océano Indico y en parte del Atlántico.

**JULIO 12.** *Eclipse parcial de Luna*, visible en Madrid.

Principio del eclipse á las 7 y 28<sup>m</sup> de la tarde.

Medio del eclipse á las 8 y 39<sup>m</sup> de la noche.

Fin del eclipse á las 9 y 50<sup>m</sup> de idem.

El principio de este eclipse será visible en gran parte de Europa y Asia, en África y Australia, en las Islas Filipinas, en parte del Océano Atlántico y Pacífico, en el Indico, en el Mediterráneo y en el Mar Polar Antártico.

El fin de este eclipse será visible en casi toda Europa, en África, en gran parte de Asia, Australia, América Meridional, en casi todo el Océano Atlántico, en el Indico, en el Mediterráneo y en el Mar Polar Antártico.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0,481: tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 39° de su vértice boreal hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 45° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).

**DICIEMBRE 21-22.** *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra el día 21 á 21<sup>h</sup> 52<sup>m</sup>0, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 53° 17' al O. de San Fernando, y latitud 11° 21' N.

El eclipse central principia en la Tierra el día 21 á 22<sup>h</sup> 48<sup>m</sup>3, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 65° 46' al O. de San Fernando, y latitud 14° 53' N.

El eclipse central á mediodía sucede el día 22 á 0<sup>h</sup> 27<sup>m</sup>7, tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 70° 10' al O. de San Fernando, y latitud 12° 36' S.

El eclipse central termina en la Tierra el día 22 á 2<sup>h</sup> 10<sup>m</sup>6, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 54° 52' al E. de San Fernando, y latitud 5° 11' N.

El eclipse termina en la Tierra el día 22 á 3<sup>h</sup> 7<sup>m</sup>0, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 42° 19' al E. de San Fernando, y latitud 1° 38' N.

Este eclipse será visible en gran parte de África, en parte de Asia y de la América Meridional, en una pequeña parte de la Septentrional, en parte del Océano Atlántico é Indico y en una pequeña parte del Pacífico.

# ALMANAQUE PARA EL AÑO 1889.

	ENERO.			FEBRERO.	
Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.			Ocasos del Sol.
H. M.	1 Mart. LA CIRCUNCION DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspense, obispo.	H. M.	4.45	H. M.	7.10
7.23	☾ Luna nueva, á las 8 y 53 m. de la noche, en Capricornio.			7.09	1 Vier. San Ignacio, y san Cecilio, patrón de Granada, obispos y mártires.
7.23	2 Miérc. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	4.45		7.08	2 Sáb. Fiesta. LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (vulgo La Candelaria) y san Cornelio Centurión, obispo.
7.24	3 Juev. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de Paris.	4.46		7.07	3 Dom. San Blas, obispo y mártir, y el beato Nicolás de Longobardo.
7.24	4 Vier. San Tito, obispo, y san Aquilino y compañeros mártires.	4.47		7.06	4 Lun. San Andrés Corsino, obispo, y san José de Leonisa. cfr.
7.24	5 Sáb. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeón Stilita.	4.48		7.05	5 Mart. Santa Agueda, virgen y mártir, y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japón.
7.24	6 Dom. Fiesta. LA EPIFANÍA Ó LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arz. de Valencia.	4.49			6 Miérc. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.
7.24	7 Lun. San Julián, mártir, y san Raimundo de Peñafort.—Abrense las velaciones.	4.50			☽ Cuarto creciente, á las 8 y 43 m. de la noche, en Tauro.
	☽ Cuarto creciente, á las 12 y 26 m. de la noche, en Aries.			7.04	7 Juev. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.
7.23	8 Mart. San Luciano, presbítero, y compañeros mártires.	4.51		7.03	8 Vier. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.
7.23	9 Miérc. San Julián, mártir, y su esposa santa Basilisa, virgen.	4.52		7.01	9 Sáb. Santa Apolonia, virgen y mártir.
7.23	10 Juev. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amaranate, confesor.	4.53		7.00	10 Dom. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.
7.23	11 Vier. San Higinio, papa y mártir.	4.54		6.59	11 Lun. San Saturnino, presbítero, y compañeros mártires, y los santos Siete Siervos de Maria, fundadores.
7.22	12 Sáb. San Benito Biscop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martín, canónigo de León.	4.55		6.58	12 Mart. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo.
7.22	13 Dom. San Gumersindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56		6.57	13 Miérc. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, virgen.
7.22	14 Lun. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mártir.	4.57		6.55	14 Juev. San Valentín, presbítero y mártir, y el beato Juan Bautista de la Concepción, fundador.
7.22	15 Mart. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4.58			☽ Luna llena, á las 10 y 2 m. de la noche, en Leo.
7.21	16 Miérc. San Marcelo, papa y mártir, y san Marcelo, obispo.	5.00			
	☽ Luna llena, á las 5 y 22 m. de la mañ., en Cáncer.			6.54	15 Vier. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mártires.
7.21	17 Juev. San Antón, abad.	5.01		6.53	16 Sáb. San Julián y 5.000 compañeros, mártires.
7.20	18 Vier. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, v. y m.	5.02		6.51	17 Dom. de Septuagésima. San Julián de Capadocia, mártir.—Anima.
7.20	19 Sáb. San Canuto, rey, san Mario, santa Marta y san Audifaz.	5.03		6.50	18 Lun. San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeón, obispo y mártir, y san Teotonio, confesor.
7.19	20 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús, San Fabián, papa, y san Sebastián, mártires.	5.04		6.49	19 Mart. San Gabino, presbítero y mártir, y san Álvaro de Córdoba.
7.19	21 Lun. San Fructuoso, obispo, san Augurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mártires.	5.05		6.47	20 Miérc. San León y san Eleuterio, obispos.
7.18	22 Mart. San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5.07		6.46	21 Juev. San Félix y san Maximiano, obispos.
7.17	23 Miérc. Fiesta. SAN ILDEFONSO, arzobispo de Toledo, y santa Emenciana, virgen y mártir, patrona de Teruel.	5.08			☽ Cuarto menguante, á las 11 y 40 m. de la noche, en Sagitario.
	☽ Cuarto menguante, á las 3 y 43 m. de la tarde, en Escorpio.			6.45	22 Vier. La Cátedra de san Pedro en Antioquía, y san Pascasio, obispo.
7.17	24 Juev. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09		6.43	23 Sáb. San Pedro Damiano, obispo, cardenal y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.
7.16	25 Vier. La Conversión de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10		6.42	24 Dom. de Sexagésima. San Matías, apóstol, y san Modesto, obispo.
7.15	26 Sáb. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda romana.	5.11		6.40	25 Lun. San Cesáreo, confesor, y el beato Sebastián de Aparicio.
7.14	27 Dom. San Juan Crisóstomo, ob. y dr., y san Julián y comps. mrs.	5.12		6.39	26 Mart. San Alejandro, obispo.
7.13	28 Lun. San Julián, obispo y patrón de Cuenca, y san Valero.	5.14		6.37	27 Miérc. San Baldomero, confesor.
7.13	29 Mart. San Francisco de Sales, ob. y dr., fr. de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.	5.15		6.36	28 Juev. San Román, abad, y santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros mártires.
7.12	30 Miérc. San Lesmes, abad, patrón de Burgos.	5.16			
	☽ Luna nueva, á las 8 y 55 m. de la mañ., en Acuario.				
7.11	31 Juev. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.	5.17			
<b>MARZO.</b>					
6.34	1 Vier. El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.	5.52		6.11	16 Sáb. San Julián de Anazarbc.—Témpora.—Ayuno.—Ordenes.
	☽ Luna nueva, á las 9 y 46 m. de la noche, en Piscis.				☽ Luna llena, á las 11 y 33 m. de la mañ., en Virgo.
6.33	2 Sáb. San Lucio, obispo.	5.53		6.09	17 Dom. II de Cuaresma. San Patricio, obispo y confesor.
6.31	3 Dom. de Quincuagésima. Santos Emeterio y Celedonio, mártires, patronos de Calahorra.	5.54		6.07	18 Lun. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.
6.30	4 Lun. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio.	5.55		6.06	19 Mart. San José, esposo de Ntra. Sra., patrón de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo, mártir.
6.28	5 Mart. San Eusebio y compañeros mártires.—Ciérranse las velaciones.	5.56		6.04	20 Miérc. San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mártir.—PRIMAVERA.
6.27	6 Miérc. de Ceniza. Santos Victor y Victoriano, mártires.—Principia el ayuno de Cuaresma.	5.57		6.02	21 Juev. San Benito, abad y fundador.
6.25	7 Juev. Santo Tomás de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mártires.	5.58		6.01	22 Vier. San Deogracias y san Bienvenido, obispos.
6.23	8 Vier. San Juan de Dios, fundador, san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.	5.59		5.59	23 Sáb. San Victoriano y compañeros mártires, y el beato José Oriol, presbítero.—Anima.
	☽ Cuarto creciente, á las 5 y 45 m. de la tarde, en Géminis.			5.57	☽ Cuarto menguante, á las 6 y 40 m. de la mañ., en Capricornio.
6.22	9 Sáb. Santa Francisca, viuda romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen.	6.00		5.56	24 Dom. III de Cuaresma. San Agapito, obispo y mártir, y el beato José María Tomasi, cardenal.—Anima.
6.20	10 Dom. I de Cuaresma. Santos Melitón y 39 compañeros, mártires en Sebaste.	6.01		5.54	25 Lun. Fiesta. LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón.
6.19	11 Lun. San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires.	6.03		5.52	26 Mart. San Braulio, obispo de Zaragoza.
6.17	12 Mart. San Gregorio Magno, papa y doctor.—Anima.	6.04		5.51	27 Miérc. San Ruperto, obispo.
6.15	13 Miérc. San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomón, mártires.—Témpora.—Ayuno.	6.05		5.49	28 Juev. San Sixto III, papa y confesor, san Cástor y san Doroteo, mártires.
6.14	14 Juev. Santa Matilde, reina, y la Traslación de santa Florentina.	6.06		5.47	29 Vier. San Eustasio, abad.
6.12	15 Vier. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisibuto, abad, santa Leocricia, virgen y mártir, y san Longinos y compañeros.—Témpora.—Ayuno.	6.07		5.46	30 Sáb. San Juan Climaco, abad.
					☽ Luna nueva, á las 11 y 23 m. de la mañ., en Aries.
					31 Dom. IV de Cuaresma. Santa Balbina, virgen, san Amós, profeta, y el beato Amadeo de Saboya.—Anima.

ABRIL.

MAYO.

Ortos del Sol.	H. M.	1 Lun. San Venancio, obispo y mártir.	Ocasos del Sol.	H. M.	1 Miérc. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, y san Orencio y santa Paciencia, padres del mártir san Lorenzo.	Ocasos del Sol.
5.44	5.43	2 Mart. San Francisco de Paula, fundador de la Orden de los Mínimos, y santa María Egipcíaca, penitente.	6.24	4.59	2 Juev. San Atanasio, obispo y doctor, y la beata Mafalda, reina.	6.56
5.41	5.39	3 Miérc. San Pancracio, obispo, san Ulpiano, mártir, san Benito de Palermo, y santa Burgundófora, virgen.	6.26	4.58	3 Vier. La Invencción de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodulo, mrs., y san Juvenal, ob.	6.57
5.38	5.38	4 Juev. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, doctor de la Iglesia.	6.27	4.57	4 Sáb. Santa Mónica, madre de san Agustín.	6.58
5.36	5.34	5 Vier. San Vicente Ferrer, patrón de Valencia, santa Emilia y la beata Juliana, virgen.	6.28	4.56	5 Dom. San Pío V, papa, san Sacerdote, obispo, y la Conversión de san Agustín.	6.59
5.34	5.33	6 Sáb. San Celestino, papa y mártir. — <i>Ordenes.</i>	6.29	4.54	6 Lun. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista, y san Juan Damasceno, confesor.	7.00
	5.31	7 Dom. de Pasión. San Epifanio, obispo, y san Ciríaco, mártires.	6.30	4.53	7 Mart. San Estanislao, obispo y mártir.	7.01
	5.30	8 Lun. San Dionisio, obispo, y el beato Julián de san Agustín.	6.31	4.52	8 Miérc. La Aparición del arcángel san Miguel.	7.02
	5.28	9 Mart. Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen, princesa de Toledo.	6.32	4.51	9 Juev. San Gregorio Nacianceno, obispo y doctor, y san Gregorio, cardenal y obispo de Ostia.	7.03
	5.27	10 Miérc. San Daniel y san Ezequiel, profetas.	6.33	4.50	10 Vier. San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epimaco, mártires.	7.04
	5.25	11 Juev. San León Magno, papa y doctor.	6.34	4.49	11 Sáb. Nuestra Señora de los Desamparados, san Mamerto, obispo, y san Anastasio, mártir, patrón de Lérida.	7.05
	5.23	12 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora, San Victor, mártir, y san Cenón, obispo. — <i>Anima.</i>	6.35	4.48	12 Dom. El Patrocinio de san José, Santo Domingo de la Calzada, y los santos Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio.	7.06
	5.22	13 Sáb. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mártir. — <i>Anima.</i>	6.36	4.47	13 Lun. San Pedro Regalado, confesor, patrón de Valladolid.	7.07
	5.20	14 Dom. de Ramos. San Tiburcio, san Valeriano y san Máximo, mártires, y san Pedro González Telmo, patrón de Tuy.	6.37	4.46	14 Mart. San Bonifacio, mártir.	7.08
	5.19	15 Lun. Santo. Santa Basilisa y santa Anastasia, mártires.	6.38	4.45	15 Miérc. Fiesta. SAN ISIDRO LABRADOR, pat. de Madrid, S. Torcuato y seis comps. obs., mrs., y S. Vitesindo, mr. de Córdoba.	7.09
	5.18	16 Mart. Santo. Santa Engracia, virgen, y diez y ocho compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.	6.39	4.44	16 Juev. San Juan Nepomuceno, protomártir del siglo de la confesión, san Ubaldo, obispo, y el beato Simón Stok.	7.10
	5.16	17 Miérc. Santo. San Aniceto, papa y mártir, la beata María Ana de Jesús, y los santos mártires de Córdoba, Elías, Pablo é Isidoro. — <i>Abstinencia de carne.</i>	6.40	4.43	17 Vier. San Pascual Bailón, confesor.	7.11
	5.15	18 Juev. Santo. San Eleuterio, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andrés Hibernón. — <i>Abstinencia de carne.</i>	6.41	4.42	18 Sáb. San Venancio, mártir, y san Félix de Cantalicio.	7.12
	5.13	19 Vier. Santo. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mártires. — <i>Abstinencia de carne.</i>	6.42	4.41	19 Dom. San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mártires, y santa Pudenciana, virgen.	7.13
	5.12	20 Sáb. Santo. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen. — <i>Abstinencia de carne. — Ordenes.</i>	6.43	4.40	20 Lun. San Bernardino de Sena, confesor.	7.14
	5.10	21 Dom. PASCUA DE RESURRECCIÓN. San Anselmo, obispo y doctor.	6.44	4.39	21 Mart. Santa María de Cervellón ó de Socors, virgen, y san Secundino, mártir.	7.15
	5.09	22 Lun. San Sotero y san Cayo, papas y mártires.	6.45	4.38	22 Miérc. Santa Quiteria y santa Julia, vírgenes y mártires, san Atón, obispo, el beato Pedro de la Asunción, mártir, y la beata Rita de Casia, viuda.	7.16
	5.07	23 Mart. San Jorge, mártir.	6.46	4.38	23 Juev. La Aparición de Santiago, apóstol, san Basileo y san Epitacio, obispos y mártires.	7.17
	5.06	24 Miérc. San Fidel de Sigmaringa, mártir, y san Gregorio, obispo. — <i>Anima.</i>	6.47	4.37	24 Vier. San Robustiano y el beato Juan de Prado, mártires, y la Traslación de santo Domingo de Guzmán.	7.17
	5.05	25 Juev. San Marcos, evangelista, y san Aniano, obispo. — <i>Letanías mayores.</i>	6.48	4.36	25 Sáb. San Gregorio VII, papa, san Urbano, papa y mártir, y santa María Magdalena de Pazzis, virgen.	7.18
	5.03	26 Vier. San Cleto y san Marcelino, papas y mártires, la Traslación de santa Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.	6.49	4.35	26 Dom. San Felipe Neri, confesor, y san Eleuterio, papa y mártir.	7.19
	5.02	27 Sáb. San Anastasio, papa y mártir, santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.	6.50	4.35	27 Lun. San Juan, papa y mártir. — <i>Letanías.</i>	7.20
	5.01	28 Dom. de Cuasimodo ó in albis. San Prudencio, obispo, san Vidal, mártir, y san Pablo de la Cruz, fundador.	6.51	4.34	28 Mart. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, cfr. — <i>Letanías.</i>	7.21
		29 Lun. San Pedro de Verona, mártir. — <i>Abrense las velaciones.</i>	6.52	4.34	29 Miérc. San Maximino, obispo, y san Restituto, mr. — <i>Letanías.</i>	7.21
		30 Mart. Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba, Amador, presbítero, Pedro y Luis.	6.53	4.33	30 Juev. Fiesta. LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR, San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mártir.	7.22
			6.54	4.33	31 Vier. Ntra. Sra. Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, los santos Germán, Paulino, Justo y Sicio, mártires, y las stas. Petronila y Angela de Mérici, vgs.	7.23

JUNIO.

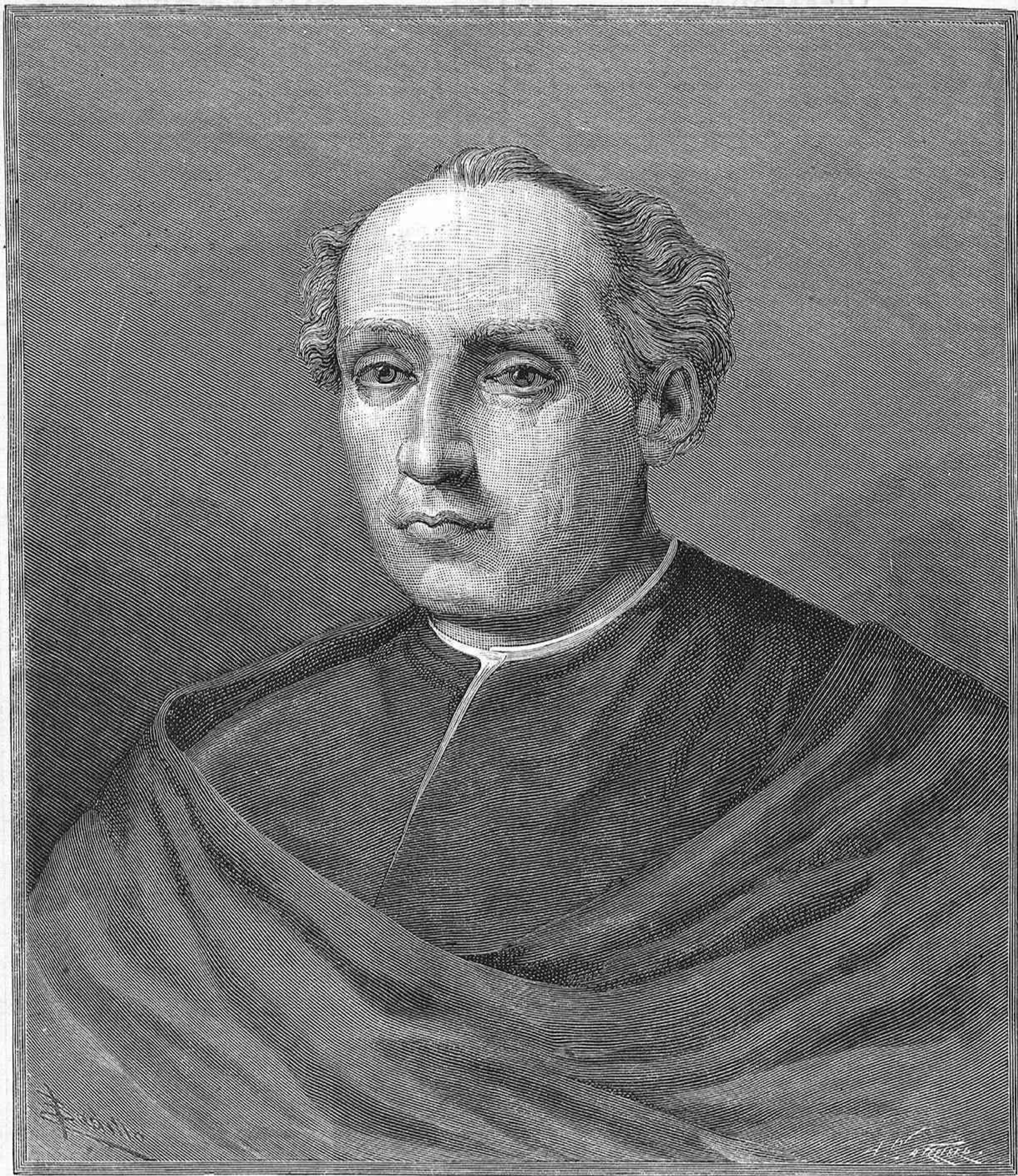
4.32	1 Sáb. San Segundo, obispo y mártir, san Íñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.	7.24	4.29	16 Dom. La Santísima Trinidad, san Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julita, mártires, y santa Lutgarda.	7.32
4.31	2 Dom. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Ortega, presbítero.	7.25	4.29	17 Lun. San Manuel y compañeros, mártires, santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y santa Digna, mártires de Córdoba.	7.33
4.31	3 Lun. San Isaac, mártir, y el beato Juan Grande, confesor.	7.25	4.29	18 Mart. Stos. Marco y Marceliano y san Ciríaco y sta. Paula, mrs.	7.33
4.30	4 Mart. San Francisco Caracciolo, fundador.	7.26	4.29	19 Miérc. Santa Juliana de Falconeri, virgen, san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mártires.	7.33
4.30	5 Miérc. San Bonifacio, obispo y mártir.	7.27	4.29	20 Juev. Fiesta. SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI, San Silverio, papa y mártir, santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japón.	7.34
	6 Juev. San Norberto, arz. y fund. del Orden premonstratense.	7.27	4.29	21 Vier. San Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo, obispo de Barbastro. — <i>Estío.</i>	7.34
4.29	7 Vier. San Pedro y compañeros mártires, monjes de Córdoba.	7.28	4.30	22 Sáb. San Paulino, obispo, y san Acacio y compañeros, mártires.	7.34
4.29	8 Sáb. San Salustiano, confesor, y san Eutropio, obispo.	7.28	4.30	23 Dom. San Juan, presbítero y mártir.	7.34
4.29	9 Dom. de Pentecostés. San Primo y san Feliciano, hermanos, mártires.	7.29	4.30	24 Lun. La Natividad de San Juan Bautista.	7.34
4.29	10 Lun. Santa Margarita, reina de Escocia, san Crispulo y san Restituto, mártires.	7.29	4.30	25 Mar. San Guillermo, abad, san Eloy, obispo, y santa Orosia, virgen y mártir, patrona de Jaca.	7.34
4.29	11 Mart. San Bernabé, apóstol.	7.30	4.31	26 Miérc. San Juan, san Pablo y san Peiayo, mártires.	7.34
4.29	12 Miérc. San Juan de Sahagún, san Onofre, anacoreta, y los santos Basildes, Cirino, Nabor y Nazario, mártires. — <i>Témpora. — Ayuno.</i>	7.30	4.31	27 Juev. San Zoilo, mártir, y san Ladislao, rey de Hungría.	7.34
	13 Juev. San Antonio de Padua, y san Fandila, presbítero y mr. — <i>Anima.</i>	7.31	4.31	28 Vier. El Santísimo Corazón de Jesús, San León II, papa, y san Argimiro, mártir. — <i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>	4.34
	14 Vier. San Basilio, obispo y doctor, y san Eliseo, profeta. — <i>Témpora. — Ayuno.</i>	7.31	4.32	29 Sáb. Fiesta. SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.	7.34
	15 Sáb. San Vito, san Modesto, santa Crescencia y santa Benilde, mártires. — <i>Témpora. — Ayuno. — Ordenes. — Anima.</i>	7.32	4.32	30 Dom. El Purísimo Corazón de María, la Conmemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial, obispo.	7.34

JULIO.		AGOSTO.	
Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M.	H. M.	H. M.	H. M.
4.33	7.34	4.57	7.15
4.33	7.34	4.57	7.14
4.34	7.34	4.58	7.13
4.34	7.34	4.59	7.12
4.35	7.33	5.00	7.11
4.36	7.33	5.01	7.10
4.37	7.32	5.02	7.08
4.37	7.32	5.03	7.07
4.38	7.32	5.04	7.06
4.39	7.31	5.05	7.05
4.39	7.31	5.06	7.03
4.40	7.30	5.07	7.02
4.41	7.30	5.08	7.01
4.42	7.29	5.09	6.59
4.42	7.29	5.10	6.58
4.43	7.28	5.11	6.57
4.44	7.27	5.12	6.55
4.45	7.27	5.13	6.54
4.46	7.26	5.14	6.52
4.47	7.25	5.15	6.51
4.47	7.24	5.16	6.50
4.48	7.24	5.17	6.48
4.49	7.23	5.18	6.47
4.50	7.22	5.19	6.45
4.51	7.21	5.20	6.44
4.52	7.20	5.21	6.42
4.53	7.19	5.22	6.40
4.54	7.18	5.23	6.39
4.55	7.17	5.24	6.37
4.56	7.16	5.25	6.36
		5.26	6.34
<b>SEPTIEMBRE.</b>			
5.27	6.33	5.41	6.08
5.28	6.31	5.42	6.06
5.28	6.29	5.43	6.05
5.29	6.28	5.44	6.03
5.30	6.26	5.45	6.01
5.31	6.25	5.46	6.00
5.32	6.23	5.47	5.58
5.33	6.21	5.48	5.56
5.34	6.20	5.49	5.55
5.35	6.18	5.50	6.53
5.36	6.16	5.51	5.51
5.37	6.15	5.52	5.50
5.38	6.13	5.53	5.48
5.39	6.11	5.54	5.46
5.40	6.10	5.55	5.45

OCTUBRE.		NOVIEMBRE.	
Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M. 5.56	1 Mart. El santo Angel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, obispo.	H. M. 6.29	1 Vier. <i>Fiesta</i> . LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
5.57	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á la 1 y 18 m. de la madr. <sup>a</sup> , en <i>Capricornio</i> .	6.31	2 Sáb. La Conmemoración de los Fieles Difuntos, y santa Eustorgio, virgen y mártir.
5.58	2 Miérc. Los santos Angeles Custodios, san Olegario, obispo y mártir, y san Saturio, anacoreta, patrón de Soria.	6.32	3 Dom. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y San Ermenegol, obispo.
5.59	3 Juev. San Cándido, mártir, y san Gerardo, abad.	6.33	4 Lun. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agrícola, mártires.
6.00	4 Vier. San Francisco de Asís, fundador de la Orden de los Menores.	6.34	5 Mart. San Zacarias, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.
6.01	5 Sáb. San Plácido y comps., mrs., san Froilán y san Atilano, obs.	6.35	6 Miérc. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.
6.02	6 Dom. Nuestra Señora del Rosario y san Bruno, fundador de los Cartujos.		☽ <i>Luna llena</i> , á las 3 y 51 m. de la tarde, en <i>Tauro</i> .
6.03	7 Lun. San Marcos, papa, san Sergio y compañeros mártires, y san Martín Cid, abad.	6.36	7 Juev. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.
6.04	8 Mart. Santa Brígida, viuda y fundadora de la Orden del Salvador ó de los Brigitanos, y san Pedro, mr. de Sevilla.	6.38	8 Vier. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mártires.
6.05	☽ <i>Luna llena</i> , á la 1 y 11 m. de la madr. <sup>a</sup> , en <i>Aries</i> .	6.39	9 Sáb. La Dedicación de la Basilica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mártir.
6.06	9 Miérc. San Dionisio Areopagita, obispo, y santos Rústico y Eleuterio, mártires.	6.40	10 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, san Andrés Avelino, y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.
6.07	10 Juev. San Francisco de Borja y san Luis Beltrán, confesores.	6.41	11 Lun. San Martín, obispo, y san Mena, mártir.
6.08	11 Vier. San Fermín, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	6.42	12 Mart. San Martín, papa y mártir, san Diego de Alcalá, y san Millán, presbítero.
6.09	12 Sáb. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipriano, obs. y mrs., y san Serafín de Montegrnario, cf.	6.43	13 Miérc. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Kostka, y san Homobono, confesor.
6.10	13 Dom. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Jenaro y san Marcial, mártires.	6.45	14 Juev. San Serapio, mártir, y san Lorenzo y san Rufo, obispos.
6.12	14 Lun. San Calixto, papa y mártir.		☽ <i>Cuarto menguante</i> , á las 8 y 21 m. de la noche, en <i>Leo</i> .
6.13	15 Mart. Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora de la Descalcez carmelitana, y compatrona de las Españas.	6.46	15 Vier. San Leopoldo, confesor.
6.14	☽ <i>Cuarto menguante</i> , á las 12 y 23 m. de la noche, en <i>Cáncer</i> .	6.47	16 Sáb. San Rufino y compañeros, mártires, y santa Inés de Asís, virgen.
6.15	16 Miérc. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.	6.48	17 Dom. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, san Gregorio Taurmaturgo, obispo, san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrudis la Magna, virgen.
6.16	17 Juev. Santa Eduvigis, viuda, y la beata Maria de Alacoque.	6.49	18 Lun. La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo en Roma, san Máximo y san Román.
6.17	18 Vier. San Lucas, evangelista.	6.50	19 Mart. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa.
6.18	19 Sáb. San Pedro de Alcántara, confesor, patrón de Coria.	6.52	20 Miérc. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.
6.19	20 Dom. San Juan Cancio, presbítero, y santa Irene, virgen y mr.	6.53	21 Juev. La Presentación de Nuestra Señora, san Rufo y san Esteban, mártires.
6.20	21 Lun. San Hilarión, abad, santa Ursula y comps., vgs. y mrs.	6.54	22 Vier. Santa Cecilia, virgen y mártir.
6.21	22 Mart. Santa Salomé, viuda, santa Nunilo y santa Alodia, vírgenes y mártires.		☽ <i>Luna nueva</i> , á las 1 y 29 m. de la madr. <sup>a</sup> , en <i>Sagitario</i> .
6.22	23 Miérc. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistrano, y san Servando y san Germán, patronos de Cádiz.	6.55	23 Sáb. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.
6.23	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 2 y 11 m. de la tarde, en <i>Escorpio</i> .	6.56	24 Dom. San Juan de la Cruz, san Crisógono, mártir, santa Flora y santa Maria, vírgenes y mártires de Córdoba.
6.24	24 Juev. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvó, obispo.	6.57	25 Lun. Santa Catalina, virgen y mártir.
6.25	25 Vier. San Crisanto y santa Daria, san Gabino, san Proto, san Jenaro, san Crispin y san Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, confesor, patrón de Segovia.	6.58	26 Mart. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, obispo y mártir.
6.26	26 Sáb. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valentín y santa Engracia, mártires.	6.59	27 Miérc. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mártires.
6.27	27 Dom. San Vicente, santa Sabina y santa Cristeta, hermanos mártires, patronos de Ávila y de Talavera de la Reina.	7.01	28 Juev. San Gregorio III, papa.
6.28	28 Lun. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.		☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 5 y 14 m. de la tarde, en <i>Fiscis</i> .
6.29	29 Mart. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurión, mártires.	7.02	29 Vier. San Saturnino, obispo y mártir.
6.27	30 Miérc. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, mártires, y san Alonso Rodríguez.	7.03	30 Sáb. San Andrés, apóstol.— <i>Ciérranse las velaciones</i> .
6.28	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 8 y 16 m. de la mañ., en <i>Acuarto</i> .		
	31 Juev. San Quintín, mártir, y la Conmemoración de la batalla del Salado.— <i>Ayuno</i> .		

DICIEMBRE.

7.04	1 Dom. <i>I de Adviento</i> . Santa Natalia, viuda.	4.35	7.17	16 Lun. San Valentín y compañeros, mártires.	4.35
7.05	2 Lun. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obispo y doctor, y santa Elisa, virgen y martir.	4.34	7.17	17 Mart. San Lázaro, ob. y mr., san Franco de Sena, cfr., y santa Olimpia ó Olimpiades, viuda constantinopolitana.	4.35
7.06	3 Mart. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hilarión, mártires.	4.34	7.18	18 Miérc. La Expectación de Nuestra Señora (vulgo La Virgen de la O).— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	4.36
7.07	4 Miérc. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japón.	4.34	7.19	19 Juev. San Nemesio, mártir.	4.36
7.08	5 Juev. San Sabas, abad, y san Anastasio, mártir.	4.34	7.19	20 Vier. Santo Domingo de Silos, abad.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	4.37
7.09	6 Vier. San Nicolas de Bari, arzobispo de Mira.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.20	21 Sáb. Santo Tomás, apóstol.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .— <i>Ordenes</i> .— <i>INVIERNO</i> .	4.37
	☽ <i>Luna llena</i> , á las 9 y 38 m. de la mañ., en <i>Géminis</i> .			☽ <i>Luna nueva</i> , á las 12 y 38 m. del día, en <i>Capricornio</i> .	
7.09	7 Sáb. San Ambrosio, obispo y doctor.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.20	22 Dom. <i>IV de Adviento</i> . San Demetrio y compañeros, mártires.	4.38
7.10	8 Dom. <i>II de Adviento</i> . LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.	4.34	7.21	23 Lun. Santa Victoria, virgen y mártir.	4.38
7.11	9 Lun. Santa Leocadia, virgen y mártir, patrona de Toledo.	4.34	7.21	24 Mart. San Gregorio, presbítero y mártir.— <i>Ayuno con abstinencia de carne</i> .	4.39
7.12	10 Mart. La Traslación de la santa Casa de Loreto, san Melquíades, papa y mártir, santa Falalia (ó Olalla) de Mérida, y santa Julia, vírgenes y mártires.	4.34	7.21	25 Miérc. <i>Fiesta</i> . LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires.	4.39
7.13	11 Miérc. San Dámaso, papa.	4.34	7.22	26 Juev. San Esteban, protomártir.	4.40
7.14	12 Juev. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, san Hermógenes y san Donato y compañeros, mártires.	4.34	7.22	27 Vier. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41
7.14	13 Vier. Santa Lucia, virgen y martir, y el beato Juan de Marinoni, confesor.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.23	28 Sáb. Los santos Inocentes, mártires.	4.41
7.15	14 Sáb. San Nicasio, obispo y mártir, san Espiridión y san Pompeyo, obispos.— <i>Ayuno</i> .	4.35		☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 5 y 2 m. de la mañ., en <i>Aries</i> .	
	☽ <i>Cuarto menguante</i> , á las 2 y 44 m. de la tarde, en <i>Virgo</i> .		7.23	29 Dom. Santo Tomás Cantuariense, obispo y mártir.	4.42
7.16	15 Dom. <i>III de Adviento</i> . San Eusebio de Vercelli, obispo y mártir.	4.35	7.23	30 Lun. La Traslación del cuerpo de Santiago, apóstol, patrón de España, y san Sabino, obispo, y compañeros, mártires.	4.43
			7.23	31 Mart. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4.44



### CRISTÓBAL COLÓN.

Nació en Génova á mediados del siglo xv. Murió en Valladolid, el 20 de Mayo de 1506.

«La mayor cosa, después de la creación del Mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias, y así las llamaron Mundo Nuevo».—FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA, *clérigo*.—*Historia general de las Indias*.



# CRISTÓBAL COLÓN

## BOSQUEJO BIOGRÁFICO



Eam esse historie legem, ne quid  
falsi dicere audeat, ne quid veri non  
audeat.

TÁCITO.

### I.

*Dudas de los historiadores acerca de la vida y hechos de Cristóbal Colón.—  
Nacimiento y familia del Descubridor del Nuevo Mundo.—Sus estudios y  
su erudición comprobada en las citas de sus escritos.*

Hemos recordado la máxima de Tácito que sirve de lema á esta narración biográfica, como recuerda el sediento las corrientes aguas, puras, cristalinas, que dijo el poeta bucólico; porque es lo cierto, que al procurar enterarse de lo que declara la historia acerca de la vida de Cristóbal Colón, parece que se nubla la luz de la verdad, y el pensamiento se halla rodeado por las densas sombras de la duda. ¿Dónde nació el descubridor del Nuevo Mundo? Cerca de veinte poblaciones de Italia se han disputado tan alta honra, y hasta no ha faltado quien ha pretendido probar que Colón era un inglés descontento de su patria, que se había *disfrazado de genovés*, valga la frase, para realizar en vida algo de mayor trascendencia que el famoso dicho del famoso romano: «¡Ingrata patria, no poseerás mis huesos!»

Hoy la controversia ha quedado reducida á dos poblaciones, Génova y Savona, ó Saona, como dicen antiguos escritores, y parece que Génova presenta títulos más valederos que su rival; y también parece bien averiguado que los padres del insigne marino se llamaban Domingo Colombo y Susana Fontanarosa; pero de nuevo surge la duda cuando se trata de fijar su abolengo noble ó plebeyo, porque si bien el padre de Colón ejercía el oficio de tejedor ó cardador de lana, el célebre Lamartine nos dice en su obra *El Civilizador*, que en la república comercial de Génova, lo que hoy es oficio, en el siglo xv era profesión liberal y casi noble. Bueno será recordar que la autoridad de Lamartine, como historiador exacto y concienzudo, es muy escasa. Si alguien tuviera el extravagante deseo de atestar su memoria de errores históricos, se le podría aconsejar que leyese y creyera como artículo de fe todo lo que se dice en la colección de biografías publicadas por Mr. Alfonso de Lamartine con el título de *El Civilizador*.

Natural es que siendo costumbre en la época del Renaci-

miento, y aun en los siglos posteriores, demostrar que todos los varones que se hacían famosos por sus preclaros hechos descendían de otros varones también famosos en la historia; siendo costumbre demostrar, con razonamientos más ó menos especiosos, que los que podían ser y eran de hecho fundadores de casas ilustres, descendían de otras casas ilustres, no faltaron genealogistas, y aun graves historiadores, que reseñaron menudamente la ascendencia nobiliaria de Colón. El cronista de Indias, Antonio de Herrera, se limitó á decir: «Sabemos que el emperador Otón II confirmó en 940 á los condes Pedro, Juan y Alejandro Colombo, hermanos, los bienes feudales y raíces que tenían en la jurisdicción de las ciudades de Ayqui, Saona, Aste, Monferrato, Turín, Vercegli, Parma, Cremona y Bérgamo, y todo lo demás que poseían en Italia. Parece que los Colombos de Cucaro, Cucureo y Plasencia eran los mismos, y que el Emperador, en el mismo año de 940 les hizo donación á los dichos tres hermanos de los castillos de Cucaro, Conzano, Rosiñano y otros, y de la cuarta parte del Bistaño, que pertenecía al Imperio.»

¿Descendía Cristóbal Colón de esta antigua familia de los Colombos? Los genealogistas afirman resueltamente que sí; los interesados en los pleitos á que dieron lugar la cuantiosa herencia del gran descubridor procuraron demostrar ante los tribunales la verdad de este aserto, pero los jueces desestimaron tal pretensión, y fácilmente se comprende que la prueba legal de la exactitud de los árboles genealógicos no puede subir más arriba del siglo xvi, pues antes de esta época ni se consignaban las partidas de casamiento y de bautizo en los libros parroquiales, en la forma que después se ha hecho, ni existía el novísimo Registro civil, que son los únicos medios de poder probar el orden y enlace de las sucesiones familiares.

Sin embargo de todo lo dicho, discurriendo lógicamente, la humilde clase á que pertenecía el padre de Colón inclina á pensar que sus ascendientes remotos bien podrían pertenecer á las primeras jerarquías sociales; porque en la continua mudanza y variación de estado que constituye una de las eternas leyes de todo lo humano, es de presumir que los descendientes de los poderosos patricios de la Roma republicana sean hoy, acaso, míseros proletarios, y que por la misma ley, los descendientes de la menospreciada plebe de aquella época alcancen ahora puesto en las más altas clases aristocráticas.

Nos hemos detenido más de lo conveniente en estas disquisiciones nobiliarias, porque en realidad la gloria del Des-

cubridor del Nuevo Mundo basta por sí sola para fundar sobre ella más calificada nobleza que la que busca su origen en heredados timbres y antiquísimos blasones. D. Fernando Colón, recordando la vida y hechos de su padre el inmortal descubridor, dijo, ó cuentan que dijo:—«*Menos dignidad recibiría yo de la más alta nobleza de abolengo, que de ser hijo de tal padre*».—Estas palabras, con ligeras variantes, pueden repetir con verdad todos los descendientes de Cristóbal Colón.

Desde 1435 hasta 1447, esto es, nada menos que doce años, era el período en que se hallaban comprendidas las diversas fechas que los historiadores señalaban como más probables para fijar la del nacimiento de Colón; pero recientemente el Marqués de Stagliano, en un archivo de Génova, ha conseguido hallar un documento donde consta que Cristóbal Colón declaraba en 30 de Octubre de 1470 que era mayor de diez y nueve años. Siendo exacta esta declaración, la fecha de su nacimiento tiene que fijarse desde el 31 de Octubre de 1450 hasta el 29 de Octubre de 1451.

No conocemos el texto del documento descubierto por el Marqués de Stagliano, y por lo tanto no sabemos hasta qué punto Cristóbal Colón, por alguna razón de interés particular, tuviese necesidad de decir que era mayor de diez y nueve años; porque, en realidad, para señalar las fechas que acabamos de escribir, es preciso dar por supuesto que Colón tenía más de diez y nueve años y menos de veinte, supuesto que acaso sea muy aventurado. Nosotros recordamos varios documentos legales relativos á Cervantes, en que se dice que es mayor de un número de años determinado, y realmente así es la verdad, porque tiene dos ó tres años más que los que allí se marcan.

Resulta, pues, que á pesar del descubrimiento del Marqués de Stagliano, es probable que aún no pueda fijarse con exactitud, ni siquiera con gran aproximación, la fecha del nacimiento del insigne navegante.

Las eruditas investigaciones del escritor anglo-americano Enrique Harrisse han demostrado que los padres de Cristóbal Colón, poco favorecidos por la fortuna, tuvieron que emprender algunos pequeños negocios, tales como el establecimiento de un comercio de quesos, y otros semejantes, para poder proporcionarse medios de subsistencia; y sin embargo, en medio de estas estrecheces cuidaron con relativo esmero de la educación de su hijo Cristóbal, que era el primogénito, puesto que, según el P. Las Casas, siendo aún muy niño sabía ya leer y escribir, y tenía tan buena letra que podía haber buscado su subsistencia con ella. En seguida aprendió la Aritmética, el Dibujo y la Pintura, artes, como dice el mismo autor, en las cuales hizo bastantes adelantos para poder también ganarse con ellas la vida.

Se da por seguro que Cristóbal Colón asistió durante algún tiempo á la célebre Universidad de Pavia, donde aprendió Gramática latina, y después estudió las ciencias propias de la profesión á que pensaba dedicarse, á saber: las Matemáticas, la Geografía, algunos principios de Astronomía ó Astrología, como entonces se llamaba, y el Arte de navegar.

No se sabe quienes fueron los maestros de Colón, pero sin duda la mayor parte de sus conocimientos se los debió á sí mismo, á su amor al estudio, porque sólo así se explica que en medio de una existencia por todo extremo agitada,

pudiese mostrar en sus escritos que conocía con bastante profundidad las Sagradas Escrituras y las obras de los Santos Padres, y que había leído las producciones de Aristóteles, Julio César, Strabon, Séneca, Plinio, Ptolomeo, Julio Capitolino, Alfagran, Averroes, San Isidoro de Sevilla, Beda, Duns Scoto, del abate Joaquín de Calabria, del matemático Sacrobosco, del franciscano Nicolás de Lyra, del rey D. Alfonso el Sabio, de Gerson, Regiomontano, Marco Polo y de otros muchos autores que sería prolijo enumerar.

Como ya hemos dicho, Colón era el mayor de sus hermanos, que se llamaban respectivamente Bartolomé y Diego, y de una hermana llamada Blanca, de la cual sólo se sabe que se casó con un tal Diego Bavarello.

Lo consignado en este capítulo es todo lo que dicen los historiadores acerca de la patria, familia y primeros años de la juventud de Cristóbal Colón; y si lamentable es que tantas y tantas dudas rodeen estos comienzos de la biografía del gran descubridor, aún lo es más que, como se verá en adelante, los hechos de su vida pública se presten también á controversias en que es difícil, si no imposible, decidir con sólido fundamento de qué parte se halla la razón de los juicios y la verdad de los hechos históricos.

## II.

*Juventud de Cristóbal Colón.—Su residencia en Portugal.—Su casamiento con la hija del navegante Bartolomé Perestrello.—La compenetración de los destinos históricos de Portugal y de España.*

Señalando Cervantes las profesiones ó modos de vida en que podían emplearse las personas de calidad, recuerda una frase proverbial en su tiempo, que dice: *iglesia, mar ó casa Real*, y añade que, como el entrar al servicio del Rey en su propia casa no es cosa fácil, la mayor parte de las veces habrá de prestarse este servicio en las filas del ejército, abiertas siempre para toda honrada y noble ambición de gloriosos destinos. Retrata fielmente la frase por Cervantes en su inmortal obra consignada, el espíritu de aquel famoso siglo XVI, que miraba en la Iglesia la eterna reveladora de eternas verdades; en los mares, la ilimitada superficie, en que lejanamente se escondían dilatados y riquísimos imperios, y en el Rey, la representación viva de la autoridad de Dios, que, como la Providencia, había de cuidar del bien y de la felicidad de todo lo que á sus órdenes se hallaba sometido.

Cristóbal Colón, que abrió los ojos á la luz en un puerto de mar, y que vió deslizarse los primeros años de su juventud en aquella comercial república de Génova, cuando el comercio más se asemejaba á empresa militar que al pacífico contrato en cuya forma hoy le conocemos; Cristóbal Colón, que sentiría sin duda alguna la misera situación en que su familia se hallaba, buscó en la agitada vida del navegante camino de mejorar su fortuna, y aun de llegar, si le era posible, á las más altas jerarquías sociales.

Aun cuando reina gran obscuridad en lo concerniente á la puntual determinación de los hechos que constituyen la historia de la juventud del ilustre genovés, hablando en

general puede afirmarse que Colón tomó parte en varias navegaciones comerciales y aun en otras de carácter militar, si bien la circunstancia de existir por aquella misma época otros marinos que llevaban el apellido de Colombo, dificulta en gran manera la posibilidad de fijar cuáles y cuántas fueron estas empresas marítimas.

Hasta ahora había servido de guía á los biógrafos lo poco que se dice acerca de la niñez y juventud de Colón en el relato que se creía escrito por su hijo D. Fernando; pero el norteamericano Enrique Harrisse, en el libro publicado por la *Sociedad de bibliófilos andaluces* que se titula *Don Fernando Colón, historiador de su padre* (Sevilla, 1871), ha presentado tal número de razonamientos para demostrar que la *Historie del Sr. D. Fernando Colombo; nelle quali s'ha particolare e vera relatione della vita e de'fatti dell'Ammiraglio D. Cristóforo Colombo, suo padre* (Venecia, 1571), no merece gran crédito, porque á pesar de lo que se dice en la primera parte de su portada, que de copiar acabamos, es muy dudoso que haya sido escrita por el hijo del descubridor del Nuevo Mundo, suponiendo el Sr. Harrisse, aunque con muchas reservas, que acaso pueda ser su verdadero autor el célebre humanista Fernán Pérez de Oliva, que se sabe escribió una vida de Cristóbal Colón, por que se halla mencionado su título en los antiguos índices de la Biblioteca Colombina. Acaso un extracto incompleto, ó algunos fragmentos de esta obra, que por desgracia se ha perdido, torpemente aumentado con noticias apócrifas, es lo que hoy se conoce como biografía de Colón, escrita por su hijo D. Fernando.

Existiendo en Génova el documento que citamos en el capítulo anterior, documento en que, con fecha 30 de Octubre de 1470, declaraba Colón, como ya se recordará, que tenía más de diez y nueve años de edad, es claro que están equivocados los historiadores que señalan en el año de 1470 la época de la llegada de Colón á la corte de Portugal. El señor Harrisse ha dilucidado este punto con gran sagacidad crítica, y sólo ha conseguido llegar á la conclusión de que es posible admitir *ad libitum* el periodo comprendido desde 1475 á 1479 para fijar el año en que Cristóbal Colón fijó su residencia en Lisboa.

Sabido es que el infante D. Enrique de Portugal había promovido con incansable celo los descubrimientos geográficos de aquellos intrépidos navegantes portugueses que con justicia pueden calificarse como los precursores de la magna empresa que había de llevar á cabo el insigne hijo de la bella Italia.

Se ignoran los motivos que impulsaron á Colón para dejar su patria por la corte de los reyes de Portugal; pero lógicamente discurriendo, es de presumir que germinaba ya en su mente la idea, más ó menos confusa, de hallar un camino nuevo y más corto que los conocidos para ir á las Indias, y acaso fijó su residencia en Lisboa para madurar este proyecto, poniéndose al habla, como dice la gente de mar, con sus contemporáneos aquellos sabios y valerosos navegantes portugueses, ensalzados por Camoens en su inmortal poema,

Que ya diversas tierras conociendo  
En que brilla del sol la luz más grande,  
Buscaban, de su ciencia en la porfía,  
La ardiente cuna donde nace el día.

Sea de esto lo que quiera, porque no hay datos para resolver la cuestión, la residencia en Portugal del ilustre genovés le proporcionó el conocimiento de una hija del navegante Bartolomé Perestrello, y con esta joven, que se llamaba doña Felipa, contrajo matrimonio.

Dice Washington Irving que Bartolomé Perestrello era un caballero italiano «altamente distinguido entre los navegantes del tiempo del príncipe Enrique, que había colonizado la isla de Puerto-Santo, y que había sido gobernador de ella.... Como el padre de su mujer había muerto, fueron los recién desposados á vivir con la madre, quien conociendo la pasión de Colón por todo lo concerniente á estudios marítimos, le comunicó cuanto sabía de los viajes y expediciones de su esposo, entregándole los papeles, cartas, diarios y apuntes que de él le habían quedado. Eran éstos otros tantos tesoros para Colón. Por ellos conoció las navegaciones de los portugueses, sus planes y sus ideas, y habiéndose naturalizado en Portugal á causa de su casamiento y larga residencia, iba á veces á las expediciones de la costa de Guinea. Los días que pasaba en tierra los empleaba en dibujar cartas geográficas que vendía en seguida para sustentar á su pobre familia. Su situación era muy apurada; no obstante, se asegura que, merced á una grande economía, reservaba una parte de sus ganancias para socorrer á su anciano padre, que se hallaba en Génova, y para costear la educación de sus hermanos menores.»

Se ha alabado el desinterés de Colón al casarse con una joven que solo poseería las dotes de virtud y belleza que sin duda alguna cautivaron su voluntad; pero ciertamente que un extranjero, pobre y desconocido, no podía aspirar con probabilidades de buen éxito á la mano de ninguna rica heredera; y después de todo no fué tan desventajoso el matrimonio contraído con D.<sup>a</sup> Felipa Mogniz Perestrello, puesto que su padre, por el cargo oficial que había desempeñado, y por la nobleza de su linaje, según la afirmación de Washington Irving, pertenecía seguramente á clase más elevada que aquella en que había nacido el glorioso Descubridor del Nuevo Mundo.

Además, el auxilio que pudo hallar, y que desde luego halló Colón en los planos y apuntes sobre navegación y geografía de su suegro, sólo Dios sabe hasta qué punto llegarían á influir en el resultado de la empresa que llevó á feliz término con las carabelas que zarparon del puerto de Palos en el mes de Agosto de 1492.

No cabe duda, y parece que se dilata el ánimo cuando se puede afirmar algo al relatar la vida y hechos de Cristóbal Colón; no cabe duda que la residencia en Portugal del insigne genovés influyó poderosamente sobre sus ideas, ya con la mayor suma de conocimientos marítimos que de seguro adquiriría viviendo en aquel pueblo que entonces caminaba á la cabeza de la sabiduría náutica, ya también con la especial circunstancia de conocer los planes y teorías de los marinos educados en la escuela del infante D. Enrique, por los papeles de su suegro, y esta influencia le confirmó más y más en el pensamiento de que no sólo era hacedero, sino hasta fácil, el proyecto que en su mente acariciaba de completar el conocimiento geográfico del planeta en que vivimos.

Es ley de nuestra historia que se realice siempre un paralelismo, y en ocasiones una verdadera compenetración,

valga la frase, entre los destinos, ya prósperos ó adversos, de Portugal y de España. Ya lo ha dicho el ilustre poeta Núñez de Arce:

Hermanos son el español y el luso;  
Un mismo origen su destino enlaza,  
Y Dios la misma cuna los dispuso.

.....  
Cuando algún invasor, hallando estrecho  
El mundo á su ambición, con ellos cierra,  
La misma espada los traspasa el pecho.  
El mismo hogar defienden en la guerra,  
El mismo sentimiento los inspira,  
Cúbrelos al morir la misma tierra.

Así es la verdad. Iberos son los primitivos pobladores de toda la Península por la historia conocidos; celtas, cartagineses y romanos, sus primeros invasores; visigodos los que fundaron el comienzo de nuestra nacionalidad al deshacerse el gran imperio romano; árabes los que destruyeron la monarquía goda; asturianos, gallegos, portugueses, navarros, vascos, castellanos, aragoneses, catalanes, todos españoles, los que reconstituyeron la unidad peninsular, en mal hora rota por un monarca extranjero. Pero donde mayormente se ve confirmada la unión de los destinos históricos de Portugal y de España es en los grandes descubrimientos geográficos realizados en los siglos XV y XVI por navegantes portugueses y españoles; en el primer viaje de circunnavegación comenzado por el portugués Fernando de Magallanes, y llevado á cima por el español Juan Sebastián de Elcano, y en el descubrimiento de América, que reconoce como origen el proyecto de Cristóbal Colón, nacido en Portugal y presentado al rey D. Juan II, y que sólo por circunstancias que más adelante veremos fué traído á España, donde alcanzó favorable acogida, merced á la genial intuición de la gran reina de Castilla D.<sup>a</sup> Isabel la Católica.

### III.

*Consideraciones acerca de lo que ha de entenderse por originalidad en la ciencia y en el arte.—Los proyectos de descubrimientos marítimos de Cristóbal Colón.—Causas que produjeron que Colón saliese de Portugal para trasladar su residencia á la corte de los Reyes Católicos.—El contrato firmado en Santa Fe por los Reyes Católicos y Cristóbal Colón.*

Se ha discutido mucho acerca de la originalidad de las ideas que Cristóbal Colón exponía en sus proyectos para encontrar un nuevo rumbo que por Occidente condujese á las Indias y los desconocidos territorios que se suponía habían de existir en la parte oriental de aquellas regiones. Esta discusión nos parece de todo punto ociosa. Ninguna idea ha salido de cerebro humano como Minerva nació vestida y armada de la cabeza de Júpiter. Antes que Descartes escribiese su famoso *cogito, ergo sum*, lo había escrito San Agustín y Gómez Pereira, y no será difícil que un erudito encuentre otros y otros autores que hayan dicho lo mismo. Y sin embargo, el *Discurso sobre el método*, fundado en aquel notable entimema, es una obra original, y Descartes es el fundador de una escuela filosófica.

La originalidad en lo humano consiste, no precisamente

en la absoluta novedad del pensamiento, la cual es imposible de alcanzar, según lo indica aquella conocidísima sentencia bíblica *nihil novum sub sole*, sino en el lugar que ocupan y en la forma con que se enlazan las ideas, ya para constituir un sistema científico, ya para dar vida á una creación artística, ó ya para producir un hecho material, como lo fué la invención de la imprenta ó lo sería hoy el descubrimiento de la segura dirección de los globos aerostáticos.

Cristóbal Colón, aun cuando hallase auxiliares para la concepción de sus proyectos en las relaciones de los viajeros que con más fantasía que verdad habían descrito los soñados dominios del Preste Juan de las Indias y de otras regiones no menos imaginarias, y sin duda por esto se dijo *á luengas tierras, luengas mentiras*, y aun mejores y más ciertas indicaciones en los geógrafos de la antigüedad, en su correspondencia con el sabio cosmógrafo Pablo Toscanelli, en los papeles que heredó de su suegro y en los relatos de algunos navegantes á quienes las tempestades habían llevado á playas desconocidas, como el más ó menos real ó legendario Alonso Sánchez de Huelva; Cristóbal Colón, aun cuando no fué ni pretendió ser en sus escritos el autor de un proyecto de navegación y descubrimientos geográficos que careciese por completo de precedentes en los libros ni en el pensamiento de sus contemporáneos, es lo cierto que sus ideas constituían un sistema completo que le permitió afirmar, con científico convencimiento, lo que hasta entonces sólo habían sido sueños en la mente de los viajeros y esperanzas de lucro en los cálculos de los políticos y de los navegantes.

Aun cuando se ha dicho que Colón hizo ofrecimientos á las repúblicas de Génova y Venecia antes de solicitar para su empresa el auxilio del rey de Portugal D. Juan II, no se halla ningún fundamento sólido de semejante aseveración.

No se puede fijar con exactitud el año en que Colón procuró obtener de D. Juan II de Portugal lo que después consiguió de los Reyes Católicos de España. Refieren algunos historiadores, aunque el hecho no nos parece de todo punto comprobado, que el Monarca portugués, cediendo á un mal consejo del Obispo de Ceuta, fingió que deseaba enterarse de los proyectos de Colón con todos sus pormenores para prestarles el apoyo que se le pedía; que Colón se apresuró á satisfacer la demanda del Rey, y que, aprovechándose de los datos que aparecían en estos proyectos, se mandó que saliese de Lisboa un buque siguiendo la dirección que Colón señalaba como ventajosa para llegar prontamente á las Indias, pero que el capitán y marinería de este buque, arredrados ante la magnitud de la empresa que se les encomendaba, aprovecharon las primeras contrariedades que las aguas y los vientos les opusieron para regresar al puerto de donde habían salido, declarando que no era posible vencer los obstáculos que oponían los desconocidos mares en que habían navegado.

También se refiere que Colón supo la asechanza de que sus proyectos habían sido objeto, y que, disgustado por esto, huyó secretamente de Lisboa y pasó á Castilla para seguir en sus pretensiones, buscando el poderosísimo amparo de los Reyes Católicos.

El secreto de su partida se explica, ya por el temor de que el Rey de Portugal pudiese cometer algún atentado que

le privara de su libertad ó de su vida, como venganza de haber descubierto Colón la partida del buque que pretendía arrebatárle la gloria de sus descubrimientos, ó ya porque en la apurada situación en que vivía, careciendo de lo necesario para su mantenimiento, había contraído deudas que podían ocasionar su encarcelamiento; y hay motivo para sospechar que no sea inexacta esta última versión, porque en carta que le dirigió D. Juan II, con fecha 20 de Marzo de 1488, se decía lo siguiente:

*«E porque por ventura teedes algum receo de nossas justiça por razão d'algumas cousas que sejades obrigado, nos por esta nossa carta vos seguramos pela vinda, stada e tornada que non sejades preso, retendo, citado, nem demandado per nenhuma causa, hora seja civil, hora crime de qualquer qualidade.»*

Durante mucho tiempo ha corrido como verdad histórica una novelesca narración en que se cuenta que Colón, ya viudo, pobre y desamparado, caminando á pie, en compañía de un niño de diez ó doce años, su hijo único Diego, llegó á las puertas del convento de Santa María de la Rábida, pidiendo un poco de pan y agua, y que el Prior de este convento, Fr. Juan Pérez, movido de compasión, y conociendo, en un diálogo que tuvo con el desconocido viajero, que su mérito no era inferior á su desventura, le dió albergue en el monasterio, se enteró de sus proyectos marítimos, le parecieron acertados, llamó á consejo á un médico del cercano pueblo de Palos, llamado García Hernández, que también abundó en las mismas ideas del reverendo Prior, y que de estos acontecimientos tuvo origen el primer apoyo que encontró Colón en sus empresas, que fué una carta que le dió Fr. Juan Pérez para el entonces Prior de Prado, y después Obispo, Fr. Hernando de Talavera.

Aun cuando esta anécdota, aceptada como verdadera por casi todos los historiadores, hasta Washington Irving inclusive, ha sido últimamente puesta en tela de juicio, no vemos ningún daño en considerarla como muy probable, ya que su falsedad no está demostrada, y su encanto poético ha inspirado muchas veces el entusiasmo de poetas y pintores, y aun de graves historiógrafos.

Dudoso, como todo lo concerniente á la vida de Colón, es el año en que se fija su llegada á España; pero se sabe que en 1486 ya cobraba algunas cantidades como subsidios que le concedían los Reyes Católicos.

No cabría en los estrechos límites de estos apuntes biográficos el relato, por somero que fuese, de todas las contrariedades con que tuvo que luchar la indomable voluntad de Cristóbal Colón hasta ver realizados los propósitos que le habían traído á la corte de los Reyes de Castilla y Aragón. Consignaremos, sí, que le auxiliaron en su empresa el gran Cardenal de España, D. Pedro González de Mendoza; el Duque de Medinaceli; Fr. Diego de Deza; un casi desconocido, Fr. Antonio de Marchena, que durante mucho tiempo se ha confundido con el Prior de la Rábida, á quien se llamaba Fr. Juan Pérez de Marchena; el famoso contador Alonso de Quintanilla; los hermanos Geraldini y algunas otras personas, además de Fr. Juan Pérez y el médico García Hernández, de que antes hicimos mención; pero principalmente halló Colón auxilio en el carácter entusiasta y en la generosa inspiración de la Reina de Castilla, que adivinó, porque no podía saberlo, que donde el vulgo veía un pobre iluso exis-

tía un verdadero sabio y un navegante cuyo valor rayaba en legendaria temeridad. Sólo la luz radiante del entusiasmo pudo iluminar la mente de la Reina Católica y hacerla comprender la verdad que se encerraba en los atrevidos proyectos del gran marino genovés.

En 17 de Abril de 1492 se firmó en Santa Fe un contrato entre los poderosos Reyes Católicos D.<sup>a</sup> Isabel de Castilla y D. Fernando de Aragón, y el humilde hijo del cardador de lanas de Génova. El resumen de este contrato, según aparece en la traducción del libro de Washington Irving, publicada en Madrid en 1851, dice así:

1. Que gozaría Colón durante su vida, sus herederos y sucesores para siempre, del empleo de Almirante en todas las tierras y continentes que pudiese descubrir ó adquirir en el Océano, con honores y prerrogativas semejantes á las que gozaba en su distrito el grande Almirante de Castilla.

2. Que sería Virrey y Gobernador de todas las dichas tierras y continentes, con el privilegio de nombrar tres candidatos para el gobierno de cada isla ó provincia, uno de los cuales elegiría el Soberano.

3. Que tendría derecho á reservarse para sí una décima parte de todas las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especias y todos los artículos de comercio, de cualquier modo que se obtuviesen, por cambio, compra ó conquista, dentro de su almirantazgo, habiendo antes deducido el coste.

4. Que él ó su lugarteniente serían los solos jueces de todas las causas y litigios que pudiera ocasionar el tráfico entre España y aquellos países, con tal de que el grande Almirante de Castilla tuviese semejante jurisdicción en su distrito.

5. Que pudiese entonces, y en todo tiempo, contribuir con la octava parte de los gastos para el armamento de los buques que habían de salir al descubrimiento, y recibir la octava parte de los provechos.



*Primer viaje de Cristóbal Colón.—Auxilio que halló Colón en los hermanos Martín Alonso, Francisco Martín y Vicente Yáñez Pinzón.—El marinero Rodrigo de Triana fué el primero que vió la tierra del Nuevo Mundo.—Desembarco de Colón y sus compañeros de viaje en la isla de San Salvador.—Regreso á España y recibimiento de Colón en Barcelona.*

Dispusieron los Reyes Católicos que en el puerto de Palos se armasen las tres carabelas que bajo el mando de Colón habían de llevar á cabo la proyectada empresa marítima, y esta orden era mucho más fácil de dar que de cumplir. Cuando el telescopio ha hecho ya visible la infinita grandeza y el microscopio la infinita pequeñez; cuando los caminos de hierro, la navegación por medio del vapor y las comunicaciones telegráficas nos han dado á conocer tan por completo el planeta en que vivimos, que ya nos parece casi pequeño; en suma, después de todos los descubrimientos científicos que utilizamos en la época presente, no nos es posible formarnos idea exacta del terror con que se miraba en el siglo xv la idea de lanzarse á ignotos mares en que se suponía habían de encontrarse desconocidos obstáculos y seguras catástrofes. Grande fué la resistencia que opusieron

los habitantes de Palos al cumplimiento de la voluntad de sus Reyes, y acaso sin el auxilio que halló Colón en los hermanos Martín Alonso, Francisco Martín y Vicente Yáñez Pinzón, le fuera de todo punto imposible llegar á disponer de los buques necesarios para realizar su atrevidísimo propósito.

El capitán de navío D. Cesáreo Fernández Duro, en su libro *Colón y Pinzón*, ha puesto en punto de evidencia la gran parte de gloria que le corresponde á Martín Alonso Pinzón en el descubrimiento del Nuevo Mundo, no sólo por el decisivo influjo que ejerció en los aprestos de la expedición, sino también porque ya se comprende que su crédito como navegante y su autoridad personal habían de ejercer no poca influencia sobre el ánimo de los marineros españoles durante el viaje. Seguro es que á Colón su cualidad de extranjero había de perjudicarle algún tanto, y más aún en tiempos como los que alcanzó, que no se distinguen ciertamente por el predominio de las ideas cosmopolitas, más generosas siempre que con facilidad realizables.

«Al fin, dice un historiador, á principios de Agosto (1492) quedaron allanadas todas las dificultades, y los buques prestos para darse á la vela. El mayor, expresamente preparado para el viaje y con cubierta, se llamaba la carabela *Santa María*, y de este buque tomó el mando Cristóbal Colón. La segunda carabela se llamaba *La Pinta*, la mandaba Martín Alonso Pinzón, y su hermano Francisco Martín desempeñaba á bordo el cargo de piloto. *La Niña*, llevaba por nombre la tercera carabela, que mandaba Vicente Yáñez Pinzón, que era el menor de los Pinzones. Rodrigo Sánchez de Segovia desempeñaba el cargo de Inspector general de la Armada; Diego de Arana, el de alguacil mayor, y Rodrigo de Escobar el de escribano Real; iban además tres pilotos llamados Pedro Alonso Niño, Bartolomé Roldán y Sancho Ruiz; un médico, un cirujano, varios aventureros y criados y 90 marineros, formando un total de 120 personas.»

Es de extrañar que en época tan piadosa como lo era el siglo xv no formase parte de esta arriesgada expedición algún sacerdote que pudiese prestar sus auxilios espirituales en la hora de la muerte, que tan fácilmente podía sonar para Cristóbal Colón y sus valerosos compañeros de viaje, ya entre el fragor de las tempestades, ó ya en la lucha con los indígenas de las tierras que pudieran descubrirse.

El viernes 3 de Agosto de 1492 zarpó del puerto de Palos la pequeña escuadra que había de dar cima á la más alta de las empresas marítimas que hasta entonces se había concebido, y que después no ha podido ni ya podrá ser superada por ninguna otra.

Observa atinadamente nuestro querido amigo y antiguo compañero de armas D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, en su notable artículo titulado *Tres fechas memorables de Octubre*, que los marineros y demás personas que voluntariamente tomaron parte en la empresa por Colón acometida, se mostraron valerosos hasta el heroísmo, porque al fin y á la postre á Colón le alentaba la esperanza de la gloria póstuma y le daban confianza los seguros cálculos de su ciencia náutica; pero á sus compañeros se les podía aplicar la expresiva calificación dada á los soldados rasos por el general Ros de Olano; ya fuese adverso ó feliz el resultado que Colón alcanzase, siempre serían ellos los *héroes anónimos* de aquella hazaña marítima.

No nos detendremos en describir todas las dificultades que tuvieron que vencer Cristóbal Colón y el intrépido Martín Alonso Pinzón para conseguir que las tripulaciones de sus buques no flaqueasen en sus propósitos hasta que llegó el feliz momento en que un marinero, llamado Rodrigo de Triana, divisó la deseada tierra; y aquí tenemos que consignar un hecho que merece amarga censura. Se había prometido una pensión de 10.000 maravedises al primero que descubriese tierra, y alegando Colón que la noche anterior al día en que Rodrigo de Triana dió la voz de tierra había visto una luz, consiguió que se le adjudicase el indicado premio. Parece que la conducta que siguió en este asunto el gran descubridor no reviste aquel carácter de grandeza que el caso requería. Aun habiendo visto la tierra antes que Rodrigo de Triana, la magnanimidad propia del primer Almirante de las Indias aconsejaba á Colón que no disputase el premio en metálico al pobre marinero que creía haberlo merecido.

Gonzalo Fernández de Oviedo cuenta que Rodrigo de Triana, desesperado al ver que no se le había concedido la pensión que en justicia le correspondía, abandonó su patria y renegó de su fe, fijando su residencia en Africa, donde abrazó la religión de Mahoma.

Siguiendo nuestro interrumpido relato, consignaremos aquí la fecha del 12 de Octubre de 1492, en que desembarcó Colón y los suyos en una isla, á la que dió el nombre de San Salvador, y que se llamaba anteriormente *Guanahani*, y pertenece al grupo de las Lucayas. Hoy parece, aun cuando no está bien averiguado, que la primera tierra que pisó Colón se conoce con el nombre de la isla del Gato. Los salvajes habitantes de esta isla, pasado el asombro y aun el susto que les produjo la presencia de seres que, si bien se parecían á ellos, también se diferenciaban en mucho, por hallarse cubiertos de vistosas telas y relucientes armaduras, llegaron á establecer con ellos ciertas relaciones comerciales, cambiando las producciones del país, y aun objetos de algún valor, por cuentas de vidrio, cintas de vivos colores, cascabeles y otras baratijas que de prevención llevaban los españoles por si desembarcaban, como en efecto sucedió, en sitio donde los indígenas no conociesen los artefactos de los pueblos civilizados.

Dejó Colón la isla de San Salvador, y antes de regresar á España continuó sus descubrimientos geográficos, desembarcando en varias islas del ya dicho archipiélago de las Lucayas, y después llegó á la gran Antilla, conocida hoy por el nombre de isla de Cuba, y á la Española, hoy llamada Santo Domingo ó Haiti. Un accidente imprevisto destruyó la carabela *Santa María*, y de sus restos se construyó un fuerte en la costa de la última isla citada; fuerte que Colón dejó guarnecido con 40 hombres al mando de Diego de Arana, y seguidamente emprendió su regreso á España.

El viaje de vuelta no fué tan feliz como lo había sido el de ida, y Colón se vió obligado, por la dureza de los temporales, á desembarcar primero en una de las islas Azores, y después en Lisboa. El Rey de Portugal recibió cariñosamente á Cristóbal Colón, desoyendo los consejos de los que por envidia ú otras malas pasiones querían que se ahogase en sangre la noticia de los descubrimientos que había hecho Cristóbal Colón; pensamiento tan cruel como de imposible realización después del desembarque en las Azores y de las noticias que ya se habían enviado á los Reyes Católicos,

dándoles cuenta del feliz resultado de la expedición encomendada al marino genovés.

Dejó Colón la corte del Monarca portugués; siguió su viaje, desembarcó en el puerto de Palos, donde fué recibido con indescriptible júbilo, y por tierra se encaminó á Barcelona, residencia á la sazón de los Reyes D.<sup>a</sup> Isabel y D. Fernando, que deseaban oír de sus labios la relación de sus portentosos descubrimientos. A mediados de Abril de 1493 llegó Cristóbal Colón á Barcelona, y su entrada en aquella ciudad, según la descripción de los historiadores, se asemeja en su pompa y magnificencia á la de los caudillos triunfantes en la Roma de la antigüedad clásica.

Se había realizado el hermoso ensueño del hijo de los pobres artesanos Domingo Colombo y Susana Fontanarosa; el oscuro aventurero que pedía protección en las cortes de Portugal y de España, era ya el primer Almirante de las Indias y el descubridor de un nuevo continente.

## V.

*Segundo viaje de Cristóbal Colón.—Quejas contra su gobierno en la isla Española.—Nombramiento de Juan Aguado para averiguar el fundamento de estas quejas.—Colón regresa á España.—Su tercer viaje á las Indias.—Su proceso por el comendador Bobadilla.—Regreso á España y último viaje de Cristóbal Colón.*

Propuso Colón á los Reyes Católicos que se le confiase el mando de una segunda expedición, en que seguramente se llegarían á encontrar aquellas tierras que, por la riqueza de sus minas de oro y la abundancia y novedad de sus producciones, habían de colmar de riquezas á sus afortunados descubridores. Fácilmente se accedió al deseo del Almirante de las Indias, y el 25 de Septiembre de 1493, tres carracas de á cien toneladas y catorce carabelas esperaban al rayar el día en la bahía de Cádiz el cañonazo de leva que señalase el momento de su partida con rumbo á las desconocidas regiones que habían de aumentar grandiosamente el brillo y esplendor de la nación española.

Realizóse el segundo viaje de Colón, y, con efecto, se aumentaron sus descubrimientos geográficos; pero no aparecieron aquellas soñadas riquezas que tan afanosamente se esperaban. El descubrimiento de las islas Caribes, de la Jamaica y de algunas otras tierras, si demostraba que Colón no se había equivocado en sus cálculos al suponer que existían territorios desconocidos, no había sucedido lo mismo respecto á la supuesta prosperidad de estas inexploradas regiones.

Colón, á su regreso á la Española, vió que la guarnición del fuerte que al mando de Diego Arana allí había quedado, lejos de proceder con la cordura que era necesaria, había comenzado por cometer todo género de atropellos con los habitantes de la isla, y había terminado por dividirse en parcialidades, que disminuyendo su fuerza, dieron por resultado la muerte de todos los que la componían, ya en sus luchas intestinas los unos, ó ya otros á manos de los indígenas.

Acompañaban á Colón en este segundo viaje varios eclesiásticos encargados de predicar la fe católica en las tierras

ya descubiertas y en las que aún pudieran descubrirse. Uno de estos eclesiásticos, el P. Fr. Bernal Buil, el primer apóstol del Nuevo Mundo, como le llama el P. Fita, no le pareció bien la forma en que Colón ejercía el supremo mando de que, en virtud del contrato con los Reyes Católicos, se hallaba personalmente investido. Las quejas del P. Buil y del general Mosén Pedro Margarit llegaron á España, y los Reyes Católicos dieron la comisión á Juan Aguado, amigo y protegido de Colón, para que investigase hasta qué punto eran fundadas las censuras del P. Buil. Juan Aguado, á pesar de las circunstancias de amistad y gratitud que le unían al Virrey y Almirante de las Indias, procedió con gran energía, inclinándose, según parece, á dar la razón á los descontentos, y Cristóbal Colón hubo de recurrir á medios de prudente avenencia con Aguado para evitar el conflicto que le amenazaba.

Resolvió Colón volver á España en compañía de Juan Aguado para justificarse de los cargos que se le hacían, y así lo verificó, llegando á Cádiz el 11 de Junio de 1496. Este segundo arribo de Colón á las costas de España, procedente del Nuevo Mundo, se diferenció mucho del primero. Con razón ó sin ella, que el punto nos parece harto dudoso, la gloria de Colón como navegante se había obscurecido mucho por su descrédito como gobernador de los territorios descubiertos. Sin embargo de esto, aun fué recibido, si no con entusiasmo, con cortesía y con bondad por los Reyes D.<sup>a</sup> Isabel y D. Fernando; y habiendo propuesto el Almirante que se le concediesen medios para realizar aún nuevos descubrimientos, se accedió á su petición, y el 30 de Mayo de 1498 salió de Santander, mandando seis buques, para realizar su tercer viaje.

Decididamente la fortuna abandonaba á Cristóbal Colón. En su tercer viaje, después del descubrimiento de la isla de la Trinidad, navegó por el golfo de Paria, suponiendo que en las inmediaciones de este golfo había de hallarse el Paraíso terrenal en que residieron Adán y Eva antes de desobedecer los mandatos del Supremo Hacedor. No encontró, sin embargo, esta morada de los dos primeros seres humanos, y resolvió, como así lo hizo, enderezar el rumbo de sus naves hacia la isla Española, donde desembarcó el 30 de Agosto de 1498. Allí le aguardaban grandes y continuadas contrariedades. Durante su ausencia se habían sublevado contra la autoridad de su hermano D. Bartolomé, que por delegación suya ejercía el mando de todos los territorios descubiertos, el cacique de la Vega al frente de los habitantes indígenas, y lo que aún era peor, Francisco Roldán, con alguna parte de los colonos españoles y aun de algunos de los soldados que guarnecían la isla.

El Almirante procuró aquietar los espíritus de los naturales y reducir á la obediencia á los rebeldes españoles; pero fué poco afortunado en estas empresas, y la llegada de Alonso de Ojeda con una expedición autorizada en parte por el Gobierno de España, aumentó más y más las dificultades que le rodeaban.

Llegaron á España nuevas y más graves quejas, en que se acusaba á Cristóbal Colón de haber engañado á los Reyes Católicos ofreciéndoles la posesión de extensos y ricos territorios, cuando lo que se encontraba eran islas habitadas por salvajes, que estaban muy lejos de poseer las riquezas con que se había soñado. Se le acusaba también de crueldad

en los castigos y codicia en la forma de hacer efectivos los derechos que se le concedían en las capitulaciones firmadas en Santa Fe; y tales y tantos fueron los cargos que se le hacían, que los Reyes D.<sup>a</sup> Isabel y D. Fernando resolvieron nombrar al comendador D. Francisco de Bobadilla para que investigase lo que en el asunto pudiera haber de cierto, dándole tan amplias facultades, que se le autorizaba para que *cualesquiera caballeros ú otras personas que están al presente en aquellas islas (las descubiertas por Colón) las abandonen, y que vengan y se presenten ante Nós (los Reyes Católicos), y no vuelvan á residir en ellas; y á quien quiera que así se lo mandare, por la presente ordenamos que inmediatamente, sin detenerse á hacernos preguntas ó consultas ó á recibir de Nos otra carta ú orden, y sin interponer apelación ni súplica, obedezca aquello que él (el comendador Bobadilla) diga y mande.*

Claro se ve en la parte de la instrucción de los Reyes Católicos que acabamos de extractar, que al comendador Bobadilla de caso pensado se le investía con facultades suficientes para proceder contra Cristóbal Colón, á pesar del contrato que precedió á su primer viaje, si así lo creía necesario y conforme á justicia. Francisco de Bobadilla llegó á Santo Domingo y comenzó desde luego sus procedimientos judiciales sin contar para nada con el virrey Colón, que allí ejercía el mando supremo. El Almirante quiso oponer algunas objeciones á Bobadilla, y éste comisionó á Francisco Velázquez y al franciscano Fr. Juan de Trasierra para que notificasen á Colón la orden firmada por los Reyes de España, en que se le mandaba dar fe y obediencia implícita á cuanto dispusiese el comendador Bobadilla.

Siguieron los procedimientos judiciales, y Francisco de Bobadilla creyó necesario proceder, y con efecto procedió, á la prisión del Almirante y de sus hermanos, y los envió á España cargados de cadenas, según dicen muchos historiadores, aun cuando en esto quizá haya más fantasía creadora que verdad bien comprobada.

Llegó Colón á España preso y con poca consideración tratado; y por una lógica consecuencia de los efectos que produce toda exageración, aun cuando en ocasiones esta exageración pueda ser justa, los vientos de la opinión se cambiaron, y lo que no había conseguido en sus días de gloria, lo alcanzó en sus horas de desventura. Se condenó la conducta seguida por el comendador Bobadilla, y los Reyes Católicos, singularmente D.<sup>a</sup> Isabel, se apresuraron á decir que la prisión del Almirante se había verificado sin su consentimiento, y aun contra sus deseos. Colón, puesto en libertad inmediatamente, se presentó en la Corte de Granada el 17 de Diciembre de 1500, y allí fué recibido por los Reyes con inusitadas muestras de singular afecto.

Pronto consiguió Colón que se le concediese el mando de una escuadra compuesta de cuatro carabelas, la mayor sólo de setenta toneladas y la menor de cincuenta, para emprender su cuarto y último viaje, en que se proponía llegar á las Indias y desembarcar en la parte oriental de ellas, completando así el conocimiento geográfico de nuestro planeta. Salió Colón de Cádiz el 9 de Mayo de 1502, acompañándole en esta expedición su hermano D. Bartolomé y su hijo menor D. Fernando, y después de vencer la furia de las tempestades y de negársele el desembarque en la isla de Santo Domingo, gobernada á la sazón por Nicolás Ovando, que había

sucedido á Francisco de Bobadilla, consiguió llegar á las costas de Honduras y de los Mosquitos, y continuando en su viaje para encontrar el estrecho que uniese los ya conocidos mares con los desconocidos en que navegaba, realmente consiguió aproximarse mucho al istmo de Panamá, que es el sitio indicado en los tiempos actuales para abrir el paso que Colón buscaba.

Poco afortunado Colón al querer fundar un establecimiento que asegurase la explotación de unas minas de oro que le dijeron existían cerca de Veragua, tuvo que emprender su viaje de regreso á España, en el cual, combatido por las tempestades, corrió grandes peligros, pero al fin consiguió desembarcar en Sanlúcar de Barrameda el 7 de Noviembre de 1504.

## VI.

*Reclamaciones de Cristóbal Colón para que se le cumpliese lo consignado en las capitulaciones de Santa Fe.—Conducta en este asunto del Rey D. Fernando el Católico.—Muerte de Cristóbal Colón.—Las varias traslaciones de sus restos mortales.—Conveniencia de aprovechar la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América para esclarecer muchos puntos dudosos en la biografía de Colón.*

Coincidió la llegada de Colón á España con la muerte de Isabel la Católica, que había sido siempre su más decidida protectora. El Rey de Aragón D. Fernando quedó ejerciendo el cargo de Regente del Reino de Castilla, y sabido es que el carácter suspicaz de este Príncipe no ofrecía nunca seguridades de buen resultado en los negocios que de su autoridad dependían. Cristóbal Colón, casi desposeído de la mayor parte de las rentas que le aseguraban las capitulaciones que precedieron á su primer viaje, desde la época en que fué encausado y preso por el comendador Bobadilla, reclamó el fiel cumplimiento de aquellas capitulaciones; pero el Rey Católico buscaba siempre pretextos para dilatar la resolución del asunto, y presentaba objeciones entre las cuales existe alguna que merece especial mención. Decía el Rey de Aragón que la sucesión hereditaria en el virreinato de las Indias ofrecía el inconveniente de que acaso alguno ó algunos de los sucesores del Almirante careciesen de las dotes necesarias para ejercer el mando supremo, y que no era justo poner á los habitantes de aquellas regiones bajo el dominio de personas no dignas de tan alta autoridad.

Es curioso que el representante de una monarquía hereditaria adujese como argumento para negar á los descendientes de Colón el derecho de heredar el virreinato de las Indias, lo que con mayor motivo se podría decir para negar el derecho de herencia en el gobierno de las naciones.

Colón, que desde su regreso á España, después de su cuarto viaje, residía en Sevilla, para activar el despacho de sus pretensiones se trasladó á Segovia, donde á la sazón se hallaba la Corte del Regente de Castilla y Rey de Aragón, y á poco tuvo de nuevo que variar de residencia para seguir á la Corte en su traslación á Valladolid. Pero todos estos viajes resultaban inútiles; y conforme pasaba el tiempo, convencido ya el Almirante de las Indias de que eran ineficaces sus esfuerzos para conseguir que el Rey D. Fernando el Católico le pusiera en posesión de lo que se le había con-



cedido en las capitulaciones firmadas en Santa Fe, comenzaba á decaer su ánimo, cuando recibió la noticia de la llegada á España de la reina D.<sup>a</sup> Juana y de su esposo don Felipe, que venían á tomar posesión del trono de Castilla.

«Herido hondamente en su corazón, dice el Sr. Rodríguez Pinilla, por tantos desengaños, y abrumado por sus achaques y enfermedad, rindióse el cuerpo, pero no el alma grande de Colón. A la venida de D.<sup>a</sup> Juana y D. Felipe no pudo ya acompañar á la Corte, pero envió á su hermano Bartolomé á Laredo á cumplimentar á los Príncipes, los cuales le recibieron con agrado y prometieron hacer justicia al Almirante.» Este fué el último rayo de esperanza que iluminó la vida de Cristóbal Colón, porque agravándose más y más sus padecimientos dejó de existir, según dicen muchos historiadores, *el día de la Ascensión*, 20 de Mayo de 1506; pero el académico D. Manuel Colmeiro afirma que la fiesta movable de la Ascensión se celebró el año de 1506 el día 21 y no el 20 de Mayo. Dice también el Sr. Colmeiro que «Cristóbal Colón, hermano de la Venerable Orden Tercera, rindió su espíritu al Creador en brazos de los frailes de San Francisco de Valladolid, que rodeaban su lecho de muerte. Celebráronse sus exequias con pompa y religiosa solemnidad en la parroquia de Santa María de la Antigua, y de allí fué en triste procesión conducido el cadáver al convento de franciscanos, en donde recibió sepultura.... De la bóveda del convento de San Francisco de Valladolid fueron trasladados aquellos gloriosos restos á la Cartuja de Santa María de las Cuevas.... Cuándo y cómo se verificó esta traslación no está averiguado, ni es fácil que se averigüe.»

Los restos de Colón permanecieron en el monasterio de Santa María de las Cuevas, extramuros de la ciudad de Sevilla, hasta que por Real cédula dada por el emperador Carlos V en Valladolid á 2 de Junio de 1537 se autorizó á doña María de Toledo, *por sí y en nombre, como tutora y curadora, de D. Luis Colón, su hijo*, para que en la capilla mayor de la catedral de la ciudad de Santo Domingo de la isla Española se pudiese dar sepultura á *los huesos de D. Cristóbal Colón, su abuelo, y sus padres y hermanos, y los herederos y sucesores de su casa y mayorazgo, agora y en todo tiempo para siempre jamás*. Conforme á lo ordenado por el emperador Carlos V, se verificó la traslación de los restos de Colón á la isla de Santo Domingo en fecha incierta, que, según demuestra un crítico moderno, puede encerrarse en el período comprendido desde el año de 1540 al de 1559; «pero ni allí descansaron en paz, dice Washington Irving, pues posteriormente se les desenterró y condujo á la Habana, en la isla de Cuba.»

Célebre es la contienda que modernamente ha suscitado el obispo Monseñor Roque Cocchia, sosteniendo que los verdaderos restos de Colón habían quedado ocultos y se hallaban actualmente en la iglesia catedral de Santo Domingo. El informe presentado á la Real Academia de la Historia por el Sr. D. Manuel Colmeiro, y el libro de D. José María Asensio que se titula *Los restos de Cristóbal Colón están en la Habana*, han destruido por completo las pretensiones de los dominicanos, que creían poder ufanarse con la posesión de las venerandas reliquias del descubridor del Nuevo Mundo.

¡Pluguiese á Dios que todo lo referente á la historia de Cristóbal Colón se hallase tan claro como la existencia de sus restos mortales en la catedral de la Habana!

Ocasión oportuna se presenta con la proximidad del cuarto centenario del descubrimiento de América, que se cumplirá el 12 de Octubre de 1892, para abrir certámenes en que se premien una serie de monografías dedicadas á dilucidar los muchos puntos dudosos que aparecen al pretender historiar la vida de Cristóbal Colón. El Conde de Roselly de Lorgues ha escrito varias obras destinadas á presentar á Colón como un ser casi sobrenatural, ó al menos como un santo que debe ocupar un puesto en los templos de la religión católica; pero el capitán de navío D. Cesáreo Fernández Duro ha presentado no pocas objeciones á los asertos del entusiasta historiador francés y sobre los puntos en que disienten el Conde de Roselly de Lorgues y el Sr. Fernández Duro; si Colón estuvo ó no casado con D.<sup>a</sup> Beatriz Enríquez de Arana, madre del D. Fernando, á quien se ha supuesto autor de una biografía del primer Almirante de las Indias; si su conducta como virrey de los territorios que había descubierto dió ó no dió motivo al rigor con que fué tratado por Francisco Bobadilla y algunos otros, sería conveniente que se empleasen las investigaciones de la crítica y los trabajos de la erudición hasta que apareciese con toda evidencia la verdad de los hechos debidamente comprobados.

D. Tomás Rodríguez Pinilla, en su libro *Colón en España*, ha sostenido, contra el parecer de la mayor parte de los historiadores, que la Universidad de Salamanca no emitió ningún dictamen desfavorable á los proyectos marítimos de Colón. He aquí otro punto que debería dilucidarse en las monografías que optasen al premio de algún certamen abierto con ocasión del dicho centenario.

Demostrar la grandísima parte que España ha tenido en la conservación durante la Edad Media de los conocimientos geográficos y náuticos de la antigüedad y en el progreso de estos mismos conocimientos desde los primeros albores del Renacimiento hasta la época en que Colón descubrió el continente americano, demostración que ya ha iniciado con singular acierto el notable y erudito escritor D. Francisco Barado en su *Museo Militar*, sería tarea tan patriótica como propia de los que escriban monografías referentes á los temas que deben de formularse en los certámenes del próximo centenario.

¿Qué conjunto de circunstancias han dado origen á que el continente descubierto por Cristóbal Colón lleve el nombre de América, en vez de llevar, como parece justo, el de Colonia, Colombia, Columbiana ú otro semejante? Los escritos y los viajes de Américo Vespucci ó Vespuccio, y el libro de Martín Waltzmüller, ó *Martin Hylacomilus*, que son los fundamentos en que se buscan los motivos del hecho que de señalar acabamos, no nos parecen suficientes por sí solos para explicar la injusticia que ha privado á Colón del monumento más grande que podía haberse levantado á su memoria, dando su nombre al Nuevo Mundo que su ciencia adivinó y su perseverancia llegó á descubrir. Este punto pudiera también servir de tema á una de las monografías que se premiasen con ocasión del próximo centenario; y también podría aprovecharse esta misma conmemoración centenarista para ponerse de acuerdo todas las naciones civilizadas, y determinar que se cambiase el nombre de América, no en el de Colonia ó Colombia, porque estos ya tienen una significación histórica, sino en el de Columbiana, Colonindia ó Colonasia.

No consienten los estrechos límites de este bosquejo biográfico trazar aquí un retrato físico y moral del primer Almirante de las Indias. Baste decir que los historiadores le describen de elevada estatura, rostro más bien largo que redondo, nariz aguileña y ojos de color claro que fácilmente se animaban, cabellos de plata, que años antes habían sido de oro, como diría Cervantes, vestido con extremada sencillez y reflejando en su señorial apostura la grandeza de sus pensamientos y el poderío de su voluntad.

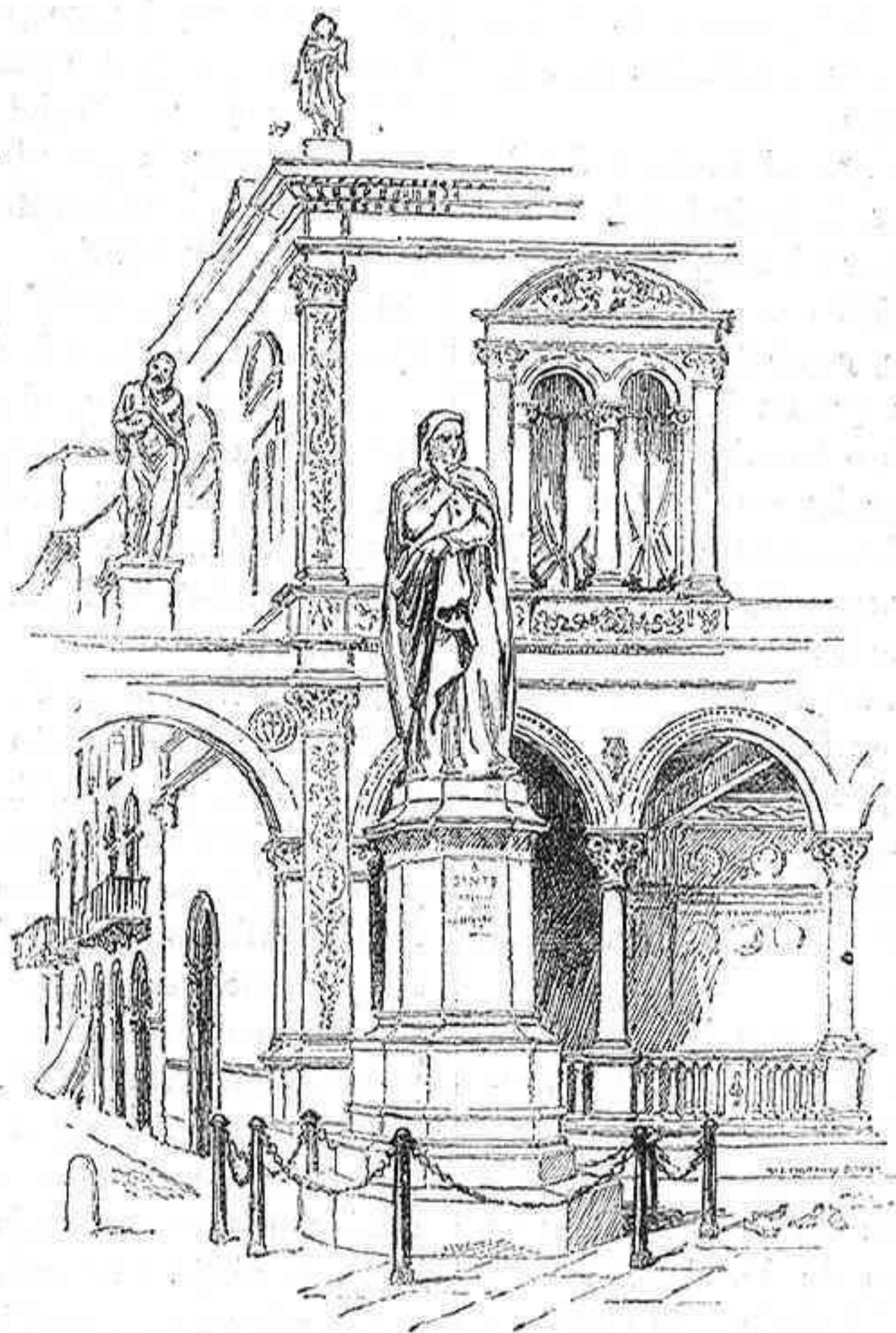
Se ha acusado á Colón de exagerada codicia, y para probar cómo perturbaba su claro entendimiento este amor á las riquezas, se han recordado aquellas palabras suyas que dicen: «El oro es excelentísimo; del oro se hace tesoro; y con él, quien lo tiene, hace *cuanto quiere en el mundo*, y llega á que echa las ánimas al Paraiso.» Hasta su apasionado admirador Washington Irving no vacila en condenarle por el tráfico de los indios, convertidos en esclavos, que muy pronto estableció en los territorios que gobernaba; pero si se tiene en cuenta que lo primero que vieron sus ojos fué el mísero estado de fortuna en que sus padres vivían, y que esta misma escasez de medios de subsistencia le acongojó durante

la mayor parte de su vida, se explica, y casi se disculpa, su amor á las riquezas; que no es raro desear con ansia aquello que nos parece que con mayor dificultad puede alcanzarse. Pero aun poniendo en duda estas ó aquellas cualidades morales de Cristóbal Colón, siempre habrá que rendir tributo de respeto y hasta de admiración á la profundidad y grandeza de su sabiduría como navegante, al valor heroico de que dió tantas muestras en su azarosa vida, y á la indomable voluntad que, venciendo obstáculos tan grandes como numerosos, consiguió llevar á cabo una empresa sin ejemplo en el pasado y sin posible imitación en tiempos posteriores. La ciencia, el valor y la fortaleza de ánimo tejen las coronas de gloria que ciñen y ceñirán la frente del primer Almirante de las Indias; y la voz de la fama imperecedera, uniendo su nombre con el de su patria adoptiva, repite de siglo en siglo:

Por Castilla y por León  
Nuevo Mundo halló Colón.

LUIS VIDART.

Madrid, 26 de Mayo de 1888.

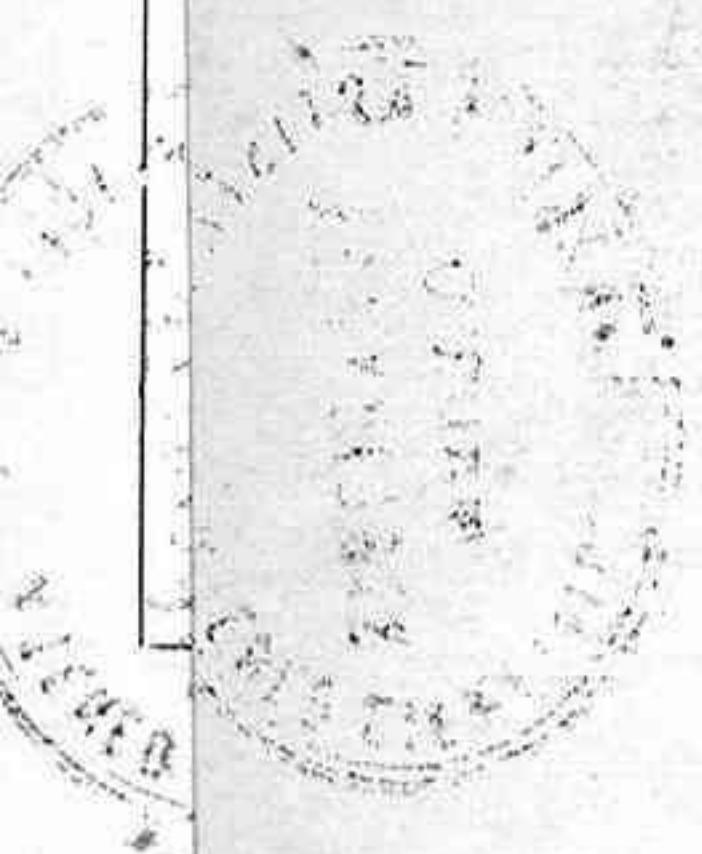


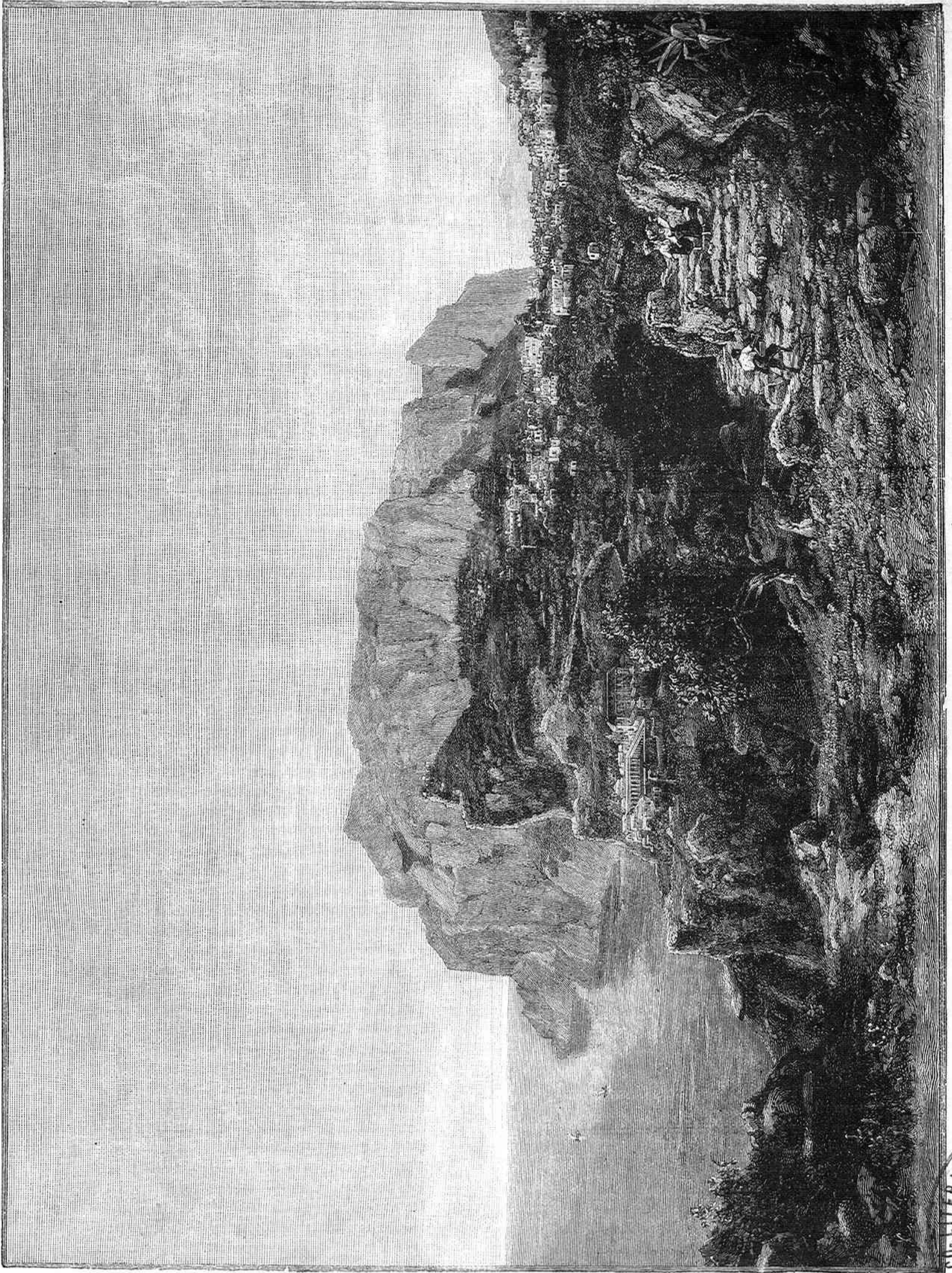
ESTATUA DEL DANTE EN VERONA (ITALIA).



«PRIMAVERA», por Picolo.







VISTA GENERAL DE LA ISLA DE CAPRI (ITALIA). — Cuadro de A. Ligeti.

INSTITUTO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO  
MADRID  
BIBLIOTECA

# LA MUERTA VIVA

## I.

Yo debo haber vivido en otros días;  
En mi mente los pálidos albores  
Resurgen de pasadas alegrías;  
Hieren mi corazón viejos dolores,  
Y abrigo de otra edad las simpatías  
Y de otras existencias los rencores.

De mi pecho en el pliegue más sombrío  
Guardo un amor extraño, que conserva  
Del sol el fuego y de la muerte el frío;  
Amor que me aniquila y que me enerva,  
Que nunca he de lograr, y que no alcanza  
Mi mente á contener; amor maldito,  
Sin fe ni paz, amor sin esperanza,  
Amor de Satanás á lo infinito.

Yo me muero de amor por una muerta.  
Más de dos lentos siglos han pasado  
Desde que al polvo descendió la hermosa;  
El mundo que la amó ya la ha olvidado;  
Hasta su dulce nombre habrán borrado  
Sol y lluvia en la piedra de su fosa.

Pero su imagen vive; lienzo mudo  
Ante la luz pregonada su hermosura,  
Lienzo amado que pongo por escudo  
Al hastío fatal que me tortura,  
Cabezal de mis sueños de ventura  
Y portada de tétricas fronteras  
Que á una razón, que vive entre quimeras,  
El palacio abrirá de la locura.

## II.

Era un día de invierno; grandes salas  
En cuyos altos y macizos muros  
Ostenta el arte sus mejores galas,  
Cruzaba yo, sintiendo vagamente  
Ese batir de misteriosas alas,  
Esa loca ansiedad, esa tristeza,  
Ese frío en el alma que se siente  
Al mirar el abismo y la belleza.

Un mundo allí, que en las terribles ondas  
Del tiempo naufragó, miraba absorto.  
De Velázquez los próceres altivos  
Con torsos de jayán y los destellos  
De la audacia en la faz, que el rutilante  
Sol abrasara, de remotas zonas,  
Y los príncipes pálidos y bellos  
Con languidez de anemia en el semblante,  
Y como el oro de sus cien coronas  
Dorados y profusos los cabellos;  
Murillo, en sueños la razón perdida;  
Los Dioses de Rivera, cuya suerte,  
Como á Velázquez sujetar la vida,  
Le hizo en sus telas sujetar la muerte;  
De Zurbarán los pálidos ascetas  
Y de Pantoja los traviosos pajes,  
Las damas sonrientes y discretas,  
Las viejas abadesas demacradas  
Y los primates de severos trajes  
Enjuta faz y eléctricas miradas.

Menguaba ya la luz; del torbellino  
De rostros que en silencio me miraban  
Desde los muros, cual fulgor divino  
De clara aurora, apareció á mi vista  
Uno que me detuvo en mi camino.  
Era un retrato de mujer; la arista  
Del bien dorado marco, á la dudosa  
Caricia de la luz resplandeciendo,  
Era cinta de fuego que enuadraba  
El fondo obscuro en que la noble hermosa,  
Igual que viva y ante mí creciendo,  
Como visión fantástica flotaba.  
Era su rostro pálido, tan pálido  
Como las hostias del altar; ceñían  
Su excelsa y noble frente los cabellos,  
Y su barba, las ondas del encaje  
Que en su tocado exótico lucían.  
Reverberaban, de cintillos llenas,  
Sus blancas manos sobre el negro traje,  
Como brillan las blancas azucenas  
Por el fresco rocío engalanadas;  
Las serenas é inmóviles miradas  
De sus obscuros y rasgados ojos  
Despedían los trémulos fulgores  
Que á la luz de la luna las espadas,

Y á encendidos claveles diera enojos  
Con el vivo matiz de sus colores,  
La dulce curva de sus labios rojos.

Nadie había en la estancia; se apagaba  
Allá en el cielo el tono gris de perla  
De aquella tarde de Noviembre fría,  
La humedad los cristales empañaba,  
Y dentro de mí mismo percibía  
Algo como el brotar de un sentimiento,  
Que en mi pecho crecía y oscilaba  
Como la antorcha que sacude el viento.  
Y sali conteniendo entre mis labios,  
Con los suspiros de ignoradas penas,  
Un beso que esparcía por mi boca  
Ese sabor de herrumbre que sofoca  
Cuando la sangre sobra en nuestras venas.

## III.

¿Quién fué aquella mujer? Cuando en la noche  
Sobre el negro corcel de mis quimeras  
Vuela mi fantasía, ¡cuántas veces  
Me la fingí en un templo, solitaria  
Á Dios alzando sus benditas preces!  
Otras, entre las luces espectrales  
Que iluminan mis negras pesadillas,  
Vila en fiestas solemnes y triunfales.  
Ya en su amante soñar la hallé dormida  
Ante la tibia luz de la alborada,  
Ya de amor palpitando en la callada  
Discreta sombra que al amor convida.  
Vi su palacio inmenso y escondido  
En los pliegues de lóbrega calleja,  
Todo viviendo en él, y aún empañado  
El frío vidrio de la fuerte reja  
Por su aliento bendito y perfumado,  
Cuando asequible á la amorosa queja  
Esperaba en la noche á su adorado.

Entrando en su mansión, ví extrañas gentes  
De sombrío mirar, barbas espesas,  
Sobre los fieltros cintas de colores,  
Y bajo el manto espadas rabitieras;  
Y llegar á un galán con loco anhelo;  
Rico joyel de perlas relucía  
En su toca de obscuro terciopelo,  
Sobre sus botas avampiés rizado,  
Y una cruz que de sangre parecía,  
En los pliegues del negro ferreruelo  
Sus aspas enrejadas escondía.  
Bajaba ella después de una litera,  
Y la dicha pintada en el semblante,  
Cogida del galán, de la escalera  
Los peldaños anchísimos subía;  
Y murmuraba trémulo el amante  
Algo en su oído, y ella sonreía;  
Hasta que al fin, perdidos en las sombras,  
Envuelta mi razón en negros velos,

Miraba deshacerse, cual vapores,  
El arcángel de luz de mis amores  
Y el demonio de sombra de mis celos.

De mis celos ¡ay, si! celos malditos  
De aquel galán fantástico y aleve  
Que á mi coraje tétrico ofrecía  
Solo un cuerpo sin forma, un humo leve  
Que al llegar junto á mí se deshacía.

Por mi adorada suspiraba en vano,  
Persiguiendo su sombra encantadora  
Que flotaba al alcance de mi mano,  
Y que huyendo de mi nada dejaba  
En mi ser de su ser sino el deseo;  
Y ya de amor frenético pedía  
No unos brazos amantes, sino un nombre  
Que poder bendecir en mi agonía.

## IV.

Tiene el dolor un término; la espada  
Tiene una cruz que su poder limita,  
Y de la cruz no pasa la estocada.  
El amor más crüel, más desgraciado,  
En medio de su negra desventura,  
Conserva una esperanza, cruz bendita  
Que ataja ó dulcifica su amargura.  
Mas sentir en el pecho desgarrado  
Por un ser que no es hondos amores,  
Es cruzar el espacio ilimitado  
Entre sombras buscando la fortuna,  
Es sentir la nostalgia y el hastío  
Del cisne que, prendado de la luna,  
Quiere besarla en el cristal del río.

¡Mas si al fin tal mujer vivido hubiera!  
Pero ¿quién á mis ansias sin medida  
Puede fiar que su serena frente,  
Sus frescos labios y sus nobles ojos  
No son sombra fantástica nacida  
De loco artista en la abrasada mente;  
De un sueño audaz magníficos despojos,  
Fuego de una ilusión, del genio alarde,  
Visión muerta al nacer, como los rojos  
Nubarrones fugaces de la tarde?

Imagen de un capricho ó de una hermosa,  
Copia de una ilusión ó de una muerta,  
Aunque seas quimera misteriosa  
Es tuya, tuya mi alma temblorosa  
Al rayo frío de tu amor abierta.  
No lo dudes, mujer; si en aquel día  
En que el pincel te dibujó me hallara  
Y viese que tu cuerpo no existía,  
Odios y amor llorando separara,  
Y al pintor por cruel asesinara  
Y por hermosa á ti te adoraría.



Pero eterna serás, que eterno ha sido  
 Siempre, ilusión, lo que en tus sueños creas.  
 Cuando muera por fin cuanto ha existido,  
 Aún brillarán eternas las ideas,  
 Triunfadoras del tiempo y del olvido;  
 Como al perderse entre la sombra oscura  
 De los años, de Lauras y Eloisas  
 El amor, el desdén y la ternura,  
 Eterna vivirá la Venus griega,  
 Rayo de luz que de los cielos llega

Para mostrar al hombre la hermosura.

Sombra ó visión, quien sueña en tus amores,  
 Un mundo entero por lograrlos diera;  
 Y aun siendo esta pasión vana locura,  
 ¿En dónde un loco, dime, hallar pudiera  
 Prometida mejor que una quimera  
 Que sonríe á su amor desde la altura?

JOSÉ HERRERO.



SCHOPENHAUER.

CÉLEBRE FILÓSOFO ALEMÁN.



# ¡ANDALUCÍA!



Al fin, tras largos años  
De ausencia impía,  
Nuevamente de mi alma  
Te enseñas.  
¡Salve, pródiga tierra  
De la alegría!  
Patria de mis amores,  
¡Bendita seas!

¡Cuántos ya disipados  
Sueños de gloria,  
Recuerdos de otro tiempo  
Siempre querido,  
Se despiertan alegres  
En mi memoria  
Al volver á la tierra  
Donde he nacido!

¡Venid, recuerdos gratos,  
Y, aunque de lejos,  
Devolved á mi mente  
La lozanía;  
Que llama á vuestra puerta  
Con sus reflejos  
El sol vivificante  
De Andalucía!

Los rayos que despide  
Su hoguera santa  
Derraman generosos,  
Á manos llenas,  
Gérmenes en el suelo,  
Savia en la planta,  
Claridad en la mente,  
Fuego en las venas.

Aquí nunca las nubes  
Corren su velo,  
Y tienen más aroma  
Frutos y flores,  
Más anchura el espacio,  
Más luz el cielo,  
Y querellas más dulces  
Los ruiseñores.

Brotan aquí doquiera  
Lirios y rosas,  
Que no hielan los soplos  
Del cierzo duro,  
Y tienen más colores  
Las mariposas,  
Y es la mujer más bella  
Y el sol más puro.

Silvestres amapolas  
Cubren los prados,  
Las doradas espigas  
El viento mece,  
Y la arisca chumbera  
De los vallados  
Su dulcísimo fruto  
Pródiga ofrece.

Los añosos olivos  
De claras hojas,  
Formados en hileras,  
Bajan del monte,  
Y el naranjal limita  
Con cintas rojas  
Los últimos confines  
Del horizonte.

Elevándose erguidas  
Sobre el follaje,  
Dominando los huertos  
Y las praderas,  
Con la espesa techumbre  
De su ramaje  
Brindan sombra y frescura  
Verdes palmeras.

La magnolia fragante,  
Bella y frondosa,  
Abate sus altivas  
Ramas mejores,  
Como buscando alguna  
Mano piadosa  
Que la alivie del peso  
De tantas flores.

¡ Cuán ufana la viña  
 Por la llanura  
 De sus pámpanos verdes  
 Tiende el tesoro,  
 Y en racimos enormes  
 Guarda segura  
 El riquísimo néctar  
 Color de oro!

¿ Qué antídoto más dulce  
 Para la pena  
 Que ver del mar risueño  
 Junto á la orilla,  
 De sabroso marisco  
 La fuente llena  
 Cercada por las cañas  
 De manzanilla?

Aquí el fresco pescado  
 Pasa cautivo,  
 Por manos de una moza  
 Que canta y rie,  
 Desde la red que preso  
 Lo guarda vivo,  
 Á la sartén inmensa  
 Donde se frie.

Y lejos, entre alegres  
 Voces risueñas,  
 Bajo la fresca sombra  
 De verde parra,  
 Una zagala entona  
 Las malagueñas,  
 Que acompaña el rasgueo  
 De la guitarra.

Uno aquí habla del trigo  
 De sus graneros;  
 Otro, de la yeguada  
 que aumenta y cuila;  
 Y éste, amigo de toros  
 Y de toreros,  
 Cuenta las peripecias  
 De una corrida.

Ya recuerda aquel bravo  
 Toro meleno  
 Que en aprieto tan duro  
 Puso á la gente,  
 Hasta que con soltura,  
 Guapo y sereno,  
 Lo quebró de rodillas  
 Cierta valiente;

Ya pondera el arrojado,  
 Viveza y gala  
 Con que un banderillero  
 Metió los brazos.....  
 Relación que oye atenta  
 Cierta zagala

Que se muere de amores  
 Por sus pedazos,

Y que venciendo el ansia  
 Que la conmueve,  
 Oculta un sentimiento  
 Que nadie ignora,  
 Mientras al blando paso  
 De su pie breve,  
 Su bata almidonada  
 Cruje sonora.

.....  
 .....  
 .....

Desde la abrupta sierra  
 Que azota el viento  
 Y defiende la entrada  
 De estos lugares,  
 Hasta el peñón enorme  
 Cuyo cimientito  
 Desechos en espuma  
 Besan dos mares,

Todo es aquí conjunto  
 De perfecciones,  
 El mar, el pueblo, el campo,  
 La luz, el día,  
 Y estas almas vehementes  
 Cuyas pasiones,  
 Aviva el sol de fuego  
 Del Mediodía.

Granada, entre jardines  
 Que el Darro riega,  
 Coronada de torres  
 Se eleva ufana,  
 Y á sus plantas se tiende  
 La fértil vega,  
 Alcatifa moruna  
 De la sultana.

Allí la Alhambra altiva  
 Sobre el follaje  
 Destácase orgullosa  
 De sus primores,  
 Y allí lucha la piedra  
 Con el encaje  
 De aquellos arabescos  
 En las labores.

Sobre un campo más verde  
 Que la esmeralda,  
 Sevilla se presenta  
 Blanca y riñente,  
 Y enamorado el Bétis  
 De la Giralda,  
 La copia en los cristales  
 De su corriente.

Córdoba la moruna,  
Que el valle encierra,  
Sobre su fértil suelo  
Se alza bendita  
Entre los naranjales  
De aquella sierra  
Y el bosque de columnas  
De su mezquita.

Reina del Oceano,  
La antigua Gades,  
Sobre el mar se levanta  
Con gracia suma,  
Como la hermosa Venus  
De las ciudades

Surgiendo en una concha  
De entre la espuma.

¡De cuántos bienes gozas  
Andalucía,  
Y cómo de las almas  
Te enseñas!  
¡Salve, pródiga tierra  
De la alegría!  
Patria de mis amores,  
¡Bendita seas!

J. ANTONIO CAVESTANY.

Puerto Real, Julio 88.



ROMA.

TURISTAS, VISITANDO LAS RUINAS DEL FORO.



# EL SEÑOR LUCAS



## I.

RA este hombre un hijo del pueblo, un madrileño de pura sangre, nacido de humildísimos padres, en la bulliciosa calle de la Comadre, acostumbrado al trabajo desde los ocho años, que ya á esta edad iba con el autor de sus días, peón de albañil, á la obra, y en lo poco que le permitían sus escasas fuerzas le ayudaba, aprendiendo á la vez el rudo oficio, y haciéndose querer de peones, oficiales y maestros por su gallardía, su viveza y su característica bondad. Á los catorce ya se había desarrollado bastante con el continuo ejercicio; trepaba por las cuer-

das y se tenía firme en el estrecho andamio, y *sabía* de albañilería más que su padre, obrero rutinario y á quien la ignorancia y la pobreza habían hecho tímido, é indolente. Dos años después ganaba más el hijo que el padre; y éste, un día, desoyendo el consejo de aquél, que le advertía el peligro y le prohibía enérgicamente poner el pie en una escalera colocada casi perpendicular sobre un andamio, cayó como un fardo sobre las losas de la calle, donde el Juzgado recogió los restos del pobre hombre; una de tantas víctimas del abandono y la falta de celo y de aptitud de las autoridades matritenses.

Los periódicos lamentaron la desgracia con las breves frases de costumbre, y de entonces acá Dios sabe cuántos infelices trabajadores han sufrido la misma suerte que el padre de Lucas.

Este sustituyó al jefe de la familia en sus obligaciones, y la triste viuda no pudo menos de sentirse orgullosa de haber criado un hijo tan bueno, tan honrado, tan laborioso. ¡Entrar Lucas en la taberna!... ¡Jamás! Amigos tenía pocos y buenos. ¡Mujeres! Para él, como si no existieran. «Mientras

viva mi madre, decía, y Dios me la conserve largo tiempo, no pienso en otras mujeres. Puedo cumplir una obligación, pero nada más que una: la de cuidar de mi madre.»

Una noche, ya tenía Lucas veintitres años, su madre, que había salido á visitar á una amiga vecina de la calle de Embajadores, volvió á casa toda azorada, y conforme entró, dijo á su hijo:

—¡Ay Lucas de mi vida, lo que me ha pasado!

—¿Qué ha sido, madre?—le preguntó alarmado.

—¡Mira!

—¡Caracoles!

La buena mujer le presentaba una preciosa criatura envuelta en ricas telas.

—¿Qué muchacho es este? ¿De dónde le ha sacado usted?...—preguntó Lucas.

—Hijo, me le han dado.

—¡Vaya un regalo!

—Me le ha puesto en los brazos....

—¿Quién?

—Un hombre, diciéndome: «Buena mujer, tome usted, y si tiene buen corazón, sea madre de este niño, y si no puede usted ser su madre, llévele á la Inclusa.» Y ha desaparecido, quedando yo muda y aturdida, sin saber lo que me sucedía ni poder echar la palabra.

—¡Válgame Dios! ¡Pues nos ha caído la lotería!

—¿Te enfadas, hijo? Considera que yo no he podido.... Comprendo mi torpeza, maldigo mi apocamiento, pero....

—Por Dios, madre, no se disculpe usted, que yo no la culpo. ¡Y qué hermoso es el niño!

—¿Qué hacemos?... Ya puedes suponer que no he tenido valor para entregar el niño á los guardias ó llevarlo á la Inclusa....

—Yo tampoco lo hubiera tenido.

—Pero ¿qué hacemos?

—Pues usted, ¿qué ha de hacer sino lo que le ha dicho el hombre?... Ser su madre, y yo seré su hermano.... es decir, seré su padre..., el padre de un hijo ajeno.

—¡Hijo mío!...—exclamó la viuda mirando con inefable ternura al albañil.

El niño llevaba al cuello una bolsita que contenía cuatro monedas de cinco duros, pero no se encontró entre sus ropas declaración ni advertencia alguna.

—Acaso—dijo Lucas—el hombre conoce á usted, y si es así, algún día podrá saberse la procedencia de esta criatura. Si no nos conoce ese hombre, hay que pensar que el niño ha sido cobarde y villanamente abandonado. Sea lo que Dios quiera. Este es nuestro hijo, madre. Traiga usted quien le

crie; le bautizaremos, le llamaremos Bienvenido, y Dios nos favorecerá para cumplir hasta el fin esta obra de misericordia.

Poco tiempo vivió la viuda del albañil. La desgracia de su marido, estrellado en las piedras de la calle, había herido profundamente el corazón tierno y generoso de la infeliz mujer, y la enfermedad adquirida llegó á su término natural, á pesar de los cuidados del hijo amante. A los veinticuatro años, Lucas, huérfano, cumplía los deberes paternales que se había impuesto, y amaba con locura al hermoso niño que su madre había traído á casa.

El amor sublime de este padre de un hijo ajeno hizo milagros. Lucas se aplicó á instruirse con tal afán, y á perfeccionarse en su oficio, que logró ser el maestro de obras más inteligente, y adquirió una reputación de suficiencia, de formalidad y honradez, que le valió la estimación de los compañeros, de los trabajadores, de los arquitectos y los propietarios, comenzando bien joven á constituir una fortuna dignamente ganada, de la que participaban los pobres, á quienes favorecía con la mayor largueza.

Su orgullo, su gloria, era Bienvenido. Ni un príncipe de la sangre estuvo más cuidado y atendido; ningún potentado se crió con más regalo que el hijo abandonado á la caridad de la viuda del albañil. Lucas acariciaba la idea de que su protegido fuera un arquitecto notable, y desde niño procuró dirigir sus inclinaciones á la realización de esta idea. Bienvenido correspondió admirablemente al intento de su padre adoptivo; era muy inteligente y mostraba decidida vocación y felices disposiciones para el arte de la construcción. Llévóle á viajar, le hizo ver las prodigiosas obras arquitectónicas del Escorial, de Salamanca, de Toledo, de Burgos, de Avila y Segovia, de Zamora, de Sevilla y Córdoba, de Granada, y así formó el exquisito gusto del niño, que era, ciertamente, en lo moral y en lo físico, una criatura perfecta.

«Si yo tuviera un hijo, pensaba Lucas, no podría quererle tanto como quiero á Bienvenido.»

Á los veinticuatro años había terminado los estudios en la Escuela de Arquitectura, y como premio de su aplicación, Lucas le propuso un viaje de seis meses á Francia é Italia; aceptó con entusiasmo el arquitecto esta seductora proposición, y se convino en que haría solo este viaje. Lucas tenía en la corte por entonces asuntos de contratas importantes que no podía abandonar. Además le parecía que no ofrecía peligro alguno dejar ya andar solo por el mundo á quien era tan formal y tan discreto. Le entregó cartas de crédito por una cantidad considerable para que de nada careciera, y con lágrimas en los ojos y rebotando noble orgullo su corazón, le despidió en el andén abrazándole tiernamente. También conmovió profundamente la despedida á Bienvenido, que jamás se había separado de tan cariñoso padre. Estrechó y besó sus manos, diciéndole:

— Adiós, padre mío, el más digno de los hombres y el más tierno de los padres.

— Y el más feliz de todos — añadió Lucas. — Dios te proteja, hijo mío, y te vuelva á mi lado.

## II.

El señor Lucas, enriquecido noblemente por el trabajo, había podido con suma facilidad, sin renegar de su origen

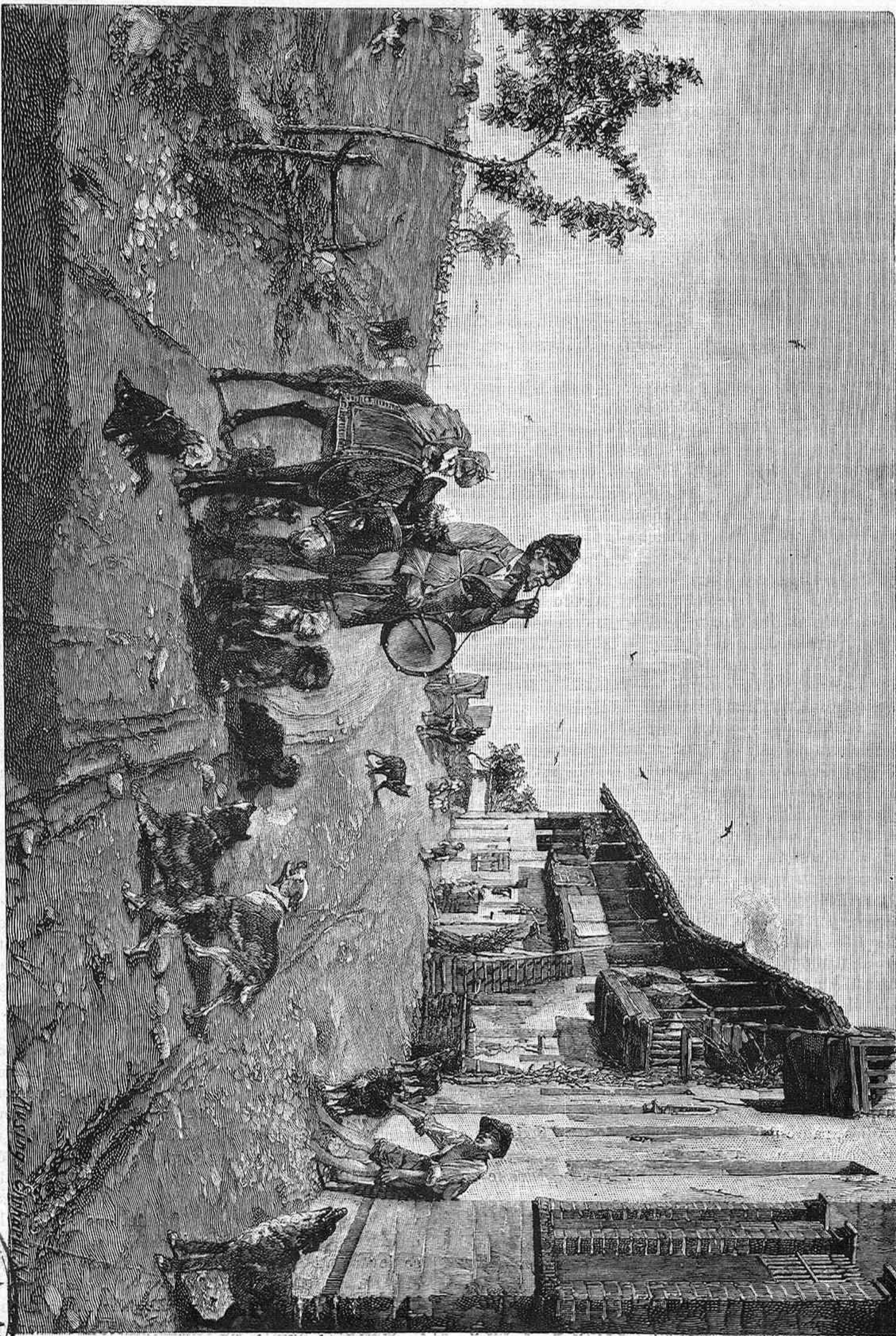
humilde y honrado, elevarse á más alta esfera en la escala social; habría logrado sin esfuerzo, y como legítima recompensa de sus relevantes condiciones, ser concejal, diputado provincial, á Cortes, senador..... ¿quién sabe?..... hasta título de Castilla y excelentísimo señor. Pero él jamás pensó en semejantes grandezas, y si no le parecía mal que le llamasen D. Lucas, tampoco se enojaba si le llamaban señor Lucas. Siguió, pues, siendo siempre el señor Lucas, y aunque pudo construirse un palacio, si hubiese querido, en el mejor sitio de Madrid, no quiso abandonar jamás el barrio y la calle en que nació, en que había adquirido popularidad, y donde sabía que estaba rodeado de amigos y de pobres agradecidos para quienes su alejamiento habría sido la más grande y amarga de las penas.

Compró la casa, adquirió también la inmediata, y de las dos hizo una con solos dos pisos, en que procuró reunir todas las comodidades posibles, destinando la planta baja, con su precioso jardín y su gran patio y sus salas de estudio, á Bienvenido, que «un día se casará, pensaba él, y es preciso que tenga en la casa anchura, desahogo, flores y árboles para regalo de su mujer y de sus hijos.» Y él se reservó el piso principal para sus habitaciones, las de los criados y su oficina. «Arriba, solía decir á Bienvenido, tienes todos tus dependientes, y yo soy el primero de éstos.»

Y todo lo había previsto el excelente hombre. Para que los infinitos pobres, mendigos unos y otros poco menos, que iban á pedirle algo constantemente, no molestaran á Bienvenido, hizo, separada de la principal, otra puertecita que sólo conducía á sus habitaciones del primer piso, y todo el barrio conocía aquella escalera, que los más subían con angustias de muerte y cuando bajaban ya salían consolados.

Sólo un cargo público desempeñó el señor Lucas, el de alcalde de barrio, durante una corta temporada, porque fué destituido autoritariamente por el enorme delito de negarse, en visperas de una elección de diputados, á ir personalmente, como se le ordenaba, á visitar á todos los taberneros del distrito, con objeto de imponerles la candidatura de un hombre político á quien ninguno de sus convecinos conocía de vista siquiera.

Todos, menos él, sintieron aquel golpe de *Viriato*, como, por decir *ab irato*, dijo un memorialista ilustrado del portal de enfrente, picado de republicanismo gubernamental, porque en verdad ha de consignarse que jamás estuvo más tranquilo el barrio, ni hubo menos reyertas y discusiones que durante *su mando*, como decía el mismo escribiente público en un corro de gente del bronce, proponiendo que se elevase una representación al Gobierno, reclamando enérgicamente contra una medida tan injusta y arbitraria. El mismo la escribiría, sin cobrar la peseta de la tarifa de memoriales, á cuya sección de su oficina correspondía aquel documento. Esta idea fué aceptada en el barrio por todos los vecinos, sin distinción de partidos, y ya estaba el señor López, el memorialista, encerrado en su despacho del portal, escribiendo el borrador en el estilo más correcto á la vez que severo y altivo, cuando el señor Lucas, que lo supo, le envió un par de duros para café y la orden terminante de que no se devanara los sesos en redactar semejante papel, porque él había resignado ya el *mando* y dado las más rendidas gracias á quien le dispensó el singular favor de firmar su destitución, y se disponía á entregar todos los papeles de la



MAL RECIBIMIENTO. — Cuadro de G. B. Quadroni.



alcaldía á su sucesor, un comadrón que, entre otros méritos, tenía el de haberlo sido veinte años antes de un batallón de la Milicia Nacional.

No por eso dejó de ser el señor Lucas la personalidad más influyente en aquel vecindario, conservando siempre la autoridad de su independencia, de su honradez acrisolada y de su caridad inagotable. Había cerca de la suya una casa inmensa de vecindad en que vivían en los cuartos interiores en gran número pobres obreros, vendedores ambulantes, lavanderas, infinidad de gente, toda poco familiarizada con la moneda, y de cuya finca era dueño un barbarote, plebeyo, enriquecido, áspero y rudo, codicioso y avaro, que trataba á los inquilinos, cuando se atrasaban en el pago, de una manera despótica y cruel, sin que le movieran á compasión ni los lamentos de la recién parida que se veía arrojada del mísero hogar, ni la angustia de la familia hambrienta cuyos escasos, vetustos y derrengados muebles mandaba poner en la calle.

El señor Lucas, que sabía lo que allí pasaba y conocía las escenas desgarradoras que presenciaba impasible el implacable casero, presentía que iba á llegar ocasión en que fuera teatro de un crimen aquella siniestra casa. Un día un inquilino desesperado se arrojaría sobre el casero y le ahogaría, porque aquel desgraciado no sólo reclamaba imperiosa y despóticamente lo que se le debía, sino que insultaba y denostaba cruelmente á los deudores. La pasión del dinero le daba, á él que era pusilánime y cobarde, una osadía increíble. No le ocurría pensar que uno de aquellos desventurados seres á quienes maltrataba podía rebelarse y estrujarle como á una cucaracha.

Por suerte, el señor Lucas imaginó poner término á situación tan violenta entre el propietario y los inquilinos. Fué á verle, le indicó en breves palabras su propósito de comprarle la finca, le ofreció un 50 por 100 sobre su valor, y se hizo dueño de ella.

Fué día de público regocijo el en que se dió á conocer el señor Lucas como propietario de la casa, y el entusiasmo llegó al colmo cuando comunicó á los inquilinos su resolución de rebajar un 25 por 100 el precio de los alquileres.

—Pero no vayáis—dijo á los que había reunido en el patio—á dejar de pagar puntualmente, porque entonces, hijos, será este para mí un negocio ruinoso.

Y ¡cosa singular! desde aquel día fueron más exactos en el pago, y si alguno demostraba la imposibilidad de pagar, solía recibir un socorro del casero, que le decía gravemente:

—Toma, hombre, toma, y este mes no pagues al casero, pero procura pagarle el mes que viene.

El señor Lucas hizo una minuciosa labor de separación de la cizaña que existía en la vecindad de su nueva finca, y todo inquilino sospechoso, holgazán, sin antecedentes conocidos, borracho, sin oficio, fué invitado cortésmente á buscar otro albergue, pagándole el casero la mudanza. Y así, una casa donde tanto bullicio había antes, saliendo frecuentemente á relucir las abominables navajas, y donde muchas veces se oía el lenguaje de la impiedad y de la soez amenaza mezclado con los agudos chillidos de la mujer apaleada y con el llanto desgarrador del niño bárbaramente castigado, se convirtió en apacible mansión donde todo era tranquilidad y alegría, y el ruido el más agradable de oír, pues se componía de encantadoras risas infantiles y de re-

gocijadas canciones de madres venturosas en medio de su pobreza, y de obreros avezados al trabajo y conformes con su suerte.

Uno de los cuartos exteriores de esta casa, que había quedado vacante, fué alquilado poco después de emprender Bienvenido su viaje al extranjero, por una persona completamente desconocida del señor Lucas. Era un hombre de buen porte, grueso, serio, con grandes patillas, que dijo llamarse Vicente García y ser comisionista.

El mismo día llevaron á la casa pocos muebles de escaso valor, y el siguiente, el señor Lucas, que se hallaba á la sazón en el portal, vió llegar en un coche de alquiler á su nuevo inquilino, á quien desconoció viéndole sin sus grandes patillas y con gafas oscuras, acompañado de una joven modestamente vestida, de melancólica y dulce mirada, que la fijó un momento en el casero, mientras D. Vicente pagaba y despedía al cochero.

### III.

Jamás había sentido tan profunda impresión el señor Lucas. Miró á la hermosa con ojos de sorpresa y admiración, y fué su mirada tan profunda, que la doncella bajó instintivamente la vista, y el rubor enrojeció instantáneamente su rostro.

Saludó D. Vicente al casero, que hasta entonces no le conoció, y le invitó á enviarle el contrato de inquilinato para abonar el primer mes, como se había convenido.

—Yo mismo subiré luego, si no le causó molestia—dijo el señor Lucas.

—¿Molestia?.... De ningún modo. Creí que un propietario de la importancia de usted tendría administrador.

—Esta finca la administro yo mismo. Los inquilinos prefieren entenderse conmigo; hablo de la turbamulta de inquilinos del patio.

—Sea como usted quiera, y suba usted cuando le convenga; yo tendré mucho gusto.

La portera entregó á D. Vicente la llave, y éste y la joven subieron.

El señor Lucas quedó allí inmóvil, experimentando por vez primera en su vida una emoción mezcla de angustia y de placer, que era la explosión de un sentimiento que hasta aquel instante no se había revelado en su corazón.

—¡Por vida mía!—pensó—jamás he visto mujer tan hermosa. ¡Qué ojos!.... ¡Y qué triste!

Y sintió vivo anhelo de volver á contemplar el rostro dulce y profundamente melancólico de la hija de su nuevo inquilino, costándole mucho no subir el mismo día con el pretexto de firmar el contrato de alquiler. Mas le pareció descortés todo apresuramiento, y dejó pasar dos días más; pero el tercero ya no pudo vencer sus ansias de verla.

Se vistió algo más cuidadosamente que solía, subió, y latándole el corazón como nunca, llamó tímidamente. Abrióse el ventanillo y una voz suave preguntó:

—¿Quién es?....

—¿Está D. Vicente?....

—¿Quién?....—repitió la voz suave.

—Don Vicente.

—¡Ah, sí!



Y se abrió la puerta.

Era ella, con los hermosos ojos encendidos de llorar.

—Pase usted—dijo—no le había conocido. Mi padre está en cama. Pase usted.

—No quisiera..... no tengo prisa... otro día..... —murmuró el señor Lucas.

—Pase usted. Mi padre me ha dejado el dinero para usted, y cuando se levante firmará el contrato.....

—No hay prisa, ni necesito el dinero. La indisposición de su señor padre ¿es cosa de cuidado?..... ¿Quiere usted que llame á mi médico?

—No, no, señor. Muchas gracias. Mi padre no los quiere..... Toma acónito homeopáticamente, y eso dice que le despeja la cabeza; todo el mal lo tiene en la cabeza.

—Habrá trabajado mucho.....

—Sí, señor, mucho.

—Pues yo..... señorita..... no sé si me atreva á decir á usted..... porque como no he tenido hasta ahora la honra de conocer á su señor padre y á usted..... acaso..... y no quisiera.....

—Hable usted sin reparo.....

—Pues ya que usted me anima, le diré que me han sido ustedes muy simpáticos, mucho..... usted y su señor padre.

—Doy á usted gracias por él y por mí.

—Y quisiera..... quisiera que ustedes me dieran ocasión de servirles en algo..... Sería para mí la más grata de las satisfacciones.....

—¡Oh! agradezco á usted mucho esa manifestación de sus sentimientos.

—Serviré á ustedes, ya que no á título de casero, como su vecino que soy. Vivo en la casa inmediata.....

—Ya lo sé. Muchas gracias.

—Hablo con el alma. Ustedes con entera franqueza pueden disponer de mí.

—¡Jesús! No sé cómo expresar á usted mi agradecimiento.

—Considerándome su amigo verdadero.

—Creo en la sinceridad de usted.

—No molesto á usted más. Volveré á saber cómo sigue su señor padre.

—Tendrá mucho gusto en recibir á usted. Ahora no le llamo, porque descansa desde hace media hora. No ha cerrado los ojos en toda la noche.

—Volveré, señorita.

—Cuando usted guste..... Pero llévese usted el dinero.

—No, no necesito el dinero.....

—¡Oh! Mi padre se enojará conmigo si sabe que ha estado usted aquí y no le he dado su dinero. Ruego á usted que nos evite un disgusto á mi padre y á mí.

—De esa manera me obliga usted á tomarlo. Por evitar á usted una incomodidad haría el mayor de los sacrificios.

—Gracias. Es usted la bondad misma.

—Donde usted está, señorita, no puede haber bondad que se iguale con la que rebosa en sus ojos.....

La joven sonrió tristemente, y el señor Lucas salió mucho más aturrido y emocionado que cuando entró.

—¡Caramba! ¡caramba!—iba pensando cuando bajaba por la escalera.— ¡Yo estoy enamorado de esta mujer!..... ¡A mis años!..... Y no hay más, estoy enamorado de ella..... y por lograr que me quisiera daría..... ¿qué había de dar?.....

toda mi fortuna..... Es lo único que tengo.... No, también tengo la vida, y la daría por ella. Y en la existencia de padre é hija me parece que hay misterio. Pero ¿qué misterio?

#### IV.

Don Vicente García no estaba bueno, pero no se hallaba tan enfermo como para guardar cama. Lo que no quería D. Vicente era firmar el duplicado del contrato de alquiler, porque no quería firmar Vicente García, no siendo su nombre, y no se atrevía á declarar cuál era éste. Había adoptado aquél precisamente para ocultar el verdadero, que era bastante conocido de mucha gente, y lo sería más en cuanto, como él temía, lo popularizaran los edictos de algún Juzgado citándole y emplazándole con la coletilla de que no presentándose le pararía el perjuicio á que hubiere lugar; y en verdad el hombre consideraba que el mayor perjuicio le pararía presentándose.

¿Era acaso un criminal D. Vicente?

No. Era simplemente un hombre desordenado, que pudiendo haber vivido holgadamente, había venido al extremo de perder cuanto tenía en descabelladas empresas, abusando del crédito hasta el punto de hallarse acribillado de trampas, que es peor que de balazos. Habitado á la vida del lujo, no había tenido fuerza bastante para contenerse antes de poner el pie en la pendiente por donde resbaló hasta el abismo.

Llegó el hombre á no poder estar en casa ni salir á la calle sin peligro de encuentros desagradables, y en tan violenta situación, y mientras daba la mano última á un proyecto de asociación para matar la usura, imaginó ocultarse con su hija en un barrio donde nadie le conocía, anunciando previamente que salía de Madrid á visitar sus fincas. Estas fincas existían efectivamente y habían sido suyas, pero ya tenían otro dueño.

De esta suerte creyó poder vivir libre de la persecución de sus acreedores y de la justicia, y cuando tuviera bien pensado y estudiado su benéfico proyecto, uno de tantos como había hecho en su vida, siempre con mal éxito, aparecería otra vez en ambos mundos, es decir, en el de los negocios y en el del buen tono, satisfaciendo así su mísera vanidad.

La hermosa María desconocía por completo la situación de su padre. Educada en un colegio, en el que entró poco después de la muerte de su excelente madre, hacía sólo dos años que había vuelto al lado de aquél, y vivía en la ignorancia más absoluta de los medios de que disponía el autor de sus días. Por esto fué para ella sorpresa nunca soñada la repentina mudanza de una cómoda habitación en Recoletos á la desmantelada casa de la calle de la Comadre. Su padre la quiso tranquilizar asegurando que sería por poco tiempo, que asuntos políticos le obligaban á ocultarse, cambiando de nombre, y prometiéndole para muy pronto una vida feliz en medio de los placeres de la alta sociedad. Pero María no le creyó, y empezó á sospechar que su padre no tenía cabal el juicio, y al mismo tiempo sintió una vergüenza y una angustia que le atormentaban más que la estrechez y la tristeza en que vivía. — «Indudablemente,



pensaba, á mi padre le sucede algo muy grave, y el corazón me anuncia grandes amarguras.» — Y no se atrevía á preguntarle, porque la triste conocía cuánto le contrariaba: había visto ya en sus ojos siniestras ráfagas de ira, y le tenía miedo.

El señor Lucas volvió y habló con su inquilino. Hombre aquel de singular perspicacia, comprendió bien pronto que el D. Vicente no estaba en su sana razón ó tenía sobre sí la pesadumbre de un gran infortunio. Hablábale de grandes negocios en que había tomado parte, y que se habían malogrado por la intervención de personas incapaces; le encarecía su proyecto de matar la usura, idea que le era muy simpática á Lucas, y cuando éste le ofrecía que si el proyecto le parecía viable no tendría inconveniente en facilitar capital, encandilábanse los ojos de D. Vicente y asomaba á ellos la expresión de la más desapoderada codicia.

María recibía con gusto las visitas del señor Lucas, porque éste poseía la facultad de tranquilizar y distraer á su padre, que en viéndose solo manifestaba una inquietud y una zozobra muy pronunciadas, y presentaba toda la apariencia de la locura. Además, el señor Lucas se mostraba tan cortés, tan obsequioso y afable con ella, y la hablaba con tanto cariño y con tan singular ternura, y era tan sincero su interés por el enfermo, que la pobre joven hallaba mucho consuelo oyéndole y le consideraba un verdadero amigo. Y ocioso es decir que el señor Lucas, más enamorado cada día, estaba en sus glorias, persuadido de que María le estimaba y recibía con agrado sus demostraciones de afecto. Y en su imaginación, el excelente hombre levantaba el hermoso edificio de su felicidad, soñando ser esposo y dueño de tan peregrina hermosura. Ya había cumplido los cuarenta y siete años; pero, lo que nunca había hecho, se miraba al espejo, y se veía fuerte, esbelto, gallardo, y consideraba que no era ningún dislate pretender ser amado de una joven de veintidós. ¡Qué ventura la suya! Haber hecho hombre á Bienvenido, aquel hijo abandonado, y después de cumplir esta grande obra, completar su dicha dando las primicias de su corazón á una mujer tan desgraciada, tan hermosa, tan dulce y tan digna de mejor suerte como era María. Tiempo le quedaba todavía para constituir una familia, para tener hijos de su carne, como recompensa de haber sido tan amoroso padre del hijo ajeno.

Se atrevió á hablar á D. Vicente, y éste, apenas expuso francamente el señor Lucas su pensamiento, le cogió ambas manos, se las estrechó con efusión, y le dijo:

— Don Lucas, usted es, y no otro, el marido que yo he soñado para mi amada hija. Yo la hablaré, y ella.... ella le ama á usted. Siempre me habla de usted con los más grandes encomios.... Jamás me ha hablado de nadie con tanto interés. Yo, yo me encargo de facilitar á usted el camino....

Don Vicente vió su salvación en el matrimonio de su hija con el rico propietario. Otra vez volvería él á figurar en la buena sociedad, tendría dinero para sus empresas, mataría la usura — tenía mucha rabia á la usura — pagaría á todos aquellos implacables acreedores que le habían obligado á encerrarse en la calle de la Comadre.

— ¡Qué idea tan feliz la mía! — pensaba. — Si no me hubiese desterrado á esta bendita casa, á estas horas ya habrían acabado conmigo los *ingleses*, ya me habrían arrasado á los tribunales, acaso me hubieran soplado en la cár-

cel. ¿De qué no son capaces esos vampiros?.... No, no lo conseguiréis. Todos seréis pagados hasta el último céntimo. Os arrojaré el dinero á la cara. Os pagaré, ¡pero con qué desprecio!.... ¡Ah! ¡gran idea la mía, gran idea!....

Acababa de salir Lucas, y D. Vicente no pudo contenerse. Fué á buscar á su hija que estaba en la cocina tomando la cuenta de la compra á la cerril gallega que los servía, y abrazándola y besándola repetidas veces, le disparó esta andanada:

— ¡Hija mía, hija de mi alma! ¡ya somos felices, felices, felices!.... ¡Don Lucas se va á casar contigo!

— ¿Conmigo? — exclamó la hermosa doncella.

— Contigo, y ahora mismo le he concedido tu mano.

Y volvió á besarla y á estrecharla en sus brazos, sin advertir que María estaba fría como el mármol.

## V.

Bienvenido había escrito varias cartas al señor Lucas, á fin de que supiera dónde se hallaba y que disfrutaba buena salud. Creyó el señor Lucas que debía hacer al que llamaba su hijo partícipe de su ventura, y le escribió una carta cariñosísima, como todas, en que le decía:

«Tengo un secreto que revelarte, hijo mío. Estoy enamorado, y si *ella* quiere, me casaré. Es la única mujer á quien amaré en mi vida. Si me desdeñara, sería muy desgraciado. Se llama María, ¡qué hermoso nombre! ¿verdad?.... María es la Virgen, y María se llamaba mi madre, la que tanto te amó cuando eras muy niño. Es pobre; su padre es un D. Vicente García, hombre original y algo extravagante, pero en el fondo excelente persona. Este está conforme.... Ella no sé todavía; pero, perdóname la inmodestia, creo que no me quiere mal. Tú, mi mejor, mi único amigo, eres el primero á quien confío el secreto de mis esperanzas de felicidad. Esta será completa si apruebas mi resolución.»

No se hizo esperar la respuesta de Bienvenido. Decía:

«Con lágrimas de alegría he leído la carta en que me confía usted su secreto. Sé que usted habrá elegido bien la que ha de ser compañera de su vida, y ella será la más feliz de las mujeres, como usted es el hombre más digno de ser amado. María es también el nombre de mi predilección. Bendiga Dios á la que ha logrado merecer el amor del más noble y generoso de los hombres. Siento vivos deseos de conocerla y de felicitarla.

»Y ahora tengo que pedir perdón á usted por haberle ocultado un secreto del corazón. Yo también amo á una mujer, y también es su nombre María, y asimismo ella es la única á quien amaré mientras viva, aunque ella no me amara, que sí creo que me ama. Toda mi aspiración es hacerla mi esposa.»

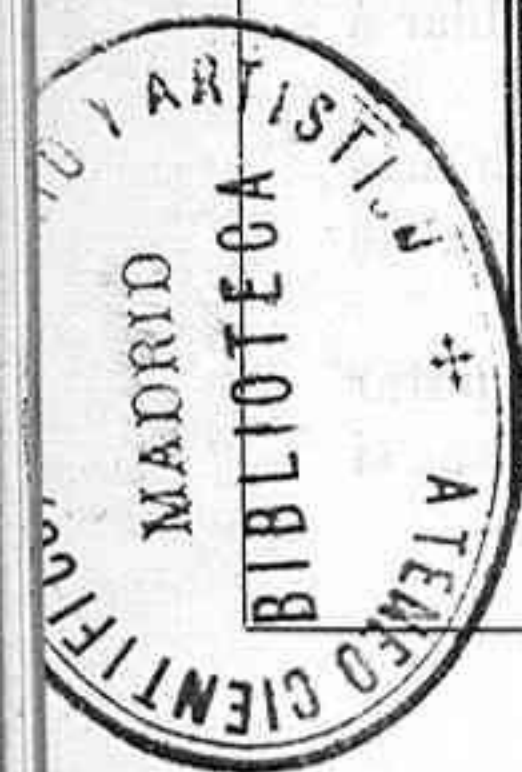
Esta contestación llenó de gozo al antiguo albañil, á quien pareció providencial la coincidencia de haber pensado Bienvenido, como él, contraer matrimonio. Y resolvió hablar á María.

Vistiéndose estaba el día siguiente, vistiéndose con más pulcritud que de ordinario, cuando recibió otra carta de Bienvenido, en que éste le decía:

«Quisiera que me dispensara usted el favor de preguntar en el paseo de Recoletos, núm. 124, en el primer piso, si



EL BIBLIÓFILO. — Cuadro de Gagg.



está en Madrid ó ausente, y en este caso dónde; D. Sebastián P. Bovedilla, banquero y agente de negocios, ó si hay alguna novedad en su familia. Es el padre de María, á quien he escrito y no he recibido contestación.»

Complacer á Bienvenido era para el señor Lucas tan grato, que no bien recibió la carta se encaminó al paseo de Recoletos, y llegando á la casa que aquél le indicaba, preguntó á la portera:

—¿Vive aquí D. Sebastián Bovedilla?....

—Vivía, dirá usted.

—¿Se ha mudado?... ¿Á dónde?

—Eso quisieran saber sus acreedores. Él dijo que se iba á sus fincas, y no ha vuelto. Aquí tengo una infinidad de cartas. ¡Valiente apunte!...

—¿Qué dice usted, buena mujer?... D. Sebastián, según me han dicho, es un caballero.....

—¡Sí, sí, caballero!.... Debe dinero á medio Madrid. Yo creo que está loco.

—¿Loco?

—Sí, señor. Su hija es bien digna de compasión.

—¿Habla usted de María?

—Sí, señor, así se llama, y es un ángel. La pobrecita se ha criado sin madre..... y será bien desgraciada.

—¿De suerte que no me puede usted dar noticia alguna acerca de la actual residencia de D. Sebastián y su hija?....

—No, señor, todo el día está viniendo gente á preguntar. Arriba tiene los muebles, y creo que la justicia tendrá al fin que intervenir.....

Volvió impresionado á casa el señor Lucas, proponiéndose continuar sus averiguaciones acerca de D. Sebastián. Ya no hablaría de su amor á María hasta el día siguiente, que esperaba estar más tranquilo. Sin embargo, subió á la habitación de D. Vicente, que le esperaba con impaciencia.

María, que hacía días procuraba no encontrarse sola con el casero, cosía sentada cerca de su padre.

Don Vicente recibió con grandes extremos de afecto al señor Lucas.

—Vengo de muy lejos — dijo éste. — He recibido encargo de buscar á un sujeto que no conozco, y he tenido que ir hasta cerca de la Castellana, y como no me gusta el tranvía.....

Don Vicente miró sorprendido al señor Lucas.

—¿Conque tan largo paseo ha dado usted hoy?....

—Sí, señor, y he encontrado la jaula, pero sin el pájaro.....

—¿Sin el pájaro?.... — repitió maquinalmente el bueno de Don Vicente.

—Confío, sin embargo, en hallarle pronto, encontrando quien le conozca. Es un D. Sebastián Bovedilla.....

María inclinó sobre la costura el rostro, enrojecido de vergüenza, y D. Vicente se puso más blanco que la pared.

Sólo siendo ciego podía el señor Lucas no advertir la turbación de sus amigos.

—¿Conoce usted acaso á ese caballero?.... — preguntó, confuso también.

—¿Yo?... Diré á usted, yo..... — balbució el pobre hombre.

Pero María, con un rápido movimiento, arrojó la costura, se irguió enérgica, y exclamó con acento sereno y firme:

—Padre, ¿qué va usted á decir?... Padre, basta ya de este suplicio, de esta vergüenza. Señor D. Lucas — añadió, fijando la límpida mirada en el rostro de su amigo — D. Se-

bastián Bovedilla es mi padre.... mi padre amado. A usted, tan bueno, tan noble y tan digno, mi padre no le puede mentir. Vengan sobre nosotros todas las desgracias que Dios quiera enviarnos..... Mi padre es muy desgraciado, porque ha perdido su hacienda, porque no puede cumplir sus compromisos, porque tiene que huir de los que le piden lo que les debe, porque el deshonor va á caer sobre su nombre, y sobre todo porque me ve reducida á esta estrechez, á esta tristeza, que sólo la bondad de usted ha consolado..... Yo tampoco sabía lo que le pasaba á mi padre, yo no lo he sabido hasta que él mismo me ha expuesto la verdad de nuestra situación, al mismo tiempo que me ha hecho saber el propósito de usted de ofrecerme su mano, sus riquezas, y, lo que vale más que todo, su corazón de oro. Señor D. Lucas, crea usted que si yo pudiera amar á usted como ha de amar una mujer al elegido de su corazón, con verdadero orgullo le amaría, pero.....

—No puede usted, ya lo sé — dijo el señor Lucas, en cuyos ojos vió lágrimas la animosa doncella.

—¿Qué es eso de no poder?.... — exclamó el padre.

—Calle usted — le dijo severamente el señor Lucas, y continuó:

—No puede usted, María, porque ama usted á otro.

—Esa es la verdad, señor D. Lucas. Y le amo casi sin esperanza ya.

—¿Qué estás diciendo?... ¡Esta hija está loca! ¿A quién amas tú?... Obedecerás á tu padre.

—Calle usted, D. Sebastián — volvió á decir el casero. — Sé — añadió dirigiéndose á María — quién es mi rival dichoso, y es, porque así lo ha querido Dios, la única persona en el mundo á quien yo no puedo odiar.

—No comprendo..... — murmuró María, enternecida y sintiendo en su corazón abrasado el consuelo de una ráfaga de esperanza.

—¿Sabe usted quién es el ser en quien yo he adorado con toda mi alma antes de conocer á usted y amarla?... Pues es el que usted ama, el que ama á usted..... ¡Oh! otro no me vencería, con otro lucharía yo hasta morir, disputándole el amor de usted..... No sé de qué sería capaz si fuera otro el que hubiese puesto en usted los ojos..... pero creo que sería capaz hasta de las mayores audacias, hasta de una mala acción. Pero él, el que usted ama, me tiene vencido ya, y mi corazón destrozado, mis ilusiones perdidas, mis esperanzas muertas, mi vida triste y estéril, mi felicidad imposible..... todo este inmenso sacrificio se lo ofrezco en testimonio de mi amor inextinguible, de mi gratitud profunda, porque á ese hombre, que me lo debe á mí todo, yo le debo todo también, porque por él he sido un trabajador incansable, por él he sido honrado y digno, por él soy rico y puedo hacer el bien..... que es el privilegio de los que tienen fortuna, y para mí será el gran consuelo en las tristezas de mi corazón.

Y ahora, señor D. Sebastián, prepárese usted á volver con María á su casa del paseo de Recoletos... y á pagar sus trampas.....

—¡Pagar!.... — repitió con estupor el pobre hombre, que no sabía lo que le pasaba.

—Sí, señor, sí, lo primero es pagar. ¿Cuánto debe usted?....

—Mire usted..... no es mucho..... Después de todo..... será cosa de... Realizando mi proyecto de asociación para matar la usura..... con las ganancias del primer año.....

—¡Hombre! no sea usted majadero, y no vuelva á pensar tonterías..... ¿Cuánto debe usted?....

—Pues cosa de veinte mil duros.

—¡Bah! su yerno de usted cobrará de menos esa cantidad..... Yo había pensado darle para casarse, como base de fortuna, sesenta mil; le daré cuarenta.

María se arrodilló delante del señor Lucas sin que éste lo pudiese impedir, y le cogió las manos y se las besó, llorando de gratitud.

—Levanta —dijo el señor Lucas;—mucho te querrá el que tú amas, porque es sincero y leal en sus afectos, pero tanto como yo te hubiera querido, es imposible.

El día siguiente D. Sebastián P. Bovedilla pasaba desde su casa del paseo de Recoletos una circular á sus acreedores, avisándoles para que se presentasen á cobrar sus créditos.

Allí estaba el señor Lucas, sentado detrás de una mesa, de cuyo cajón central sacaba el dinero, y satisfacía á cada cual su cuenta, después de examinada por D. Sebastián y firmado el recibo por el interesado.

¡Y era de ver qué de cortesías hacían los acreedores á don Sebastián, y con qué olímpico desprecio los miraba éste!

## VI.

En Venecia recibió Bienvenido carta de su padre, en que le manifestaba su deseo de que regresara.

«Ven pronto, le decía, porque tienes un rival. Tu hermosa María es fiel á tu amor, y no debes desconfiar jamás de ella; pero conviene que vengas y aceleres tu boda, para que tu rival se convenza de que la felicidad que soñaba, no es para él. Me preguntas cuándo me caso. Hay un grave impedimento, y he de consultar contigo antes de resolver.»

Anticipó su regreso Bienvenido. El señor Lucas quiso acompañarle á casa de su prometida.

—Somos muy amigos—le dijo.—El padre no puede vivir sin mí, y la hija me quiere mucho. Ya lo verás.

—Pero, dígame usted, ¿qué impedimento existe para la realización de la boda de usted con la persona de quien me hablaba en aquella carta?....

—Un impedimento insuperable. Se casa con otro.

—¿Con otro?.... ¿Prefiere á otro?.... Será una coqueta sin corazón, una loca.....

—No tal.

—Pues no lo entiendo. Por mucho que ella valga, usted vale infinitamente más.

—¿Qué quieres? Las mujeres son así.

—Preferirá á un hombre que no tendrá ninguno de los méritos que usted tiene.

—Tiene la juventud.

—Usted no es viejo.

—Y mira qué caso tan extraño: yo, que la adoro, no he podido menos de confesar que mi rival vale más que yo.

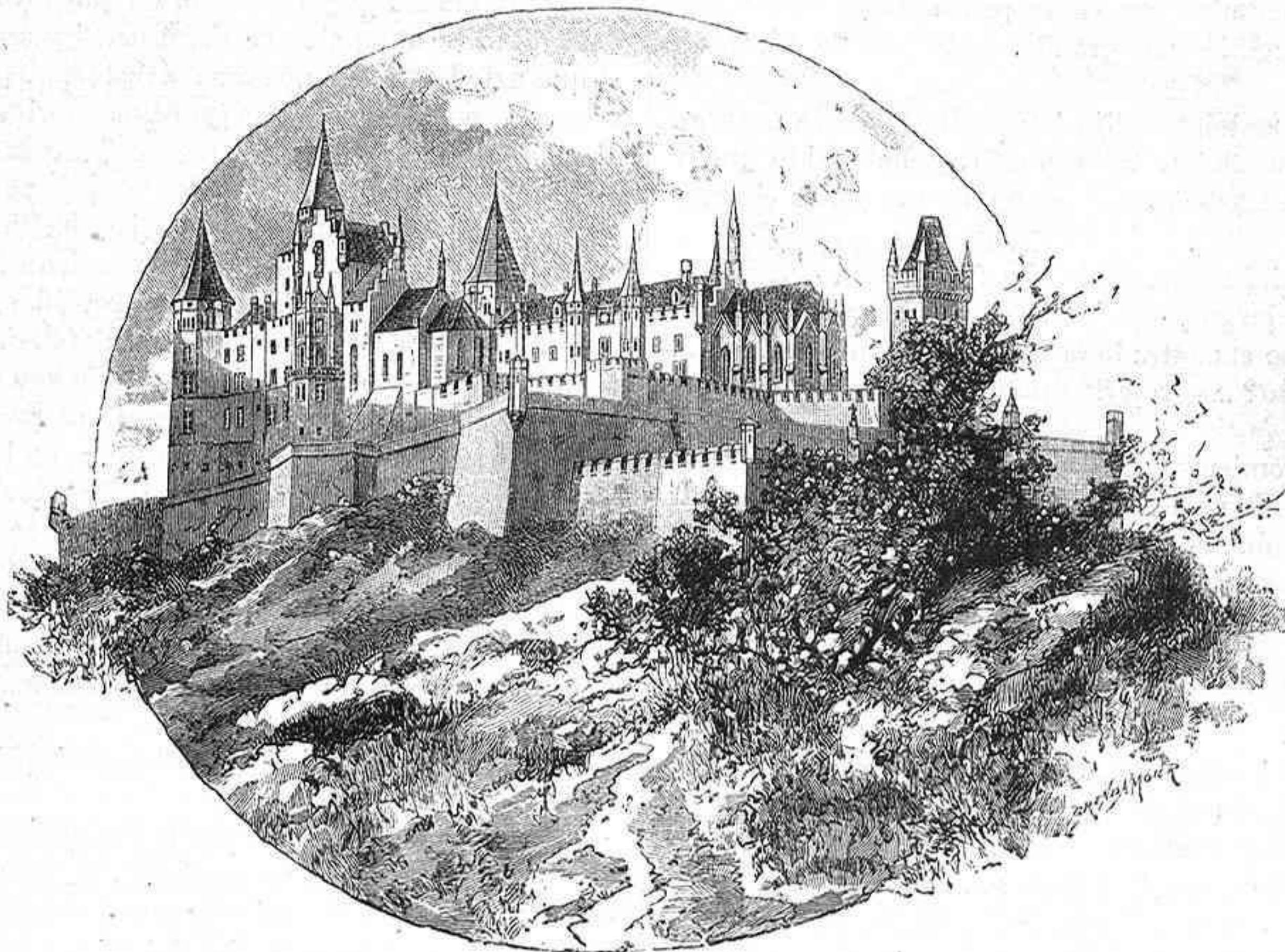
—Pero, ¿quién es?

—Tú, hombre, tú. La hija de D. Vicente García ha resultado que es hija de D. Sebastián Bovedilla.....

—Pero, ¿qué absurdo es el que me cuenta usted?

—Todo te lo explicaremos en casa de tu novia. Soñé la ventura de formar una familia, sin pensar que ya la tenía. Mi familia seréis tú y ella y vuestros hijos. Después de haberte consagrado mi juventud, de haberme propuesto hacer tu felicidad, ¿había de ser yo mismo quien te disputase y te quisiera arrebatarse la ventura de tu vida?.... No, hijo mío. Labrar la felicidad ajena es más meritorio que labrar la propia.

CARLOS FRONTAURA.

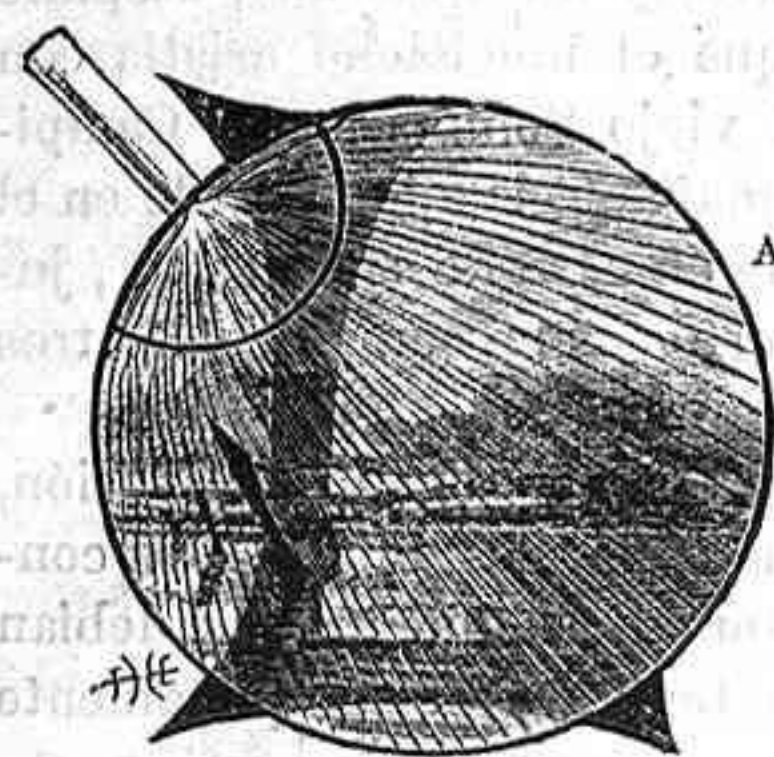


CASTILLO DE HOHENZOLLERN.

## MARICHU



## IDILIO DE MI TIERRA



## I.

AS tres Provincias Vascongadas se unen en un punto en los altos prados de Larrazábal, al pie de la peña de Amboto. A pocos pasos, allá en lo hondo, debajo de los prados y de la roca gigante, está el escondido y pintoresco valle de Aramayona.

No cupo en su profundo lecho, en Ibarra, toda la población cuando se fué desarrollando, y tuvo que buscar, para vivir y asentarse, las escasas planicies que, á muy diversas alturas, dejan entre sus verdes laderas aquellos riscos y montes, y en cada una de ellas se alzó un grupo de casas «una anteiglesia», un barrio de caseríos, uniéndose todos entre sí, por entre las sinuosidades de la montaña, por inclinados senderos con escaleras talladas en la roca, por repechos abiertos entre los floridos lindes de las heredades y por revueltas estradas que siguen el curso de los arroyos, cruzándose sobre puentes de palo, sombreadas por los castaños, cerezos y nogales, limitadas por toscos zócalos de piedras, de zarzadoras, de avellanos, de endrinos y de helechos, y pobladas y animadas por los labradores y pastores, que buscan en el trabajo de los campos el pan de cada día, ó por las hermosas nescatillas y alegres mútilles que bajan á «la calle», atraídos por la concurrencia del mercado, por la festividad de la parroquia ó por las placenteras armonías del tamboril.

Al Poniente del valle, allá arriba, se ve Aréjola, con su barriada de Arriola, y en ella se alzan frente á frente, con una huerta, un camino y un emparrado por medio, los solares de Mázmela y de Bengoa, la casa de mi madre.

Una hermosa tarde de otoño, hace ya muchos, muchos años, caminaba desde Ibarra hacia estas alturas un chico, Martín de Lásaga, estudiante de latín, hijo de uno de los mayorazgos de aquellos caseríos, y subía sosegadamente la cuesta, con su boina en la cabeza, su palo en la mano y el Nebrija y el Diccionario debajo del brazo, cansado de hilvanar oraciones paganas, de repetir gerundios y supinos y de traducir textos vivos y muertos en el aula del señor dómine de Aramayona.

Al llegar á una barrera que limita en el sendero las huertas de Arriola, salióle al encuentro un hermoso mastín, que con expresivas caricias y señales de alegría empezó á saltar caminando delante de él, hasta que á los pocos pasos se vieron ambos detenidos por una hermosa muchacha que allí les esperaba, y que tomando la mano que el estudiante le tendió, y cogiendo sus libros, se puso sonriente á su lado y avanzó con él hacia la barriada, bajo la magnífica bóveda que formaban sobre el camino las copas de los manzanos y cerezos.

El estudiante Martín tenía diez y siete años, no había salido nunca de su valle florido, y por consejo y orden de su padre el mayorazgo se preparaba á ingresar en el Seminario de Vitoria, «para hacerse cura».

La joven María Paula, ó «Marichu», como todos la llamaban, hija de la fuerte casa de Mázmela, linda y sencilla como las aramayonesas, la única señorita de aquella barriada, se había criado con su vecino Martín, y era su amiga desde que nació, y su novia desde que sintió en el corazón otras aspiraciones que las de la amistad. ¿Hay cosa más natural?

Caminaron silenciosos los jóvenes un largo trecho, hasta que el estudiante, poniendo sus ojos en los azules de Marichu, exclamó en castellano, construído en vascuence:

—Muy guapa te vas haciendo, Marichu.

—Sí—contestó ella;—pero ¿cura te harás tú y.....?

—Mi ama, por eso, ya puedes ser.

—Rasón tienes; ama, si tú quieres, ya seré.

Y continuaron andando en silencio otro rato hasta que al acercarse á la casa de Bengoa tomó Martín entre sus dos manos las de la joven, las oprimió contra su pecho y volvió á decir:

—¡Ay, ené! pero mucho más guapa cada ves estás!

Marichu soltó de un tirón la mano y echó á correr hacia Mázmela seguida del perro, su cariñoso guardián. Al dar la vuelta al camino para entrar en su casa, se volvió hacia Martín, que la contemplaba con la boca abierta, y el cual al verla tan bella, destacándose con toda su alegre gentileza entre la orla del emparrado del portal, llevó instintivamente las manos á los labios y la envió un beso tan sonoro como atrevido é inocente.

Parecía que la Naturaleza tomaba parte en aquel afecto. Anochece. Los últimos resplandores del crepúsculo doraban las cimas de Amboto y de Echagüen. En los ocho campanarios de las anteiglesias sonaba la armonía melancólica del

toque de oraciones. Cuando la tarde se apagó, y allá sobre Crúceta fulguraba en medio de un mar de estrellas la estrella del amor, no quedó rama de matorral que no albergara un músico nocturno, ni rendija entre las piedras de las tapias de la que no saliera el canto de los verdes sapos, ni estable en el que no sonaran los esquilonos del ganado, ni ventana que no irradiara la luz del hogar, formando, entre la masa oscura de los montes, fantásticos puntos encendidos, iluminación preciosa de aquel cuadro y complemento artístico de aquella serenata inimitable, cuyas incesantes rústicas melodías interrumpían de cuando en cuando el áspero chirrido de las lechuzas que cruzaban por el aire, ó el lejano, triste y monótono canto de los cucos escondidos en las solitarias arboledas de los bosques.

## II.

Cuando concluyeron de cenar en casa de Martín, su madre, una alavesa de Guevara, que no había llegado á aprender el vascuence al olvidar bastante el castellano, preguntó á su hijo que «cómo iba de sus estudios». Martín se calló, dirigiendo de hurtadillas una mirada á su padre, y ésta, sin soltar la pipa de entre los colmillos, exclamó:

—Pues, ya parese que vamos bien. A Vitoria ya pronto hemos de ir. Matricular te voy á haser esta Setiembre, Seminario, y tú, Juliana, el baúl y el erropa ponle.... y jueves que viene marchar haremos. ¿No es así, Martín?

—Bien, señor.

—¿Vocación de cura ya tienes, ó?—añadió su madre mirándole fijamente.

Martín no contestó una palabra, pero el mayorazgo dijo:

—Eso, ello solo viene.

—Bien, señor—añadió el estudiante.

—Ya sabéis, pues, jueves sin falta, andando.

—Bien, señor.

Y, en efecto, al jueves siguiente montó el mayorazgo Lásaga en su caballo aramayonés, llevando á su hijo á la grupa; encargó al ordinario Pachico que llevase el baúl á la ciudad, y allí se quedaron en Aramayona, su madre cavilando en la vocación del joven, y Marichu llorando sin consuelo y maldiciendo del latín, de los libros, del Seminario y de todas las carreras que sacan á los chicos de sus casas y separan á los novios de sus novias.

Muy tristes, cada día más tristes, le parecieron á Marichu desde entonces su casa, su valle, su vida y sus recuerdos. En vano trató de distraerse dedicándose de lleno á las labores de su casa y de la huerta. Trató de bordar con todo primor, como lo sabía hacer, unos juegos de letras, y abandonó aburrida el bastidor después de haberse pinchado cien veces los dedos. Abrió uno y varios libros de los escogidos que tenía su padre, y no acertó á leer ó á entender lo que leía, aunque pasó muchos ratos con la vista fija en los renglones. Regó durante algunos días las macetas de claveles, de geranios y de pensamientos, pero después las miró con desdén y las dejó secar. Bajó al riachuelo de Zalgo á lavar con sus compañeras de la barriada, y fué la única que no cantó nunca en aquel coro de alegres y hermosas nescatillas, porque sentía que se le atravesaban los cánticos en la garganta. No volvió á acudir al tamboril de la calle. Durante

las largas noches de invierno se puso á hilar con la antigua rueca de su madre, y en vez de la humedad de sus labios para torcer el hilo, se encontró con los dedos llenos de lágrimas cuando los acercaba á su rostro. Trataron de distraerla sus padres y sus hermanos llevándola á Bilbao y á Vergara, pero ella se resistió á moverse de su caserío y no hizo más viajes que á la iglesia y á casa de Martín, á oír á Juliana hablar del estudiante.

## III.

Por consejo de un amigo del mayorazgo, Martín quedó matriculado como externo en Vitoria y bajo su amistosa vigilancia. Compróle un Rotenflúe de lógica, un Diccionario nuevo, una sotana, un manteo y un tricordio, despidió á su padre y vió con gusto que el muchacho asistía con puntualidad á las cátedras del viejo Seminario del Campillo. Pasaba allí las horas de la mañana, las de la tarde en el café de Olave, y las de la noche en casa de su patrona, jugando á la brisca y cantando zortcicos en compañía de otros cuantos condiscípulos, buenos guitarristas.

El recuerdo de Marichu no se borraba de su imaginación, y dulcificaba sus horas, amargadas por los intrincados conceptos de la lógica y de las matemáticas, que aunque debían ser muy útiles é importantes, le tenían á él completamente sin cuidado.

Un día, después de muchos meses, el recadista Pachico le dijo al llegar de Aramayona:

—Marichu me ha preguntao, que á ver qué hases y que si te acordas de ella.

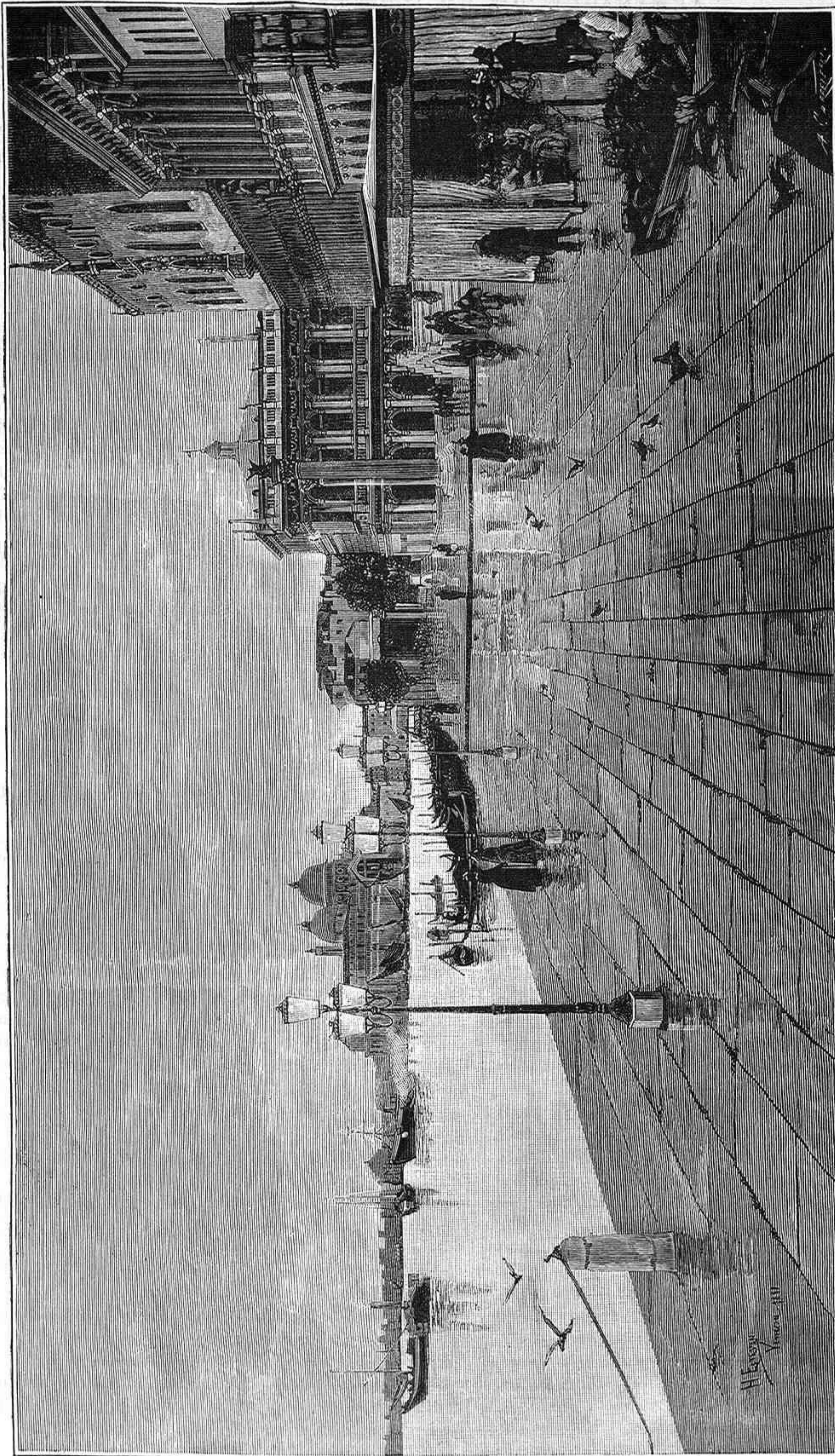
El estudiante sintió renovados todos sus entusiasmos con esta misiva; pasó el día sin poder abrir el Rotenflúe, no pudo conciliar el sueño por la noche, se levantó, desenroscó su tintero de cuerno y escribió la siguiente carta á su novia, poniéndola después, con media peseta, en manos de Pachico, para que se la entregara con todo sigilo:

«Diligentissima atque formosissima Maria Paula, mea promissa ad pedem manzanorum hortus tui:

»Secretum aguijonis amore non permitet mihi vivere in pacis, sine representare semper in anima mea bellissimo atque sonrosadisimo rostrum tuum. Ego sufro (et corroboro in securitatem concientia mea) multorum malus ratos per estare legisimus presentia tua. Nullus consuelus pectus meus divisat in hæc civitas vitorianorum. En quantum venet tempora vacationis, ego corrao latum tuum, amabo te, et in æternum nunquam reposabo te. Datum in zapateriam viam calendas decembris MDCCCLIX. Totus tuus per secula seculorum.

»MARTÍN DE LÁSAGA Y ZALVIDEGOITIA.»

Excusado es decir que Marichu no entendió una palabra de semejante epístola, y como no había en la barriada ninguna persona de su confianza á quien encomendar la aclaración de estos párrafos, contentóse con leer y releer la firma y suponer que en lo demás del texto diría cosas muy buenas; aguardó al jueves siguiente, y se la devolvió por el mismo conducto al estudiante, remitiéndole por su parte esta contestación:



LA RIVA DEGLI SCHIAVONE, EN VENEZIA.

Cuadro de Hermenegildo Estevan.

«Nere maite Martinchu de los Vitorias: Pues ni palote entender de tu carta que me invias, sobre con la mi nombre y latin de curas adrento. Choriburu debes estar, novia de cartas estrambósticos esquibres, lees que te lees; cuanto mas lees, menos entiendes.

»Muchos gusurras, chinchirimancharrerías y cabeza de tontos atontao tienes tu; baña pero, perdonao estas, palso de palabras estudiando de curas esquibriendo de novias. Camisollin negra, pantalon gorri no puede ser.

»Yo, mucho mas hoy que ayer, mañana que hoy te quieres; ni canto, ni ballo, ni piestas, ni erromerías ando, triste te vives, corason teniendo metido tuyo de nombre.

»Suspirando que te marchas, loca me vuelves.

»Tu marido yo mujer matrimonios haser.

»Si misa te cantas, monja me entras, sepultura de vivo sepultao.

»Unos biscochos erosquillas te invias, para que te comas Pachico errecadista.

»Acordar pues, Martinchu, que estas aquí sola, estomangu larri, conti antes te vuelves mejor que mejor.

MARÍA PAULA.»

#### IV.

Cuando el estudiante recibió esta carta se disponía á pedir, con otros muchos seminaristas, la prima tonsura. Leyó y releyó la epístola de Marichu y perdió la chabeta. Tomó la pluma, lo pensó mucho y contestó á su novia, en correcto castellano, pintándole con vivos colores lo estupendo y nunca visto de su pasión, lo incomparable y divino de la hermosura que ella atesoraba y ponderándole las delicias bíblicas que iban á pasar, cuando él fuera cura y ella su ama, en algún pintoresco rincón de las montañas que sería para ellos un verdadero rincón del cielo pacífico, venturoso y eterno.

Y después volvió á leer la carta de Aramayona y la besó cien veces, y tomó la solicitud que había hecho para el señor Obispo pidiendo la tonsura y la metió en el sobre destinado á Marichu, y plegó cuidadosamente la amorosa contestación escrita á ésta, y la guardó y cerró en el sobre dirigido á la Secretaría del prelado.

El amor mismo, ayudado por el diablo, no hubiera logrado enredar más á maravilla ni más satisfactoriamente el asunto.

No es para descrito el escándalo que se armó «en palacio» entre escribientes, dignidades, secretario y el prelado mismo. Llamó el Rector del Seminario al encargado de Martín y le participó que éste quedaba expulsado de la carrera. El encargado, sin decir una palabra al estudiante, escribió al mayorazgo Lásaga, ordenándole que se presentara en Vitoria sin pérdida de tiempo, para tratar de un asunto relativo á su hijo.

Cuando en el caserío recibieron este aviso, exclamó Lásaga:

—¡Gorda tenemos! algún premio, ó así, Martín sacar, tanto de estudiando Seminario. ¡Guapo chico te sales!

—¡Canónigo ó..... ya le harán lo que menos! —añadió un vecino.

—Como no te haigas pillao algún moscorra y le tengas el

justisia adrento del cársel — exclamó su madre, inclinada, como todas, á pensar desventuras.

—¡Cállate pues, Juliana— respondió su marido,—simpre que te piensas mal me sacas los quisios de errabia que me das!

Marichu, que estaba presente, dijo:

—No, moscorrista no es Martín; premios tampoco te piensas; para canónigo, chiquito todavía es; yo creo que empermo de malo debes estar.

—¡Errason tienes, Marichu!—contestó su madre—eso ¿si será ó? yo tambien á Vitoria voy verlo.

—Tu, Juliana, quieto —añadió su marido— los mujeres andais simpre errevolviendo todos los salsas con lloros y elementos; empermo no debe ser, porque ya lo diria el carta.

Después de largo consejo tomó Lásaga, muy de madrugada, su caballo aramayonés, y para las siete de la mañana se plantó en Vitoria. Sin ir á casa de su hijo, entró en la del encargado, y con horror se enteró de lo ocurrido, de que Martín ya no era seminarista y de que Marichu andaba por medio.

Voló al domicilio del estudiante, que roncaba como un bienaventurado, ignorando todo cuanto pasaba, y el cual, al despertar sobresaltado, contempló, en la puerta de su alcoba, á su padre enfurecido, que gritaba:

—¡Martín, véstite, y á Aramayona!

El joven, como quien ve visiones, saltó de la cama y dijo:

—¿Qué hay, pues, padre? ¿Se ha muerto la madre, ó.....?

—¡Pior! ¡véstite, véstite, pilló!

—¿Qué hay, pues, señor?

—¡Véstite! ¡y no me hablas un palabra mas, que te voy dar un garrotaso en el cabeza, que te saca los tripas!

Martín se vistió mientras su padre pagaba á la patrona y mientras ésta arreglaba el baúl del estudiante, y poco después, sin probar bocado, salieron por el portal de Urbina, el padre á caballo y el hijo á pie detrás de él, con su boina vieja, su manteo al hombro y con unos cuantos libros debajo del brazo.

Volvíase loco el estudiante imaginando cien explicaciones diversas para comprender la causa de aquel gravísimo lance en que se encontraba, y en el cual él debía tener alguna parte muy importante, á juzgar por el enfado y horror con que su padre le trataba, y á las manifestaciones y gestos que por el camino iba haciendo, ya que de cuando en cuando, conforme avanzaban por la carretera, volvía el mayorazgo su mirada hacia él, y decía con furia:

—¡Probe de ti! ¡Bueno me has hecho! ¡Buena te esperas, pilló!

Al llegar á la posada de Luco, el padre se apeó, entró á tomar un vasito de vino y á cargar y encender la pipa, y Martín se quedó en la carretera.

—¿A ese no le damos también un trago?—dijo el posadero.

—¡No, señor!—contestó el mayorazgo.—¡Soliman, como no le dé; pilló, á ver si erreventa cuanto antes!

El posadero se sonrió al oír tal disparate, y Martín sintió que se le venía el cielo encima, convenciéndose de que había ocurrido algo estupendo y muy calamitoso para él.

Su presencia en el caserío, no esperada tan pronto, causó



indescriptible asombro. Lásaga se apeó dejando las riendas de su jaco á un criado, y penetró en la cocina seguido de su hijo. Acudió Juliana desde la huerta, se santiguó al verlos y exclamó:

—¿Qué trayeis, pues, vosotros?

El mayorazgo, sin hacer caso de su mujer, cogió un garrote que había en un rincón y fué á descargar un golpe sobre la cabeza del estudiante, y lo hubiera hecho, mientras gritaba y vociferaba, á no haberse interpuesto su mujer, que, cogiéndole por ambos brazos, le detuvo. Martín se parapetó tras de su madre, y durante algunos minutos forcejearon los tres, en medio de la más espantosa algarabía, aumentada por las exclamaciones de algunos vecinos, que acudieron al ruido de las voces y que sujetaron al enfurecido amo de la casa.

—¿Loco ó así te has puesto?—exclamaba Juliana vertiendo abundantes lágrimas.

—¡Pillo, errepillo! ¡mal cura! ¡matarle que le haga, dejarme!—repetía Lásaga.

—¿Qué has hecho, Martín?—decía entre suspiros la pobre madre, mientras defendía á su hijo.

—Yo no sé, pues, amachu—contestó el estudiante;—durmiendo estaba y, de repente, ha venido el padre y..... ¡qué se yo, lo demás, yo no sé, pues!

—Esa morrosecó, pamparrista de Marichu, culpa de todo tiene; como le incontro apetrar la pescuezo le voy á haser; mira, mira tú Juliana, este carta que Martín al Obispo ha inviao—dijo Lásaga sacando unos papeles del bolsillo.

Cuantos oyeron esta afirmación creyeron de veras que Lásaga se había vuelto loco. El que más confundido estaba y menos entendía aquel enredo, era Martín. Por orden de su madre se retiró á su cuarto, y, al asomarse á la ventana y mirar hacia el caserío de Mázmela, vió entre el emparrado á la hermosísima Marichu, que, al distinguirla, alzó sus brazos y se deshizo en muestras de curiosidad y de alegría, deseando saber qué era lo que pasaba.

Mientras tanto, el mayorazgo enteró á su mujer y á sus parientes de cuanto había acontecido, explicándoles, con bastantes rodeos y dificultades, cómo Martín había remitido á la secretaría del obispado, en vez de la solicitud, la carta de amor á Marichu.

Y á medida que él se enfurecía, conforme lo contaba, iban en aumento las risotadas que daba su mujer y la broma con que los oyentes recibieron el relato de aquel enredo tan original.

—¡Ni pintao le voy ver ese pillo—decía el mayorazgo;—al convento de Bermeo le entraremos; fraille que se haga, ¡si no quieres un tasa, caldo y medio tomas!

—Vocasión no teniendo, ni cura ni fraille te vales—contestó Juliana:—yo me parese que casar le haremos con Marichu.

—¡Primero me cortas pescueso! Casarse unas chicos chiquitos, visios de criatura son y nada más.

—¿No te casaste, pues, tu también?—le preguntó su mujer, poniéndose muy seria.

El mayorazgo, ante esta pregunta, se quedó pensativo, y contestó al fin:

—Errasón tienes; no me acordaba ya. Sincuenta y cinco veces cada día engañar los mujeres á las hombres. ¡Lástima que no te llevas á todas los demonios!

Juliana, que continuaba riéndose cuanto más desbarraba su marido, añadió:

—Las mujeres más listos ser. Seis años latín te estudias, Martín, y Marichu nada: y ya ves, mejor le convenses ella al nuestro chico que todos los libros, catredáticos, siminarios, Vitorias y curas. Erreventar voy de errisa que me das. ¡Probes chicos, malos erratos te pasas con estos apuros! Contentarles tenemos que haser, ¡si señor!

## V.

El mayorazgo se convenció bien pronto, y muy pronto también se le pasó el enfado. Juliana fué á Mázmela, al caserío de los padres de Marichu, y les contó lo sucedido, disponiendo, entre todos, que los chicos se casasen para San Juan. Martín se quedó anonadado y confuso cuando su madre le enteró del cambio de los sobres, bendiciendo la inesperada catástrofe y singularísima fortuna á que había dado lugar su aturdimiento. Marichu certificó y probó la verdad del caso, poniéndole de manifiesto la solicitud para el Obispo, que había ella recibido.

—¡Tonto ser tú para haser cura!—exclamó la muchacha.

—Tonto no, enamorao—contestó Martín.

—Enamorao ó tonto, ¿qué más da?—añadió ella riendo como una loca, al mismo tiempo que su futura suegra.

Martín cambió muy gustoso su traje de seminarista por el de labrador. Guardó sus libros, tomó la azada y la laya, aprendió á trabajar la tierra, á dirigir la era, á podar é ingeritar los árboles, á preparar los abonos, á componer los aperos, á cuidar y vender el ganado y hasta emprendió la tarea de abrir un libro de apuntes con los gastos y productos de su casa, para no tener que llevar de memoria, á ojo y á la ventura, la contabilidad, como allí y en todas partes fué costumbre entre sus antepasados. En lo que no pensó fué en alterar la patriarcal costumbre de que su futura mujer fuese la tesorera, como lo son todas las amas de casa en aquella tierra, ya que los hombres, aunque sabemos ganar el dinero, no acertamos á administrarlo, ahorrarlo ni distribuirlo, y ya que él tenía la seguridad de que Marichu, bien enseñada y práctica, sabría dar doscientas vueltas á una peseta antes de perderla de vista. . . . .

. . . . . Llegaron los hermosos días de Junio, cuando las guindas rojean entre el follaje, y cuando las rosas avivan y alegran los linderos de las huertas. En la víspera de San Juan, muy de mañana, no cabía en el templo de Santa María de Aréjola «el gentío» que, vestido de gala, presenció la sencilla ceremonia del casamiento de Martín y Marichu. Desde Ibarra, desde la calle y desde Ullibarri, Badajuén, Ascoaga, Uncella, Gánzaga, Echagüen y Olaeta, que son las anteiglesias del valle, acudió todo lo más selecto, florido y alegre que había en aquel pintoresco rincón del mundo. Pusieronse las mesas del convite debajo de los castaños, en la campa cubierta de verdor, que se extiende á un lado de los caseríos, y allí almorzaron, comieron y merendaron, convidados y curiosos, ricos y pobres, todos los asistentes á la fiesta, y desde allí subieron los cohetes hasta la línea de los picos de Echagüen, y allí agotaron los tamborileros todo su artístico repertorio ante la incansable afición

de las gentes jóvenes, maduras y viejas, que bailaron sin descanso por la mañana y por la tarde.

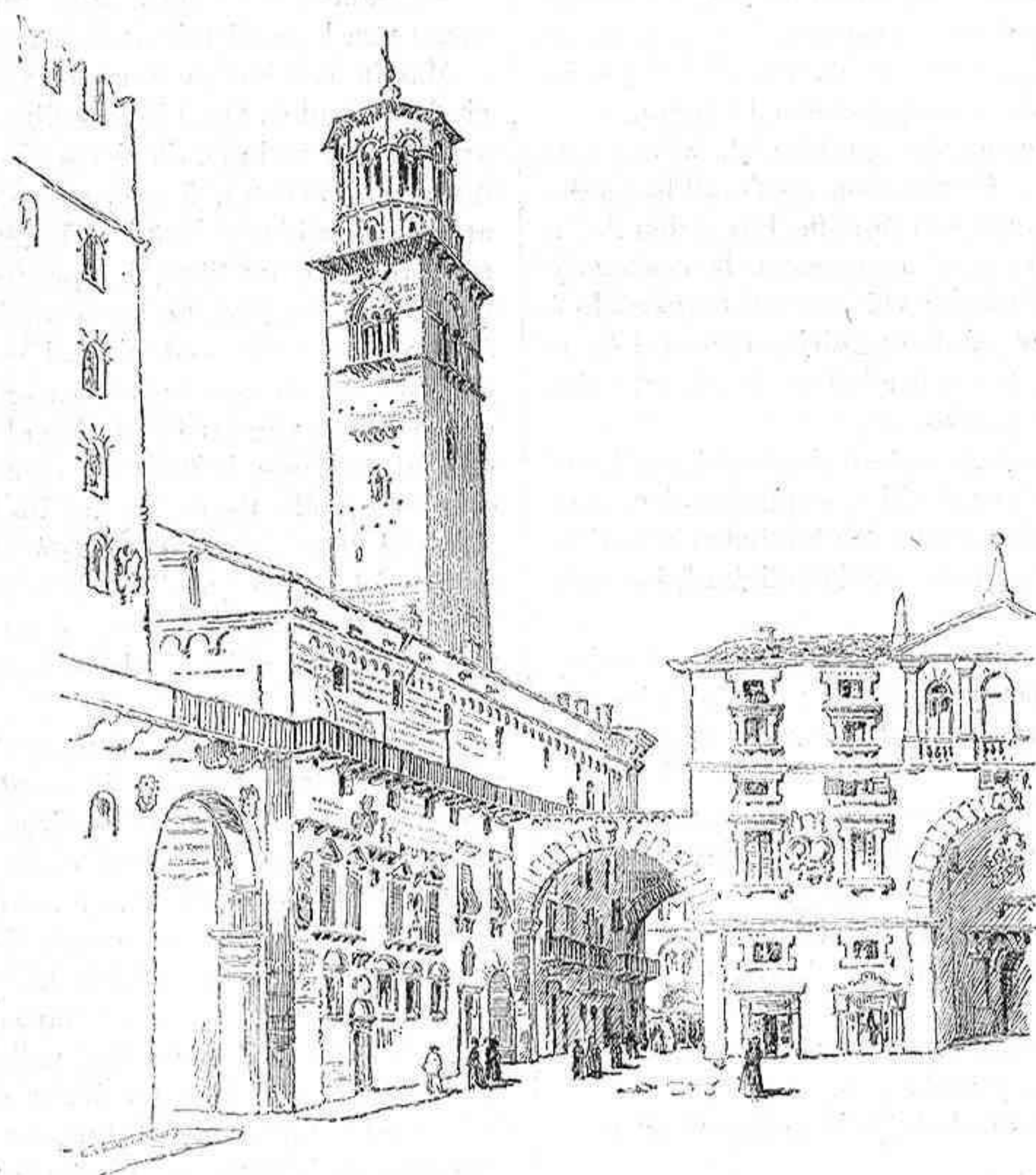
Al anochecer se desparramó el concurso hacia los caseríos por los cien diversos caminos de la montaña. Poco después, en la hermosa noche de San Juan, brillaban encendidas numerosas hogueras ante las portaladas de todas las viviendas, según la tradicional costumbre vascongada. Abajo, en lo hondo del valle, ante los resplandores de las que ardían en la plaza, se destacaban de relieve las casas, el camparario, las galerías y los primeros macizos de las huertas. La campana de la ermita de San Sebastián volteaba arrebatada, vibrando con su claro y argentino timbre, y la brisa traía hasta las alturas los agudos arpegios del silbo y redobles rítmicos del tamboril. De entre los repliegues de la cordillera, por donde serpentean los caminos, salían los ecos de los ujujús, y saludos de los mutes que bajaban al baile. También entonces, como en las pasadas noches del otoño, cuando la filosofía robó el novio á Marichu, sonaba espléndida en torno á Arriola la agreste armonía de la Naturaleza, la que forman los ruiseñores y los insectos, los alados músicos nocturnos,

entre las ramas, los esquilonos del ganado en los corrales, los sapos verdes entre las rendijas de las tapias, las lechuzas en el espacio y los tétricos cucos en las escondidas arboledas del bosque; y también, como entonces, al bullicio placentero de la tierra, coronaba con su espléndida grandeza la serenidad de los cielos, tachonados de fulgurantes luces, á los que presidía la vívida y fija lumbre de la estrella del amor, encendida, al parecer, aquella noche en obsequio de Martín y de Marichu.

¡Oh hermoso y querido valle de Aramayona! ¡Quién te ha de olvidar con tus tradiciones y tus cuentos, con tus soñadas brujas y tus hermosas doncellas; quién te ha de olvidar, aunque estés lejos y abandonado, si, gracias á la paz y al trabajo de tus honrados hijos, eres el oasis tranquilo y envidiado de mi tierra, allá donde las tres Provincias Vascongadas se unen al pie del gigante Amboto y de los altos prados de Larrazabal!

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

Caserío de Bengoa, Agosto de 1888.



PIAZZA D'ERBE, EN VERONA (ITALIA).



## CUENTOS DE VARIOS COLORES

### EL NACIMIENTO DE LA PULGA.

En los primeros tiempos, cuando toda la materia fué poco á poco condensándose y tomando forma, dijo Dios al Genio de la Tierra:

—Ha llegado el momento de poblar de vivientes tu planeta: convoca á los espíritus creados para habitarla y que elijan cuerpo y manera de vivir á su gusto. Y hágase.

El Genio bajó á la Tierra para obedecer sin discutir; pero muy desconsolado, y pensando que aquel decreto iba á arruinar el planeta que se le había confiado, decía con tristeza:

—¿Habré cometido alguna falta en la distribución de montañas y llanuras, climas y paisajes, y curso y reglamento de las aguas? ¿Estarán mal calculados los movimientos de la atmósfera? ¿Parecerán mezquinos los árboles que yo creía tan gallardos, y las variedades que imaginaba tan complicadas é ingeniosas, de los minerales y las plantas? Bajo el temor de haber desagradado, ahora me parece ruda y bárbara mi obra. ¡Qué pálidos, escasos y pobres son los colores que ha combinado con las vibraciones de la luz, y qué mal dispuestas me parecen las leyes del sonido, de la gravedad y del calor! Los contornos de las montañas y la forma de los continentes no tienen armonía y son extravagantes.

Y un pensamiento aún más terrible le hizo afligirse hasta el extremo.

—¿Habré revelado por torpeza el gran secreto del crear, que se me ordenó poner de manifiesto claramente, pero de modo que resultase oculto por su misma claridad? Grave ha sido mi error cuando se me manda entregar la Tierra á esos espíritus inquietos é innumerables, para que la estropeen con sus malos instintos, brutalidad, torpeza, orgullo y condiciones destructoras y malignas. Es verdad que no todos son malos, y los hay inofensivos y agradables..... ¿Qué resultará?

La primera legión de espíritus que acudió al llamamiento del Genio era la más traviesa y tan numerosa, que á tener cada individuo el tamaño de un grano de trigo, hubieran formado en montón una cordillera alta como el Himalaya, que rodease todo el Ecuador.

—Estáis destinados á vivir—dijo el Genio explicándoles el misterio de la vida:—elegid formas, medio de habitar y la satisfacción de vuestras aspiraciones: yo completaré la máquina del cuerpo para que se cumpla ese destino.

—Está bién—respondieron aquellos espíritus inquietos

moviéndose con impaciencia:—queremos vibrar, agitarnos y columpiarnos sin cesar. Formas que varíen, poder rompernos como las nubes..... cuerpos de mil clases..... y agua en que nadar.

El Genio quedó aterrado creyendo que al precipitarse en los mares aquella legión infinita de vivientes, subiría el nivel de las aguas, anegando la mitad de la Tierra.

—¿Dónde queréis precipitaros?

—Llena de agua esa cáscara de nuez.

El Genio lo hizo admirado, y la legión se precipitó en aquellas gotas de agua, sin hacer rebosar la cáscara, en que todos nadaban á sus anchas.

Y los espíritus se habían convertido en infusorios, orgullosos de su tamaño y encantados de su suerte. Fueron las primeras moléculas de vida que palpitaron en las aguas del planeta.

¡Qué sorpresas tan extrañas experimentó el Genio al ver las formas extravagantes que fueron eligiendo por turno los espíritus, desde la ostra perezosa á la ballena; al ver arrastrarse los reptiles, volar las aves y producir sonidos jamás escuchados en la tierra! Sería interminable referir el desfile de todos los vivientes. Por fin apareció la pulga, no como la conocemos hoy, sino de una altura de cuatro metros.

Esta vez se alarmó el Genio de la Tierra y subió al trono del Eterno para exponer sus temores y pedir una gracia.

—Es buena tu intención—respondió el Padre—y te la concedo. Di qué quieres.

—Señor: la legión más revoltosa y maligna ha tomado una forma fea y terrible, y ha caído sobre la Tierra, ávida y voraz: sus fuerzas son colosales, su ligereza superior á todas las criaturas, su altura la mayor entre todos los seres terrestres, y sólo se alimenta de sangre. Pido que se reduzca su tamaño tanto que resulte inofensiva. Hablo de la pulga.

—Elige otro viviente para que cambie de altura.

—Elijo á otro ser pacífico y modesto que se alimenta de hierba y tiene menos altura que una hormiga. Hablo del elefante.

—Sea—dijo el Eterno; y desde aquel instante el elefante adquirió la altura que la pulga había tomado para sí, cuando apareció en tierra dando saltos feroces que llegaban á las nubes. La pulga quedó del tamaño que sabemos.

—Se ha salvado la Tierra—dijo el Genio.

—No—respondió afectuosamente el Eterno:—ese viviente iba á perecer por falta de alimento para su tamaño y excesiva ferocidad, y tú has hecho posible su existencia. Se ha salvado la pulga.

## CASO DE CONCIENCIA.

Simeón no era odiado solamente de los cristianos de Toledo, que al fin y al cabo tenían la misma animadversión á todos los judíos, aun aquellos que gozaban la consideración y privanza del gran rey D. Alfonso el Sabio: le querían mal todos sus correligionarios, y acusándole de no observar el sábado, que solía pasar en la carnicería vigilando á sus tabajeros, le tildaban de cristianizante. Las hebreas de su vecindad aseguraban que todos los días á las horas del almuerzo salía de su hogar un escandaloso olor á magras fritas, y desde luego consideraban los más imparciales y juiciosos que era muy ocasionado á faltar á la ley el inundo tráfico en que hacía sus ganancias, la cría, matanza, salazón y venta de los cerdos.

El sabio rabino Zabulón, cada vez que pasaba por el edificio que servía de saladero á los tocinos y jamones producto de cada matanza, decía al opulento Simeón:

—Grande es el almacén de tus culpas.

Simeón sonreía y calculaba, contemplando con tanta satisfacción las reses abiertas en canal, como un sabio que leyera en un libro lleno de ciencia.

Un día se encontraron en el campo el rabí y el ganadero, caballeros en sendas mulas, como á dos leguas de la ciudad, en el momento de estallar una tormenta: y sobrevino tal ventisca y aguacero, que determinaron refugiarse en unas ruinas que se veían á lo lejos, temerosos de que las caballerías se espantasen, sobre todo Zabulón, que era mal jinete. El terreno era quebrado, las herraduras de las bestias resbalaban en las raíces húmedas de los árboles, la tormenta seguía, y cuando encontraron el refugio estaban extraviados y la tarde iba vencida.

—Hermano Simeón —dijo su compañero cuando estuvieron bajo techado:—estoy muerto de hambre, porque no he probado nada desde esta mañana. He creído ver que tu alforja tiene un bulto, y si es cosa de comer, te ruego que la partas conmigo.

—¡Oh sabio Zabulón!—contestó el tocinerero, alzando las manos al cielo y dando al rostro expresión dolorosa:—yo soy culpable y tú virtuoso: tú un hombre de rígida conciencia y yo un mal judío y pecador empedernido. Traigo en mi alforja alimento, pero no me atrevo á ofrecerte, porque es manjar prohibido por la ley.

—¿Qué dices?

—Que sólo traigo un jamón cocido en vino generoso. Es un vicio que he contraído al tratar con los cristianos.

Y Simeón sacó de su alforja medio jamón en dulce, que presentó con timidez al virtuoso rabino.

—¡Aparta, aparta esa inmundicia!—dijo éste retrocediendo.

—La necesidad se impone á veces..... come, y luego purifícate.

—Antes que la necesidad está el deber.....

—Entonces, permíteme que peque en tu presencia.

—¿Cómo es posible—decía Zabulón mientras su compañero partía con el puñal, y comía con deleite, las lonjas magras y aromáticas—cómo es posible que hayas preferido traer ese manjar prohibido y repugnante, en vez de un fiambre de vaca, una gallina asada ó una empanada de cabrito? ¿Cómo prefieres la cocina infame de los cristianos á

la nuestra? ¿No te bastan las perdices, las tortillas succulentas que tanta mezcla permiten de manjares sabrosos y pescados succulentos? Quien come jamón es capaz de comer liebre, conejo, lobos, cuervos, sapos, reptiles y sangre de animales.

—Créeme, el cerdo es bueno—replicó Simeón cada vez más satisfecho.—Y el jamón con vino dulce es preferible á la langosta que permite nuestra ley.

—¡Simeón! estás blasfemando.

—Pruébalo y juzga.

Y presentó una lonja de jamón al hambriento y virtuoso rabino, que olió la magra sin tocarla por no contaminarse. Zabulón sintió que la boca se le llenaba de agua, en vez del asco que creyó experimentar.

—Confieso que el olor no es malo —dijo suspirando:—lo atribuyo al condimento y al hambre rabiosa que me domina.

—Considera que estamos extraviados y no tienes elección en los manjares—repuso Simeón:—come y callaré.

Zabulón estaba vacilante y su boca se abría de vez en cuando: aún resistió quince minutos.

—La necesidad se impone—dijo por fin, acercándose á su amigo:—dame ya, que no puedo resistir.

Y contrariado y hambriento, ansioso y pesaroso á la vez, tomó el manjar prohibido, y al saborearle con curiosidad, lanzó un grito de sorpresa.

—¿Es bueno el jamón en dulce?

—No hay en el mundo fiambre que le iguale.

—¿Crees que eso puede ser manjar inundo?

—Calla y dame más.

Cuando comió dos buenos trozos de aquella carne maldita, Zabulón se detuvo y dijo:

—No más: sería gula: lástima que esto no se pueda comer sin cargo de conciencia: pero ésta antes que todo.

Poco después cesaba la tormenta y volvieron á tomar las mulas: Zabulón callaba é iba muy pensativo: así anduvieron como una legua, hasta que el rabino dijo á Simeón refrenando la mula:

—Dame otro trozo de jamón.

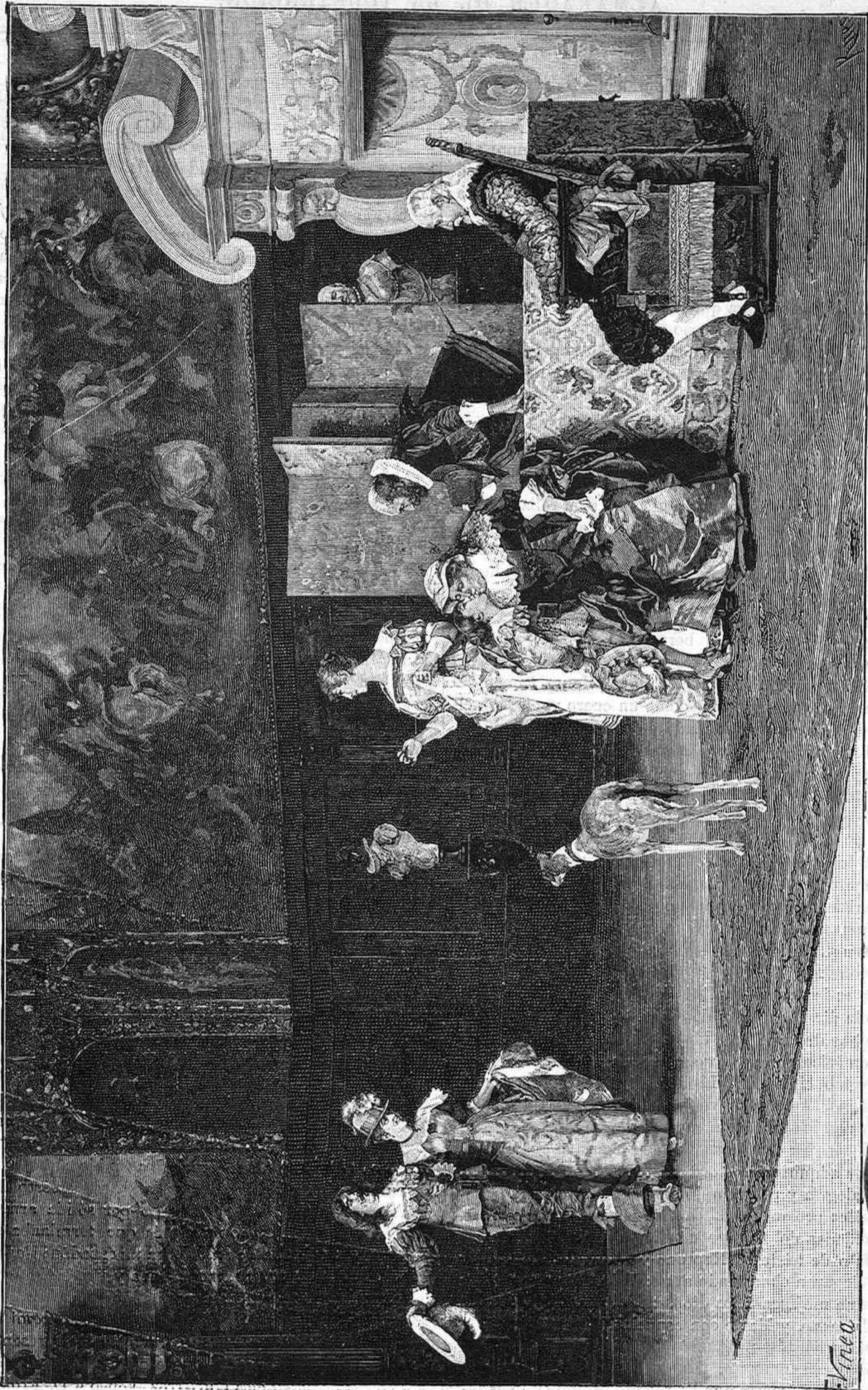
—¿Y la conciencia?

—Ya la he tranquilizado; desde este instante dejo de ser judío: me he convertido al cristianismo.

## LAS LÁGRIMAS DE MOMO.

Júpiter se aburría en el cielo desde que no bajaba á la tierra por no dar celos á Juno. En vano procuraba Momo divertirle haciendo muecas y extravagantes contorsiones: el dios de la risa, humillado y entristecido, hizo pedazos el aro de cascabeles, y se retiró á una apartada viña de los Campos Eliseos, donde se pasaba las horas muertas comiendo pámpanos y echando lagrimones.

Entristeciése el Empireo con la ausencia del payaso de los dioses. La misma Noche, que antes tenía la apariencia de una viuda enlutada, quedó más lugubre y más triste, aumentándose las sombras en su rostro. En vano cantaban, bailaban y recitaban versos las nueve Musas para regocijar el Olimpo. Solo parecían satisfechas de aquella tristeza general la vengativa Némesis, la destructora Parca, las Furias y Medusa, que se pasaba á contrapelo las manos por



VISITA Á LOS ABUELOS. — Cuadro de Vinea.



la cabeza para que se agitasen y silbaran sus trenzas de serpientes.

Plutón y Proserpina abreviaban sus visitas para regresar á los Infiernos, que estaban más alegres que el Olimpo: allí al menos los recibía el Cancerbero ladrando de alegría con todas sus bocas. Las Horas daban vuelta á su devanadera bostezando. Venus no llamaba á los amorcillos para que le atusaran su cabello dorado, y en sus mejillas descuidadas nacía espesa barba.

Se llamó á Hércules para que hiciese juegos malabares con estrellas; á Proteo para que, cambiando de formas, divirtiese á los dioses, y á Mercurio para hacer suertes de escamoteo mercantil: la linda Hebe, que alegraba la vista cuando se adelantaba con la copa de néctar en la mano, resbaló por el cielo rompiendo su copa en la cabeza de una Harpía que atronó con sus alaridos el Olimpo.

—¡Basta!—dijo Júpiter lanzando rayos de ira por los ojos; y volviéndose hacia Apolo, le dijo con melancolía:—Tú sólo me comprendes, tú, que has corrido por el campo persiguiendo á Dafne. Yo te aseguro que era más feliz que en mi trono cuando, convertido en toro, daba mugidos por la tierra, enamorado de Europa, y levantando de una cornada hasta las nubes á los rivales que me disputaban aquella hembra magnífica.

Aquel grato recuerdo desarrugó el ceño del dios, y Apolo hizo un magnífico soneto á la berrenda Europa, y no bien acababa de recitarle, cuando Baco entró en el cielo, sentado en su tonel arrastrado por tigres. Colgado de un tronco de cepa, y tan enjuto y exprimido como un cuero vacío, iba el pobre Momo con el cuerpo doblado y casi exánime.

Los dioses rodearon el grupo asombrados del aspecto mísero de aquel triste moribundo, que había sido el dios de la risa y era un colgajo de huesos y pellejo con un soplo de vida, y que sólo podía sostenerse suspendido de una percha.

Esculapio le reconoció el pulso, auscultó su pecho, y meneó tristemente la cabeza, diciendo:

—Era la risa la sangre de su cuerpo, y se le ha salido por los ojos á fuerza de llorar: no veo el remedio.

—Yo le tengo—dijo Baco.—Ponedle los labios en la espita de mi tonel.

—El vino es irritante—replicó Esculapio ofendido de que un profano le diese lecciones de curar.

—¿No le has desahuciado? Yo le daré la vida con el vino fresco y aromático que traigo en mi cuba inagotable.

—Dadle esa bebida—dijo Júpiter.

Descolgaron á Momo y lleváronle arrastrando hasta colocar sus labios en la espita, y el moribundo bebió con avidez: poco á poco sus ojos se animaron, sus formas se rehicieron, sus miembros adquirieron movimiento; por fin apareció en su rostro la alegría y prorrumpió en sonora carcajada.

La ninfa Eco prolongó aquella risa por todas las esferas, y á las carcajadas del Olimpo acudieron los dioses que se habían alejado de tristeza. Neptuno y Anfitrite, sin cuidar de secarse, llegaron chorreando agua: Eolo tuvo que soplarlos para que no mojasen á los dioses: Vulcano llegó con las tenazas en la mano, y Marte con espuelas.

—¿Qué vino es ese?—preguntó Mercurio, que en él veía nuevo elemento de comercio.

—Es el vino de la tierra que ha regado Momo con sus lá-

grimas sembrando para siempre el buen humor en las vides andaluzas.

—¿Cómo se llama ese licor?

—Manzanilla.

—Pues echemos una ronda—dijo el padre de los dioses, y brindemos á la resurrección de Momo.

Sirvió Ganimedes á los dioses, y se armó una *juerga* en el Olimpo que duró quinientos siglos. Bailaron en ella desde las diosas más recatadas hasta el lascivo Priapo: las ninfas, con los tritones y los sátiros; las harpías jalearon á la Muerte: hasta las driadas, sujetas á tierra por raíces, dieron algunas pataditas, y Baco, abriendo la espita de su tonel, le dejó correr sobre el cielo andaluz para que lloviese el vino alegre.

¡Qué período aquel para los que nacieron en Andalucía! La manzanilla corría por los caños de las fuentes y los canales de las casas.

### TIEMPOS HEROICOS.

Don Froilán, después de haber hecho calentar las sábanas de su lecho, y de sustituir la peluca por el gorro de dormir, se metió en la cama envuelto en su traje de franela, y muy satisfecho por el calor con que había defendido en su tertulia las costumbres de los siglos caballerescos y condenado las modernas. Al apagar su vela y verse libre de los dolores reumáticos, se quedó poco á poco dormido, con la imaginación poblada de monjes y guerreros, pajes, torreones góticos, trovadores y puentes levadizos.

Y soñó que asistía á un torneo, cerca del tablado Real, en una tribuna de caballeros de la Orden de Santiago, á la cual pertenecía. ¡Con qué placer contemplaba la palestra, los jueces del campo, heraldos y escuderos, y la correspondencia de colores entre los adornos de las damas y las divisas de los caballeros!

¡Con qué satisfacción veía los encuentros de los combatientes, las lanzas volando en astillas, las armaduras rotas y los cascos abollados! ¡Y con qué conocimiento hacía la crítica de los golpes, burlándose, entre los amigos, de los combatientes menos diestros ó más tímidos!

—Esa lanzada es baja; ese revés es un simple latigazo; ese caballero no mira por su honra. Y una vez, sin reparar en el anacronismo, estuvo á punto de pedir banderillas de fuego para un guerrero que no quería acometer.

Entró un heraldo, detrás un caballero, y hecho el acatamiento ante los Reyes, impuso silencio un trompetero para leer un cartel de desafío.

Cuando el guerrero recién llegado al palenque se alzó la visera, D. Froilán reconoció en él á D. Temístocles, su médico, el mismo con quien había tenido aquella noche la disputa. Había crecido y engordado, y cubierto de hierro, dominaba un caballazo defendido por sólida armadura, y blandía un lanzón como un ciprés que terminaba en agudo pararrayos: colgaba de su cintura un espadón; llevaba daga, puñal, hacha de armas, media luna y una serie de cuchillos y herramientas mortíferas, para pinchar, cortar, mondar y desgarrar las carnes en todas direcciones. D. Temístocles estaba formidable, y D. Froilán tuvo un mal presentimiento.

El heraldo leyó el cartel de desafío.

«Yo, D. Temístocles Gutiérrez, acuso á D. Froilán Pérez

de felón, cobarde y embustero, y le espero en el palenque, armado de todas armas, para derribarle á tierra y cortar las orejas.»

Y D. Temístocles arrojó el guantelete de hierro al rostro de D. Froilán, que se levantó lleno de cólera para sentarse abrumado de dolores reumáticos. Vió fijos en él todos los ojos.

—¡A armarse! ¡Pronto! ¡A la tienda!—le decían los caballeros indignados;—no tiene usted más remedio que recobrar el honor ó quedarse sin orejas.

—No tengo armas ni caballo, y estoy medio baldado—respondía D. Froilán.

—Nosotros le armaremos, y con el ejercicio desaparecerá la baldadura.

Todos le empujaron hacia la tienda para armarle, y empezaron á probarle petos y espaldares, pero su abdomen no cabía en ellos; sólo un peto de hechura de caldera pudo albergar su vientre, pero tenía un gran boquete que descubría el corazón.

—No habéis de tener la desgracia—le decían—de que la lanza hiera en este sitio.

El clarín le llamaba ya y no se encontraba la armadura de las piernas.

—¿Qué hacemos?—decían los amigos.

—Cubríselas de papel plateado y que salga de cualquier modo: sálvese el honor.

Poco después, D. Froilán tenía las piernas forradas de papel de plata y de la apariencia de dos hermosos salchichones: metieronle la cabeza en un casco herméticamente cerrado, que tenía hacia los ojos unos agujeritos como los de un palillero. El guerrero improvisado no podía menearse, y hubo que izarle en el caballo con auxilio de una polea.

Tomó el lanzón que le entregaba su padrino, pero no podía ponerle en ristre según era de pesado: fué preciso, á causa de su debilidad, poner un clavo en la punta de una caña para que le sirviera de lanza.

Y entró en el palenque acribillado de dolores á cada movimiento del caballo, y sofocado por el casco y la coraza.

Su enemigo le esperaba haciendo ejercicios de fuerza con sus armas fácil y desahogadamente. Leyó un heraldo el pregón de costumbre, el adversario se colocó á su frente, y D. Froilán, tapándose con el escudo y preparando su caña, miró hacia todos lados, para ver si había medio de salvar las orejas con la fuga. Imposible: estaba cercado por las barreras y la implacable muchedumbre.

Oyo el clarín, dió un espolazo á su caballo haciéndole volverse, y emprendió una carrera vertiginosa, seguido por don Temístocles, que le apaleaba con su lanza: diez vueltas dieron á la plaza de armas, hasta que su caballo le hizo rodar por tierra. Apeóse del suyo D. Temístocles, le despojó del casco, desenvolvió el papel plateado de sus piernas, tomó en su mano un berbiquí, y se dispuso á taladrarle la barriga.

D. Froilán despertó dando voces que hicieron entrar en su alcoba á su familia.

—¿Qué tienes?—le preguntaba su señora.

—No sé: me duele todo el cuerpo.

—Son los dolores reumáticos: ten paciencia, que van á avisar á D. Temístocles.

—¡No! ¡No! que no le llamen.

—Si es el que te asiste.

—No: vendría á taladrarme la barriga.

## ARMONITERAPIA.

Los suscritores de *El Figaro* leyeron con sorpresa este anuncio en el célebre periódico parisiense: ARMONITERAPIA.

No pueden satisfacer á nuestro siglo, que tiende al predominio de lo útil, las artes que tienen el frívolo objeto de la creación de la belleza, sino la poesía didáctica, la novela científica y la pintura filosófica: la música no había tenido otro objeto que la delectación de los oídos, hasta que el doctor Armonio, compositor y médico, después de estudios concienzudos, ha descubierto su definitiva aplicación, empleándola para el tratamiento de las enfermedades. En su gabinete de consulta tiene una orquesta, y las voces y aparatos necesarios para curar toda clase de dolencias por el sistema musical.

Aquel mismo día hice una visita al curandero, que me recibió en una especie de anfiteatro, construido con tal estudio de la acústica como la caja de un piano. Vi en uno de los extremos del salón un órgano, cuyos tubos parecían trabucos que nos apuntaban para hacer una descarga: chocóme un gran armario que contenía una colección completa de instrumentos músicos, que empezaba por la sencilla pitipaña, hecha con un tallo verde de trigo, hasta el serpentón más complicado, y mi admiración subió de punto al ver en el armario un hombre vivo.

—¿Puede usted explicarme—pregunté al médico—qué papel representa un hombre en esa colección?

—¡Cómo! ¿Duda usted un solo instante? El hombre es un instrumento musical y nada más: es precisamente el más perfecto: ¿qué sonoridad hay más bella que la de su voz cuando canta? ¿qué delicadeza de sonido puede compararse á la del aparato vocal que produce las inflexiones de la palabra? Mi colección sería incompleta si faltara en ella ese instrumento, cuando la medicina que ejerzo no es sino el arte de componerle.

—Perfectamente; pero ¿por qué no coloca usted un maniquí, que bastaría para la representación, en vez de hacer padecer á un infeliz encajonado en el estante?

—Todos los instrumentos de ese armario están vivos. ¿Quiere usted verlo? Este violín suena; esta flauta hace primores: toque usted, si gusta, ese fagot..... El hombre imitado sería como un cornetín pintado en la pared. Por otra parte, pasadas las horas de consulta, abro la puerta del armario para que salga cuando guste: no tendría inconveniente tampoco en que los demás instrumentos salieran á paseo si tuvieran movimiento. Sólo cierro la puerta á ciertos instrumentos, como el ruiseñor y el canario, que no tienen costumbre de volver.

—¿Puede usted explicarme las alegorías de ese techo?

—Sí, señor. Aquel dios en traje griego es Esculapio, que ahuyenta la Muerte á trompetazos. Más allá me verá usted á mí escribiendo una receta musical en un pentágono. Aquella es una botica armonipática: las siete notas están metidas en una urna de cristal, y el letrero dice «Mézclense». Una murga rodea el lecho de un enfermo para ayudarle á

bien morir. Allí se bañan, en las ondas sonoras de una orquesta, algunos dolientes, mientras otros toman inhalaciones en esos instrumentos de metal.

—Señor doctor, no veo la orquesta de que habla usted en sus anuncios.

—Los músicos están ocultos, según las reglas de Wagner: los enfermos sólo necesitan la música pura sin necesidad de ver carrillos hinchados al soplar, codos que se mueven para manejar el arco, la espalda del director, ni su mano inquieta que amenaza constantemente á la partitura.

—¿Y qué enfermedades cura usted?

—Todas las que se me presenten: curo con música alegre la ictericia: contengo la carcajada sardónica con un *requiem*....

—¿Y si el enfermo es sordo?

—No hay sordera que resista á un *crescendo* de mis instrumentos de metal.

—Ya que todo se puede hacer musicalmente, sáqueme usted una muela.

—Nada más fácil. ¿Está usted decidido?

—¿Qué va usted á hacer conmigo?

—Llamar al tenor eminentísimo que tengo para estas operaciones, y decir que le cante á usted una cavatina. Verá usted que voz tan prodigiosa....

—Y ¿asegura usted que en oyéndole, la muela ha de caer?

—Después de oírle: la muela se la sacaremos á usted cuando el tenor ponga la cuenta.

—Renuncio al tenor: pero, ¿qué me puede usted dar para la anemia?

—Como consiste en falta de hierro en la sangre, le curaré con el triángulo.

—¿Y para las irritaciones?

—Un atemperante pianísimo....

—¿Qué hace usted para evitar las molestias de las enfermedades de la piel?

—Hago con la piel de mis clientes un tambor.

—Caballero, ¿se burla usted de mí?

—Me chancéo únicamente. Voy á hablar con seriedad. La terapéutica admitida actúa sobre los órganos humanos te-

niendo en cuenta las funciones de nutrición, y sus medicamentos llegan de un modo inseguro é indirecto á su destino. Fijándome yo en que el sistema nervioso llena, por decirlo así, todo el cuerpo humano, y en que el hombre no es sino un instrumento de pensar y expresar con sonidos sus ideas, sostengo que la salud no es sino la armonía de todas las funciones del cuerpo. Cuando el cerebro está en situación normal, está sano el principal organismo, y cuando esa normalidad se perturba, se alteran todas las funciones secundarias. Por consiguiente, mi método consiste en influir en el sistema nervioso, sobre el ánimo, por medio de la música: regocijo al melancólico, calmo al exaltado, distraigo al afligido, infundo graves sentimientos en el frívolo y restablezco en el ánimo el equilibrio necesario. Esta es mi tarea; pero así como la medicina oficial usa medicamentos inútiles para influir moralmente en el enfermo, yo uso instrumentos y formas pintorescas que hieran la imaginación, y receto autores que no hacen sentir nada, como se venden en las farmacias hierbas completamente inútiles. Por ejemplo, si una dama me pregunta si la conviene mudar de aires, hago cambiar de motivos á mi orquesta. Ayer, por ejemplo, un cliente me pidió un remedio para su mujer, excesivamente habladora.

—¿Cree usted que tiene cura?—me dijo.

—Es difícil, pero no imposible: padece un derrame de palabras.

—¿Qué receta usted?

—La sinfonía de *La Muta*.

—¿Y si no calla?

—Hágala usted cantar á todas horas.

—Su voz es insufrible.

—Pues la receto el silencio.

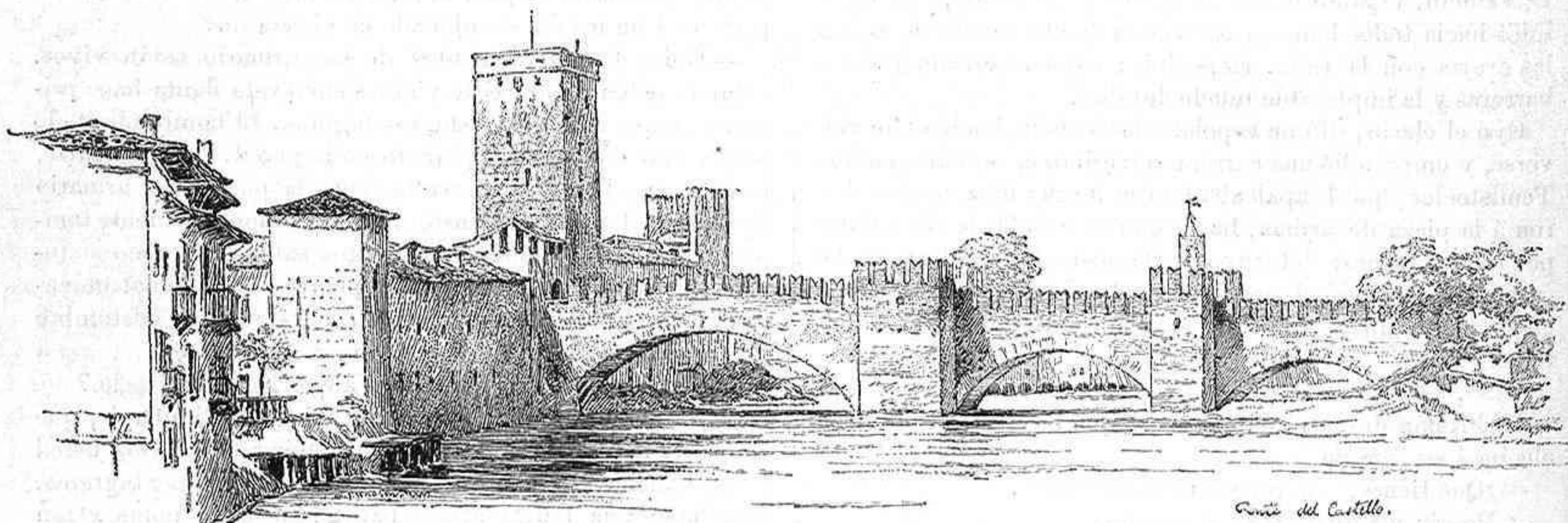
—No veo medio.

—Pertenece á la cirugía musical: ¿qué se hace con las trompetas de los niños cuando se quiere que no suenen?

—Atascarles la boquilla.

—Eso debe usted hacer con su señora.

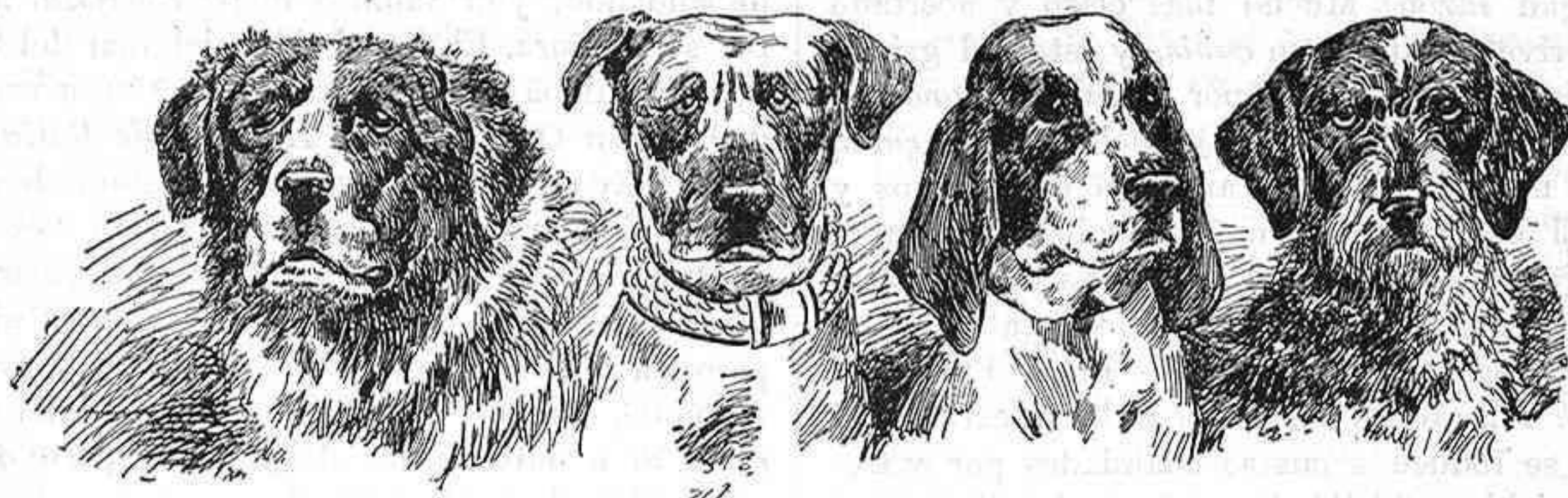
JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.



VERONA. — PUENTE DEL CASTELLO.

*Ponte del Castello.*





## EL PERRO



**E**SCRIBÍ el año anterior y en esta publicación misma acerca de *El Gato*, su vida, tipos, costumbres, etc., etc. El artículo pareció bien y gustó á los lectores, hasta el punto de sospechar algunos si yo habría sido gato antes de ser hombre, conservando después memoria de mi gatuna existencia, cuando tan enterado estaba de su naturaleza y propensiones y con tanta propiedad había logrado describirlas.

Hoy trato de *El Perro*, y este presente artículo será hermano gemelo del otro, si es que puedo ir devanando la madeja y poniendo en el papel con cierta claridad y orden todo cuanto ahora me ocurre, que no es poco ni malo; y precisamente por la abundancia y riqueza del asunto, cuasi no sé por dónde comenzarle, como goloso muchacho que, viéndose solo en bien provista confitería y absoluto dueño de ella, duda y vacila antes de elegir y tomar un dulce, pues quisiera á la par cogerlos todos y tragarlos todos. No siendo esto posible, ni tampoco soltar de un golpe todas las especies como disparada metralla por boca de cañón, he de ir las exponiendo poco á poco, según verán cuantos entretengan un rato de ocio con la lectura de estos renglones.

Pertenece el perro á la numerosa familia de carnívoros digitígrados, y es tal la variedad de sus castas, que se hace de todo punto imposible definir las y clasificarlas con la exactitud debida. Unos 400 años antes de Jesucristo distinguía el griego Jenofonte dos géneros perrunos: de *guarda* y de *caza*. Medio siglo después el famoso Aristóteles menciona siete familias diversas, á saber: la del perro *epirota* (de Epiro, ó procedente de esta región), corpulento y muy fuerte; el *espartano*, excelente para custodio de ganados y viviendas; el *cirenaico*, tenido por mixto de perro y loba; el *egipcio*, pequeño y rechoncho; el *indio*, ati-

grado, y el finísimo *de Mileto*, extremadamente delicado y chiquitín, muy querido entonces y mimado por las damas elegantes. Un siglo antes de nuestra Era cristiana compuso Varron su tratado *De Re Rustica*, y en esta obra nos describe cinco razas ó especies: el perro *de pastor*, el *de caza*, el *espartano* ó *laconio*, el *de Epiro* y el *de Salento*. Después Virgilio, en sus *Geórgicas* acepta y sigue estas mismas denominaciones: Ovidio habla de los perros-lobos (*canes lycisci*): Columela encarece algunas castas como productoras de buenos guardianes domésticos y de ganado: en su libro *De Venatione* clasifica Oppiano los perros de caza, según los países de donde proceden: Claudiano, á fines del siglo IV, elogia las castas laconia y bretona: el erudito Conrado Gesner (siglo XVI) en su *Historia animalium*, hace enumeración y reseña de las razas más comunes en su tiempo: y J. Cajus (*De Canibus britannicis*) describe muchas otras razas producidas por diversos cruzamientos. Finalmente, y para no gastar papel en más dibujos, quedará indicada la división moderna de Federico Cuvier, quien distingue y señala nada menos de cuarenta y ocho variedades perrunas.

Asombra este número, muy superior al de las variedades de la raza humana por la mezcla de sus tipos primarios y secular influencia de costumbres y climas físicos; pero los que no somos Cuvier, ni siquiera naturalistas, conocemos y diferenciamos perfectamente, sin necesidad de calentarnos la cabeza, numerosos grupos de la gente canina, y sólo el ver un ejemplar nos basta y sobra para designarle con el nombre de galgo, alano, pachón, dogo, mastín, lebel, podenco, chino, de aguas, ratonero, etc., etc. Por donde se advierte que no anduvo Cuvier exagerado en sus cuarenta y ocho variedades; antes bien se quedó corto, pudiéndose tal vez, con más prolijo estudio, añadir un cero á las mencionadas cuatro docenas.

Ignoro con qué fundamento señalan ciertos vocabularios la palabra zendá *vehrka* (perro y lobo) como raíz de la española *can*; pero cuando lo dicen los filólogos, que algunas veces pueden ser hasta sabios inclusive, no es del todo imposible que tengan razón. Mucho más claro y acertado parece que se derive *can* del latín *canis*, y éste del griego *kuón*, cuyo genitivo es *kuónos*, y por corruptela *kunos*, y que á su vez el vocablo griego provenga del sanscrito *guan*, *guana*, siendo de notar la evidente analogía entre éstos y el chino *kinan*. El célebre maestro Covarrubias deriva la voz perro de la griega *pyr* (fuego), expresiva de la naturaleza seca y ardiente de este animal. Pero venga de donde viniere, bien venido sea, pues sin duda es nuestro más leal y cariñoso amigo. Y tanto es así, que todo su carácter ó semblanza moral se reduce á cuatro cualidades por extremo dignas y apreciables: fidelidad, gratitud, inteligencia y valor heroico, aventajando de seguro en tres de ellas á la mayor parte de los hombres, y á no pocos en las cuatro. Por lo cual escribía con sobrada razón Voltaire: «Asombra que en la ley judaica haya sido declarado inmundo el perro.

¿Por qué motivo esta palabra es una injuria?» Yo tampoco veo la causa; al contrario, paréceme que en vez de injuria, debiera de ser empleada y recibida en son de elogio como las de león, águila, etc. Pero allá van leyes do quieren reyes, según se dijo de nuestro monarca Alfonso VI. En cambio, aburridos estamos ya de oír ponderar el canto del cisne, que es un graznido desapacible y ronco. Hasta para los animales hay suerte y desgracia, y hasta ellos extendemos nuestras injusticias.

Por las mencionadas cualidades de este buen compañero del hombre, no sólo le hemos empleado en la vigilancia doméstica y en la caza, sino también, y con grande utilidad, en la guerra. Agesilao, en el cerco de Mantinea, rodeó su campamento de una guardia perruna que prestó excelentes servicios. Aliates, rey de Lidia, en su campaña contra los Cimmerios, llevó por auxiliares numerosas bandas de mastines, armados de collares de bronce con agudos pinchos: ayudados también de bravos mastines, los habitantes de Magnesia triunfaron de sus enemigos los Efesios: los de Cólofon educaban esmeradamente los perros, dedicándolos, según sus aptitudes, unos para la centinela y otros para el combate. Refiere Plinio que el rey de los garamantas logró recobrar su trono ayudado por doscientos perros. No lo dice la Historia, mas infiérese claramente del relato que estos perros eran monárquicos furibundos y de aguzados colmillos. Durante la Edad Media, los escoceses llevaban perros

á los combates, y los naturales de Finlandia los usaron para la persecución y caza de hombres. Así también los emplearon en América los españoles, como lo hizo Pizarro en la batalla de Caxamalca: algunos de estos perros tenían paga de soldados, y el famoso dogo *Berecillo* alcanzó premios por su bravura. El descubridor del mar del Sur, Vasco Núñez de Balboa, tenía un perro de tan maravilloso instinto que, según Oviedo en su *Historia de Indias*, distinguía el indio bravo del manso; y cuando alguno de éstos se fugaba, buscábale por selvas y bosques, y rara vez volvía sin encontrarle. Si el indio se estaba quieto, asíale por mano ó muñeca y lo traía sin apretar los dientes ni causarle daño; pero en hallando resistencia, lo hacía pedazos. Llamábase *Leoncito*, era rojo, de hocico negro, de talla mediana y muy recio. Se le daba en los despojos la parte de un soldado, y ganó sobre dos mil pesos de oro á su amo Vasco Núñez. Tenía, como intrépido veterano, muchas cicatrices de sus peleas contra los indios, y se cree que murió envenenado; muerte insigne, propia de reyes y emperadores. Durante el siglo pasado en Francia había rondas nocturnas de perros



para la custodia de pueblos y ciudades, sobre todo de las plazas fuertes. Mucho contribuyó á desacreditar y suprimir tales rondas el desastroso hecho siguiente. Un oficial de la marina francesa desembarca de noche en su propio país, ignorante ú olvidado del peligro, y súbitamente se ve atacado, perseguido y medio devorado por los perros de Saint-Malo, que vagaban por fuera de las fortificaciones (1770). Por el mismo tiempo los turcos, singular-

mente bosnianos, organizaron centinelas perrunas, con resultados excelentes, en las campañas de 1769 á 1774. En el sitio de Dubitza (1788) los perros turcos de una avanzada rechazaron y pusieron en completo desorden las patrullas austriacas. Los franceses, en su expedición contra Santo Domingo, llevaron perros feroces, pero mal amaestrados: así les salió la cuenta al revés, pues en lugar de acometer á los negros, devoraban á los mismos heridos franceses. Posteriormente, en 1836, también los han llevado á la Argelia, y esta vez les fueron muy útiles como vigilantes, distinguiéndose los cuarenta perros de Bugia, que á largas distancias olfateaban á un moro y ladraban al ver un alboroz. Últimamente, y después de la guerra entre Alemania y Francia, ambas naciones han vuelto á la antigua práctica de adiestrar perros para las centinelas avanzadas, queriendo aprovechar estos pueblos rivales todos los artificios y recursos de ofensa y defensa, en previsión de que dentro de plazo más ó menos largo se reproduzca entre ellos la lucha.

Doloroso es decirlo; pero no todos son triunfos y laureles. Al más diestro cazador le falla el tiro, y *aliquando bonus dormitat Homerus*. El *dormitat* viene al caso presente como anillo al dedo, según verán los lectores. Pues cuéntase que los romanos, gente muy precavida, valíanse para la custodia del Capitolio, amén de los soldados que lo guarnecían, de dos clases de animales vigilantes y avizores por natural instinto, á saber: gansos y perros. El galo Breno, enemigo de Roma, llega de noche á la cabeza de sus huestes para sorprender y asaltar la mencionada fortaleza, pasando á cuchillo sus defensores, según la piadosa costumbre de los buenos tiempos antiguos. Ya trepan el monte envueltos por la obscuridad, ya aplican las escalas al muro y empiezan á subir los más osados; pero entonces.... los perros callan (quizá les habrían dado la morcilla), mientras los gansos chillan y alborotan como energúmenos, despiertan la guarnición y el ataque es rechazado victoriosamente. Por consecuencia de tal hecho, determinó Roma celebrar todos los años solemne procesión en que la imagen dorada de un ganso era conducida en andas y venerada por la muchedumbre, mientras que detrás, y como signo de ignominia eterna, iba un perro crucificado.

Malo es que se acrecienten los estragos inevitables de la guerra haciendo intervenir en sus luchas la ferocidad canina; pero de fijo parece peor, por la barbarie que semejante afición demuestra, el obligar á los perros á pelearse entre sí despedazándose mutuamente para divertir los ocios de algunos desocupados que debieran de estar en presidio. Esta costumbre de las peleas caninas, acompañadas de apuestas considerables, es originaria de Inglaterra, país del box, de las carreras de caballos, de los ladrones estranguladores y de otras cosas no menos bellas y humanitarias. De aquí pasó á Francia, donde eran las alturas de Montmartre, hace unos treinta años, teatro frecuente de tales peleas, que se verificaban en lugares cerrados y dispuestos al efecto, como hoy sucede con nuestras riñas de gallos. En España aún no se ha propagado tan abominable costumbre: sólo la gente rústica de los cortijos se divierte con las peleas de mastines alguna vez que otra; pero ya se encargarán de propagarla ciertos amables señoritos de la llamada *buena sociedad*, que, no teniendo rejos para imitar á los ingleses en su afición al *trompis*, los remedan en esto, que es más cruel y repugnante, aunque para ellos menos peligroso.

En los ritos de varias religiones tiene también el perro su lugar correspondiente. Sabido es que los egipcios en estatuas y pinturas representaban á su dios Anubis con cuerpo de hombre y cabeza de perro; que en las portadas y atrios de sus templos solían colocar imágenes de perros, como emblemas de lealtad y vigilancia, según lo explica el docto P. Kircher; que Cynopolis estaba llena de tales representaciones; que la república romana tuvo sobre el monte Etna un templo y bosque sagrado en honor de Vulcano, templo riquísimo y bosque frondoso y lleno de maravillas artísticas, cuya custodia y guarda se confió siempre á perros inteligentes y amaestrados. Tales animalitos estaban mantenidos con gran regalo y abundancia y considerados como inviolables, hasta el punto de imponerse pena capital á quien mataba, hería ó maltrataba á cualquiera de ellos. Por lo cual todos morían ó de viejos, ó de puro gordos, cual dicen sucedía en España hasta principios del siglo actual á los

canónigos y á los frailes. Hasta entre animales hay suerte y desgracia. Compárense estos felices perros que mantenía con tanta esplendidez Roma, con los desventurados que la misma Roma crucificaba por faltas que no habían cometido, y se verá la diferencia. En las iglesias católicas y sobre los propios altares, figura el perro acompañando al bienaventurado San Roque, y en los atrios y portadas sirviendo á los ciegos pobres de lazarillo y reclamó para pedir limosna.

La Astronomía nos muestra perros, como quien no dice nada, en el sublime firmamento. Constelación hermosa del hemisferio austral es el Can Mayor, á la que pertenece Sirio, la estrella más refulgente del cielo. En el hemisferio boreal existe el Can Menor, siendo Procion su principal estrella. Cuando el sol, en su aparente giro, toca esta parte del Zodiaco, nos abrasamos de calor, y á este tiempo llamamos *canícula*.

También las ciencias naturales, las artes útiles y las artes bellas, así como los modismos del idioma y las locuciones en forma de sentencias ó refranes, enseñan muy á las claras el mucho lugar que el perro ocupa en nuestras ideas, historia, sentimientos y costumbres. *Perro volante* llamaron los naturalistas de los siglos XVI y XVII al murciélago de Indias y de América. *Perro de mar* es nombre dado á muchos peces de piel fuerte y rugosa, entre ellos al tiburón. *Perro* denominan los mecánicos á la pieza de tope que sirve para sujetar las ruedas dentadas y que no vuelvan atrás. *Perro de á bordo* apellidan los marinos al contramaestre ó encargado de vigilar el buque mientras sus compañeros saltan á tierra. Espadas *del perrillo*, así dichas por tener de marca un perro grabado cerca de la empuñadura, famosas entre las mejores de Toledo: *perrillo* se dice á una pieza de la barbada, corva y con dientes romos, y *perrillo* también, por su figura, al martillo ó pieza del arma de fuego que cae sobre el pistón, inflamando la pólvora para el disparo. «Esto dijo, habiendo alzado el *perrillo* á la escopeta y apuntándole.» Así lo emplea Castillo de Solórzano, en su *Garduña*.

«Como los *perros* de Zurita», decimos refiriéndonos á compañía ó reunión de hombres díscolos y de mal carácter, que riñen entre sí á menudo. Este Zurita fué cierto alcalde que tenía unos mastines muy bravos: atábalos de día y los soltaba de noche por el lugar; mas no hallando á quién morder, se mordían y destrozaban unos á otros.

«Los *perros* del tío Camama, que huyen cuando se les llama.» Refrán que suele aplicarse á los chicos indóciles, cuando se les manda una cosa y hacen lo contrario.

«Como los *perros* del tío Alegría.» Asegura la tradición que estos animalitos estaban siempre tan desfallecidos de hambre, que para no caerse cuando ladraban tenían que apoyarse en la pared. Comparación que suele aplicarse á las personas por extremo débiles.

«Los *perros* del hortelano, ni comen, ni dejan comer á su amo.» Se aplica á los que, sin provecho alguno propio, sirven de estorbo á los demás. Dos *perros* para un hueso. Tiempo de *perros*. Como *perros* y gatos. Tirarlo á los *perros*. Como los *perros* en misa. A *perro* viejo no hay tus, tus. De casta le viene al *galgo*, etc. *Perro* que mucho ladra, poco muerde. Quien quiere á Juan, quiere á su *can*. Los mismos *perros* con distintos collares. La *perra* le parirá lechones (aplicase á los que tienen mucha suerte). A otro *perro* con ese hueso. *Perro* ladrador, mal mordedor. Como *perro* con

cencerro. Soltar la *perra* (la lengua, hablar demasiado). Dar *perro* (chasco). A *perro* flaco, todas son pulgas.

Estas y otras locuciones, y los refranes citados, y muchos más que no se citan, prueban á las claras cuán presente está el perro de continuo en nuestro pensamiento y en nuestras costumbres. El gran padre de la poesía épica, el eterno Homero, no creyó rebajar su numen con la tierna pintura del perro de Ulises, primero de la casa que después de dos lustros de ausencia reconoce á su amo y le prodiga las mayores muestras de cariño. Sócrates, Aristóteles, Platón, Alejandro Magno y mil otros griegos ilustres amaron al perro, ensalzaron sus excelentes cualidades y le trataron como compañero y amigo. No se quedaron atrás los romanos en esta afición: los patricios y caballeros solían tener jaurías procedentes de España, de las Galias, de la Grecia y aun del remoto Oriente. Además tenían esclavos muy diestros para educarlos y enseñarles todo género de habilidades. En el atrio de las casas, y junto á la habitación del portero, estaba un hueco para el perro; y donde no lo había vivo, representábase por la pintura ó escultura, con esta inscripción: *cave*

*canem* (guárdate del perro). En la Edad Media fué asiduo acompañante del caballero, á quien auxiliaba en el ejercicio de la caza, y también, como queda consignado, en los varios trances y peligros de la guerra. Por esta razón era tenido en tanta estima, que los nobles más esclarecidos no se desdeñaban de educarlos y aun

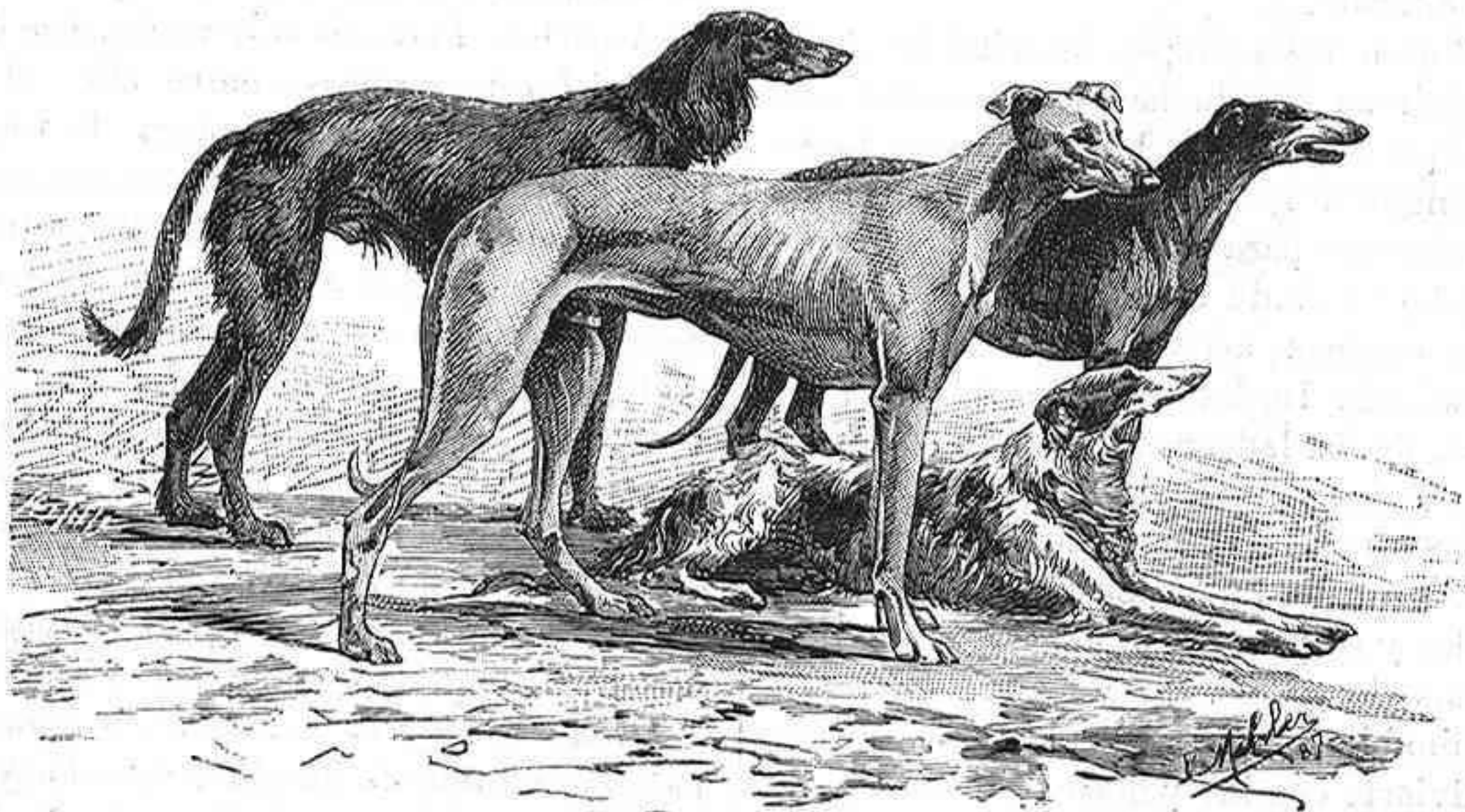
de escribir libros enseñando la mejor manera de cultivar sus inclinaciones y facultades. Mas la importancia del perro aplicado á la caza decayó notablemente con la invención de las armas de fuego, aunque es todavía muy útil para los cazadores, sobre todo el de muestra (*canis vulpinus*), propio para levantar pieza, y el agilísimo galgo para perseguirla por cerros y llanuras.

Desde el escultor Simón, de Egina, y el pintor Nicias, ambos famosos en Grecia, hasta la edad presente, plumas y pinceles y buriles enaltecieron el perro, y aun sirvió de emblema á la Orden caballeresca titulada de *El Perro y el Gallo*, fundación del rey Clovis. A D. Ramiro de Aragón y á D. Carlos I de España y V de Alemania suele representarseles acompañados de un hermoso perro. Nuestro célebrimo Lope de Vega compuso una comedia llamada *El Perro del Jardínero*. Con igual nombre, aunque mucho después, se representó una ópera cómica en los principales teatros de París: la conocida canción de Grisar lleva también este título. *El Perro del Regimiento* es un excelente cuadro de Horacio Vernet. Otro cuadro de Snyders, muy

admirado en el Museo de Dresde, tiene por asunto *Un Perro luchando con un Oso*. Notable es la canción de *El Perro y el Gato*, por Désaugiers, y no menos el poema español *La Perromaquia*. En francés y en nuestro idioma tenemos *Los Perros del monte de San Bernardo*, drama que nos ha hecho pasar horas felices en los primeros años de nuestra juventud á todos cuantos ahora peinamos canas. Casimiro Delavigne debió parte de su fama á la canción *Le Chien du Louvre*. Champfleury publicó su novela *Chien-Caillou* en 1847, y apenas hay fabulista antiguo ó moderno que no trate del perro en sus apólogos, presentándole siempre como ejemplar y tipo de lealtad y nobleza.

Sin este compañero constante y cariñoso del hombre, y sin otros cuadrúpedos igualmente necesarios, como el caballo, el burro, el camello y el buey, ni aun se concibe que la humanidad pudiera salir del primitivo estado salvaje. Forzoso es decirlo: nuestra gratitud, á pesar de los mencionados ejemplos artísticos y literarios, está muy por bajo de su abnegación; cosa honorífica para la raza canina, mas no tanto para la humana. Hay, sin embargo, laudables y

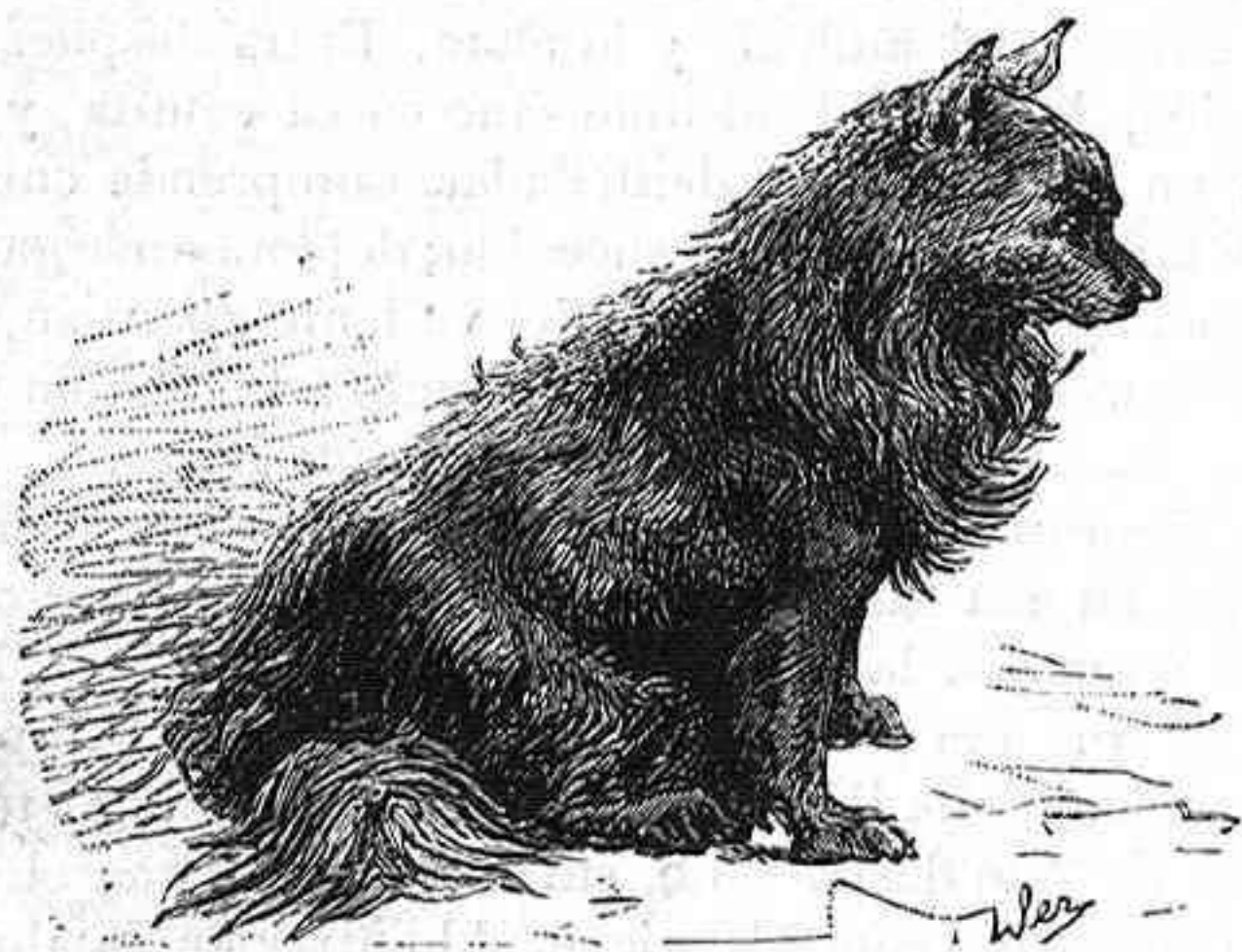
numerosas excepciones. Muy pocos días hace que un diario noticiero nos hablaba de una señora sola y por añadidura pobre, quien compartía sus modestos haberes con veinticuatro perros, dándoles albergue y comida. Y ¿cuál fué el premio de su caridad? ¿Acaso que rabió la buena señora por efecto de alguna mordedura? No; el perro jamás



fué hombre, y nunca muerde á quien le da el pan. Aun estando rabioso, no embiste á sus amos; huye, y va á morir lejos de su casa. Lo que sucedió es que el propietario desahució á la inquilina: ésta no tuvo la oportuna ocurrencia de acudir al Doctor Garrido, patrono y remedio de los desahuciados, y se vió en la triste necesidad de buscar otra morada para ella y para sus huéspedes. Así se recompensa la virtud. Y aquí me planto, y antes de ir más allá confieso mi falta, pues dije que la tal señora caritativa era *sola*, y resulta disparate llamar *solo* á quien vive acompañado por veinticuatro perros, sean de la casta que fueren. La verdad en su punto. Y ahora que lo pienso, añado que tampoco me parece pobre, si es cierto que dos perros grandes y uno chico forman un real completo.

Asegura Linneo que no hay diferencia esencial entre perro y lobo: y tiene razón, puesto que ambas castas de animales se cruzan y reproducen, de cuya mezcla proviene el perro-lobo, tan conocido de los cortijeros y pastores. Pero si no hay gran diferencia física, moralmente sí la hay notabilísima, no sólo entre lobo y perro, sino entre el

perro civilizado y el salvaje. El civilizado ladra: el salvaje aulla. Aquél tiene pelo fino y mirada inteligente: el de éste suele ser erizado y su aspecto feroz, como se advierte, y lo hace notar Humbolt en las bandas de perros salvajes que vagan por las soledades de América, descendientes de los que los españoles en el siglo XVI y en el XVII llevaron de la Península. Parece, y es cierto, que el trato con el hombre y la domesticidad no interrumpida durante larga serie de generaciones, afinan y desarrollan la inteligencia y sentimientos del perro, á veces hasta un grado increíble. Todos tenemos más ó menos noticia de los vulgarmente llamados perros sabios, y aún hemos visto en circos, teatros y otros lugares de recreo muchas de sus prodigiosas habilidades. Durante diez ó doce años, en el primer tercio del siglo actual, viajó por casi todas las naciones de Europa, excitando gran curiosidad y asombro el holandés Nief con su perro sabio llamado Munito. En los salones de muchos reyes, príncipes y magnates, y en los teatros de las ciudades más populosas, el docto Munito dejó maravilladas y boquiabiertas á millares y millares de personas, de las cuales algunas sospecharon cándidamente si tendría los demonios metidos en el cuerpo. Muy posible es, y hasta probable, que, de haberse adelantado en el nacer siquiera un siglo, hubieran concluido su existencia hechos cenizas en algún quemadero público Munito y su amo. Porque éste hablaba á su perro en holandés, inglés, italiano, francés y latín, y el perro contestaba *por escrito* en los mismos idiomas. También jugaba al dominó, y de tal manera, que podía competir



y solía ganar á los más expertos jugadores. Claro es que ni comprendía los mencionados idiomas, ni era docto en gramática, ni tampoco pendolista; pero era sumamente listo y estaba muy bien aleccionado. Hecha la pregunta, se ponía sobre una mesa el alfabeto del mismo idioma en letras sueltas: el perro, subido en un taburete, iba con la pata derecha delantera tocándolas todas, fija la vista en su amo: á una señal imperceptible de éste empujaba una, la primera de la contestación, luego la segunda, que ponía junto á la anterior, y así las demás, hasta completar la respuesta. Igual artimaña le servía para mover con acierto las piezas del dominó. Regularmente Nief, durante estos ejercicios, se pasaba por el bigote la diestra, y al retirarla, empujaba el perro la última letra que había tocado.

Y hablo de la inteligencia del perro, porque respecto de su lealtad, cuanto diga es poco y nadie hay que la ignore;

hasta la heráldica lo emplea en sus escudos y blasones como símbolo de esta virtud y de exquisita vigilancia. El perro compara, recuerda, discurre en forma silogística, entiende algo de aritmética y geometría, tiene nociones de justicia, ama ó aborrece, experimenta pena y júbilo, y..... ¿por qué no decirlo? Tiene *alma* individual y propia, á la que muchos, por no confesarlo y salir de la dificultad con una palabreja, denominan *instinto*. Cosa es muy frecuente y sin duda muy cómoda al hallarse ante un problema difícil, tirar por el atajo, huir la dificultad, y en vez de pensamiento explicativo y profundo, contentarse con un vocablo parecido á un tambor en lo sonoro y vacío. Discutí años hace con un hombre de ingenio y erudición notable, quien á fuer de materialista, negaba la existencia del alma, mientras yo la suponía y afirmaba no sólo en las personas, sino en los animales (cuyo nombre viene de *ánima*, alma), y hasta en los que llamamos con sobrada ligereza seres inanimados. Entonces le disparé el siguiente soneto, y todavía su pregunta final está esperando contestación:

## EL PERRO.

(CONTRA UN DOCTOR MATERIALISTA.)

Yo tengo un perro. Si mi humor es triste,  
Llega y me halaga y á mis pies se tiende;  
Mas brinca y juega y mi alegría entiende  
Si gozosa expresión mi faz reviste.

Como nocturno centinela asiste  
En mi tranquilo hogar y lo defiende,  
Y si de alguno el ademán me ofende,  
Ládrale ronco y con furor le embiste.

En diferente voz me advierte ó llama:  
Y si es preciso, por mi bien se inmola  
Este perro, este amigo que me ama.

Doctor, os hago una pregunta sola  
Si espíritu no tiene que le inflama,  
¿Me quiere con el lomo ó con la cola?

Mas dando de lado á los versos, menospreciados hoy por su misma abundancia, pues no hay madre tan infeliz que no tenga un hijo poeta, cuando no son tres ó cuatro, bueno es pasar á otros puntos dignos de figurar en este perruno escrito. Y lo primero que me ocurre ahora son los siglos y siglos que en todas las comarcas y naciones del universo vivió la raza canina exenta de matrícula y contribuciones hasta que la villa de París hizo un Reglamento municipal en 1845, disponiendo que todos cuantos tuviesen amo, lebreles, galgos, podencos, etc., fueran anotados en un libro y pagasen (no ellos, sino los tales amos) una corta cantidad por cada uno. En 1855 se dió nueva forma al tributo, haciéndolo gradual, desde un franco hasta diez, según los varios escalones de la categoría perruna, exceptuándose con razón los que servían de lazarillos á los pobres ciegos. Y como nuestros gobernantes, faltos por lo común de inventiva y caletre, suelen tener la vista clavada en Francia para copiar lo peor que allí se hace, no tardaron mucho en aprovechar la idea y también pusieron tributo á los perros, y los señalaron y embellecieron con medallitas como si fuesen personajes condecorados, y cobraron los reales y las pesetas, que eran el objeto final y la madre del cordero. Mas, atentos al cobro solamente, no les ocurrió suprimir el estúpido bozal, que no impide sino provoca la rabia, y establecer en



muchos lugares piletas bajas y llenas de agua limpia donde los perros vagabundos pudiesen apagar la sed; precaución baratísima y evitadora de funestos resultados. Y para que á la estolidez acompañase la crueldad, imaginaron envenenarlos, fingiendo darles de comer; acto nobilísimo en que por bajo del perro queda á cien codos la dignidad humana. El motivo con que los modernos Borgias perrunos emponzoñan á sus víctimas no puede ser más racional ni más lógico: fúndase en que, andando el tiempo, quizá rabien; como si á los pobres se les cortara preventivamente el pescuezo, porque hostigados de la miseria lleguen un día tal vez á ser criminales y facinerosos.

Lástima es que tan noble animal viva tan poco; su existencia alcanza sólo á los catorce ó diez y seis años, como la del gato, aunque en una y otra raza se vean ejemplos de mayor longevidad. Lástima es también que, desconociendo su naturaleza de compañero, guardián y amigo, se le obligue en algunos pueblos á trabajar como bestia de carga y arrastre más allá de lo que sus fuerzas consienten, pagándole tan extraordinaria fatiga, los mismos que se aprovechan de ella, con el hambre y los malos tratamientos. Sin embargo, siempre sumiso el perro lo sufre todo, no por cobardía, sino por su inquebrantable amor al hombre, á quien acompaña y sirve en todas las regiones y comarcas de la tierra. Y es notable que bajo los ardientes soles de la zona tórrida tiene poco ó ningún pelo, mientras que en las zonas frías el que le cubre y abriga es largo y abundantísimo, según se observa en las heladas llanuras siberianas.

Tiéndose por seguro que los españoles introdujeron en ambas Américas el caballo y el perro; mas también se dice que halló perros Colón al desembarcar por primera vez en las islas Lucayas. Esto parece por extremo dudoso: y si es ó no verdadero, averigüelo Vargas, que debe ser grande averiguador de cosas obscuras y escondidas cuando de tanta fama goza.

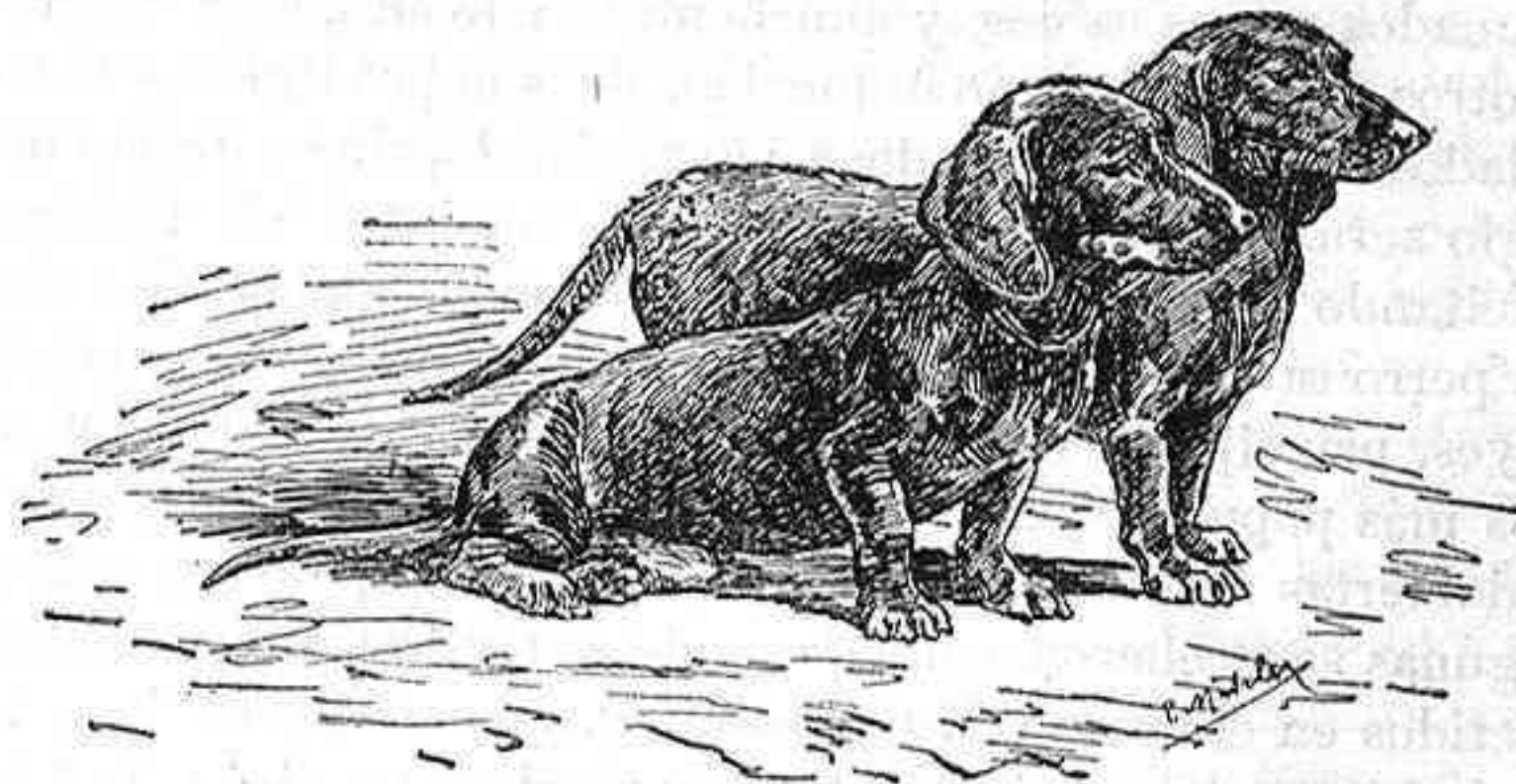
Actualmente dos perros llaman la atención pública: el que pelea valerosamente con gatos en un circo de Barcelona, y acabará por quedarse sin ojos, y el que fué anestesiado y entontecido para cometer con más desahogo el crimen de la calle de Fuencarral. Un empresario de circos, teatros y toros en Europa y América, llamado el Sr. Pubillon, ofrece dar por este último 2.000 reales, según anuncia en los periódicos. No daría tal vez la misma suma, ni aun la mitad, por otro que hubiera salvado la existencia de varias personas. Así anda el mundo.

Convendría terminar este artículo haciendo un análisis concienzudo de las facultades intelectivas y morales y de las virtudes de la raza canina; pero sin duda conviene mucho más no aburrir al lector, y para esto usar de la forma anecdótica, citando lances y hechos en que las mencionadas facultades y excelencias, como en espejo clarísimo, se pinten y retraten.

## II.

Y aquí empiezan los casos ejemplares. De su autenticidad sólo diré que los más de ellos constan por antiguos y modernos escritos de autores dignos de crédito, y otros por testimonio de personas respetables.

Los cantares árabes hablan del persa Yezid. Era casado y sólo tenía un hijo muy pequeño, en quien cifraba su mayor cariño y todas sus esperanzas. Vivía en el campo, cultivaba asiduamente un pedazo de tierra y pasaba su existencia tranquila y venturosa. Habiendo salido cierto día su mujer, quedó el tierno niño dormido en la cuna, y cerca de ésta, como guardián de la criatura, un mastín corpulento. El padre tuvo que salir también y se alejó confiado en la vigilancia del perro, cuya lealtad le era conocida. Vuelve después de una ó dos horas, y sale á recibirle el animal brincando,



ladrando y haciendo mil demostraciones de alegría. Pero Yezid palidece de repente al ver que el animal traía las fauces ensangrentadas. Un pensamiento horrible cruza por su imaginación: figúrase que el mastín ha destrozado á la criatura y que aquella sangre es de su hijo. En un raptó de cólera descarga con fuerza el hacha que traía en la mano sobre la cabeza del animal, y lo mata. Entra después en la habitación, donde halla al niño sano en su camita, y al pie de ella un lobo muerto á dentelladas. Comprende entonces, aunque tarde, lo que allí ha sucedido; deplora amargamente su arrebató y la injusta muerte del valiente guardián, al que para memoria del hecho construye junto á la casa un sepulcro con esta inscripción: *A mi buen amigo Kiro.*

Muy riguroso es el invierno en tierra de Soria. Cerca de la capital, en una casa campestre, había muchos perros, dedicados á guardar la vivienda unos, y los demás á las carcerías, de que era gran aficionado su dueño. Un perrillo joven y listo solía llegar de sus excursiones algo tarde y transido de frío después de sufrir largas horas el cierzo helado caminando sobre la nieve. Al entrar en la abrigada cocina, veía que sus compañeros ocupaban los sitios mejores y más cercanos al fuego del hogar. No pudiendo echarlos á dentelladas porque eran más numerosos y fuertes que él, salíase al corral y allí comenzaba á ladrar con furia como si toda una cuadrilla de ladrones asaltase las tapias. Sus compañeros, al oír tan desaforados ladridos, se apresuraban á venir para hacerle coro, y entonces el muy truhán volvíase á la cocina y se acomodaba en lo más caliente, dejando á los otros desgañitarse al aire libre. Hay de seguro no pocos hombres incapaces de discurrir con tal agudeza.

Durante la terrible epidemia que asoló á Sevilla en 1648 llevándose casi la tercera parte de su vecindario, algunos vecinos animosos recorrían las calles para tomar los cadáveres en los carros y conducirlos á las afueras, donde los frailes franciscanos, únicos religiosos que prestaron grandes servicios en aquella calamidad, les daban sepultura en los carneros ó fosas anchas y profundas que para tal

fin por sí mismos habían cavado en Tablada, prado de San Bernardo, vega de Triana y otros lugares. Calles enteras hubo donde no quedó un solo vecino. En la parroquia de San Julián sucumbió toda una familia compuesta de siete personas. Cada vez que el carro fúnebre se llevaba á una de ellas para depositarla en la fosa común, el perro de la casa, lentamente y con ademán de dolor, la seguía y no regresaba hasta después de haberla visto desaparecer bajo la tierra. Cuando hubo acompañado la última, se tendió junto á la zanja, exhalando lastimeros aullidos. Inútilmente los frailes y los sepultureros le ofrecieron comida y quisieron llevárselo, admirados de su lealtad y de su profunda pena: el pobre animal permaneció inmóvil allí, sin comer ni beber, y murió al cabo de pocos días. Vergüenza es que se ignore el nombre de este perro, cuando se saben y hasta vemos grabados en mármol los de muchos malvados y verdugos, oprobio y azote de la especie humana.

Al comenzar la Revolución francesa en 1789, asistía diariamente un perro á la parada ante el palacio de las Tullerías. Colocábase entre la banda de música de la Guardia Nacional, marchaba con ella, y concluido el acto se iba no se sabe dónde. La aparición periódica de aquel perro y el gusto que mostraba al oír los instrumentos militares llamaron la atención de los músicos, quienes, ignorando su nombre, le llamaron *Parada*. Acariciábanle todos, y por turno le convidaban á comer. Con pasarle la mano por el lomo y decirle: «Parada, hoy comerás conmigo», bastaba para que el perro lo entendiera. Pero después de comer, largábase el insigne Parada á la carrera, para asistir á la ópera sentado inmóvil junto á la orquesta hasta que se acababa la función. Sus instintos filarmónicos le llevaron á Italia con los músicos de un regimiento, y allí, en la batalla de Marengo, al ver mortalmente herido al general Desaix, á quien había tomado gran cariño, se precipitó aullando sobre su cuerpo y pereció también destrozado por la metralla.

Semejante á éste, como si fuera su hermano mellizo, el famoso *Perro Paco*, muerto hace poco tiempo, ha dejado larga memoria en Madrid, donde apenas hubo quien no le conociera. Comía en los cafés á expensas de sus muchos aficionados, iba por las tardes á los toros, por la noche á los teatros ó al circo ecuestre, paseaba con cualquiera de sus favorecedores, acompañábalo hasta el umbral de su casa, donde no entraba nunca, pues jamás tuvo amo conocido. Su inteligencia era tal, que algunos sospechaban si sería un sabio filósofo disfrazado de perro. Ni faltó quien le atribuyese naturaleza diabólica. Los periódicos hablaban de él con frecuencia y elogio, como si trataran de un gran personaje. Le retrataron en abanicos, diarios y cajas de fósforos. Se compusieron las coplas del *Perro Paco*, y los ciegos las cantaban por las calles. Alcanzó igual nombradía que veinte literatos buenos, ó seis ministros, ó un torrero de los de punta. Su muerte fué comentada por la prensa y sentida por todos.

Cierto negociante salió á caballo de su pueblo, con dirección á otro no lejano, para cobrar una deuda de doscientos duros. Hecha esta diligencia y metidos los cuartos en un talego, emprendió la vuelta seguido de su fiel perro *Muza*. En la mitad del camino, y molestado por el calor, apeóse para beber y descansar un rato á la fresca sombra de unos árboles; mas el cuidado del dinero le hizo coger el tale-

guillo y ponérselo bajo la cabeza como almohada. Se quedó pronto dormido, y luego al despertar vió que ya era tarde, que la noche se le echaba encima, y montando apresuradamente, aguijó el caballo y partió á galope, sin acordarse del dinero. Entonces *Muza*, que había observado todos sus movimientos, hizo repetidos esfuerzos para detener al caballo, poniéndosele delante, ladrando, saltando y tirando de la ropa al jinete, que le separaba á latigazos. Furioso el animal por ver despreciados sus avisos, gruñe roncamente, da varias arremetidas al caballo, y logra asirle del pescuezo con los dientes. El amo, asombrado de esta furia en un perro de natural muy pacífico, se imagina y cree que está rabioso; coge una pistola del arzón y le mete dos balas en el cuerpo. Iba alejándose el mercader pesaroso del lance y cavilando en la supuesta rabia de *Muza*, cuando súbito se dá una palmada en la frente, como hombre que de pronto recuerda alguna cosa que no debía de haber olvidado. ¿Y el dinero? Sin duda quedó allí junto á la fuente. Comienza á desandar el camino, y advierte un rastro de sangre: síguelo y llega hasta el lugar en que antes á la grata sombra de los árboles había dormido. Allí estaba *Muza*, echado sobre el taleguillo del dinero como custodiándolo, aunque sin aliento y moribundo. Al ver á su amo, cuya torpeza le arrebatara la vida, aulló tristemente y espiró.

Habiendo venido á Londres lady March-Orthy, viuda de un señor escocés, perdió el mismo día de su llegada una preciosa hija de seis años, y después de haberla buscado inútilmente, no pudo sufrir tal desgracia y se arrojó al Támesis. Antes de consumar el suicidio dejó escritas varias disposiciones legando una suma considerable para practicar nuevas diligencias, la cuarta parte de su caudal á quien encontrase á la niña, una pensión á la aya que la educaba, y además varios muebles y cosas de su pertenencia, entre ellas un galguito muy fino y delicado. Después de mil pesquisas infructuosas, mis Colloppé, que era el aya, regresó á su país; pero cuatro años más tarde, por asuntos de familia, hubo de volver á Londres. Hallándose cierto día parada



delante de una tienda de Oxford-Street, acompañada del perrito, fué siguiendo éste á un hombre que pasaba llevando de la mano á una niña como de diez años. El perrillo

saltaba delante de ella con la mayor alegría, acariciábala y hacía después lo mismo con mis Colloppes, quien al momento se acordó de la niña, y fijándose en la que llevaba aquel hombre, creyó reconocer las facciones de su (en el recto sentido) extraviada señorita. Con gran resolución comenzó á increpar al desconocido individuo, que desconcertado ante los dieterios y gritos del aya y viendo que se reunía gente, balbuceó algunas palabras de excusa y huyó con la celeridad posible. La joven lady quedó reconocida como tal por los magistrados, heredó miles y miles de libras, que harían no sé cuántas arrobas; en fin, la mar de dinero, y ni siquiera me dió para una cajetilla de cigarros, entre otras muchas razones porque esto sucedió hace como siglo y medio, y yo entonces no había nacido.

Y siguen los hallazgos. Iba un viajero en su caballo cierta noche oscura, llevando, para su seguridad, colgada de la silla una certera escopeta y detrás un vigoroso perro. De pronto advierte un bulto sospechoso que mueve las ramas; era un hombre á pie, que se planta en mitad del camino tambaleándose como si estuviera borracho. El viajero le da el alto y le encañona la escopeta, mientras el perro avanza contra él furioso y dispuesto á destrozarlo. Entonces el aparecido exclama con voz doliente:

—Eso es: sólo me falta ya que el perro me muerda y que usted me pegue un tiro.

Y dicho esto rompió en angustioso llanto. Admirado el caminante, le hizo varias preguntas después de contener al perro, y supo que era un pobre trabajador de un pueblo inmediato, que antes de salir había tomado unos vasitos, que estos vasitos medio le habían trastornado el seso; que llevaba un puñado de duros para algunas compras en la próxima feria, donde pensaba llegar poco después de amanecido, y finalmente, que la mayor parte de los duros se le había ido cayendo de la faja á lo largo de la carretera, según iba caminando. La noche era cerrada y oscura, y el perdidioso ninguna esperanza tenía de recobrar su dinero. Mas no fué así.

—¿Conserva usted alguna moneda de la cantidad que traía?

—Sí, señor, tres ó cuatro duros—contestó el labriego.

—Pues vengán.

Y dándoselos á oler al perro, y diciéndole *busca, busca*, avanzó el inteligente animal por el camino, y á poco trajo en la boca una moneda, y después otra y otra, y así logró hallar hasta la última.

Cierto joven se vistió de máscara en casa de un amigo suyo: anduvo todo el día paseando y bromeando por la ciudad, no escaseó las libaciones, y rendido y mareado al llegar la noche, se retiró á su vivienda. Tan bien disfrazado iba y tal peste echaba á vino, que su perro no le conoció por

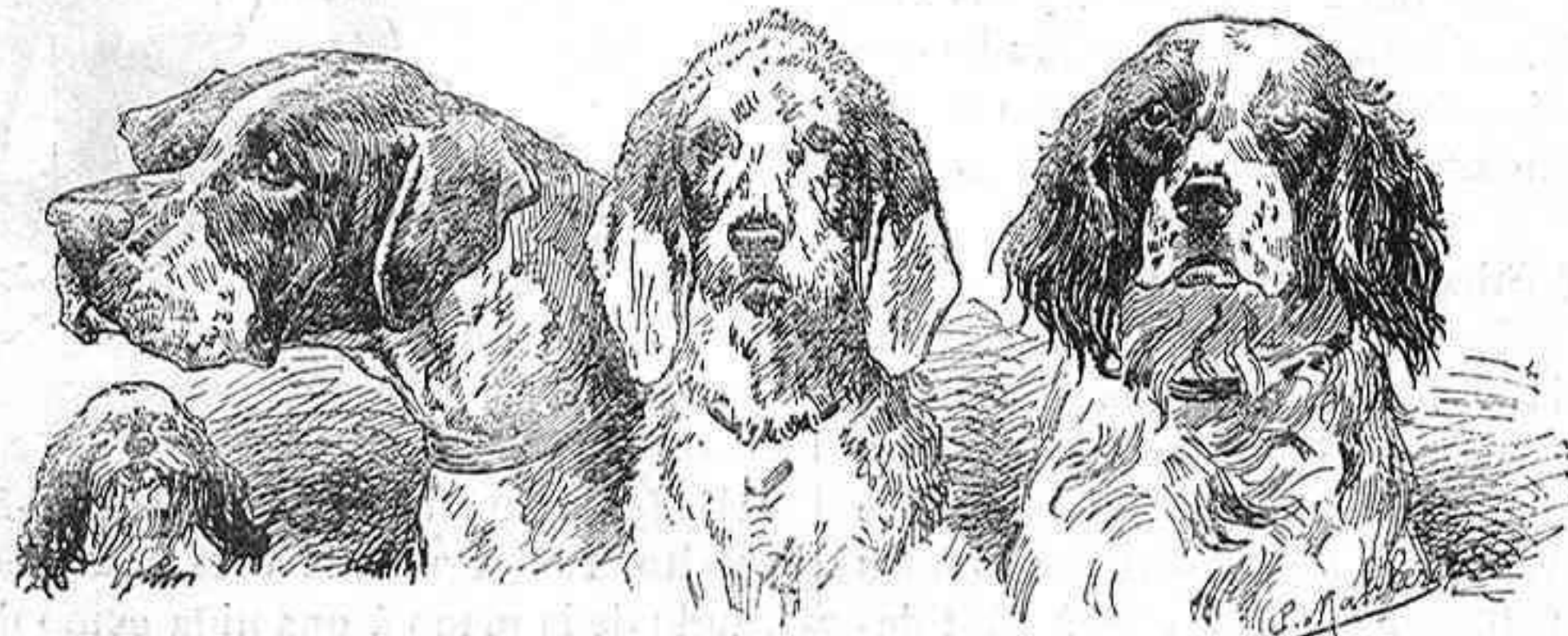
el olfato ni por la vista, y lanzándose contra él le mordió en una mano. El joven exhaló un grito terrible, y avergonzado el perro de su equivocación, se escondió bajo una cama, donde estuvo dos días sin comer ni beber. Después marchó á un pueblo próximo á casa de un hermano de su amo, como si la presencia de éste le recordase su falta y le causara profundo remordimiento.

Conocida es, aunque no de todos, la historia del perro de Montargis, cuyo monumento de escultura le representa combatiendo contra un hombre. El tal combate se verificó el 8 de Octubre de 1381 con toda solemnidad, como entre dos caballeros, y tan extraño desafío tuvo por causas las siguientes. Algunos años antes fué sorprendido, robado y muerto un señor llamado Aubry de Montdidier, portador de una suma considerable. El perro volvió á París, donde estaba la casa y familia del muerto, mas casi moribundo y exánime de una tremenda cuchillada. Pasado algún tiempo y curado el perro, llevó á la selva de Bondy á un hermano del difunto, y escarbando con pies y manos le hizo ver su sepultura. Yendo un día por las calles de París, arremete el perro furiosamente contra un caballero llamado Macario, á quien costó sumo trabajo salir de entre las garras y colmillos. Pocos días habían pasado, y se repite igual encuentro y acometida. El caballero Macario quéjase ante un juez de aquellos dos ataques, á su juicio inmotivados; pero el hermano del difunto Aubry acusa al caballero Macario de robo y asesinato. Como todavía dominaban las formas bárbaras del derecho de la Edad Media, se apeló al llamado *juicio de Dios*. El lugar elegido para el combate fué en la isla de Nuestra Señora, hoy de San Luis, usando el caballero un fuerte bastón, y el perro sus garras y dientes, con un tonel desfondado por ambos lados para guarecerse de los ataques del adversario. Al principio el caballero Macario llevaba de su parte la ventaja, habiendo logrado más de una vez aturdir y acorralar al perro, que lo hubiera pasado mal sin el socorro del tonel. Pero cuando el animal parecía ya vencido y la cuestión casi terminada, súbitamente salta al cuello del caballero Macario, quien, viéndose ya perdido, confiesa su crimen; de este suceso se compusieron canciones, y hasta una obra teatral titulada *El perro de Montargis*.

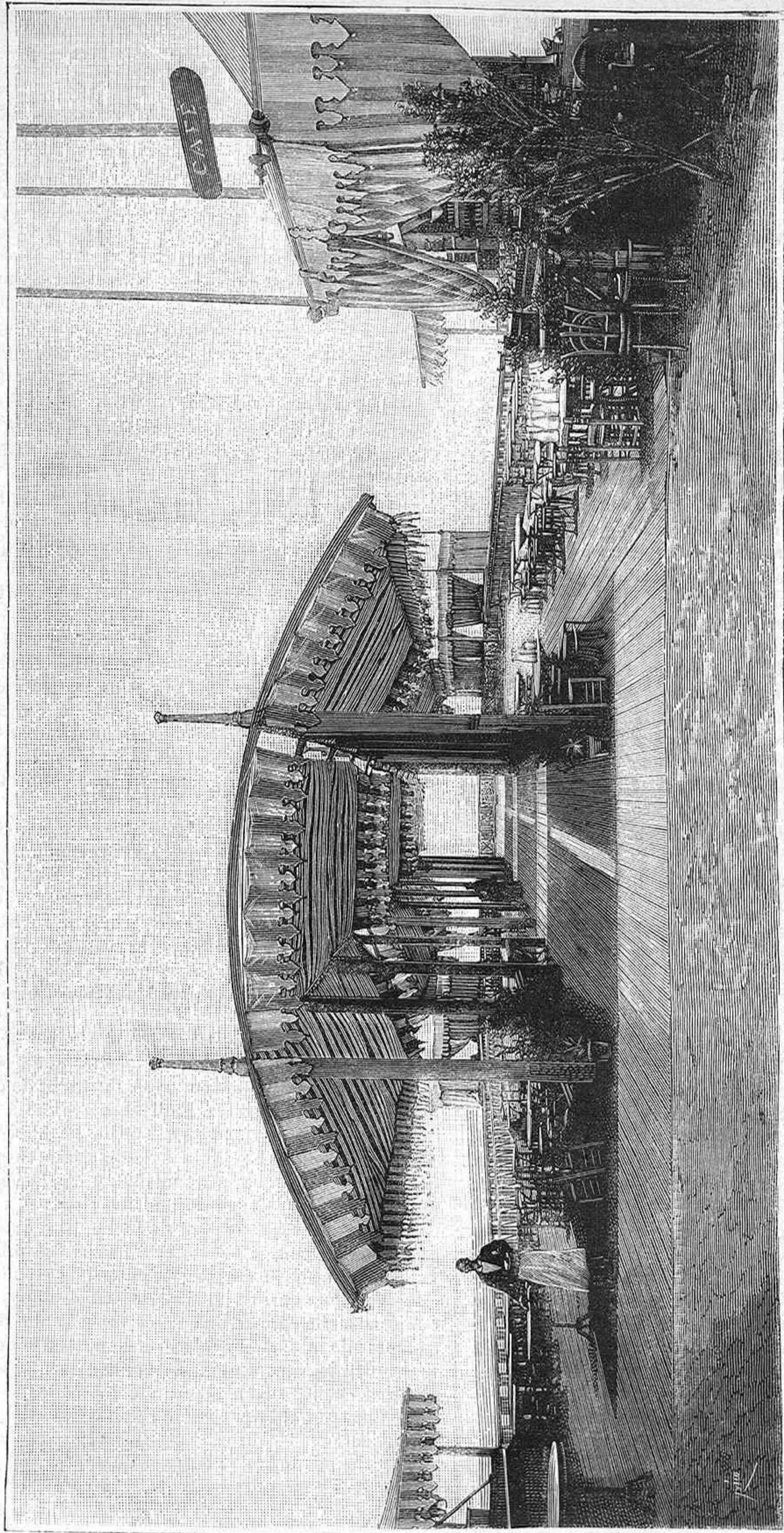
Mucho habría que añadir en cuanto á casos raros y maravillosos de hazañas llevadas á cabo por la raza canina, puesto que hay libros que no tratan de otra cosa; pero basta con lo expresado para tener idea general de las virtudes y excelencias de los perros.

NARCISO CAMPILLO.

Baños de Trillo, Julio, 1888.







EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA. — MUELLE DE LA SECCIÓN MARÍTIMA.  
(De fotografía de los Sres. Audouard y Compañía.)

## UN DÍA AFORTUNADO

**M**E volveré á Madrid sin haber tenido la suerte de encontrar en toda esta provincia un cuadro de verdadero mérito—decía yo pocos días ha á mi bondadoso acompañante D. Trinidad S., al encender un cigarro en el cómodo y fresco despacho de su casa de Ayamonte.—En otras correrías artísticas he sido más afortunado, y siempre por lo general he vuelto á mi casa con la cartera repleta de noticias curiosas para la historia del arte en las diversas localidades. Ahora vengo de recorrer esta tierra, alternativamente risueña y triste, rica de vegetación y desolada, desde la exuberante sierra de Aracena hasta los sombríos pinares de Cartaya y Lepe, sin que en ninguna de sus poblaciones haya tenido ocasión de admirar, en tantos magníficos retablos cuajados de talla y oro como he visto, una sola obra con que acrecentar el voluminoso catálogo de lo ya conocido. He apuntado, sí, tablas curiosas de los siglos XV y XVI, de autores ignorados, perdidas en la obscura sombra de algunos santuarios, maltratadas y cubiertas de polvo como indignas de figurar al lado de la pomposa gala churrigueresca, ó arrumbadas como objetos de desecho en los desvanes de las sacristías; pero producciones acabadas de la buena época del arte, no he hallado ninguna. Amigo mío, en esto, como ya en otras muchas cosas, conozco que me voy haciendo viejo, porque la fortuna sólo sonríe á la gente joven.

—No deja de sorprenderme eso que usted dice—repuso D. Trinidad—porque tenía yo entendido que las ilustres casas de Medinasidonia, Sessa, Béjar y otras que hasta estos últimos tiempos han sido los señores de esta provincia y los patronos de los templos en sus ciudades y villas, no habían dejado de enriquecerlos con las mejores producciones de los artistas de su época.

—Eso es muy cierto; pero no me negará usted que esas nobilísimas familias estuvieron sujetas como todas las demás al despótico imperio de la moda, la cual en la pasada centuria se cebó despiadadamente en los antiguos retablos que se tenían por *góticos* y bárbaros, adjetivos sinónimos en la España pelucona. Cabalmente por pertenecer á aquellas casas la mayor parte de las poblaciones de esta tierra, es por lo que se advierte hoy en ellas tan lamentable uniformidad en la obra de devastación consumada desde el reinado de Carlos II hasta la supresión de los señoríos en nuestro siglo.

—Veo que usted no transige con la pintura del siglo XVIII—observó D. Trinidad dejando su butaca, un tanto

mortificado al presentir que no tendría en mí un entusiasta admirador de las bellezas artísticas de las iglesias de Ayamonte que nos proponíamos visitar.

—Transijo con esa pintura y con todas las artes de ese siglo, siempre que en ellas descubro inspiración y genio—protesté yo para sincerarme de una intolerancia que pudiera él interpretar como crítica de su gusto particular en materia de artes.—No soy exclusivista: reconozco que en todos tiempos ha habido artistas eximios que han descollado sobre el vulgo de sus comprofesores, y no olvido que la crítica racional de nuestro siglo impone que se respete el verdadero mérito en todas las escuelas artísticas que se vienen sucediendo desde la época en que el hombre logró hacerse dueño de la forma. Pero por lo mismo que soy tolerante con todas las escuelas, deploro que se tuviera en los siglos XVI y XVIII el mal gusto de destruir lo mucho bueno que en los anteriores se había producido.

Dejé yo también mi asiento, tomamos ambos nuestros sombreros, y nos dirigimos hacia la parte alta de la ciudad, donde descuella la iglesia parroquial del Salvador, erigida como atalaya en la punta extrema del Sudoeste de esta bendecida tierra de España, desde la cual se registra el curso del Guadiana en su desembocadura, y en la orilla opuesta la frontera portuguesa, con los pueblos de Villarreal y Castro-marín, blancos como dos palomas anidadas entre pinares y naranjales.

A la subida del Salvador nos detuvimos, por indicación de mi amable guía, en la Casa de Expósitos que lleva el nombre de *la Cuna*, y que es uno de los institutos de caridad que más honran á la población. El digno sacerdote á quien está confiado el culto de su pequeña capilla, erigida con la advocación de *Nuestra Señora del Socorro*, nos enseñó todo lo que en ella le parecía más notable; y conduciéndonos por último á la pobre y casi desnuda sacristía:—Aquí hay un cuadro, nos dijo, que no sé si vale ó no, pero que debe tener algún mérito, porque hace algunos años fué robado, á mi ver por instigación de persona entendida en pinturas.—Y esto diciendo, nos mostró un lienzo empolvado y maltratado que pendía con su marco de un clavo en lo alto de la pared, en frente de la modesta cajonería de madera pintada donde se guardan los ornamentos. La luz era escasa, y á aquella altura no se discernía ni siquiera lo que el cuadro representaba. Rogamos al buen cura que lo hiciese descolgar; titubeó un momento, mas al cabo, con actividad poco andaluza, tomó una escalera de mano, se despojó de su sotana, quedándose en chaquetilla, trepó resuelto, aferró el marco, logró con

algún trabajo sacar el colgadero del clavo, y haciendo esfuerzos de equilibrio para que el peso del cuadro no le venciese y le hiciese caer de la escalera abajo, fué pausadamente descendiendo, surcando con la pintura la pared, hasta que pude yo alargar el brazo para asirlo y aliviarle el peso llegando por fin sanos y salvos el cuadro y el cura al suelo.

¡Oh agradable sorpresa! Puesto el lienzo sobre la cajonería, á buena luz, concebí al punto la certidumbre de que tenía entre las manos una joya artística de gran valía—¡nada menos que un cuadro de Bartolomé Esteban Murillo!—Este cuadro, ejecutado según el segundo estilo del gran pintor, representa, en figuras del tamaño que los profesores llaman *pusinesco*, es decir, de medio metro próximamente de altura, á las dos santas mártires patronas de Sevilla, Justa y Rufina, en adoración ante Jesús crucificado. El Salvador, clavado en la cruz, está en el centro del lienzo, y á los dos lados, de cuerpo entero, con sendas palmas en las manos y los vasos de barro que denotan su profesión de alfareras al pie, las dos hermosas doncellas que sufrieron el martirio por la fe. Cualquiera que esté familiarizado con las obras de Murillo del estilo á que aludimos, reconocerá desde luego como auténtica esta creación de su concienzudo y detenido pincel, impregnado de luces argentinas y ya experto en el más simpático y delicioso empaste, en la época en que su arrebatado misticismo no le había abierto aún las puertas de oro de aquella otra región vaporosa é inundada de celestiales resplandores en que se extasiaba su alma durante sus últimos años.

Las figuras de las dos santas están prolijamente estudiadas; sus cabezas y manos son de una belleza atractiva, no convencional y abstracta, sino individual y humana, acomodada al tipo predilecto de aquel artista tan fiel á la naturaleza en medio de su casto idealismo. Adviértese desde luego que para la cabeza de la santa que está á la izquierda del espectador, se sirvió del mismo modelo con que ejecutó la cabeza de la Virgen en el cuadro de la *Anunciación*, número 856 del Museo del Prado de Madrid, y la de Rebeca en el lienzo de *Eliezer*, núm. 855 del propio Museo. En el catálogo de esta gran pinacoteca calificamos ambos cuadros como del estilo de *transición* que caracterizaba á Murillo cuando después de abandonar su primer manera, un tanto seca, debida á la imitación de los italianistas flamencos y de los maestros florentinos, no había alcanzado todavía á tratar con libertad los ropajes y á dar á su colorido el calor, el esmalte dorado y encendido, el jugo y la transparencia que tanto cautivan en su estilo llamado *vaporoso*: y en esta época de transición pintó indudablemente el lienzo de las *Santas Justa y Rufina* de Ayamonte. De regreso de mi viaje he registrado cuidadosamente en el extenso catálogo de todas las obras de Murillo, que formó y publicó en 1883 el paciente é ilustrado Curtis (1), los cuadros ejecutados por el pintor sevillano representando á las santas patronas de su ciudad natal, y no he encontrado ninguno que las figurase

(1) *Velázquez and Murillo. A descriptive and historical catalogue of the works of Don Diego de Silva Velázquez and Bartolomé Estéban Murillo, comprising a classified list of their paintings, with descriptions, etc.; with original etchings.* By Charles B. Curtis, M. A., London, Sampson Low, Marston, Searle, and Rivington. New-York, J. W. Bouton. MDCCLXXXIII.—Este autor ha recopilado en su libro cuanto sobre Velázquez y Murillo escribieron Pacheco, Carducho, Palomino, Ponz, Cean Bermúdez y todos los demás que les han sucedido.

en el acto de adorar al Dios crucificado por quien dieron gozosas la vida. Es más, sólo menciona el diligente investigador norteamericano un cuadro en que las dos santas aparecen unidas, y es el conocidísimo que pintó Murillo para el altar mayor de la iglesia de Capuchinos, y que hoy se conserva en el Museo provincial de Sevilla con el núm. 95; pero este lienzo en nada se asemeja al descubierto por mí en Ayamonte, pues en él las dos santas vírgenes están colocadas de frente, y lo que hay entre una y otra no es el Cristo en la cruz, sino la Giralda de Sevilla, según se hallaba en su primitiva construcción almohade. Sólo en un accidente coinciden ambas composiciones, á saber: en las vasijas de barro que ocupan el primer término del cuadro, amontonadas en el suelo; las cuales por cierto están ejecutadas con un primor digno de los De Heem y de los más acreditados pintores de objetos inanimados que florecieron en Holanda.

Era, pues, evidente que en el sucio y malparado lienzo de la sacristía de la Casa Cuna de Ayamonte tenía entre mis manos una obra de Murillo enteramente desconocida y original, que no había llegado á noticia de ninguno de los que hasta ahora se han ocupado en reseñar las producciones del grande artista.

Para colmo de satisfacción, aunque el lienzo estaba maltratado y resquebrajado el color en muchas partes, las figuras de las santas y la del Cristo habían padecido poco y podían fácilmente restaurarse; y además el marco, rico en talla dorada, como todos los del tiempo de Carlos II, se conservaba en buen estado.

Cuando ya me cercioré de que la obra era de Murillo, manifesté mi agradable sorpresa á D. Trinidad y al cura, los cuales oían complacidos mis afirmaciones.

—Me alegro por honra de mi país—me dijo el primero—que no se vuelva usted á Madrid tan poco satisfecho de su viaje por la provincia de Huelva, como esta mañana me anunciaba.

—Ya sospechaba yo que el cuadro era bueno, aunque de pintura no entiendo—añadió el cura.

—Pues bien podía usted—replicó D. Trinidad—ponerle en otro lugar más adecuado á su mérito, en vez de tenerle colgado allá arriba donde nadie lo ve, y en tan mal estado.

—Allí le tenía precisamente para librarle de tentaciones; pero puesto que tanto vale, ahora mismo voy á mejorarle de sitio; y para defenderle de manos rapaces, ya tomaré yo otras precauciones.

Y diciendo y haciendo, descolgó una gran cruz de madera negra, lisa, que estaba sobre la cajonería, y puso en su lugar el lienzo: del cual nos refirió la siguiente historia:

—Hace pocos años, este cuadro yacía olvidado como cosa de desecho en una carbonera, de donde lo sacó el sacristán de esta iglesia. Colocado en el lugar donde yo acabo de ponerlo, aquí, sobre la cajonería, despertó la codicia de una mujer, cuyo marido era pintor, y aquella hembra perversa y atrevida, logrando en ocasión oportuna penetrar en esta sacristía sin ser vista ni sentida, se apoderó de él, cortó con una navaja ó unas tijeras el lienzo al ras del marco, lo arrolló de mala manera y se lo llevó oculto bajo la saya. Cuando se advirtió el hurto, se hicieron las oportunas pesquisas y pareció el cuerpo del delito; recobróse la pintura en el mal estado en que ustedes la ven; la ladrona fué encausada; pero halló medio de sustraerse á la acción de la justicia, fugán-

dose á Portugal; y yo, después de unir el lienzo al bastidor según Dios me dió á entender, aunque muy malamente como pueden ustedes observar, coloqué el cuadro en lo alto de esa pared para librarle de nuevos asaltos.

—Mala suerte tienen los cuadros de Murillo —observó D. Trinidad.— El famoso *San Antonio* de la catedral de Sevilla fué también robado hace algunos años, cortando con navaja la figura del Santo.....

—Por aquel tiempo sucedió el robo de éste—interrumpió el cura:— todos los malvados tienen imitadores, y los crímenes suelen venir en ciclones.

—Sirva de escarmiento lo pasado—exclamé yo.— Ahora lo que deben ustedes procurar es que se restaure bien este lienzo y se coloque en paraje más seguro y digno, dentro de la iglesia, por ejemplo; ó venderlo, con el competente permiso, para que luzca en alguna buena galería de España ó del extranjero, y los apreciadores del gran pintor sevillano puedan disfrutar de esta obra suya completamente desconocida. Pero es menester que su restauración no se encomiende á mano inexperta ó temeraria: en Madrid hay quien puede hacerla con acierto: allí están los que han restaurado el *San Antonio* de la catedral de Sevilla y la *Concepción* de Ribera de la iglesia de religiosas agustinas de Salamanca, otra joya que estuvo á punto de perderse por un indisculpable abandono. En los restauradores de provincia no confío.

—Veremos qué puede hacerse—dijo el capellán dando un suspiro y como pensando en sus adentros:—¿de dónde sacaremos el dinero?—y volvió á ponerse su sotana. Y los tres salimos para dirigirnos á la inmediata parroquia del Salvador; aquél, sin sombrero y sin manteo, cubierta la cabeza con un simple gorro negro, porque las calles de la parte alta de la ciudad, llamada *la villa*, están casi desiertas á todas horas y anda uno por ellas como por el patio de su casa.

Á los pocos pasos llegamos al atrio del templo, espacioso, limpio y alegre, dispuesto en un rellano en forma de mirador sobre el ancho y caudaloso Guadiana, y desde el cual, teniendo uno á su derecha las grandes ruinas del antiguo castillo de Ayamonte, cuyas mutiladas torres y cortinas se destacan con melancólicas y bistosas tintas sobre el sereno azul del cielo, domina al frente la risueña ribera del fondeadero, la barra, una gran extensión del Atlántico y la costa portuguesa velada en opalinas brumas.

Al poner el pie en aquella hermosa atalaya, nos detuvimos largo rato á aspirar la refrigerante brisa del mar mezclada con el aroma salutar de los vecinos pinares.

—No hay en toda Andalucía obra como ésta—exclamó con sonrisa de satisfacción el cura, golpeando con la mano la base de la elevada y sólida torre que se levanta junto al hastial de la iglesia dominando la ría y venciendo en altura al vecino castillo.— Esta buena moza —añadió— se entiende directamente con Dios cuando echa á vuelo sus campanas, poniendo en medio de los coros angélicos sus vibrantes tañidos; y ella le recuerda, con más bríos y elocuencia que la misma Giralda sevillana, que en este punto extremo de la católica España hay anclada una navecilla de San Pedro llena de almas que esperan de su clemencia no naufragar en el revuelto mar de la vida.

—¡Así sea!—respondimos á un tiempo D. Trinidad y yo.

—Antes de entrar en la iglesia —continuó el padre cura

con gesto jovial—haré observar á este señor forastero una cosa muy particular que se ve desde este atrio.

—Tendré en ello mucho gusto: usted dirá.

—Desde aquí se ven tres reinos.

—Yo no veo más que dos.

—Cuéntelos usted bien: España, Portugal y el reino de los cielos.

Cada cual celebró el dicho á su manera, y penetramos en la parroquia.

Es ésta un espacioso templo de tres naves, muy aseado, y tan devoto como puede serlo á los ojos de un amante de lo bello un santuario con muchos retablos de gusto churrigueresco, cuyos santos por lo general ahuyentan del alma el recogimiento con sus forzadas y violentas actitudes. Verdaderamente, el barroquismo que domina en los altares del Salvador de Ayamonte es menos exagerado que el de otras iglesias de la provincia, donde ni las columnas ni las hornacinas tienen forma conocida, ni límite los cogollos, cartelas y colgaduras de dorada talla, ni postura que pueda decirse humana las imágenes que en aquellos altares, más que recibir culto, parecen sufrir tormento. Aunque modernizada esta iglesia, claramente revelan las cinco arcadas góticas que separan la nave mayor de las laterales, una antigua construcción del siglo XIV ó XV, latente bajo la máscara de cal y ladrillo que ha desfigurado todas sus partes. Quizá el precioso artesonado de ensambladura morisca que la cubre, sea el primitivo; y acaso la reforma de la techumbre no se haya consumado sino en el presbiterio, donde una aplanada cúpula privada de luz cuenta sin ambages á todo el que la mira su hechura del siglo XVIII.

Llamaron mi atención algunas tablas del XVI, todas de análogas dimensiones, esparcidas en diversos parajes del templo: dos había colgadas en una capilla del brazo Norte del crucero; otra en un poste del arco toral del presbiterio, mirando al brazo Sur; otra, finalmente, en el muro de este mismo brazo opuesto á la mencionada capilla. Estas dos últimas ocupaban altarcillos de segundo orden. Fijó particularmente mi mirada la que estaba inmediata al presbiterio, en la cual se representa *La Deposición del sagrado cadáver de Cristo en el sepulcro*.

—¡Día de fortuna es este para mí!—exclamé al descubrir en ella el estilo del eximio pintor á quien damos en España el nombre de *Pedro de Campaña*.

—¡Sea enhorabuena!—exclamó á su vez D. Trinidad.—No dirá usted ya que es mal cazadero la provincia de Huelva.

—Prometo á usted no decirlo de Ayamonte.

—¡Si aquí hay mucho bueno!—dijo el cura satisfecho.— Y ¿de quién son estas tablas?

—Tengo por seguro que son de Pedro de Campaña: y si es así, no deja de ser cosa singular que me haya deparado la suerte, juntos en este rincón de la Península, á Murillo y á uno de sus más predilectos maestros.....

—Como si dijéramos: al gazapo y á la liebre que lo cría, encamados en la misma mata—observó el jovial presbítero.

La tabla que yo contemplaba, en efecto, me ofrecía todos los caracteres del célebre pintor flamenco, primero que vino de Italia á Andalucía á combatir con las máximas del gran Buonarrotti las influencias de los góticos del Norte sobre nuestro arte nacional. Veía en ella su composición grandiosa, sus figuras llenas de vida y movimiento, dejando entrever,

sin embargo, el acento del naturalismo flamenco; el colorido brillante y esmaltado del famoso *Descendimiento* que se conserva en la catedral de Sevilla, de aquel cuadro que tanto excitaba la admiración de Murillo cuando ocupaba el altar mayor de la parroquia de Santa Cruz de aquella ciudad; veía, en fin, la expresión enérgica y profunda que hacía á Peter de Kempeneer (que tal era en su país natal su verdadero nombre) rival del apasionado y expresivo Rogerio Vander Weyden.

—Estoy seguro de no equivocarme—exclamé después de un largo rato de nuevo examen:—esta tabla sólo ha podido salir, en el siglo XVI á que sin duda alguna pertenece, del estudio de Pedro de Campaña. Parece esta bella composición el complemento de la idea que le inspiraba al pintar la célebre tabla de Sevilla. En aquélla, el divino cadáver, recién desclavado de la cruz, en la cual apoyan las escalas donde aparecen subidos—algo simétricamente por cierto—José de Arimathea y Nicodemus, se halla en el aire, sólo sostenido por los dos piadosos varones que le van bajando hacia al suelo, en que le espera el interesante grupo de las Marías y San Juan, medio desmayada la Virgen en brazos de una de las santas mujeres. Aquí el sagrado cadáver está ya en tierra: momento que acechaba el fervoroso Murillo cuando, medio en éxtasis delante del cuadro de Campaña, no acertaba á separar de él los ojos arrasados en lágrimas (1). La cruz y las escalas quedaron desocupadas: todo el interés del drama se halla ahora reconcentrado en la tremenda escena de dolor de la Virgen Madre apoderada del cuerpo exánime de su adorado Hijo: escena admirablemente agrupada, sobre la cual descuella la hermosa y varonil figura de José de Arimathea, destacándose sobre el cielo blanquecino con una entonación poderosa que hace pensar en las siluetas del Giorgione, del Tintoretto y de los grandes coloristas de Venecia y Verona.

En las otras tablas, en que fácilmente se reconocía la misma mano, se figuraban otras escenas de la Sagrada Pasión y Muerte del Redentor. La que representa *La Flagelación* me pareció llena de reminiscencias de la escuela florentina. En otra, cuyo asunto era *La Resurrección*, un restaurador osado é imperito había caído como pedrisco en mies granada, y había dejado tan tremenda huella de su bárbaro atrevimiento, que causaba compasión y grima el cuadro según había salido de sus manos.

—¿Cómo han venido aquí á parar estas tablas que parecen haber formado en algún tiempo colección ó serie?—pregunté al cura.

—Estas, y otras que ya no existen—me respondió—formaban el antiguo retablo mayor de la iglesia, el cual se deshizo para poner en su lugar el que hay ahora.

—¡Gran proeza hicieron! Y gracias que estos pobres naufragos salvaron la vida en la deshecha borrasca pasada.

—¿Se sabe quién costeó el antiguo retablo?

—Probablemente el Marqués de Astorga, patrono de la iglesia.

—Pues ya veo clara la historia de la vida y pasión de estas infelices tablas, tan dignas de mejor suerte. Un Marqués de Astorga las puso en el siglo XVI en un retablo plateresco,

quitando acaso otro retablo gótico del XV costeado por uno de sus antecesores; y luego otro Marqués de Astorga del siglo XVIII, aplicando la pena del Talión, derribó el retablo plateresco entregando al olvido las preciosas tablas de Pedro de Campaña, para poner en su sitio otro retablo churriguesco: éste que ahora vemos. Así, los Marqueses de Astorga que se vienen sucediendo en este patronato desde hace cuatrocientos años, van dejando en su parroquia del *Salvador* el sello ó la muestra del arte de sus respectivos tiempos, cambiando de gusto como cambia la culebra de piel, pero permaneciendo siempre una é invariable en sus alientos la gloriosa familia de los Osorios, que si en unas épocas sufre eclipses, en otras brilla como astro de primera magnitud entre los nobles y títulos de España.

—Osorio es, en efecto—interrumpió el cura—el Marqués de Astorga y Duque de Sessa, á quien hoy todavía recibe la ciudad de Ayamonte con palio y repique de campanas. Y de él se promete ahora la ejecución de empresas más fecundas que la de dotar á esta parroquia de un nuevo retablo. Aludo al ferrocarril de Gibraltón á Ayamonte, que ha de ponernos en comercio directo y constante con toda Huelva y con las provincias de Sevilla y Extremadura.

—Figúrome—proseguí yo—que la erección del retablo á que estos cuadros dispersos pertenecían, pudo fácil y naturalmente efectuarse del siguiente modo: El Marqués de Astorga de principios del siglo XVI, personaje culto del séquito de Carlos V, presenciaria acaso en Bolonia el aplauso tributado allí á Pedro de Campaña con motivo del arco triunfal levantado en aquella ciudad al Emperador cuando las fiestas de su coronación, pues han de saber ustedes que el flamenco se hallaba en Italia entonces, y que consta fué él quien trazó el magnífico arco. Quizá también sería luego testigo de los grandes progresos del artista en Roma bajo la protección del Cardenal Grimani, esclarecido amante de las artes. Y nada violento me parece el suponer que prendado el magnate español del talento del pintor campinés, deseara enriquecer con obras de su mano el retablo mayor de su iglesia del *Salvador* de Ayamonte. Entonces mandaría deshacer el antiguo retablo gótico, coetáneo de la primitiva fábrica, que ya por aquel tiempo había pasado de moda bajo el imperio de las ideas y costumbres del Renacimiento, y poner en su lugar el retablo de estilo plateresco cuyos compartimentos llenaban estas tablas de Campaña, que han dado motivo á nuestras conjeturas.—Y despedámonos ya, que el señor cura tendrá ganas de comer, al Sr. D. Trinidad le estará esperando su *dulce conjux* para almorzar, y á mi me aguarda con los brazos abiertos una cómoda mecedora de rejilla, donde pienso hallar el descanso de que tan necesitado estoy después del largo y atropellado viaje de ayer desde Jabugo á Ayamonte.

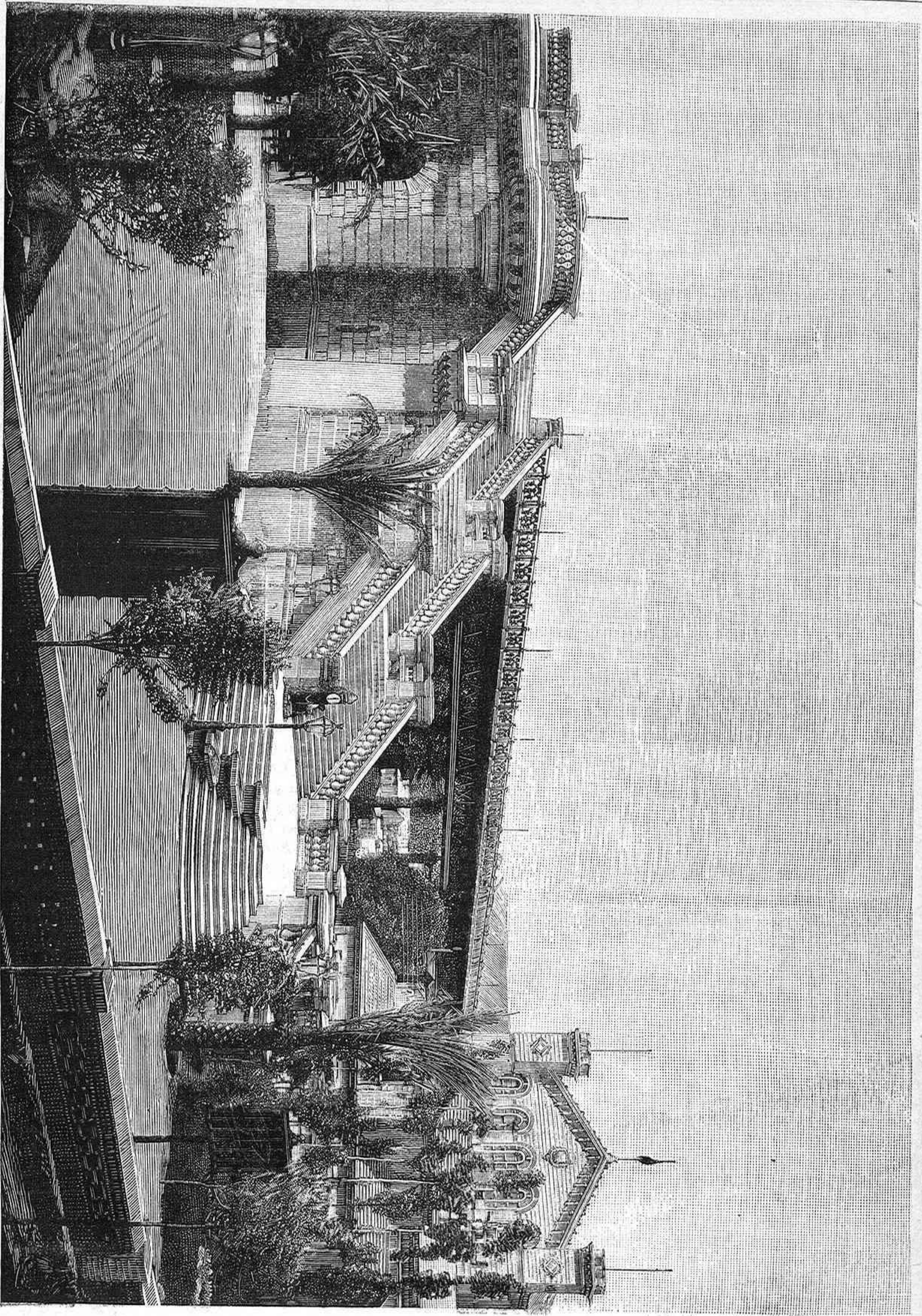
El bondadoso eclesiástico nos acompañó hasta su casa, despidiéndose allí de nosotros; yo dejé á D. Trinidad camino de la suya, y me entré en mi posada, en cuyo grato silencio pronto sentí en mis párpados los deditos de rosa de Morfeo, que me poblaron los espacios de la fantasía de encantadoras visiones.

PEDRO DE MADRAZO.

Madrid, 8 de Junio de 1888.

(1) Refiérenlo sus biógrafos como hecho histórico.





EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA.—VIADUCTO DE ENLACE ENTRE EL PALACIO DE LA INDUSTRIA Y LA SECCIÓN MARITIMA.—(De fotografía de los Sres. Audouard y C.<sup>os</sup>)

## LUX ÆTERNA



— ¡Aúlla un perro, madre,  
 Junto á la puerta;  
 En cuanto aclare el día  
 Ya estaré muerta!  
 — Si ya vas mejorando;  
 No digas eso.  
 — ¡Madre mía del alma,  
 Dame otro beso!  
 — No temas nada.  
 — Por tí y por Juan lo siento,  
 Madre adorada.

— ¿Qué ruido suena, madre?  
 — Los rondadores;  
 Es sábado, y cortejan  
 A sus amores.  
 — ¿La voz de Juan no escuchas  
 Entre esos cantos?  
 — Alguna igual te engaña,  
 Porque son tantos....  
 — No, madre mía.  
 ¡Y el pérfido juraba  
 Que me quería!

— ¡Sabe que estoy muriendo!....  
 No, no me quiere.  
 ¡Qué triste se ve el mundo,  
 Cuando se muere!  
 — Mirame: abre los ojos;  
 Es mi deseo....  
 — ¡Madre, dentro del alma  
 Qué claro veo!  
 Si quiero alzarlos,  
 Negras sombras, muy negras,  
 Me hacen bajarlos!

— ¡Madre mía del alma,  
 La muerte es cierta;  
 Vuelve á gañir el perro  
 Junto á la puerta!  
 ¡Qué sola en este mundo  
 Vas á quedarte!  
 ¿Quién, en tu desamparo,  
 Va á consolarte!  
 Madre querida,

Tan solo por tí siento  
 Perder la vida.

¿Quién trenzará amorosa  
 Tus nobles canas,  
 Sentada al sol contigo  
 Por las mañanas,  
 Y quién hasta la tarde,  
 Bajo el castaño,  
 Al par de tí cosiendo  
 Pasará el año!  
 ¡Años enteros  
 Con mis recuerdos sólo  
 Por compañeros!

Al amor de la lumbre  
 Buscando abrigo,  
 Creerás, estando sola,  
 Que estás conmigo.  
 Recuerdos importunos  
 De mis canciones  
 Fingirán en tu oído  
 Débiles sonos....  
 ¡Eco apagado  
 Del canto de la dicha  
 Que se ha alejado!

Juan vendrá, como todos,  
 A verme muerta;  
 No le dejes que pase  
 De aquella puerta.  
 Dile que, ya muriendo,  
 Sentí su canto;  
 Que ni muerta oír quiero  
 Su necio llanto....  
 Que ame á Dolores;  
 Que á mí me basta, madre,  
 Que tú me llores!

Visteme de mortaja  
 La ropa toda  
 Que en el arca tenia  
 Para mi boda;  
 Y después que me hubieres  
 Amortajado,  
 Quitame estos corales

Que Juan me ha dado,  
Porque no crea  
Que aun he muerto queriéndole,  
Cuando me vea.

Vendrán todas las mozas,  
Menos Dolores,  
A poner en mis andas  
Cintas y flores:  
Sin ella vendrán todas  
Al cuarto mío  
Por besar en mi rostro  
Ya duro y frío.....  
¡Madre, si muero,  
Sin su beso y su cinta  
Marchar no quiero!

Dile, madre del alma,  
Que la perdono;  
¡Que olvide también ella  
Su injusto encono!  
Que yo siempre la quise  
Más que á ninguna;  
Que no hubo de mi parte  
Traición alguna;  
Que ya le olvido.....  
Y ¡qué culpa yo tuve

Si él me ha querido!

En los robles oscuros  
Solloza el viento;  
Se apagan las estrellas  
Del firmamento;  
El río entre los álamos  
Reluce y pasa;  
Ni crujir una viga  
Se oye en la casa;  
La candileja  
Que ardió toda la noche,  
De lucir deja.

Se oyen dulces tonadas,  
Risas y bulla.....  
La niña da un suspiro,  
Y el perro aúlla.

Al volver de la ronda  
Los rondadores,  
Murió la pobre niña  
Soñando amores.  
Cuando moría,  
En las cumbres lejanas  
Amanecía.

JUAN MENÉNDEZ PIDAL.





# PERIODISMO MADRILEÑO

1788-1888



## I.

**D**ADO el prodigioso desarrollo que en la capital de España ha logrado el periodismo, cuesta verdadero trabajo darse cuenta de lo que pudo ser hace un siglo. Para intentarlo, siquiera con ciertas condiciones de éxito, sería forzoso trasladarnos con la imaginación al reducido piso entresuelo de la Puerta del Sol, donde el alemán D. Santiago Thewin, editor con privilegio del *Diario de Madrid*, se dispone á trazar el número destinado á publicarse en 20 de Julio de 1788.

Thewin, que, llorando muerto el antiguo *Diario*, lo logró resucitar dos años antes del citado, y que desde Enero de 1783 le puso el título de *Diario de Madrid*, se pasea por la habitación, deteniéndose á veces junto al balcón, por cuyos vidrios verdosos se ve el nuevo y suntuoso edificio de la Casa de Postas, el mezquino pórtico del Buen Suceso, el convento de San Felipe, con sus gradas y covachuelas, y la modesta fuente llamada *Mariblanca*, cuyo exiguo caudal hace que formen cola junto al pilón, aguardando turno y promoviendo continuas reyertas, infinitos aguadores. Madrid, en los veranos, se muere de sed, y es de temer que algún desperfecto en los viajes ó fuentes obligue á los madrileños á beber agua de los pozos.

El Director del *Diario de Madrid*, que ha viajado por otros países, quisiera traer al suyo adoptivo procedimientos y sistemas que dieran interés á su publicación, y eso es lo que motiva actualmente sus cavilaciones.

—Para eso—dice hablando consigo mismo—sería necesario pagar los trabajos literarios que se destinan á la publicación..... Aquí podría darse por cada discurso curioso ó erudito diez reales, y abundarían los autores.... pero aún no puede soportar este gasto el diario. Habremos de reducirnos á lo que nos manden graciosamente, y examinaremos antes los demás periódicos del momento, por si en sus memorias, cartas y noticias, encuentro motivo de alguna contestación... ¡Juan!

Un criado de mucha edad acude con tardo paso al llamamiento.

—¡Juan! ve al puesto de la Imprenta Real, en la calle de las Carretas, y tráeme la *Gaceta* de ayer viernes. Desde que el gremio de los ciegos anda en pugna con la Imprenta, nunca se puede comprar á buen tiempo el periódico de S. M.

Minutos después, el Director del *Diario* tiene en sus manos las ocho páginas en cuarto que constituyen el periódico oficial; se sienta en un sillón de cuero verde y lee para sí, y aun comenta en voz alta las noticias más interesantes.

—¡Hola! ¡Noticias de Stokolmo del 13 de Junio..... Se conoce que algún correo extraordinario las ha conducido..... treinta y seis días nada más. ¿Y qué dicen? ¡Ya!..... que la escuadra salió de Carlserona el día 9, y que se van á conducir víveres y forrajes á Finlandia para un ejército de 40 á 50.000 hombres. ¡Malo! Esta puja eterna de Turquía y de Rusia no lleva trazas de concluir.

Noticias de San Petersburgo del 18 de Mayo..... dos mesecitos justos. «Se ha hecho cargo de la escuadra del Mar Negro Pablo Jones.» Esto que sigue es más grave: «Los turcos han destruido el 8 de Mayo unas fortificaciones en la aldea polaca de Braha.» ¡Y entretanto sigue el jaleo entre Austria y Turquía, Suecia se dispone á declarar la guerra á Rusia, y en todos los países de Oriente continúan las levas y los subsidios extraordinarios, que son una ruina!

«A mediados de Abril llegó á Constantinopla el Embajador otomano que estuvo en España.» No ha corrido mucho la noticia; pero tampoco es de extrañar que invierta tres meses desde Constantinopla, cuando esta misma *Gaceta* trae una carta de Valladolid fechada en 10 de Mayo.

Afortunadamente los pueblos modernos tienden á facilitar las comunicaciones: aquí mismo se lee que va á establecerse cada quince días un correo entre Marsella y Smirna. Y con esto y las noticias de algunos nombramientos eclesiásticos y provisión de varas de alcalde, ya está vista la *Gaceta*, que para mi *Diario* no ofrece el menor interés.

De las demás publicaciones de carácter periódico, habrá que descartar desde luego el *Semanario Erudito*, pues desde que se ha dado á publicar las obras de Macanaz tiene pocos atractivos.

El *Mercurio de España*, en su último número, tampoco pasa de ser una ampliación de lo que ya ha publicado la *Gaceta*. Noticias de Turquía, de Italia, de Francia, de Alemania, de la Gran Bretaña y de España. Por cierto, que á algún Padre de la Compañía he oído que no debieran haber dado publicidad á la Carta pastoral del Obispo de Pistoia y Prato, que viene entre las noticias de Italia.

Tampoco tiene importancia el cuaderno de este nuevo periódico *El Teniente del Apologista Universal*, que dirige D. Eugenio Habela, enderezador de los tuertos y desfacedor

de los agravios hechos á la filosofía peripatética con la publicación de la *Suma filosófica* del P. Roselli. Otros asuntos de menor abstracción y mayor gusto buscan mis lectores.

Veamos el *Memorial Literario*. ¿Qué materias encierra? Continuación á la instrucción que deberán observar los Corregidores y Alcaldes Mayores del Reino.—Extracto del discurso sobre el lujo de las señoras y proyecto de un traje nacional.—Continuación á la Historia Natural del Tizón.—Conclusión de la vida literaria del célebre Dr. D. Francisco Solano de Luque, su doctrina y descubrimientos médicos.—Libros nuevos.—Observaciones meteorológicas, médicas, y teatros. Algo de esto último pudiera utilizarse, si no resultara un poco antiguo.

—¡Hola, Juan! ¿Qué traes?

—Pues *El Correo de Madrid*, que me tiene usted mandado que compre siempre.

—¡Ah! fecha 19 de Julio: ha salido con exactitud el papel de D. Lucas Alemán. Veamos su contenido: «Discurso dirigido á la Real Sociedad Aragonesa», por El Militar Ingeniero. «Continuación de la Física». ¡Demasiado científico todo esto!—Carta quejándose—y con mucha razón—de que no se puede ir á tertulia, teatro, ni otra función nocturna que acabe á las diez y media de la noche, «mientras que las malignas cubas de potaje mal digerido persigan á las racionales narices», y pidiendo se concluyan pronto las minas ó cloacas que se están haciendo ya en Madrid. La *postdata* es lo más curioso de este escrito, que hubiera pegado mejor en mi *Diario*. Y dice así:

«Los buenos de los poceros han dado también en la gracia de incomodar y aun asustar á los vecinos de Madrid por medio de un fenómeno raro, y es que al levantar la losa de los pozos de la inmundicia, en lugar de echar una porción de vinagre en ellos para precaverse del tufo que exhalan, arrojan dentro de los mismos una punta de cigarro ú otra materia encendida, de que resulta un tremendo y espantoso ruido á modo de trueno; noches pasadas alteró tanto la vecindad de mi casa y de otras inmediatas, que, discurrendose fuese cosa de terremoto, salieron muchas tías añejas en paños menores á sacudir las polillas de sus arrugados jamones á la calle, para escaparse del daño que discurrían les amenazaba.»

¿Versitos ahora de D. Lucas? ¡No podían faltar! «Carta de una crítica-verbo-patética á un caballero apreciándose de entendido.» Algo de esto, y con bastante mayor gracia, dijo Quevedo en la *Culti-latini-parla*. Me parece que el bueno de D. Lucas, por mucho que escriba, no llegará jamás á la celebridad.

¡Siete periódicos nada menos, y ninguno me proporciona cuatro líneas para el mío!

Y el Director del *Diario* sorbe un abundante polvo de rapé y abre la tapa de un pupitre forrado de verde bayeta, sacando un fajo de papeles.

Reducido á sus propios elementos, manda al impresor, por conducto del criado viejo, la nota que le ha llevado el santero y el parte meteorológico, para el número del 20 de Julio de 1788.

Los cultos dicen: San Elías, Santa Librada y Santa Margarita. Jubileo de las Cuarenta Horas en la iglesia del Carmen Calzado. De la nota meteorológica, lo más interesante es el termómetro Reamur, que ha señalado á las siete

de la mañana 25°, á las doce del día 27°, y á las cinco de la tarde 27° también.

—Para artículo de entrada—sigue diciendo Thewin—tengo aquí varios: *Examen de las ideas de los ciegos*, *Examen de los baños de agua de mar*.... irán cualquier día de estos.... D. Joaquín Bogantes me ha prometido una carta contestación á la de D. Antonio Diego Contreras; pero una cosa es prometer y otra cumplir. También me han anunciado otra carta de un proyectista, para que se establezcan en Madrid, como los hay en París, limpiadores de zapatos, á quienes llaman *decroteurs*. Estos afrancesamientos, aunque sean inútiles y aun absurdos, llaman siempre la atención. Aquí hay otro artículo en turno, *Examen de algunos axiomas populares*, que es muy á propósito. Como es algo corto, pondremos á continuación uno de los *Avisos morales* que tengo preparados. Vaya éste:

«El infeliz gusto que tiene el hombre de hacerlo y decirlo todo, ha pervertido sus ideas. Estimamos más al médico que cura las enfermedades, que al que las precave; más al magistrado que juzga las querellas, que al que las apacigua; más al general que gana batallas que al que sabe evitarlas para nuestro provecho, y más al que nos persuade con su elocuencia, que al que nos predica con su buen ejemplo.»

Detrás del *Aviso*, una poesía. Por desgracia, hoy no tengo ningún soneto de los dedicados al Duque de Aliaga por lo bien que marcha en sus estudios, ni de los que dedican á *La Firana* sus admiradores; ni D. Francisco Gregorio de Salas, á pesar de su fecundidad, me tiene entregada ninguna de sus composiciones después de la que ha disgustado á algunos descontentadizos, á pesar de tener estrofas tan bien tomadas del natural como esta:

«Érase una mujer vieja y fruncida,  
Morena, roma, calva y patituerta,  
Desdentada, arrugada y tierna de ojos,  
Corcovada, pequeña y consumida  
Y de un color al fin como una muerta;  
Con verrugas, con fuentes y anteojos,  
Perdida de obstrucciones y de flatos  
Y otros mil enfermizos aparatos.»

¡Ea! pondremos la fábula *Júpiter*, puesto que tengo tan poco donde escoger.

Creo que con esto queda bien justificado el carácter literario de la publicación, y, por otra parte, tampoco puedo correrme mucho, porque reclaman espacio las *Noticias particulares de Madrid*.

Vaya la primera la del Real Monte de Piedad, honrando así la fundación del virtuoso Piquer. Comprende el estado de empeños y desempeños de la primera semana de Junio; anuncia que van á pasar á la sala de ventas 49 lotes, y consigna los socorros del lunes y jueves de esta semana. En dichos días ha socorrido á 260 personas con 54.290 reales, y se ha reintegrado de 68.481, á que ascienden 341 desempeños: las limosnas recibidas para culto de la capilla importan 657 reales.

Para la sección de noticias sueltas tengo el material siguiente:

Anuncio del traspaso de la relojería de la Carrera de San Jerónimo, frente á la Fontana de Oro.

El del quitamanchas Juan Manuel García, de la Corredera de San Pablo.

Riña de gallos ingleses en la calle de la Madera: cuatro famosos de aficionados, dos de ellos armados con navajas.

Anuncio de que se darán 50 reales de beneficio al que haya comprado en el Monte, por 30 reales, una cadena de oro de dos ramales, con tres colgantes esmaltados.

Pérdida de relojes: el que ha de entregarse en la Embajada de Portugal, el de la calle del *Limón de la Puebla*, el de la *de los Preciados*, el de la de Relatores y el de la de Alcalá. Muchos son para que parezcan tantos relojes perdidos.

Sirviente: el eclesiástico joven que pretende ser capellán ó encargarse de la educación de un niño (darán razón en el puesto del *Diario* de la Red de San Luis).

Fiestas religiosas: la de la Congregación de Nuestra Señora de la Piedad en la iglesia de San Millán y la de la Real Archicofradía del Santísimo Sacramento de Santa María la Mayor.

Teatros: en el de los Caños del Peral, á las ocho en punto, la ópera bufa intitulada *El robo de la aldeana*, en la que hará la parte de primera dama la señora Teresa Oltrabelli. Vamos: hoy no canta la María Jacinta Galli, de la que decíamos recientemente:

.... ¿Qué es aquesto, Anfión? ¿Qué dulce acento se escucha en los espacios carpetanos?

.....

Ese acento soberano,  
ese encanto, esa dulzura,  
esa acción y expresión pura  
que á las rocas moverá,  
es la Galli portentosa  
que en la corte venturosa  
de Madrid tenemos ya.....

Pero esta noche, como si no la tuviéramos, desde el momento que no canta. Entre los dos actos habrá el baile intitulado *El waushal de Londres*, en el que hay un cuarteto grotesco, nuevo, compuesto por el señor Domingo Magni.

En el de la calle de la Cruz, por la compañía de Martínez, la comedia intitulada *La Xarretiera de Inglaterra*, un sainete y dos tonadillas. Siempre cantarán éstas, como de costumbre, la Francisca Rodrigo, la Lorenza Correa y Miguel Garrido. A las cuatro y media.

En el de la calle del Príncipe, por la compañía de Rivera, la comedia *Pensar mal y obrar peor, es propio de hombres sin honor*, con una tonadilla y el sainete *La venganza del Zurdillo*. (La entrada de anteanoche fué de 1 877 reales.)

¡Ah! Y no quiero que se me pase advertir á Hilario Santos, el impresor, que salve la errata de ayer y evite otras análogas para lo sucesivo. Ahí es nada. ¡Hablando de la obra de la calle Angosta de los Peligros, haber puesto *Monjas* por *Monjas*!

Y el Sr. Thewin, después de escribir en una cuartilla la rectificación mencionada y de entregarla, en unión de los demás originales, al criado Juan, que se apresuró á llevarlos á la planta baja de la casa donde estaba la imprenta de Hilario Santos con sus dos prensas del antiguo régimen y el despacho principal del *Diario*, quedó en su habitación coordinando otros escritos, á pesar de tener ya completo el número del día 20. Aquel trabajo suplementario tenía su explicación en que el día siguiente era domingo, y Thewin acostumbraba á santificar las fiestas, y el lunes no podía

faltar á la corrida de toros, como que en ella habían de matar Francisco Herrera (a) *el Curro*, Joseph Ximénez y Joseph de Castro, por hallarse heridos, de resultas de la anterior corrida, Joaquín Rodríguez Costillares y Joseph Delgado, conocido más tarde por *Pepe-Hillo*.

## II.

Han pasado cien años, y en el transcurso de los mismos se ha efectuado la más portentosa revolución que registra la humanidad: las nuevas ideas, consagrando derechos y determinando deberes en la humanidad, han impreso nuevo rumbo á sus destinos: una actividad antes desconocida se ha apoderado de las sociedades modernas, y la filosofía con sus abstracciones, el arte con sus prodigios, la ciencia con sus descubrimientos y la industria con sus osadas aplicaciones, han constituido una sociedad nueva, activa, emprendedora y acaso despreocupada en demasía.

La vieja casaca de la Puerta del Sol, en que hace cien años tenían Thewin su despacho y Santos su imprenta, ha desaparecido, probablemente en las obras de reforma de la gran plaza; el edificio levantado para Casa de Postas, es el único que aún subsiste, consagrado á Ministerio de la Gobernación; pero el templo y el convento han desaparecido, como el resto del caserío, y la *Mariblanca*, que goteaba trabajosamente en las cubas de los aguadores, ha sido reemplazada por otra fuente que, si en lo artístico es lo más elemental que puede concebirse, arroja altísimo surtidor de agua del Lozoya, aprisionado casi en su cuna, para que enriquezca con sus caudales á los madrileños, motivando la frase de nuestro malogrado Fernández y González de que aquella fuente era un río «puesto de pie». Si el bueno de D. Santiago Thewin pudiera ver en tuberías subterráneas el gas que nos ilumina, el agua que nos inunda y los hilos eléctricos que nos ponen en comunicación con el resto del mundo; si levantando los ojos viera los haces de alambres telefónicos y pudiera darse cuenta del vapor que impulsa trenes y buques, y hace mover con poderoso empuje las máquinas de las imprentas, de la luz eléctrica, que va generalizándose en comercios y talleres, y de tantas y tantas maravillas como nos rodean, es seguro que ante semejante espectáculo no le quedaría tiempo ni siquiera para hacerse cargo de que él tuvo alguna parte en los orígenes de este movimiento de progreso, dotando á Madrid del primer periódico *diario* y precursor de los muchísimos que hoy se publican.

Pero si, venciendo su incredulidad y sobreponiéndose á su propio asombro, acudiera á la redacción de un periódico moderno y atravesando la imprenta contemplara el motor, pronto á impulsar la máquina que en una hora arroja, impresos, plegados y hasta numerados, 40.000 ejemplares; las planchas de estereotipia y los inmensos rollos de papel continuo, y observara las operaciones complementarias de la administración; si después, parándose un instante junto á la redacción, viera entrar en su buzón, gracias al mutuo cambio, la mayoría de los 235 periódicos diarios y revistas semanales que actualmente se publican en Madrid, se haría cruces por no comprender tamaño portentoso.

Y si la visita á la redacción se prolongara luego, y el ale-

mán madrileño, llevado de sus aficiones, presenciara la confección del número de 20 de Julio de 1888, como nosotros hemos asistido á la de su *Diario* del 20 de Julio de 1788, las diferencias que notara no habrían de ser menores.

Mientras que él estaba solo y tenía que vigilar hasta los originales de anuncios, en la redacción de hoy el confeccionador da principio á su trabajo examinando la *Gaceta*, no una *Gaceta* de ocho páginas en cuarto y publicada los martes y viernes, como ocurría en sus tiempos, sino una *Gaceta* diaria y de veinticuatro páginas de doble folio; siguen á este periódico el *Diario de Avisos*—el heredero del suyo—mucho más crecido, pero también mucho menos interesante, y después *La Correspondencia* y *El Imparcial*, que tiran prodigioso número de ejemplares, *El Globo*, *El Liberal*, *El Siglo Futuro*, *La Época*, *El País*, *La Justicia*, *El Resumen*, *La Fe*, y tantos y tantos otros de gran tamaño y excelentes tipos, y aun algunos con grabados.

Otro redactor examina el correo de las provincias, que sólo horas ha tardado en llegar á Madrid. Si en tiempos de Thewin se publicaban noticias de Valladolid con setenta días de retraso, hoy los periódicos vallisoletanos que se reciben en Madrid, como los de Zaragoza, llevan la fecha corriente: la fecha misma que los periódicos madrileños. Y aquellos diarios no son tres ó cuatro, como en el pasado siglo, sino doscientos ó trescientos. El redactor, sin tiempo material para examinarlos, les quita las fajas para desenvolverlos, les echa un vistazo y los tira al suelo. ¿Para qué, por otra parte, análisis más minucioso? De ocurrir algo importante en las provincias, el telégrafo se encarga de transmitirlo. ¿Ve el buen Thewin entrar á un ordenanza con una carta azul? Pues fíjese bien en su contenido:

«*San Sebastián*, 20 de Julio á 11 y 30 de la mañana. (¡Dos horas antes!)

»Ha llegado sin novedad la Infanta doña Isabel, acompañada de la Condesa de Superunda, Marqueses de Nájera y tesorero Sr. Rosales. Esperaban en la estación la Reina, la Infanta doña Eulalia, las Duquesas de Bailén y Medina Sidonia, las Marquesas de Guadalest, Miraflores, San Felices, Peñaflorida y Martorell, las Condesas del Pilar, Casa Irujo y Sorrondegui, el Ministro de Gracia y Justicia, Jefes de Palacio, Generales del cuarto militar, marinos presididos por el Contraalmirante Topete, Loma, al frente de la oficialidad de la guarnición, Navarro, Lasala, Romero Robledo, numerosa representación de la colonia veraniega, el Gobernador, comisiones del Ayuntamiento, Diputación y muchísimas señoras.»

¿Cuánto se hubiera tardado en los tiempos de Thewin en saber semejantes noticias?

Y al telegrama de San Sebastián siguen otro y otros, noticiando la llegada de los vapores correos á la Habana y á Puerto Rico, á Manila y al canal de Suéz... otra de las portentosas obras de la industria humana en el siglo XIX.

Otro redactor revisa los diarios extranjeros en busca de impresiones, ya que no de noticias. ¿Para qué las noticias postales, por rápidas que sean hoy las comunicaciones marítimas y terrestres, si el telégrafo las transmite en minutos? La electricidad devora las distancias, y si á su marcha se ofrecen obstáculos, se perforan las montañas para dejarla paso ó se la conduce por cables subterráneos ó submarinos hasta los más remotos países del globo. Gracias á su poderoso

influjo, si en 1788 se tardaba dos meses en averiguar noticias de Rusia, hoy, en 20 de Julio de 1888, sabemos que el día anterior llegó á Peterhoff á bordo del yacht *Hohenzollern* el Emperador de Alemania Guillermo II, siendo fraternalmente recibido por el Czar de Rusia; que de la entrevista de los dos soberanos pende hoy la paz europea y la resolución del problema oriental, que ya parecía prolongado y enojoso hace cien años, y que la policía rusa sigue las maquinaciones de los nihilistas, habiéndose cambiado el programa de los festejos por el temor de algún atentado.

Y por el mismo conducto telegráfico sabemos que horas antes ha volado en Rouen un buque español cargado de petróleo (producto desconocido para Thewin, á lo menos en sus aplicaciones modernas); que en Inglaterra se ha celebrado el tercer centenario del desastre de la armada española llamada *La Invencible*; que en Erfurth (Alemania), se ha inventado un nuevo fusil de ocho milímetros y alcance de 3.000 metros; que ha llegado á Palermo la escuadra española; que no es exacto que el revolucionario Zorrilla haya desaparecido de París; que la Cámara de Diputados de Roma ha aprobado la compra del palacio de *La Correspondencia de España* para dedicarlo á Embajada de Italia.... ¡Un periódico que compra y vende palacios!

Siga observando Thewin, y poco á poco verá ir llegando, ya con apuntes, ya con noticias escritas, á numerosos redactores—*reporters*—del periódico. Uno viene del Congreso—¡otra cosa que no existía en 1788!—y viene de hablar con los políticos más importantes, como lo demuestra el traer impresiones muy recientes de los mismos; otro ha estado preguntando á los Ministros las deliberaciones y acuerdos que han tomado en su reciente reunión ó Consejo; otro, consagrado á los asuntos de tribunales, ha hablado con jueces, escribanos, carceleros y presos para poder satisfacer la ansiedad pública, excitada con un crimen reciente; otro ha presenciado un incendio ó una reyerta y no se ha dado minuto de descanso hasta comunicar al público los daños causados por el primero ó las consecuencias que ha tenido la segunda; uno da las noticias de los Ateneos ó centros científicos; otro sigue el movimiento crítico noticiario del mundo teatral; otro tiene la especialidad tauromáquica y reseña los triunfos y percances de los sucesores de Costillares y de Pepe-Hillo....

La redacción es una verdadera colmena, llena de actividad, de vida y de movimiento; los ordenanzas no cesan de entrar volantes, súplicas y cuartillas; los carteros y dependientes de Telégrafos, de traer cartas y despachos, y á todo esto el estridente timbre del teléfono hace que el confeccionador interrumpa cien veces sus tareas y entable otros tantos diálogos con seres invisibles que desde el barrio de Salamanca ó el de Argüelles, desde las Peñuelas ó Chamberí, le piden que reforme un apellido, que anuncie un fallecimiento, que se cambien las señas del domicilio de un suscriptor....

Del periódico de ayer al periódico de hoy media un abismo: las ligeras citas que en los antecedentes párrafos quedan consignadas, bastan para formar aproximada idea del progreso realizado en el transcurso de los cien años últimos.

De las deducciones y enseñanzas encárguese el benévolo lector.

M. OSSORIO Y BERNARD.

Julio 1888.



# MEISSONIER



N A P O L E Ó N I .

Cuadro de Meissonier. — Propiedad de M. Defoer.

Los primeros años de la actual centuria determinan el momento histórico del renacimiento de la pintura en las naciones más cultas de Europa, y singularmente en Francia, donde la revolución había despertado ambiciones y estimulado esperanzas, hombres como David, Vernet y Gros hicieron prodigiosos esfuerzos para que el arte pictórico sacudiese el profundo letargo en que yacía, porque á la revolución política siguió, acompañó, mejor dicho, la revolución literaria y artística, que rompía los viejos moldes académicos, que destruía formas y tradiciones para que el poeta y el pintor se inspirasen únicamente en la realidad de las cosas y de los hechos;

revolución que fue la más sañuda controversia entre clásicos y románticos, semejante á la que sostuvieron en Italia, á fines del siglo xv, los partidarios de las antiguas escuelas y los del Renacimiento, y la cual no terminó prácticamente sino en pleno reinado de Luis Felipe.

En el período más ardiente de esa controversia apareció ante el público Juan Luis Ernesto Meissonier, que fué, por cierto, espectador indiferente de la enconada lucha: había nacido en Lyon el 21 de Febrero de 1815, y comenzó á presentar sus dibujos y luego á exponer sus cuadros en el *Salón* de París pocos años después de la revolución de Julio que derrumbó el trono de Carlos X.

Era su padre un comerciante en sal, como escriben algunos biógrafos, ó un droguero, al decir de otros, que no adivinó la predisposición artística de su hijo, y fué su madre, que murió joven, habilísima pintora en porcelana fina y en marfil, de quien heredó el muchacho la observación perspicaz y la mano delicada en los detalles.

Descendía además de artistas de gran renombre: uno de sus abuelos, Justo Aurelio Meissonier, que nació en Turín en 1695, adquirió legítima reputación como orifice, pintor, escultor y arquitecto, y dejando su país natal en edad temprana, marchó á Francia, donde su mérito fué reconocido y premiado por Luis XV, que le nombró platero y dibujante en obras de metal de la Real Casa, siendo aún sus producciones en el difícil arte de orfebrería muy estimadas por los coleccionistas; mas desgraciadamente para su fama, queriendo utilizar las buenas relaciones que poseía en la corte, se hizo pintor de retratos, y la valía de éstos se puede averiguar por el del Vizconde de Turena (que grabó después Larmessin), y también porque M. Bellier de la Chavignerie rehusó mencionar en su *Dictionnaire* las obras pictóricas de Justo Aurelio Meissonier, aunque figuraban en ellas retratos de los principales cortesanos de aquel Monarca.

Añadiré que este Meissonier proyectó para la iglesia de San Sulpicio el monumento de Jacques de Bezenval, aquel famoso coronel de la Guardia Suiza que más tarde había de ganar muy triste fama por su conducta pusilánime frente al de las tropas Reales de las cercanías de París en las jornadas de 1790.

Bueno será decir que ningún biógrafo francés de Meissonier (ni Gautier, ni Blanch, ni Claretie, ni los *Dictionnaires* de Vapereau y de Larousse) indica siquiera esas curiosas noticias relativas al abuelo del insigne autor de *Un homme fumant* y *L'Empereur à Solferino*: únicamente las he visto consignadas en la revista londinense *The Art Journal*, que me sirve de guía (sin olvidarme de los escritos de aquellos autores franceses) para trazar el presente bosquejo biográfico.

Julio Claretie ha afirmado que Meissonier llegó á París en la edad de diez y nueve años, es decir, en 1834; pero se sabe de cierto que algunos antes el joven provinciano residía ya en la capital de Francia, donde su padre abrió una



ESTUDIO PARA LA FIGURA ECUESTRE DE NAPOLEÓN.

tienda de drogas en la Rue des Ecoiffes, calle principal á la sazón entre la del Temple y el Hôtel de Ville, y asistiendo desde entonces, en clase de externo, á la escuela de la Rue des Francs Bourgeois, «gozaba en visitar las callejuelas del París viejo (dice un biógrafo) y sus edificios catacterísticos, unos monumentales y otros pintorescos», sitios aquellos que recordaban los sucesos más dramáticos de la historia de Francia, desde las guerras de la Fronda; consintió su padre, no sin tenaz oposición, porque deseaba dedicarlo á la industria que él ejercía, en que recibiese lecciones de dibujo de Julio Potier, un artista *Grand Prix de Rome*, que nadie conocería en nuestra época si no hubiese sido el primer profesor de Meissonier; ingresó después en el estudio de León Cogniet, buen maestro y pintor de merecida fama, como lo prueban sus techos del Louvre y otras obras notables, y probablemente allí fué condiscípulo de Daubigny, Daumier, Steinheil, Dechaume y otros; alentóle á perseverar en sus tareas el célebre Tony Johanot, pintor y grabador de mérito, popular dibujante de libros y periódicos ilustrados, quien logró desvanecer los últimos escrúpulos del *droguiste*; siguió, en fin, el consejo de su leal amigo Trimolet, dedicando largas horas todos los días á estudiar concienzudamente las obras de los maestros fla-

mencos y holandeses que existen en el Museo del Louvre.

Alguno de los biógrafos de Meissonier ha escrito que el joven artista, asociado con Daubigny, pintaba cuadros para los mercados extranjeros á razón de cinco francos el metro cuadrado, y sólo así podían hacer frente uno y otro á las necesidades de la vida; mas la revista *The Art Journal* afirma que Meissonier y Trimolet (no Daubigny), además de las copias de cuadros del Louvre, que vendían con facilidad suma, pintaban acuarelas, países de abanicos, miniaturas para misales, emblemas para librerías, etc., «porque no debía pasarlo bien, ciertamente, con la mísera cantidad de quince francos al mes que le daba su padre».

Tales fueron los principios del insigne artista á quien la crítica ilustrada considera como fiel continuador de la escuela pictórica holandesa de los Metzú, los Mieris y los Dow.

El escritor Mr. Burty refiere la aparición de Meissonier en el mundo artístico hacia Octubre de 1832, ó sea cuando el



ESTUDIO PARA UNA FIGURA DE CORACERO.

joven tenía diez y siete años y algunos meses, de este modo: «Aconsejado por amigos que bien le querían y armado de cuatro pequeños dibujos á la sepia, presentóse una mañana en la tienda de M. Curmer, conocido editor de libros y

periódicos ilustrados para niños, y le propuso con gentil desenfado que se sirviera admitirle sus dibujos.

»Curmer fijó en él investigadora mirada, y alguna chispa de genio hubo de encontrar en los vivos ojos del pretendiente, cuando le dijo con afable acento:

»—¿Qué sabéis hacer?

»—Esto—respondió Meissonier, abriendo la cartera y mostrando los cuatro dibujos.

»Curmer, hombre de gran sentido práctico, y además bueno y honrado, contemplólos en silencio, y después de concienzudo examen replicóle así:

»—Admitido. ¿Cuándo queréis empezar?

»—*Tout à l'heure!*—contestó con entusiasmo el joven Meissonier.»

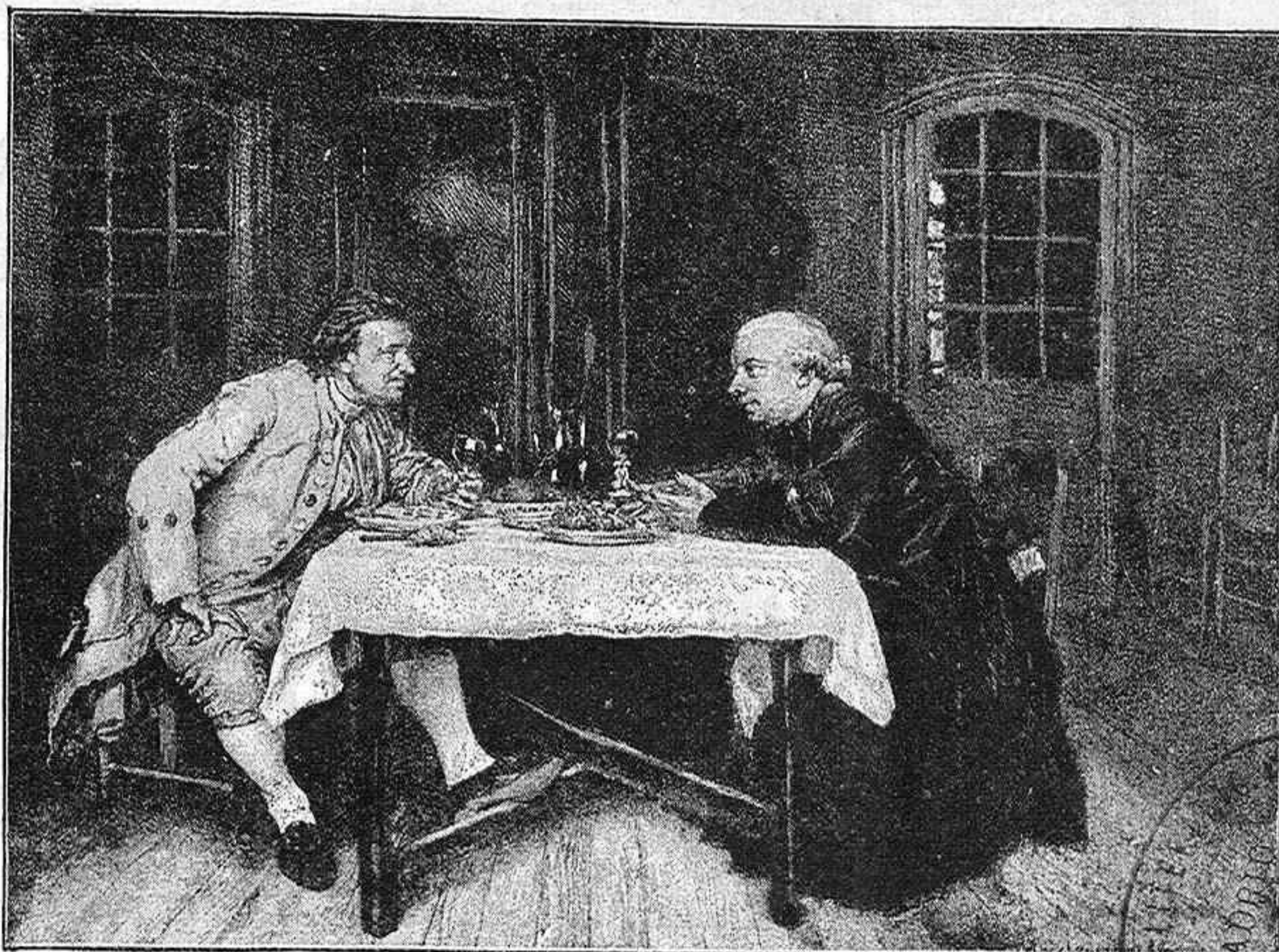
Y asociado con Wather, Rogier, Deveria, Levasseur y otros artistas aventajados y tan jóvenes como él, contribuyó á la ilustración de la *Histoire de l'Ancien et du Nouveau Testament*, representada por grabados escogidos, que publicó en París el editor Curmer en 1835, dibujando las láminas tituladas *Holofernes en Judea*, *Judith delante de Holofernes* y *Muerte de Lázaro*, y el editor quedó tan satisfecho de las composiciones del novel artista, que en el prólogo de la obra le tributó entusiastas elogios, y luego le encomendó la ilustración del cuento moral denominado *Le Vieux célibataire*, para el que hizo Meissonier cinco interesantes dibujos, uno de ellos curiosísimo, verdaderamente original y característico, representando al solterón *en déshabillé*, con un bote de pomada en la mano izquierda y arreglándose el bigote con la derecha, mientras contempla con cierta amargura la rizada peluca que está sobre una mesa cercana.

Por encargo del mismo editor ilustró después la nueva edición del *Discours sur l'Histoire Universelle*, de Bossuet, no sólo con hermosas viñetas y letras de adorno, sino con tres figuras de estudio, Isaías, San Pablo y Carlomagno, que fueron expuestas en el *Salón* de 1840; el poema de Lamartine *La Châte d'un Ange*, lacrimoso tributo del vate republicano á la memoria de una reina desgraciada; las escenas sentimentales de Bernardino de Saint-Pierre, *Paul et Virginia* y *La Chaumière indienne*, y otras publicaciones, distinguiéndose sus dibujos de los de sus compañeros de colaboración por el monograma EM ó ME que usó durante largo tiempo.

El editor Curmer estaba encantado de los elogios que la prensa periódica y aun algunos académicos prodigaban á Meissonier, y apenas terminaba la publicación de una obra pensaba ya en otra no menos importante, para conservar la

valiosa colaboración del joven artista: las dos series de *Les Français peints par eux-mêmes*, cuyas páginas ilustraron también Gavarni, Monnier (Enrique) y Trimolet, ocuparon á Meissonier cerca de tres años, de 1841 á 1843, cuando ya había ganado fama de excelente pintor al óleo, y todavía se recuerdan sus preciosas figuras *El Agente de cambio*, *La Modelo del artista*, *El «Sportsman» parisiense*, *El Pescador de caña*, *El Bibliófilo (Amateur de livres)*, *El Ciego*, y otras de la serie primera de la obra, así como sus magníficas vistas del anfiteatro de Nimes, de los muelles de Rouen y El Havre, de las fundiciones de hierro de Montbrison, de las montañas de *La Grande Chartreuse*, y las escenas pintorescas de la vida árabe en Argelia, reproducidas con fidelidad y belleza en la serie segunda.

Y el mismo Curmer le puso en relación íntima con la historia napoleónica, que fué desde entonces asunto principal de los mejores cuadros de Meissonier, porque en 1840, cuando las cenizas del héroe de Austerlitz, cantado á la sazón por Victor Hugo, Beranger y otros poetas imperialistas,



EL VINO DEL CURA.

Cuadro de Meissonier.—Propiedad de la Baronesa de Thénard.

fueron conducidas á Francia, los dos inseparables amigos Meissonier y Daubigny recibieron encargo del editor para reproducir del natural los principales episodios de la conducción del convoy fúnebre hasta los Inválidos, y el primero ejecutó minuciosos estudios de la entrada de *La Belle Poule* en el puerto del Havre, de la interesante escena del desembarco en el muelle de Rouen y del paso de la comitiva por el Sena, inaugurando con ellos las prodigiosas composiciones que los críticos franceses é ingleses denominan *cycle napoléonine* del gran artista.

En 1845, relacionado con la casa editorial de M. Hetzel,



después de ilustrar admirablemente el precioso idilio de Fenelón *L'Île des Plaisirs*, dedicó su lápiz á la popularísima *Histoire d'une poupée et d'un soldat de plomb*, de Stahl; á la traducción francesa del *Lazarillo de Tormes*, de nuestro insigne *Tácito español* D. Diego Hurtado de Mendoza, hecha concienzudamente por M. Viardot; á una lujosa edición del *Gil Blas de Santillana*, de Le Sage; á la colección completa de las obras de Balzac, comenzada entonces por Hetzel y no concluída hasta 1885 por M. Houssiaux; á los *Contes Rémois* del Conde de Cheigné, historietas y apólogos en verso modelados con suma delicadeza sobre las inmortales fábulas de La Fontaine.

No está averiguada la fecha en que Meissonier presentó sus primeros cuadros al Jurado del *Salón*, el temido *Hanging Council*, que dicen los ingleses; pero lo indudable es que su nombre aparece en el *Catalogue* de 1834, es decir, cuando el artista contaba la edad de diez y nueve años, y entonces presentó dos obras que alcanzaron extraordinario éxito: una acuarela titulada *El Alto (La Halte)*, representando linda campesina que ofrece un jarro de cerveza, á la puerta de una taberna, á un soldado de caballería, y el cuadro al óleo denominado *Les Bourgeois flamands* (y también *Une visite chez le Bourgmestre*), tres figuras sentadas en rojos taburetes alrededor de una mesa de blanco pino, en la cual hay una bo-



UN ALTO.

Cuadro de Meissonier. — Agua fuerte de Flameng.

Estos *Contes Rémois* fueron los últimos libros que ilustró Meissonier: por espacio de treinta años el ilustre artista dedicó su genio y su lápiz á las obras históricas y literarias que sucesivamente publicaron los editores Curmer y Hetzel, aunque había obtenido como pintor al óleo, y en *la grande peinture*, en *le grand art*, medalla de tercera clase en el *Salón* de 1840, de segunda en el de 1841, de primera en los de 1843 y 1848, y la gran medalla de honor en las Exposiciones Universales de 1855 y 1867.

Ejemplo insigne de modestia y laboriosidad que deben tener presente los artistas españoles.

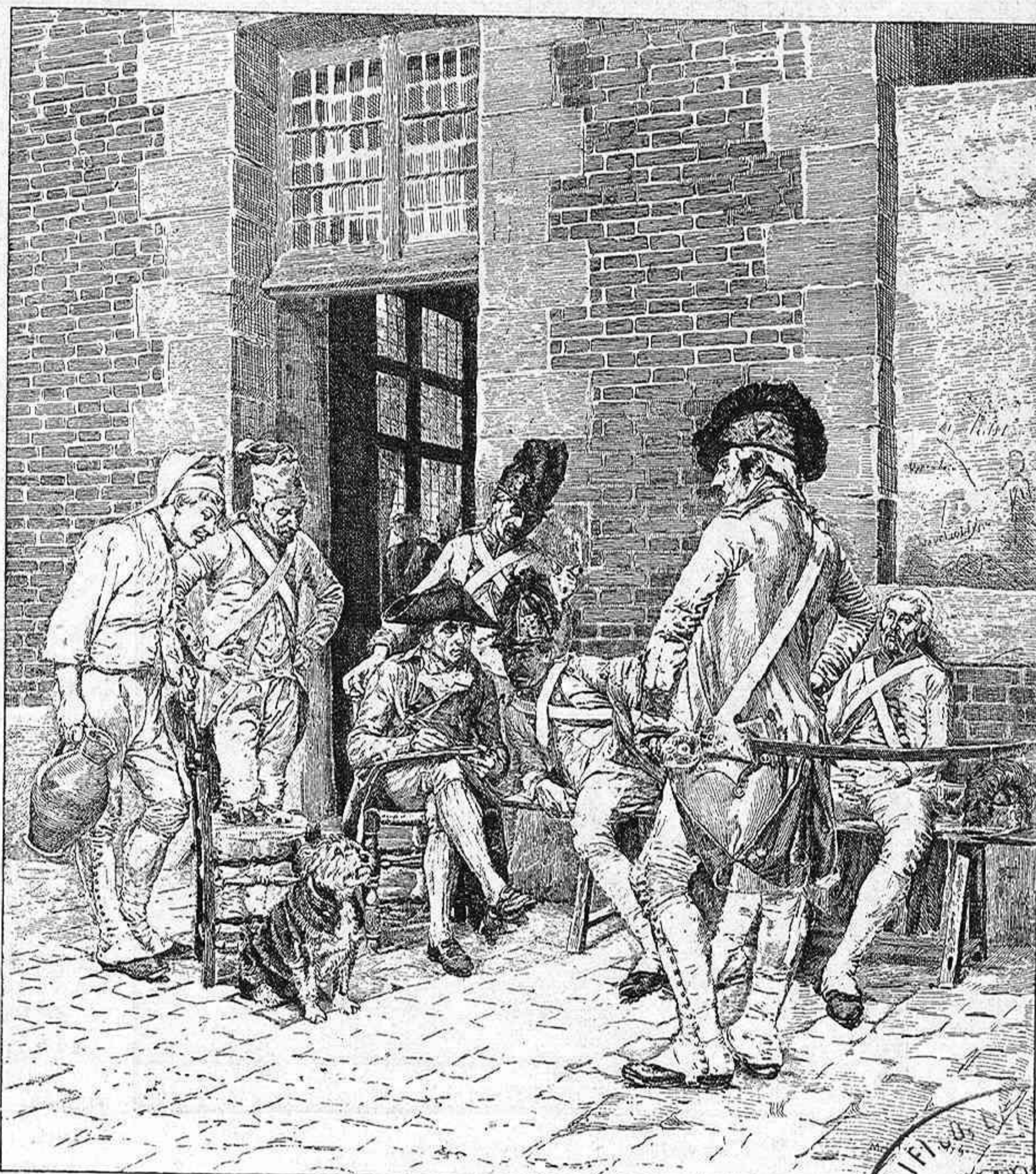
tella y varias copas, unas vacías y otras medio llenas; la acuarela cautivó la atención de la *Société des Amis des Arts*, que todos los años empleaba cierta suma en la adquisición de obras artísticas de los expositores más jóvenes, y que la adquirió por *cien francos*, y el cuadro al óleo ejecutado á la manera de los antiguos maestros holandeses, con admirable efecto de luz y el retrato del artista en una de las tres figuras, fué á parar á la galería de Sir R. Wallace, quien le donó luego, con otros, al *Betnal Green Museum*, si bien algún autor inglés afirma que primero lo compró Mr. Poturle por cantidad insignificante, y que á la muerte de éste lo adquirió Sir Wallace.



Tales fueron los principios de Meissonier como pintor al óleo y expositor en el *Salón* parisiense, y no tendríamos bastante espacio en todas las páginas del presente *Almanaque*, si hubiéramos de seguirle paso á paso hasta sus últimas exhibiciones pictóricas en el *Salón* de 1884.

Es de advertir que Meissonier no tomó puesto, como ya hemos indicado, en la acerba contienda artística que á la

al clasicismo de Demarne, Raffet y Huet, y repitiendo en varias copias, aunque en forma distinta, los asuntos de sus primeros cuadros, sus caballeros y soldados, sus bebedores y sus hombres leyendo ó fumando, sus estudiantes y sus jugadores de ajedrez, de dados y de naipes; y aun la composición *Les amateurs de peinture*, presentada en 1843, y una de las que más favor popular granjearon al joven ar-



EL RETRATO DEL SARGENTO.

Cuadro de Meissonier. — Agua fuerte de Jacquet.

szón mantenían clásicos y románticos, y en la que principalmente figuraban Delacroix, Decamps, Ary Scheffer, Dupré, Boulanger y otros maestros, como en la literaria ocupaban los primeros puestos Augier y Pousard, Victor Hugo y Alfredo de Musset: permaneció indeciso entre ambas escuelas, algo inclinado acaso á las tradiciones del arte académico,

tista, se debe considerar también como repetición de la primera, con muy pequeñas variantes de forma en las tres figuras que en ella aparecen representadas, una de ellas retrato del mismo autor.

Su famoso *Cuerpo de guardia* data de 1845; su *Fumador*, varias veces repetido, de 1848; su *Lector* (*Le Liseur*), re-



petido también en diversas ocasiones, de 1853, y aun mucho antes; en el *Salón* de 1840, expuso el primer tipo de sus *Liseurs* al lado de los dibujos de San Pablo y de Isaías, hechos para la edición del *Discurso* de Bossuet: los soldados del *Cuerpo de guardia* parecen característicos personajes de las novelas de Scott ó de Dumas, tipos á lo Quintín Durward ó á lo Artagnan; el *Fumador*, sentado con indolencia en silla de madera, y delante de una mesa que contiene un jarro de cerveza, con el tricornio ladeado sobre el hombro derecho, la pipa en la boca, la mano izquierda en el bolsillo de ancho gregüesco, las piernas medio dobladas, aseméjase á una figura de los viejos cuadros flamencos de Dow ó de Mieris; el *Lector* retrata en la grave expresión de su semblante, en su actitud de reposo, hasta en su rico traje de cortesano ó de aristócrata del último tercio del siglo XVIII, la impresión que le produce la lectura, aquella lectura que cautiva en absoluto su ánimo: no lee, no, los cuentos libidinosos de Brantôme, ni las sátiras de Rabelais, ni siquiera las escépticas lucubraciones de Voltaire, sino que lee y medita en las obras de Diderot ó de Rousseau, en las páginas de la *Enciclopedia* ó del *Emilio*.

*Una pendencia*, famosísimo cuadro grabado en acero por Deblay, en 1866, y recientemente por Braquemond; *La barricada*, *Los «Bravi»*, *Jugadores de bolos en tiempo de Luis XV*, *El alabardero*, *Tropa en marcha*, *A la sombra de los bosques*, *El vino del cura*, otros muchos cuadros de género, y también magníficos retratos, precedieron á la célebre composición titulada *El Emperador en Solferino*, ó sencillamente *Solferino*, hoy existente en la galería del Luxemburgo: mide este *quadretto* 12 pulgadas de ancho por 8 de alto, y en tan reducido espacio el hábil artista lega á la historia la página más brillante de la campaña franco-sarda contra el Imperio de Austria en 1859; en primer término está el emperador Napoleón III, de parecido exactísimo, con la expresión de cansancio ó de fastidio que le caracterizaba, y en el acto de observar el campo de batalla que se

extiende á lo lejos; destácase en una pequeña altura, delante de su Estado Mayor, mirando con anteojos el rudo combate; su caballo alazán yergue las orejas y respira con fuertes resoplidos en oyendo el lejano estruendo del cañón; sus oficiales generales y ayudantes de órdenes contemplan con frialdad el sangriento espectáculo, y á pocos pasos de ellos aparece retratado el mismo artista, que acompañó al Emperador á Italia y presencié el combate; éste se desarrolla en lontananza, entre nubes de humo y de polvo, y en un ángulo hay varios cadáveres de soldados austriacos, que se

distinguen por su uniforme blanco, tendidos en la falda de la colina, que defendieron hasta morir y que tomaron al asalto los vencedores.

Este cuadro ha marcado, en opinión de los críticos más competentes, el punto culminante de las facultades artísticas de Meissonier, y en realidad inauguró la serie de magníficas pinturas que componen el *ciclo napoleónico* del gran artista.



UN HÚSAR.

Estudio de Meissonier.

desde principio de Febrero solo de oír el nombre de *cosacos*, y que temblaba en los días 27, 28 y 29 de Marzo ante la idea del saqueo y del incendio, recobró toda su sangre fría cuando oyó el estampido del cañón, y durante la batalla los grandes *boulevards* tenían su aspecto de costumbre, con la única diferencia de que las tiendas estaban cerradas y rodaban pocos carruajes.

»Pero la muchedumbre era más compacta, más animada, más movida que otras veces: parecía que el *boulevard* estaba en días de fiesta ó de crisis de Gobierno, con

La primera de éstas es la titulada «1814», que figuró en el *Salón* de 1864 con el título de *Campaña de Francia*, y que algunos escritores denominan equivocadamente *Campaña de Rusia*, y también *La retirada de Moscou*, cuando la escena figura en la misma Francia, á las puertas de París.

«La población parisiense (escribe M. Henri Houssaye, exponiendo la situación de la gran ciudad mientras duró la batalla del 30 de Marzo de 1814), que se asustaba



LOS BRAVOS.

Cuadro de Meissonier. — Propiedad de Sir R. Wallace.



su flujo y reflujo de paseantes, grupos de hombres y mujeres que discutían, todas las sillas ocupadas, todos los cafés llenos; en algunos se observaba inquietud y en otros curiosidad, aunque en la mayoría dominaba quizás la indeferencia.

»Considerábase que el combate de Romainville, cuyo estruendo llegaba hasta París, era asunto de escasa importancia y de seguro éxito, y cuando se hacía notar á cualquiera que el estampido del cañón se acercaba, lo que parecía indicar los progresos del enemigo, no faltaban gentes que respondieran con firme convicción de entendidos en achaques de guerra:

»—¡Es una maniobra! ¡Los rusos la pagarán bien cara!

»Mas esta general tranquilidad fué perturbada entre dos y tres de la tarde, cuando un lancero ebrio bajó al galope por el *faubourg Saint-Martin*, gritando con voz aguardentosa:

»—¡Sálvese el que pueda!

»Estalló un pánico horroroso: todo el mundo corría a esconderse; las oleadas de la muchedumbre se extendieron hasta el Pont-Neuf y los Campos Eliseos.

»En los barrios del Norte y del Este se confiaba también en la derrota del enemigo, y la agitación era extremada; las calles principales estaban henchidas de gente, aunque los guardias nacionales tenían orden de dejar circular sólo á las personas que vistieran uniforme; ni esta severa consigna, ni las granadas que empezaron á silbar por aquel lado hacia las cuatro, detuvieron á los curiosos; cuando caía un proyectil había una carrera, y pasado el peligro cada uno volvía á ocupar su puesto; los niños jugaban con los cascos de las granadas, empujándolos con los pies.

»Con firme confianza en la resistencia de París, el sentimiento que dominaba en la masa de la población obrera parecía ser de sombría cólera por no tomar parte en la lucha, porque el pueblo esperó en vano, desde las seis á las once de la mañana, delante del hotel del general Hullins, á que le dieran fusiles, y luego se lanzó por los arrabales, furioso, desesperado, profiriendo este grito:

»—¡Traición, traición!

»La irritación se veía impresa en todos los semblantes; la muchedumbre estaba agitada, amenazadora, imponente.

»Y la verdad era que no se sabía lo que pasaba aun á las puertas de París, y que todo el mundo daba noticias: tan pronto se decía que el rey José había huído, como que había rehusado parlamentar con los emisarios del enemigo; según unos, todo el ejército de los aliados, más de 200.000 hombres, tomaba parte en el combate, y al decir de otros, Napoleón sólo tenía enfrente una columna insignificante de rusos, que ya retrocedía, y cuya retirada había sido cortada por el Emperador; si se veía entrar algunos franceses heridos, también se veía á varios enemigos prisioneros, y además salían tropas de refresco llenas de patriótico entusiasmo.

»Un escuadrón de carabineros cruzó por el *faubourg Poissonnière* cuando pasaba una pequeña columna de prisioneros, y aquéllos jinetes dijeron á voces á la muchedumbre que los contemplaba:

»—¡Esperad, esperad! Pronto os enviaremos otros....

»Dos veces, á las once y á las tres, circuló el rumor de que el Rey de Prusia era prisionero de guerra y que se le

haría pasar por los *boulevards* para mostrarle al pueblo; dos veces también se dijo que el Emperador acababa de entrar en París, y si por acaso veíase en la llanura inmediata á algún general montado en caballo blanco y seguido de sus oficiales de órdenes, la gente gritaba:

»—¡Ahí está! ¡Ya viene!

»Nadie pronunciaba el nombre de Napoleón, pero todos sabían de quién se hablaba, y tal grito, corriendo de boca en boca, era como una preparación al próximo espectáculo de la victoria.

»¡Qué tremenda decepción! Llegó, llegó.... y llegaba derrotado, por vez primera, volviendo la espalda al enemigo.»

He ahí el asunto del maravilloso cuadro «1814» ó *Campaña de Francia*: la retirada de Napoleón al frente de los restos del Grande Ejército, después de la batalla de Romainville.

El Emperador, montado en su caballo blanco, aparece en primer término, en un declive del terreno; detrás de él camina su Estado Mayor, los mariscales Ney y Berthier, los generales Drouot, Gourgaud, De Flahaut y otros; hacia la izquierda, en segundo término, se ven líneas de tropas que avanzan con orden, casi correctamente formadas, siguiendo á sus jefes y á las nutridas bandas de tambores y cornetas.

¡Qué magnífica figura la de Napoleón, revelando en el semblante el tropel de pensamientos que bullen en su enardecida mente! ¡Qué altivez y coraje en la del mariscal Ney, cuyos ojos relampaguean bajo la sombra de su ladeado tricorno! ¡Qué propiedad tan característica, rigurosamente histórica, en la del mariscal Berthier, dormido en su silla, inclinada la cabeza, agarrándose con la mano derecha á la grupa del caballo! ¡Qué expresión de dolor en los otros generales, de desaliento en unos, de infernal desesperación en otros, hasta en los granaderos que pasan más cerca, y contemplan con apenado semblante á aquel hombre que tantas veces les llevó á la victoria y que entonces regresaba á París con la derrota y la retirada!

La segunda obra magistral del ciclo napoleónico pertenece á 1871, y se titulaba «1805» ó *Los Coraceros*: un regimiento de caballería, en primer término, avanzando en actitud de cargar contra el enemigo; el Emperador, con brillante séquito de generales y ayudantes, situado en una altura, dominando el campo de batalla; á la izquierda, los guías al galope, con sus blancas pellizas flotando en el aire; en el centro, la infantería en apretada masa, esperando la orden de ataque; á la derecha, en una eminencia, la artillería, rompiendo el fuego; al fondo las tropas enemigas, que se distinguen claramente entre el humo de la pólvora y el ambiente pesado del hondo valle.

Esta pintura, que fué presentada en la Exposición Universal de 1878, ha desaparecido, aunque la historia del arte la conserva en hermosas descripciones de críticos ilustrados: adquiriéndola un opulento *amateur* norteamericano, por la enorme suma (según dice *The Art Journal*) de 400.000 francos, y transportada á Nueva York, fué pasto de las llamas en un violento incendio que estalló en la casa donde temporalmente había sido depositada.

La tercera pintura, el célebre cuadro «1807» ó sencillamente *Friedland*, es un desfile de las tropas victoriosas por delante de Napoleón, á quien rodean los generales, y entre ellos, fielmente retratados, Bessieres, Duroc, Berthier y otros: en aquel momento desfila al galope la *Vieja Guardia*, guiada por el general Nansouty; el Emperador la saluda quitándose el sombrero; oficiales y soldados gritan y levantan en alto sus espadas; la actitud del jefe, de un corneta, de varios dragones, todos en primer término, es por sí sola un cuadro magistral de movimiento, de vida, de entusiasmo, una página incomparable de la *grande peinture* moderna.

Pertenecía este famoso cuadro al rico norteamericano Mr. Stewart, y los lectores de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA recordarán que, vendida en pública subasta la galería artística de aquel *amateur*, en Marzo próximo pasado, en Chickering Hall, compró el millonario mister Jay Gould en la cantidad de 66.000 *dollars*, ó sean 330.000 pesetas.

Otros importantes cuadros de Meissonier corresponden también al ciclo napoleónico: varios retratos del Emperador, uno de ellos magnífico estudio de «1814»; *Una carga de caballería*, ejecutado en 1869, y adquirido por Mr. Probosco, de Cincinnati; *El general Desaix en el ejército del Rin*, presentado en la Exposición Universal de 1867; *El mariscal de Sajonia y su Estado Mayor*, vendido á otro capitalista americano en 8.600 *dollars*; *Moreau y Dessoles en la mañana de la batalla de Hohenlinden*, pintado en 1876, y algunos otros menos notables.

Y la verdad es que después de examinar esas obras maestras de Meissonier, las posteriores, aunque dignas del genio del gran artista, no exigen descripción detallada: *El tocador de flauta*, *Resultados de una querrela de juego*, *Lec-*

*tura en casa de Diderot*, *Un pintor veneciano*, *El retrato del Sargento*, *El Pintor de muestras*, *El Abanderado*, *El Centinela de caballería*, *El Polichinela*, *El Húsar.....*, ¿cómo escribir el catálogo de todas sus obras? Sólo en la Exposición de 1884, celebrada en París, sala de M. Georges Petit, para solemnizar el aniversario quincuagésimo de la aparición artística de Meissonier en el Salón de 1834, figuraron hasta 146 números de pinturas al óleo, y algunos, como los de

*Friedland* y *Paris en 1870-71*, constaban de más de veinte primorosos estudios, que el artista conserva con religioso amor.

Este último cuadro, aún no terminado, es soberbia composición alegórica referente al sitio de París: ancho horizonte iluminado por los incendios de la gran ciudad; Regnault, el desgraciado autor de *Salomé*, muerto en Buzenval; el capitán Després y el coronel Dampierre, héroes también desventurados; el hermano Anselmo, acompañando á su ambulancia en medio de los mayores peligros; otros recuerdos de sangre y de amor á la patria, de sublime abnegación en el infortunio, constituyen el conjunto de la grandiosa alegoría, en la que se ocupa el insigne maestro hace ya diez años.

Pero algo he de decir de los magníficos retratos ejecutados por Meissonier, cuyos dos estudios de París y de Poissy han visitado las damas y los personajes más distinguidos de la monarquía de Julio y de la corte de Napoleón III, ya sirviéndole de modelo para las figuras de sus principales cuadros, ya para sus pro-

prios retratos, que son numerosos los hechos por el artista.

Los primeros de éstos fueron el de Mr. Chénard, su paisano y protector en los días del infortunio, autor del cuadro *La fin des Religions*, que figuró en el Salón de 1869 y hoy existe en el Luxemburgo, y el de su compañero y amigo íntimo Mr. Steinheil, autor de los frescos de la Santa Capilla de París y restaurador de muchas pinturas de la catedral de Strasburgo; en 1854, los de su mujer, hermana de Stei-



EL ABANDERADO.

Cuadro de Meissonier.—Propiedad de Mr. James Duncan.

INSTITUTO LITERARIO  
MADRID  
BIBLIOTECA

nheil, y de su hija, que conserva en su estudio de Poissy; en 1857, el de Alejandro Batta, violinista holandés que alcanzó en París notables triunfos artísticos; en 1859, el de la Baronesa de Thénar, una hermosura de la corte, hija política del sabio químico de igual nombre; en 1864, el de su hijo Carlos, vestido con rico traje de la época de Luis XIII; en 1877, el de Alejandro Dumas hijo, el de Mr. Delahante, y el de Mr. Thiers en su lecho de muerte; en 1879, el del popular editor Mr. Hetzel, y otros posteriormente, como el de Victor Lefranc, otro de Chénard para el Museo de Lyon, los de sus nietas Fanny y Carlota, el de monsieur Lecandey, el del doctor Lefebvre, el de Mr. John Lemoine, etc.

Último de la serie fué el de Mrs. Mackay, esposa del millonario norteamericano así llamado, y su peregrina historia es digna de mención singular, si hemos de creer lo referido por varios periódicos de París: expuesto en el Salón de 1884, el veredicto de la crítica ilustrada y del público en general fué por completo favorable al maestro; pero la obra desagradó a Mrs. Mackay, «porque la acentuación excesiva de la *fattura* (dijo algún periódico parisiense) había dado al rostro un carácter de hombre, opuesto á la suavidad y blandura del de una señora», y la antojadiza millonaria, después de pagar al artista los honorarios previamente convenidos (90.000 francos), tomó unas tijeras, cortó el lienzo en tiras angostas y arrojó éstas al fuego de la chimenea de su *boudoir*.

«Gentil manera de proceder! (exclama el articulista de *The Art Journal*). Evidentemente no conocía las instrucciones de Cromwell á Lely, en presencia del retrato, ejecu-

tado por Riley, del real pero *scurvy* (despreciable) semblante de Carlos II.»

Muchos cuadros de Meissonier han sido grabados en acero y al agua fuerte por eminentes artistas: *La Adoración*, por Smit; «1814» y *El retrato del sargento*, por Jaquet; *La Audiencia*, por Carey; *Partida de ajedrez*, *Los buenos amigos* y *El Conocedor*, por Blanchard; *La pendencia*, por Clenay; *Religioso consolando á un moribundo*, por Strelnich; *El crítico de arte*, por Desclaux, etc.

El mismo artista ha grabado también al agua fuerte algunos de sus cuadros y dibujos, como *El Fumador*, el retrato de Regnier (de la Comedia Francesa, en el traje de Anibal de la comedia *L'Aventurière*, de Augier), *La patrulla*, *El polichinela*, *Un soldado probando su espada*, *Los preparativos del duelo*, *Los pescadores de caña*, etc.

Las galerías de Sir Richard Wallace, de los barones Alfonso y Edmundo de Rothschild, del Barón de Hottinger, de Mr. Von Praet (de Bruselas), de

Mr. Gordón Bennett, del Duque de Aumale, de la Princesa de Broglie, de Mr. Pereire, del Baron Springer, de Mr. Defoer y otros *amateurs* (sin contar los compradores de la deshecha galería de Mr. Stewart), poseen los mejores cuadros de Meissonier, adquiridos en precios elevadísimos.

Obsérvese la cotización sucesiva, por decirlo así, de las obras del artista, desde 1834: le figura de San Pablo, para el editor Curmer, valió á Meissonier 600 francos, y el cua-



EL TOCADOR DE GUITARRA.

Cuadro de Meissonier.—Propiedad del Barón A. de Rothschild.

dro *Partida de ajedrez*, comprado en 1841 por Mr. Paul Perier, 2.000 francos; *Los tres amigos* fué adquirido por Mr. Blodgett, de Nueva York, en 30.000 francos, y luego le compró un coleccionista vienés por 60.000, teniendo la desgracia de perderle en el siniestro del vapor *Ville du Havre*; el *Pequeño alabardero*, vendido en París en 1860, valió 5.700 francos, y *Soldados jugando á los naipes*, subastado en la sala Vertheimer dos años antes, pasó á manos del Príncipe Demidoff por 28.000 francos, y luego á las de un millonario americano por 11.500 *dollars* (57.200 francos); Mr. León Say compró el titulado «*Amateurs*» de pintura en 31.800 francos, y *El centinela*, vendido en Londres en 1872, subió á 24.250 francos: ya he dicho que *El Mariscal de Sajonia y su Estado Mayor*, produjo la suma de 8.600 *dollars*, y añadiré que en la sala Lathom, de Londres, fué vendido en 1878 á otro capitalista norteamericano *El caballero alegre* (un cuadro de 7  $\frac{1}{4}$  pulgadas de alto por 5  $\frac{1}{4}$  de ancho) en 3.100 *dollars*, ó sean 15.500 francos, y Mr. Buskin adquirió en 1882 un retrato de Napoleón I en 6.090 libras esterlinas, ó sean 151.250 francos; el más alto precio, obtenido por un Meissonier, corresponde á *Friedland*, comprado en 1878 por Mr. Secrétan, en 400.000 francos y adquirido últimamente por Mr. Gould en 330.000.

El gran artista posee, como antes he dicho, dos magníficos estudios: uno en París, en el ángulo que forma la *Avenue de Villers* con el *Boulevard Malesherbes*, y otro en Poissy, donde vivió durante la guerra franco-alemana; porque si obtuvo permiso para acompañar al cuartel general del Ejército del Rin, los desastres de Spicherem, Wörth y Reischshoffen, la invasión de la comarca de Lorena, los peligros que amenazaban á Metz y París, le obligaron á regresar á Poissy, y organizó el cuerpo de artistas que tan heroicamente se batió en Buzenval, donde murió Regnault y se cubrieron de gloria Brown y Manet.

Meissonier, que es miembro numerario del Instituto de Francia desde 1861, en que sucedió á Abel Pujol en el *fauteuil* duodécimo, tiene para los españoles un título de cariñoso respeto: fué maestro de los malogrados artistas Ruipérez y Zamacois, y grande amigo y admirador del inolvidable Mariano Fortuny.

¿Cuál es el estilo de Meissonier? Muchos críticos han querido puntualizarle, entre otros Burty, Benson, René Medard, Gautier.

«Meissonier (ha escrito Teófilo Gautier) es un maestro en su género, como Ingres, Delacroix y Decamps; tiene su originalidad y su estilo especial; ha hecho en absoluto lo que ha querido hacer.

»Posee las verdaderas cualidades de un buen pintor: el dibujo, el colorido, la finura en los toques, la perfección en lo que ejecuta; todo adquiere valor legítimo con su pincel, todo lo anima con la misteriosa vida del arte, la cual surge igualmente de una botella ó de una silla que de un rostro humano. ¡Cómo sabe escoger el pupitre, el taburete, el papel de música, el libro, la mesa,

el caballete, el cartón, según es la figura que representa! ¡Qué armonía entre los accesorios y el personaje! ¡Qué penetrante impresión de la escena ó de la época, sin ningún esfuerzo!

»Los únicos defectos que se le pueden indicar son: tomar, generalmente hablando, puntos de perspectiva demasiado próximos, y no hacer que flote bastante atmósfera alrededor de sus personajes, y esto produce desagradables líneas y fondos muy cercanos; pero ¡cuántos méritos para rescatar esas ligeras faltas! ¡qué cuidado tan perfecto, qué conciencia tan meticulosa, qué trabajo tan incesante!»

El maestro define su estilo con menos palabras, y tal vez con más exactitud: «Ver en grande, y ejecutar en pequeño.»

Ó sea esta antigua divisa: *Maxime mirandus in minimis.*

EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO.

Julio, 1888.



ALTO EN LA MARCHA.

Cuadro de Meissonier.—Galería Mr. Stewart.



EL MINUÉ.  
Fragmento de un cuadro de Reinecke.





INSTITUTO LINGÜÍSTICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO  
MADRID  
BIBLIOTECA  
ATENCION

EL MINUÉ.  
Fragmento de un cuadro de Reinecke.

# PATRAÑAS DEL MENTIDERO <sup>(1)</sup>

## UN CONDE CONDENADO

### I.

En esa plaza Mayor  
¡Qué bullebulle, qué hervor!  
¡Qué ruido, qué laberinto!  
¡Qué algazara, qué clamor!  
¡Qué estrépito en su recinto!

No cesa la gritería,  
Por puntos crece el tropel,  
Llegan damas á porfía,  
Y hasta la reina Isabel  
Está en la Panadería.

Redobla la confusión,  
Aumenta la bataola,  
Y en la solemne función,  
Al pie del regio balcón.

Forma la *Guardia Española*.  
Trajes rojos y amarillos,  
Con escaques los orillos,  
Gastan para sus jaeces,  
Siendo espanto de chiquillos  
Los *soldados ajedreces*.

Es que hoy allí placenteros  
*Juegan cañas, corren toros*  
*Cortesanos caballeros,*  
*Por lo gallardo, Rugeros,*  
*Y por lo lindo, Medoros* (2).

Y el regocijo no es harto  
De la cortesana grey,  
Pues tiene en la lid reparto  
El rey Don Felipe Cuarto,  
Que ha breve tiempo que es rey.

Las cuadrillas son portento,  
Hay pajes á centenares,  
Y en continuo movimiento  
Flotan gallardos al viento  
Marlotas y capellares.

En la fiesta cortesana,  
En donde tanto galán  
Por parecerlo se afana,  
No hay quien supere á Don Juan,

Conde de Villamediana.

De viril vigor su brazo,  
Su ingenio culto y discreto,  
Con igual desembarazo  
Zurce Don Juan un soneto,  
Que sacude un cintarazo.

En las empresas de amor  
Felice conquistador,  
Rinde dondequier las bellas,  
Y al mudable burlador  
Jamás le rindieron ellas.

Mas se murmura en secreto  
Por alguno que lo espía,  
Que al cabo su amor inquieto  
Fijó en tan alto sujeto,  
Que es un crimen su osadía.

Y deja en su vanidad  
Traslucir su adoración  
A la incógnita beldad,  
Que es la misma Majestad,  
Doña Isabel de Borbón.

En varios versos expresa  
Que su alma vive sumisa  
Y de los hechizos presa  
De la sin par *Francelisa*,  
Donde alguien lee *lis-francesa*.

Y en las cañas lo delata  
Su traje de mil primores,  
Bordado en *reales* de plata,  
Con un listón de escarlata  
Que dice: *son mis amores*.

Todos motejan su empeño  
Por lo que osado confiesa,  
Y diz que nada risueño  
El Rey ha fruncido el ceño  
Desde que leyó la empresa.

Hay quien presiente mudanzas,  
Y que en el ruido y fragor  
De las justas y las chanzas,  
Hoy, en la plaza Mayor,  
Las cañas se vuelvan lanzas.

Pero entre tanto galán  
De la cortesana grey  
Justóse con vivo afán,

(1) De un libro así titulado.

(2) Estos cuatro versos pertenecen á Góngora.

Y si estuvo bien Don Juan,  
Estuvo mejor el Rey.

Nadie rige su trotón  
Como el Monarca en la lidia,  
Mirándole en la función  
Los galanes con envidia,  
Las damas con afición.

Y cuando su adarga abraza  
Y los bohordos rechaza,  
Ó airoso las cañas quiebra,  
Con estrépito la plaza  
Al regio mozo celebra.

Villamediana, azorado,  
Erró á un bohordo el camino,  
Y el Rey dijo amostazado :  
—« Conde, andáis desatentado ;  
Yo pienso tener más tino. »

Siguió la turba contenta  
Y el Rey llevando la palma,  
Pero por doquier alienta  
Algo así como la calma  
Que precede á la tormenta.

Y, ya todo concluido,  
Vuelven con la comitiva  
De su cortejo lucido,  
Doña Isabel pensativa,  
Y el Rey cariacontecido.

## II.

—¡Malograda juventud!  
—¡Desventurado valor!  
—¡Ilustre sangre perdida!  
—¡Vilipendiado blasón!  
—¡Tan franco!  
—¡Tan generoso!  
—¡Tan gallardo!  
—¡Tan en flor!  
—¡Tan discreto!  
—¡Tan cortés!  
—¡Infeliz!

—¡Válgale Dios!  
Así con lástima y duelo  
Se oye decir á una voz  
Á las gentes que en tropel  
Se agrupan al portalón  
De una casa de solar,  
Que hay en la calle Mayor.  
Del vecino *Mentidero*  
Y de la Puerta del Sol,  
Curiosos y más curiosos.  
Llegan con paso veloz,  
Que ha cundido la noticia  
Y ha llenado de estupor.  
Tendido allí en el portal,  
Junto al primer escalón,  
Sobre las peladas losas,  
En su capa de color  
Arrebuja su cuerpo,

Que alevosa mano hirió,  
Está el de Villamediana  
Con el mortal estertor.  
Un clérigo á toda prisa  
Con su monago llegó,  
Y administró al caballero  
La sagrada Extremaunción,  
Que ni confesar dejóle  
Estocada tan atroz.  
En la sombra y por detrás  
Le han herido de antuvién,  
Que no ha tenido de cara  
El asesino valor.

Dicen que en traje de noche  
Volvió en tal ocasión,  
Y que cauteloso vieron  
Al nocturno rondador,  
Cabe al Alcázar Real,  
Bajo sombrío balcón :  
Que por tuertos callejones  
Una sombra le siguió,  
Que del Alcázar también  
Vomitara un torrén :  
Que en carrera huracanada  
El paso al Conde cortó,  
Y al torcer de Coloreros  
El lóbrego callejón,  
Una dagaza de ganchos  
Hasta la cruz le clavó :  
Que estuvo la ronda ciega,  
Aunque con ojo avizor,  
Y que..... peor es meneallo,  
Y lo más cuerdo, chitón.

Al soltarle la ropilla  
Se murmura que topó  
Con un papel el alcalde,  
Puesto sobre el corazón.  
Versos eran, porque el Conde,  
Siendo de gentil humor,  
Trepaba á ratos perdidos  
Por los cerros de Helicón,  
Y merecía de Apolo  
Más que mediano favor.  
—« *A Francelisa* » el alcalde  
Sobre las coplas leyó,  
Y doblándolas al punto,  
Sin mirar otro renglón,  
Dijo para su golilla,  
Á la par que las guardó :  
—Por la boca muere el pez ;  
Cupido tiró el arpón (1).

En fin, al Conde por muerto  
Dió de todas el doctor.

(1) Villamediana dejó escritos unos tercetos « *A Francelisa* », que principian :

« ¿ Quién le concederá á mi fantasía? », etc.

El día en que fué muerto hallaron en su bolsillo unas redondillas, siendo su comienzo :

« Señora, cuyo valor  
Tanto excede al ser humano », etc.



Desfilaron los corrillos,  
Cerróse el recio portón,  
Desvaneci6se la ronda,  
Y todo en calma qued6.

## III.

Soldados y caballeros,  
Clérigos y comediantes,  
Mercaderes y estudiantes,  
Pr6ceres y pordioseros,  
Por plazas y mentideros,  
Con misterio y con recato  
Hacen comidilla y plato  
Del lance, de modos cien,  
Y cuelgan Dios sabe á qui6n  
El obscuro asesinato.

Recuérdase que mordaz  
El Conde, mozo y poeta,  
Hizo su ingenio saeta  
Que á muchos hiri6 procaz;  
Coméntase el mote audaz  
Que en la justa, harto ligero,

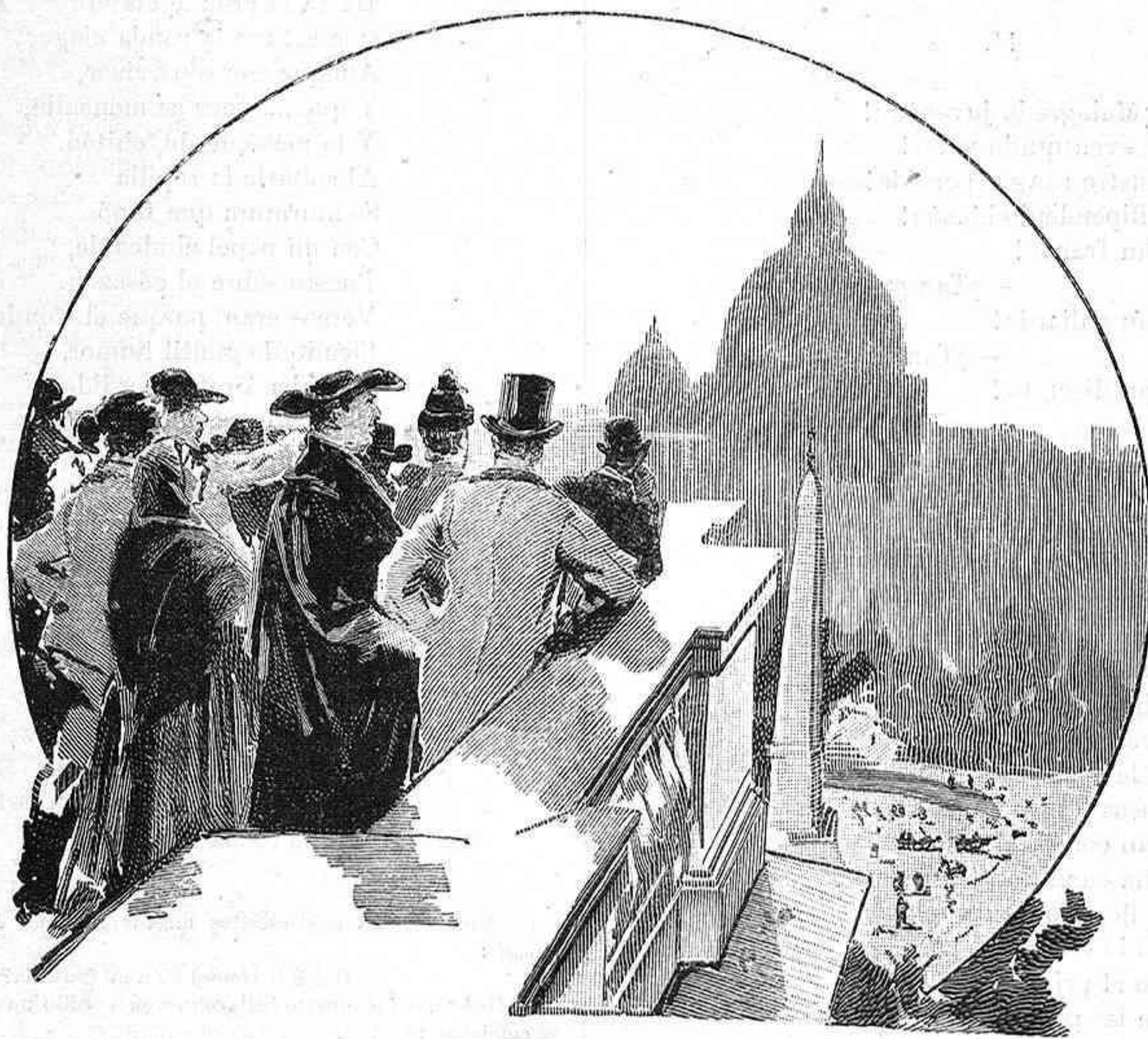
Ostentaba el caballero,  
Y la gente cortesana,  
Qui6n mat6 á Villamediana  
Pregúntale al *Mentidero*.  
—Mentidero de Madrid,  
Decidnos: ¿qui6n mat6 al Conde?  
—Ni se sabe ni se esconde;  
Sin discurso discurrid.  
—Dicen que le mat6 el Cid,  
Por ser el Conde *lozano* (1).  
—¡Disparate chabacano!  
Lo cierto del caso ha sido  
Que el matador fu6 *bellido* (2)  
Y el impulso *soberano* (3).

JULIO MONREAL.

(1) Lozano era el nombre del Conde, padre de Jimena, á quien mat6 el Cid: significa también el hombre mujeriego.

(2) *Bellido* era el nombre del traidor asesino del rey D. Sancho; asimismo tiene el significado de *agraciado*, *hermoso*, y adem6s se aplica al color rubio de la barba, como era la de Felipe IV. Seg6n se ve, el autor de la *décima* jugaba del vocablo.

(3) Esta *décima* an6nima fu6 atribuida á varios, entre ellos á Lope y G6ngora.



RECUERDO DE ROMA.

## EL CIELO EN 1889



SEGUIENDO la costumbre establecida en el ALMANAQUE anterior de dar una reseña anticipada de los principales fenómenos astronómicos que han de verificarse durante el año, voy á ocuparme en los que corresponden al de 1889. Como de costumbre también, las horas son de tiempo medio del meridiano de Madrid.

**SOL.**—En los momentos en que redacto estas líneas (1.º de Julio de 1888), el minimum de las manifestaciones de la actividad solar subsiste todavía, pues

no es raro ver transcurrir semanas enteras sin que la superficie del astro se halle apenas empañada por mancha alguna. Véanse, á lo más, de vez en cuando, manchas de exigua importancia y pequeños puntos negros ó *poros*, que casi siempre se resuelven sin tomar incremento. El número de manchas de extensión considerable ha sido reducido, debiéndose citar entre las mayores las que han aparecido en Junio y Diciembre de 1887 y Mayo de 1888.

A juzgar por el intervalo que ha mediado entre el penúltimo máximo y el último mínimo, ocurridos respectivamente á fines de 1870 y 1878, y dado que el último máximo ha tenido lugar á fines de 1883, es permitido inferir que el periodo de calma de que actualmente se trata ha de durar hasta muy entrado el año 1891. Hay que advertir, no obstante, que experimentando el ritmo conocido de aquellas actividades sensibles fluctuaciones, como lo prueba su observación continuada desde hace más de dos siglos, y singularmente desde mediados del pasado, no ha de dejar de ofrecer excepcional interés el seguir paso á paso las vicisitudes del astro del día, con objeto de precisar exactamente la época en que terminará el expresado periodo. Motivos son todos estos que hacen comprender cuánto atractivo ha de entrañar la observación asidua del Sol durante el año 1889, aparte del que es inherente al estudio de las grandes manchas que aparecen aun durante los transcurros de reposo, como ha acontecido en las mentadas épocas.

Para los aficionados que posean telescopios ó anteojos cuya abertura no baje de 95 milímetros, el examen de las manchas presenta en todo tiempo doble atractivo, por la posibilidad de estudiar el sentido de los movimientos ciclónicos que suelen afectar los filamentos de las penumbras,

la sombra que sobre las mismas arrojan las fáculas, fenómeno que suele observarse cuando aquéllas se hallan en las proximidades del borde oriental, el fondo más negro de los núcleos, llamado *agujero de Dawes*, y los velos rosados que en ciertas ocasiones los cubren. Para percibir bien estos velos es indispensable atornillar al ocular el vidrio obscuro menos intenso de que pueda disponerse, y saber apreciar el color propio que los distingue, á fin de no confundirlo con las irisaciones procedentes del instrumento, sea por defecto de acromatismo, sea porque se mire por un lado del ocular.

**MERCURIO.**—Aparecerá en forma de media luna, y será estrella de la tarde á fines de Enero y de Mayo y á mediados de Septiembre. Por la mañana, á primeros de Marzo y Julio y á fines de Octubre. Entre estas épocas será la más favorable la última década de Mayo. A la sazón subtenderá su diámetro aparente un ángulo de 8".

**VENUS.**—Aparecerá en forma de media luna en la última década de Enero y en la primera de Julio. En Enero será estrella de la tarde y se pondrá en la dirección del Oeste, más de tres horas después que el Sol, siendo su diámetro aparente de 20". En Julio será estrella de la mañana, saldrá tres horas antes que el Sol, hacia el Noreste, y su diámetro aparente será de 24".

En la primera de estas épocas, la más favorable por la hora cómoda de las observaciones, Venus se acerca á la Tierra, disminuyendo sucesivamente, de resultas, el ancho de la media luna, y aumentando en cambio el diámetro aparente subtendido por las puntas de los cuernos. Esta fase terminará á últimos de Abril, repitiéndose luego las mismas variaciones, pero en orden inverso.

Para determinar en qué día de la primera fase será visto el planeta con el mayor brillo, hay que considerar que si, por una parte, el ancho de la superficie iluminada visible desde la Tierra disminuye con su aproximación, y por otra la intensidad de toda luz aumenta á medida que su distancia es menor, no tiene duda que hay que combinar aquella disminución con este aumento, á fin de que entre lo perdido y lo ganado resulte el efecto apetecido. Resolviendo por cálculo el problema, se obtiene que en las posiciones más ventajosas de la Tierra y de Venus sobre sus órbitas, dicho efecto se produce cuando desde nuestro globo la dirección del Sol forma con la de Venus un ángulo de 40º 22'. Haciendo la aplicación al año 1889, dadas las posiciones que ambos planetas han de ocupar, he encontrado que el máximo brillo de Venus corresponde al 23 de Marzo. En dicho día

el planeta se pondrá hacia el Noroeste á 9<sup>h</sup> 55<sup>m</sup>, y su diámetro aparente será de 36".

**MARTE.**—Por su proximidad al Sol no podrá ser observado en todo el año, ni hay que esperar que lo sea hasta 1830, en cuya época ocurrirá su oposición en condiciones todavía más favorables que las de 1888.

**JÚPITER.**—De Marzo á Octubre el gigantesco planeta brillará en la constelación de Sagitario, caminando con movimiento directo hasta últimos de Abril, retrógrado desde Mayo á Agosto, y de nuevo directo desde el 25 de este mes en adelante. A primeros de Mayo se encontrará junto á la espléndida aglomeración de estrellas designada con el número 22 en el Catálogo de Messier, al Norte del mismo, y el 23 de Junio se hallará entre las estrellas  $\mu$  y  $\lambda$  de aquella Constelación, en el medio, próximamente, de la recta que las une; todo lo cual va indicado en la figura 1.<sup>a</sup> Es digno de notarse que durante todo este tiempo el planeta se proyectará sobre la Vía Láctea, precisamente en una región

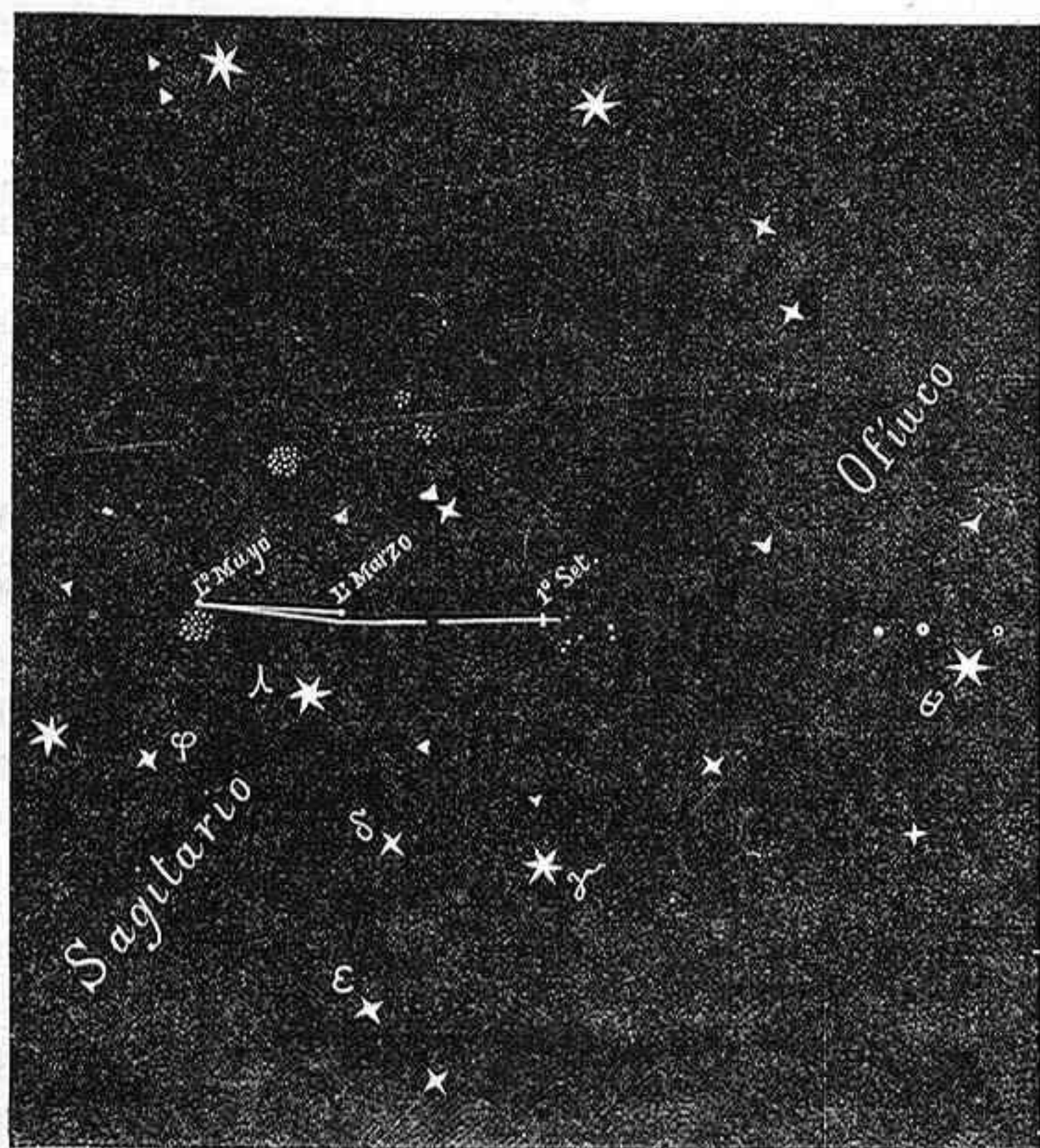


Figura 1.<sup>a</sup>

nutridísima de soles sueltos y aglomerados, por manera que apenas habrá ocasión en que al observarle en plena noche con el anteojo, no aparezca el campo del instrumento alumbrado por los resplandores de esa misteriosa masa que entra como primera materia en la formación de futuros universos.

La circunstancia de encontrarse Júpiter en la constelación de Sagitario, y alcanzar ésta sobre nuestro horizonte esca a altura, hará que el planeta no se halle en 1889 en las mejores condiciones para la observación, á menos que la atmósfera no se presente completamente tranquila. Y es de sentir, porque en Junio comenzará el período de los eclipses del IV satélite, y por consiguiente de los pasos de su sombra sobre el disco del planeta, observaciones ambas, pero singularmente la segunda, que han de ofrecer interés no escaso.

La oposición acontecerá el 24 de Junio, época en que terminan, según queda explicado en ALMANAQUES anteriores, las inmersiones visibles de los satélites I y II, y comienzan las emersiones.—En dicho día la altura de Júpiter sobre el horizonte será de 26° 20'; su diámetro ecuatorial aparente medirá 47"; pasará por el meridiano á media noche, y se pondrá á 4<sup>h</sup> 37<sup>m</sup> de la madrugada siguiente. El 10 de Octubre será su altura de 26° 6' y se pondrá á 9<sup>h</sup> 33<sup>m</sup> de la noche.

Los eclipses de los satélites y los pasos de sus sombras ocurrirán á las horas que se expresan á continuación. He calculado las de los pasos con la suficiente aproximación, dado el objeto que han de llenar. Como de costumbre, los satélites se indican con números romanos, según su orden de situación, empezando por el más próximo al planeta.

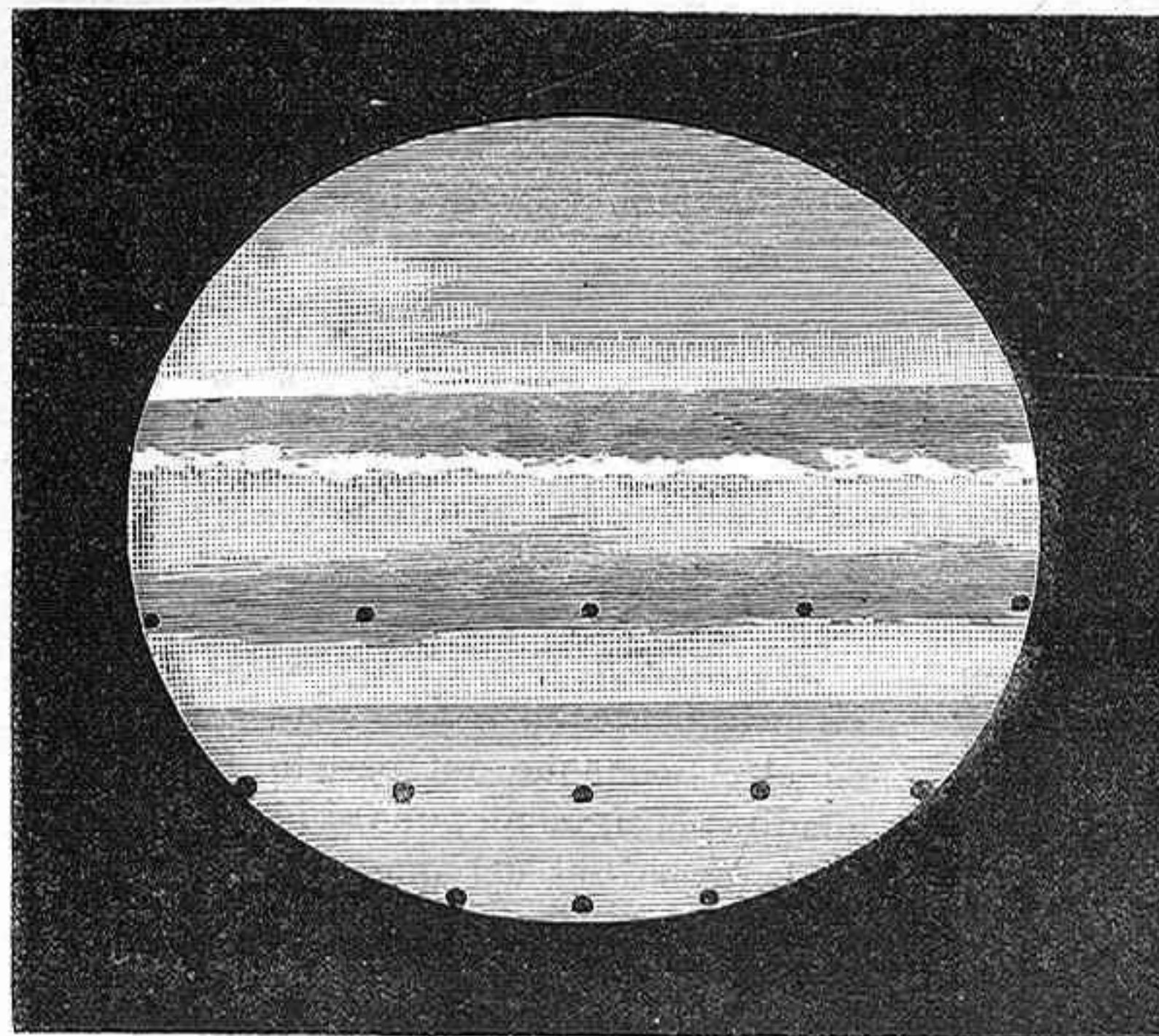
ECLIPSES.

27 Mayo.....	I	11 <sup>h</sup>	58 <sup>m</sup>	39 <sup>s</sup>	inmersión.
7 Junio.....	II	12	31	39	idem.
13 Idem.....	I	10	15	29	idem.
20 Idem.....	I	12	9	46	idem.
25 Idem.....	II	9	32	48	idem.
29 Idem.....	IV	9	41	15	emersión.
29 Idem.....	I	10	44	55	idem.
2 Julio.....	II	12	8	29	idem.
10 Idem.....	III	12	20	43	idem.
15 Idem.....	I	9	2	49	idem.
22 Idem.....	I	10	57	31	idem.
27 Idem.....	II	9	15	6	idem.
7 Agosto.....	I	9	15	53	idem.
15 Idem.....	III	8	22	32	idem.
22 Idem.....	III	9	29	19	inmersión.
23 Idem.....	I	7	34	36	emersión.
28 Idem.....	II	9	2	58	idem.
4 Septiembre.	IV	8	14	31	inmersión.
15 Idem.....	I	8	48	25	emersión.
22 Idem.....	II	6	15	24	idem.
1 Octubre....	I	6	7	17	idem.
22 Idem.....	II	6	7	47	idem.

PASOS DE LAS SOMBRAS.

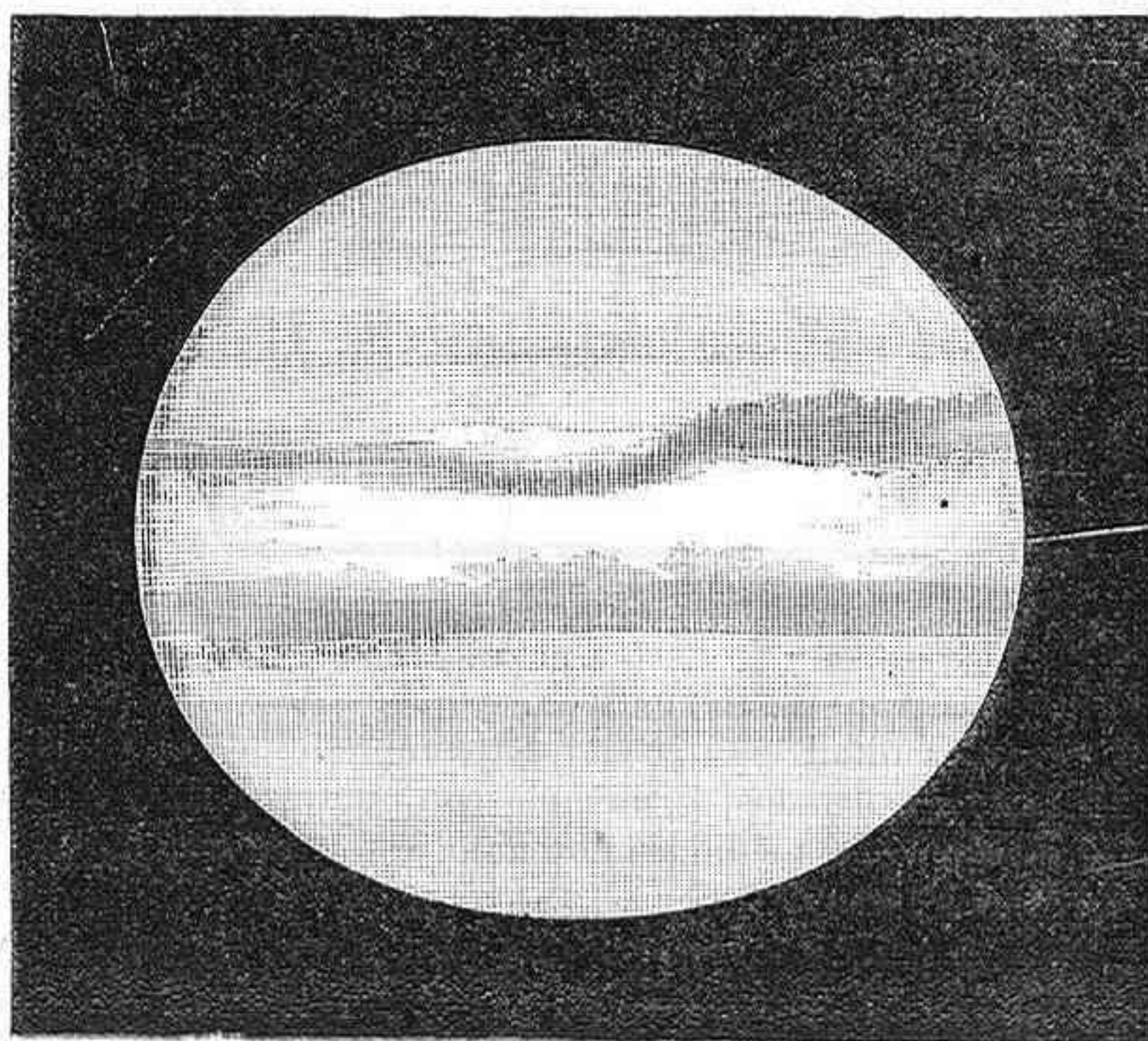
10 Mayo.....	III	{	11 <sup>h</sup>	30 <sup>m</sup>	entrada
			14	8	salida.
4 Junio....	I	{	11	8	entrada.
			13	19	salida.
15 Idem.....	III	{	7	22	entrada.
			10	6	salida.
22 Idem.....	III	{	11	20	entrada.
			14	4	salida.
28 Idem.....	I	{	11	20	entrada.
			13	31	salida.
7 Julio.....	I	{	8	44	entrada.
			10	55	salida.
14 Idem.....	I	{	9	38	entrada.
			11	49	salida.
24 Idem.....	IV	{	11	25	entrada.
			13	7	salida.
28 Idem.....	III	{	7	16	entrada.
			10	5	salida.
30 Idem.....	I	{	7	56	entrada.
			10	7	salida.
4 Agosto.....	III	{	11	15	entrada.
			14	5	salida.
10 Idem.....	IV	{	7	27	salida.
22 Idem.....	I	{	8	9	entrada.
			10	20	salida.
7 Septiembre .	I	{	6	39	entrada.
			8	40	salida.

En anteojos inversos las sombras se verán correr de Occidente á Oriente; la del I, casi por encima de la banda boreal del planeta; la del III, entre esta banda y el polo del mismo nombre; la del IV, junto al polo mismo; todo lo cual se indica en la figura 2.<sup>a</sup> Este polo será el menos elevado sobre el horizonte. En los pasos de la sombra del III, de 22 Junio

Figura 2.<sup>a</sup>

y 4 Agosto, podrá verse, además, el paso del satélite, que se proyectará en pleno disco á 12<sup>h</sup> 30<sup>m</sup> y 11<sup>h</sup> respectivamente. Lo propio puede decirse del IV el 27 Septiembre á 7<sup>h</sup> 25<sup>m</sup>. La observación de este último paso será interesante, para saber si á la sazón el satélite aparece claro ú oscuro.

La observación de Júpiter será en todo tiempo muy útil para seguir la evolución de una enorme mancha oscura que desde antes del Junio de 1887 hasta la fecha (2<sup>o</sup> de Julio

Figura 3.<sup>a</sup>

de 1888), presenta su banda austral. Procede de un abultamiento de la banda hacia Oriente, seguido de un adelgazamiento en extensión considerable hacia Occidente, y por sus caracteres de permanencia y constancia de forma, me ha servido para determinar la duración de la rotación del planeta á la latitud jovicéntrica en que se muestra. De las observaciones que con tal objeto llevo hechas durante el predicho intervalo, deduzco que esta rotación es de

9<sup>h</sup> 55<sup>m</sup> 37<sup>s</sup>,9 ;

y como según observaciones anteriores la rotación, á esta latitud, se efectúa con mayor rapidez, debe inferirse que la mancha que nos ocupa se traslada lentamente en sentido retrógrado, hecho que, por cierto, puede arrojar luz acerca de la naturaleza de la atmósfera nebulosa que envuelve constantemente al planeta. La figura 3.<sup>a</sup> da idea del aspecto de Júpiter y de la aludida mancha en Junio de 1888.

**SATURNO.**—De Enero á Junio, Saturno brillará en las constelaciones de Cáncer y Leo, deslizándose con movimiento retrógrado hasta el 14 de Abril, y directo á partir de esta época, encontrándose en la madrugada del 20 de Septiembre al Norte de Régulo, ó estrella mas brillante de la segunda constelación, á 43' de distancia angular de la misma. Estará en oposición el 8 de Febrero, en cuyo día será su diámetro aparente de 18''<sup>1</sup>/<sub>2</sub>, se elevará sobre el horizonte 66° 29', pasará por el meridiano á media noche y se pondrá á las 7<sup>h</sup> de la mañana del 9.

En Abril aparecerá en la forma representada en la figura 4.<sup>a</sup> y podrá observarse cómodamente desde el anochecer hasta hora muy avanzada de la noche, pues el 15 no efectúa su ocaso hasta 2<sup>h</sup> 40<sup>m</sup> de la madrugada. Su diámetro aparente medirá á la sazón 18'', y las dimensiones aparentes de la eclipse anular que lo circuye serán estas: eje mayor 40''; eje menor, 16'', <sup>1</sup>/<sub>2</sub>. En la figura he dejado de dibujar á ambos lados el anillo vaporoso, ó sea el más próximo al planeta, dejando tan solo la parte del mismo que se destaca sobre el globo. De este modo resulta el aspecto general mas en concordancia con lo que permiten ver los instrumentos de 75 á 105 milímetros de abertura, que son los de empleo más corriente entre los aficionados.

Al atractivo permanente que el examen de Saturno reviste, por tratarse de un astro cuyo misterioso anillo le imprime el carácter de maravilla incomparable entre los innumerables cuerpos celestes observados, se añade ahora nuevo atractivo, mayor, si cabe, originado por el descubrimiento reciente de otros cuatro anillos, exteriores á los conocidos. El descubrimiento se debe al P. Mayeul Lamey, quien sirviéndose de la ecuatorial de 16 centímetros del Observatorio que los monjes benedictinos han creado en su Monasterio de Grignon, ha observado que los nuevos anillos se hallan constituidos por una materia de tenuidad tan extrema, que cuesta trabajo distinguirlos. Con un antejo de 10 centímetros pueden asimismo percibirse ó más bien vislumbrarse, pero tan sólo en circunstancias atmosféricas excepcionales. Tomando como unidad el semidiámetro del planeta, sus distancias al centro del astro son: 2,45, 3,36, 4,97, 8,17. Su máximo brillo concuerda generalmente con el satélite que le está más cercano, y el que lo posee mayor se ajusta, por decirlo así, á la órbita del tercer satélite.

El descubrimiento de estos anillos, uno de los que, sin disputa, están llamados á formar época en los anales de la astronomía contemporánea, honra no sólo á su autor, si que también al Instituto religioso que en tanto estima la importancia de la ciencia y procura educación técnica tan esmerada y medios materiales tan adecuados á aquellos de sus hijos que sienten vocación hacia el estudio del cielo. ¡Plugiése al Cielo de ese cielo que en breve pudiera decirse otro tanto del personal docente de nuestros Seminarios!

**URANO Y NEPTUNO.**—El primero de estos planetas brillará, con el pálido resplandor que le es propio, en la constelación de la Virgen. El 9 de Marzo se hallará al Norte, y á  $2^{\circ}55'$  de la Espiga ó estrella más brillante de la constelación. Estará en oposición el 9 de Abril.

Neptuno se encontrará en la constelación de Tauro, entre Aldebarán, ó estrella más brillante de la misma, y el es-

lladas. El primero acontecerá el 16 de Enero, y sus diversas circunstancias son como sigue:

Entrada en la penumbra.....	á 14 <sup>h</sup> 25 <sup>m</sup>	de la noche.
» » » sombra.....	» 15 44	» » Idem.
Medio del eclipse.....	» 17 15	» » Idem.
Salida de la sombra.....	» 18 46	» » Idem.

Representando por la unidad el diámetro de la Luna, la parte máxima eclipsada será de 0,69, ó sea algo más de la mitad del disco.

El segundo eclipse sucederá el 12 de Julio, con las particularidades siguientes:

Entrada en la sombra.....	á 7 <sup>h</sup> 28 <sup>m</sup>	de la noche.
Medio del eclipse.....	» 8 39	» » Idem.
Salida de la sombra.....	» 9 50	» » Idem.

La parte máxima eclipsada será de 0,48, ó sea muy cerca de la mitad del disco.

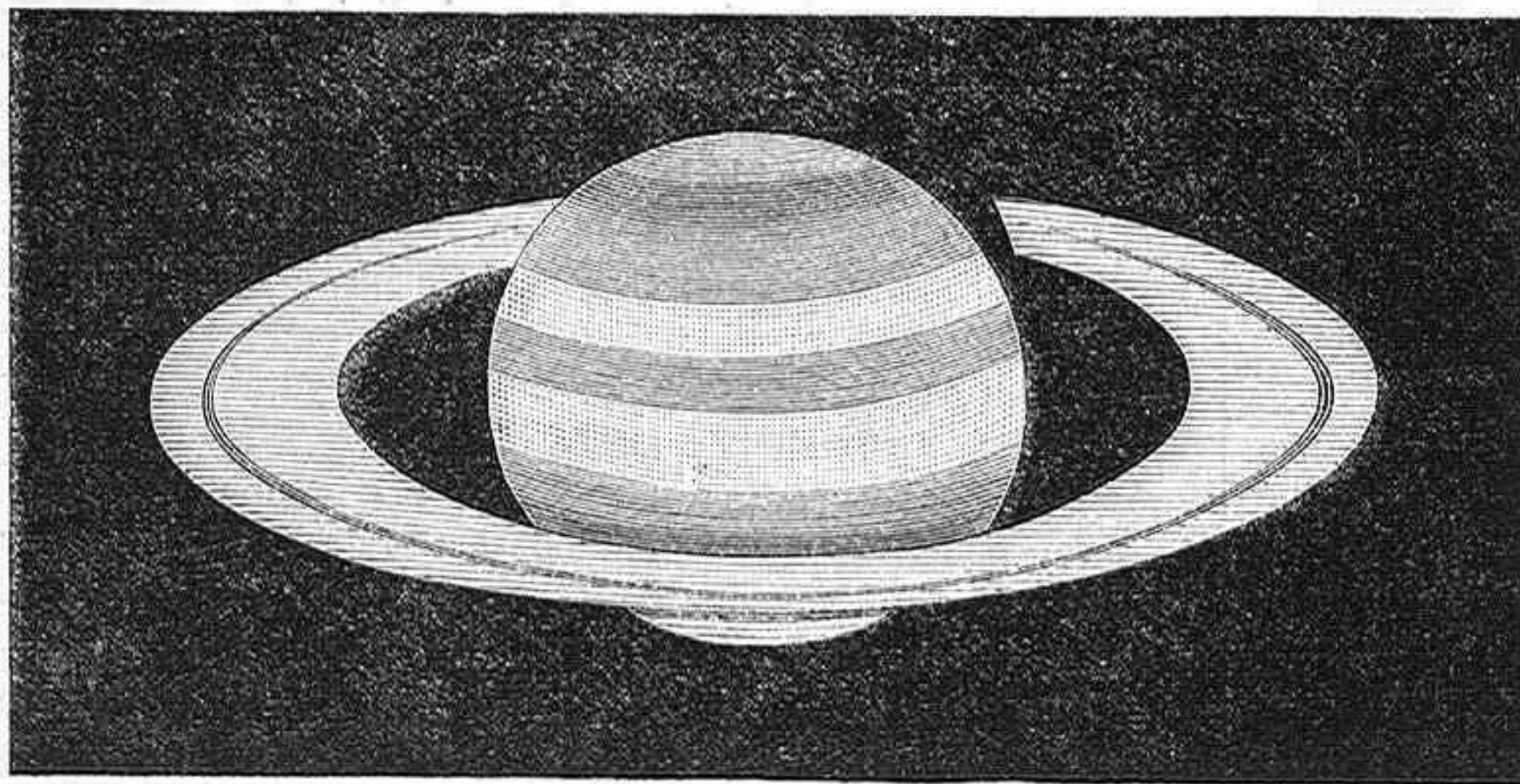


Figura 4.ª

pléndido grupo de las Pléyades. Estará en oposición el 21 de Noviembre.

**LUNA.**—Nuestro satélite se hallará en cuarto creciente, esto es, en las mejores condiciones para ser observado á horas cómodas, al anochecer, en las épocas siguientes: 9 de Enero, 7 de Febrero, 9 de Marzo, 8 de Abril, 8 de Mayo, 6 de Junio, 6 de Julio, 4 de Agosto, 2 de Septiembre, 2 y 31 de Octubre, 29 de Noviembre y 29 de Diciembre. El cuarto más favorable será el de 2 de Octubre, por la circunstancia de que aquel día se hallará la Luna muy cerca del perigeo ó sea del punto de su órbita más próximo á la Tierra. Al pasar la Luna por el meridiano de Madrid, la parte central de su disco estará á la sazón separada de la Península por una distancia de 90.600 leguas kilométricas, por manera que un antejo de 81 milímetro de abertura, con un ocular que amplifique 170 diámetros, acercará el satélite como si se mirase á la simple vista á la distancia de 1 100 leguas. Un instrumento de 108 milímetros lo acercará á 730 leguas.

**ECLIPSES DE SOL Y LUNA.**—En 1889 habrá tres eclipses de Sol, invisibles desde la Península, y cuya descripción, por lo tanto, no interesa conocer, y dos parciales de Luna, que por ser visibles, merecen sus fases ser aquí deta-

#### MEDIDA DEL TIEMPO.

—A los procedimientos descritos con este objeto en el Almanaque del pasado año puede añadirse el siguiente, que si bien no entraña la exactitud del que se refiere á los eclipses del primer satélite de Júpiter, se recomienda no obstante por lo práctico y expedito.

Sobre una superficie perfectamente lisa, colocada horizontalmente por medio de un nivel de aire ó de albañil, se describen dos ó más circunferencias concéntricas AB, (fig. 5.ª) desde cuyo centro O, se levanta un estilete OE, en sentido perpendicular á aquél plano, para cerciorarse de lo cual hay que servirse de un cartabón cortado á ángulo recto. Obsérvanse por la mañana los

momentos en que la sombra arrojada por el estilete va tocando sucesivamente las circunferencias, y se señalan con

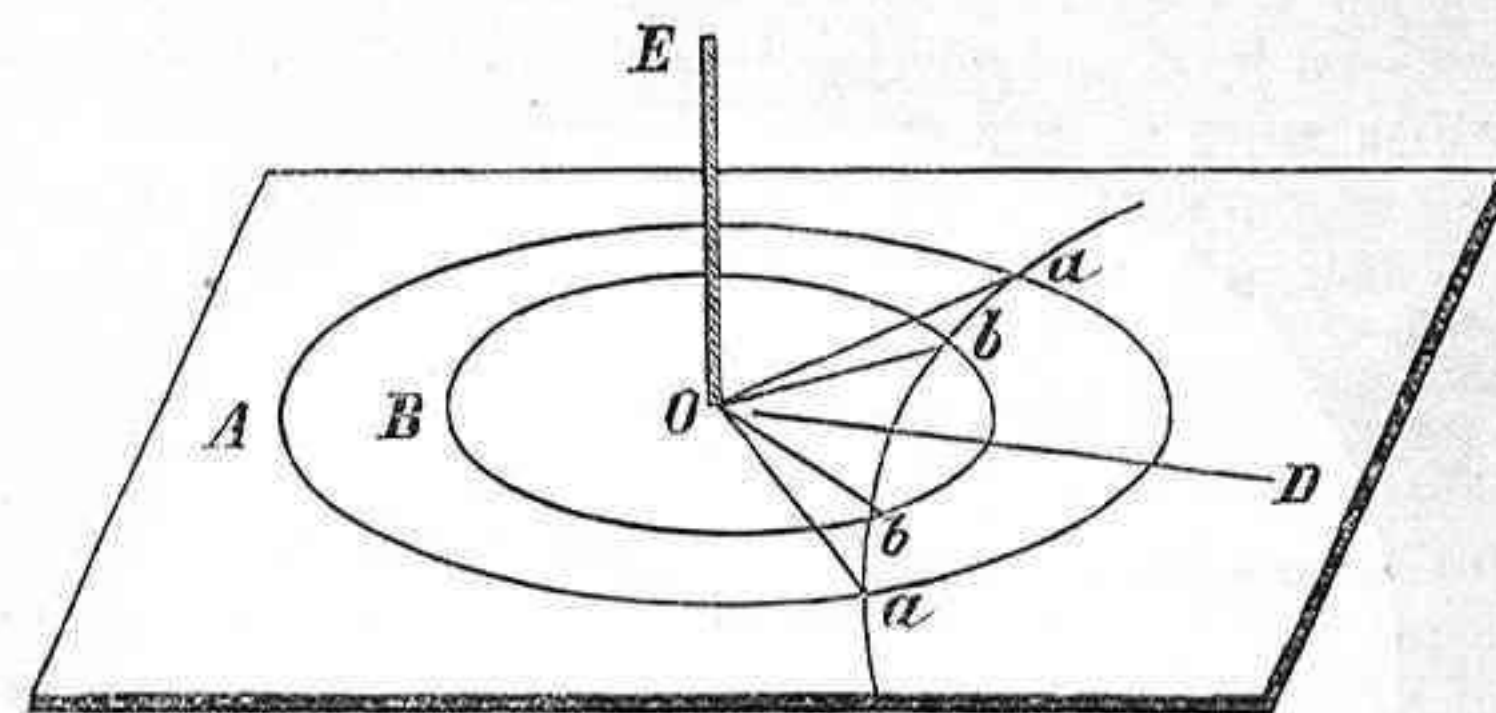


Figura 5.ª

lápiz estos puntos. Repítase la operación por la tarde, se dividen por mitad los arcos *aa*, *bb* comprendidos entre cada dos puntos señalados, y uniendo con un trazo OD, el pie del estilete con el medio así obtenido, estetrazo será la *meridiana* del lugar.

Si se ha procedido con acierto, el trazo resultante ha de ser una misma línea recta para todos los arcos *aa*, *bb*, pero como prácticamente no suele esto suceder, se toma el promedio de los diversos trazos obtenidos, á no ser que las dis-



crepancias sean demasiado grandes, en cuyo caso conviene repetir la operación. El éxito de esta depende, además, del tino en apreciar el instante en que la extremidad de la sombra llega exactamente á la circunferencia de la época del año en que se opera, obteniéndose mejores resultados en la proximidad de los solsticios, ó sea en los meses de Junio y Diciembre, que en los equinoccios, ó sea en Marzo y Septiembre, aunque estas diferencias no son, en rigor, de gran cuantía.

Una vez obtenida la meridiana, no hay más que observar el paso del Sol por el plano vertical en ella contenido, esto es, por el plano meridiano, lo cual evidentemente sucede cuando la sombra se ajusta sobre aquel trazo, en cuyo instante es *mediodía verdadero*. Como, por otra parte, las tablas dan, para todos los días del año, la hora que deben marcar los relojes de pared y de bolsillo en el instante del paso del Sol por el meridiano, hora que en general difiere de las 12<sup>h</sup>, llamándose *ecuación del tiempo* esta diferencia, será fácil determinar en cualquier día del año el adelanto ó retardo del reloj. Por ejemplo, el 15 de Mayo se observa que al pasar el Sol por el meridiano marca el reloj 11<sup>h</sup> 53<sup>m</sup> 48<sup>s</sup>. Las tablas adjuntas dan para ese día 11<sup>h</sup> 56<sup>m</sup> 9<sup>s</sup>; la diferencia entre ambas horas es, en atraso, 2<sup>m</sup> 21<sup>s</sup>; este es, pues, el atraso del reloj.

A fin de que nuestra tabla no resulte de extensión exagerada, por lo demás innecesaria para nuestro objeto, no doy la ecuación del tiempo más que para dos días de cada mes. Si se desea conocer la de un día dado que no se halle en ella comprendido, se buscarán los dos más próximos, anterior y posterior, se verá el número de días que los separa, la diferencia de ecuaciones del tiempo que les corresponden y el número de días que median entre el primero y el propuesto, con cuyos datos se podrá calcular la diferencia de ecuaciones entre estos dos días, la cual se sumará ó restará á la del primero, según la época del año á que se refiera. Supongamos, por ejemplo, que se trata de determinar la ecuación del tiempo para el día 8 de Marzo. Tendremos: número de días entre los más próximos, anterior y posterior, esto es, entre 28 de Febrero y 15 de Marzo, 15; diferencia de ecuaciones que les corresponden, 3<sup>m</sup> 41<sup>s</sup> ó 221 segundos; número de días entre el primero y el propuesto, 8. Con estos datos diremos: Si en 15 días hay una diferencia de 221 segundos, en 8 días ¿qué diferencia *x* habrá?; y la proporción

$$15 : 221 :: 8 : x$$

dará  $x = 118^s$ , ó 1<sup>m</sup> 58<sup>s</sup>, que restados de 12<sup>h</sup> 12<sup>m</sup> 40<sup>s</sup>, porque visiblemente, la ecuación va disminuyendo en esa época del año, da para la ecuación buscada 12<sup>h</sup> 10<sup>m</sup> 42<sup>s</sup>, número que difiere en 10 segundos tan sólo del exacto que se obtendría por otros procedimientos de cálculos más correctos.

La tabla de la ecuación del tiempo para 1889 es como sigue:

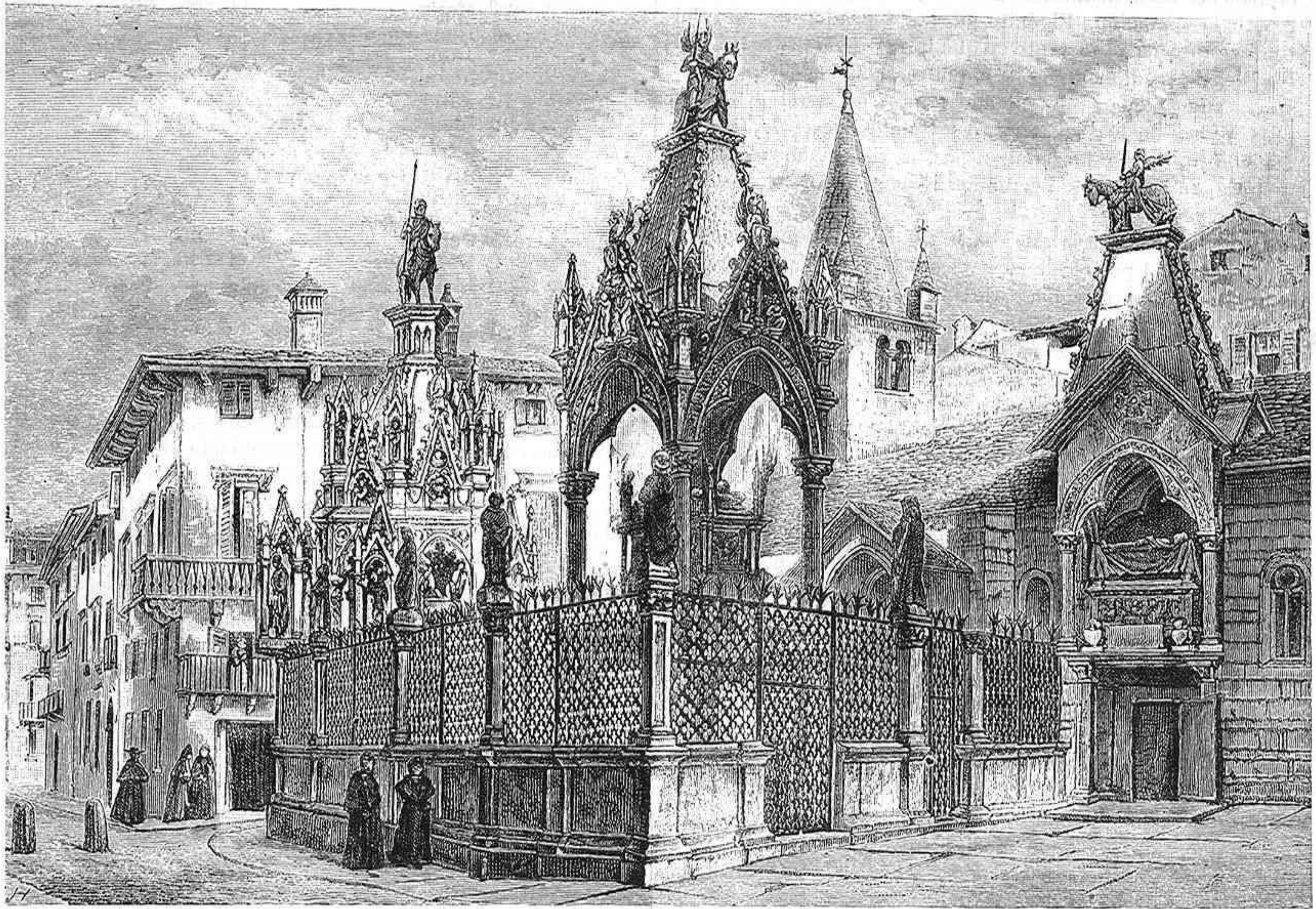
1.º Enero.....	12 <sup>h</sup> 0 <sup>m</sup> 3 <sup>s</sup>
15 Idem.....	12 9 49
10 Febrero.....	12 14 29
28 Idem.....	12 12 40
15 Marzo.....	12 8 59
1.º Abril.....	12 3 50

15 Idem.....	11 59 57
1.º Mayo.....	11 56 58
15 Idem.....	11 56 9
1.º Junio ..	11 57 36
14 Idem.....	12 0 1
1.º Julio.....	12 3 36
29 Idem.....	12 6 12
15 Agosto.....	12 4 13
31 Idem.....	12 0 5
15 Septiembre.....	11 55 1
30 Idem.....	11 49 53
15 Octubre.....	11 45 45
2 Noviembre....	11 43 40
20 Idem.....	11 45 51
2 Diciembre.....	11 50 56
24 Idem.....	11 59 59
31 Idem.....	12 3 25

Como complemento de estas nociones sobre la medida del tiempo, es útil añadir que los astrónomos empiezan á contar el día, no de media noche, como se cuenta el día civil ú ordinario, sino de mediodía, es decir, á partir del instante en que pasa por el meridiano el *sol medio* ó sol ficticio que va delante ó detrás del Sol verdadero el número de minutos y segundos que indica la ecuación del tiempo. Por manera que de mediodía á media noche el día civil y el astronómico van acordes en fechas y en horas, pero de media noche hasta el mediodía siguiente pierde el segundo una fecha sobre el primero, y sigue contando sin interrupción las horas hasta veinticuatro. Esto explicará por qué algunas horas anotadas en esta reseña, como se ve en los eclipses, aparecen con números superiores á 12.

Pero estas nociones, y la reseña de los fenómenos celestes que las precede, irían traspasando los límites que he debido señalarles, si no diese aquí término á mi trabajo. Séame lícito consignar tan sólo cuán colmados quedarán mis propósitos si este trabajo, sucinto y deficiente como es, tiende á unir en un solo pensamiento á aquellas personas que en nuestro país empiezan á comprender toda la importancia del Universo y de sus leyes, y sirve á la vez de propaganda en favor de unos conocimientos que todavía son patrimonio de los menos porque en la difusión de estas luces apenas intervienen otras vías que las estrechas y circunscritas de la iniciativa privada, cuya acción queda con frecuencia anadada ante insuperables obstáculos. Porque hay que reconocerlo con pena; dada las condiciones especialísimas del medio en que en España se agitan los espíritus amplios y reflexivos, los que sienten la necesidad de elevarse á la serena región donde la verdad natural impera con perdurable esplendor, sin la protección necesaria para dilatar los horizontes del saber, no obstante de tanto como de ilustración se blasona, es de prever que durante años sin cuento se vean constreñidos á bastarse á sí mismos, y por sí mismos formar lentamente la opinión en lo que al amor á la ciencia se contrae, á ese sentimiento de lo bello y de lo útil que tan vivo se muestra en las sociedades modernas de los pueblos más cultos, que da á éstos la superioridad incontestable que sobre el nuestro poseen, y es, en suma, germen fecundo de donde se derivan las grandes manifestaciones que en la ancha esfera del progreso realizan la agricultura y la industria, hijas legítimas de la ciencia pura.

JOSÉ J. LANDERER.



VERONA. — SEPULCRO DE LOS SCALIGEROS.

## RIMA <sup>(1)</sup>

Perdona mi desvío,  
 Perdón, Virgen María;  
 Esa oración sagrada  
 Que hoy mi esperanza anima  
 Y que recé de niño,  
 Cuando la madre mía  
 Logró que la aprendiera,  
 Con besos y caricias,  
 Casi llegué á olvidarla,  
 Viendo mi fe marchita,

Cruzando el peligroso  
 Camino de la vida.  
 Hoy que la amarga pena  
 En mí su trono fija,  
 Y extingue ya los últimos  
 Reflejos de la dicha,  
 En tu bendito manto  
 El alma se cobija,  
 Y el labio torpe, apenas  
 Á repetir atina  
 Esa oración que empieza:  
 «Dios te salve, María.»

(1) De un libro inédito.

Ingrato fui olvidando  
 Tu protección divina ;  
 Tú siempre generosa  
 Cuidaste compasiva  
 De hacer mi horas tristes  
 Serenas y tranquilas,  
 Sembrando mi camino  
 De flores sin espinas ;  
 Tú, cuanto te he pedido  
 En ya lejanos días,  
 Me has concedido siempre  
 Amorosa y benigna ;  
 Tú hiciste que su alma  
 Se uniera con la mía,  
 Y fué la unión dichosa  
 Pues fué por ti bendita.

¡ Y he podido olvidarte !  
 Perdona al alma mísera  
 Hoy que á rezarte vuelve,  
 Llorando y de rodillas,  
 Esa oración que empieza :  
 « Dios te salve, María. »



¡ Cómo recuerdo ahora  
 Aquella voz tristesima,  
 Con que al caer la tarde  
 Del tenebroso día,  
 La pobre enferma, el cielo  
 Buscando con delicia,  
 Rezaba, sospechando  
 Tal vez que se moría !

Cuando en sus dulces ojos  
 Se concentró la vida,  
 Y sin aliento casi,  
 Y moribunda y rígida,  
 Miraba melancólico  
 El sol que se escondía,  
 — Cual si al morir le diera  
 Su eterna despedida —

Aún por sus labios secos  
 Que ni mover podía,  
 Vagaba débilmente  
 Con expresión dulcísima,  
 Esa oración que empieza :  
 « Dios te salve, María. »

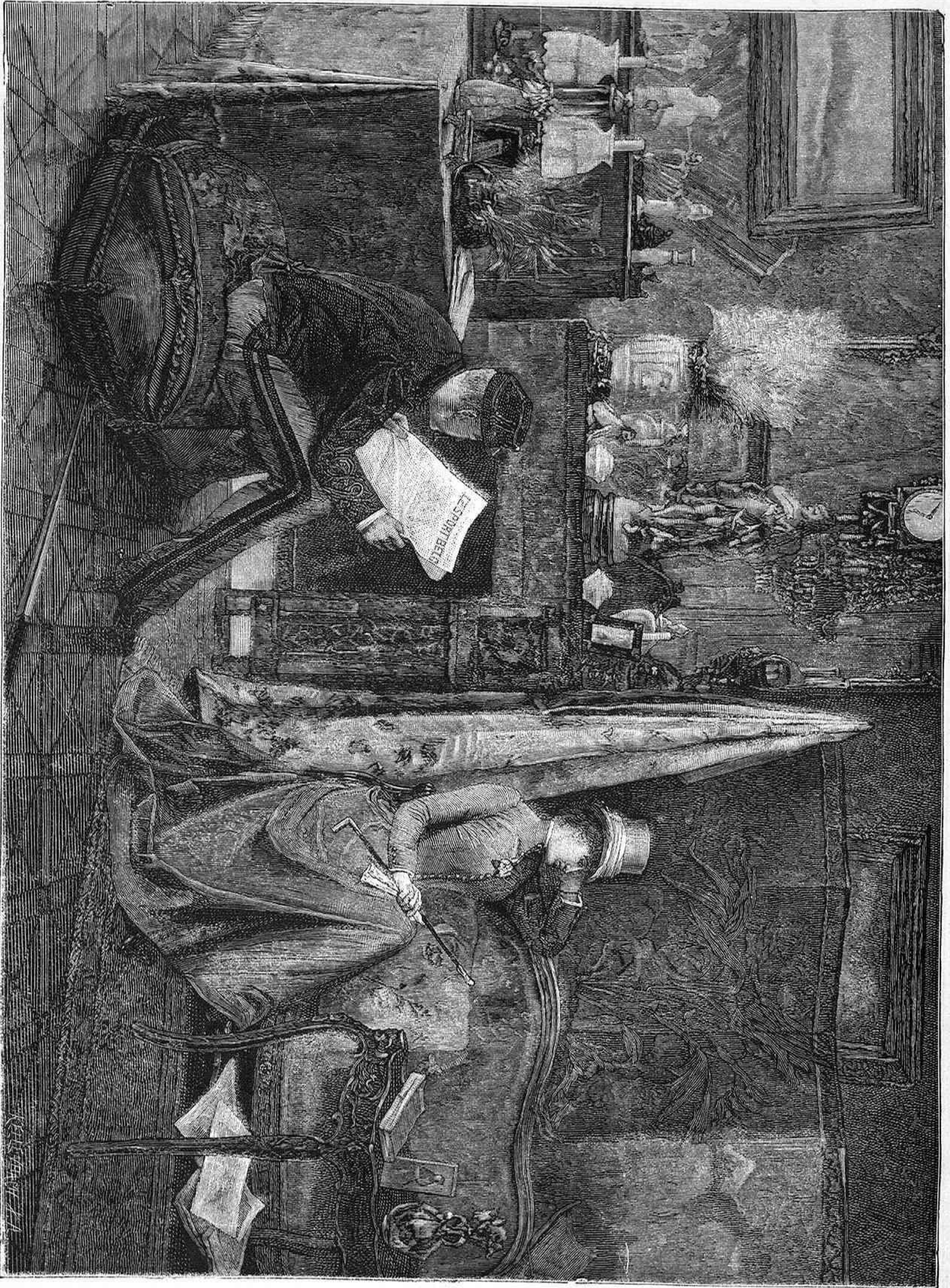
Fué su agonía corta ;  
 Larga será la mía,  
 — Que no sé cuándo acaba  
 Si sé cuándo principia—  
 Y si tú cuando muera  
 No logras, compasiva,  
 Que mi alma con la suya  
 Se mire confundida,  
 Eterna será entonces,  
 Eterna, mi agonía !.....

Tú que siempre mis ruegos  
 Escuchaste benigna,  
 Mantén la fe sincera  
 Que en mí se reanima,  
 Desde el terrible instante  
 En que la muerte fría  
 Arrebató con ella  
 Mis puras alegrías.

Arraiga tú en mí espíritu  
 La celestial semilla  
 De la oración, que en ese  
 Tu reino fructifica,  
 Y perdonando al triste  
 Que con fervor se humilla,  
 Haz tú que en ese Cielo,  
 Que tanto merecía,  
 Y en éste en que conservas  
 Mis prendas más queridas,  
 Podamos repetirte  
 En comunión tiernísima,  
 Esa oración que empieza :  
 « Dios te salve, María. »

RICARDO SEPÚLVEGA.





DÍA NUBLADO. — Cuadro de Saint-Cyr.

## EL POETA

## FANTASÍA



De proceloso golfo  
Sentado á la ribera,  
Errante la mirada  
Por el azul del mar,  
Cual luchador que busca  
Descanso en la carrera,  
Para con nuevo aliento  
Volver á batallar,

Un hombre en cuya frente  
Que la tristeza baña,  
Los surcos se descubren  
Del tiempo y del dolor,  
Como sumido en dulce  
Meditación extraña,  
Escucha de las olas  
El ritmo seductor.

Desnuda está la roca,  
Mas de ella no muy lejos,  
De cincelado bronce  
Un ánfora se ve;  
El Sol desde su ocaso  
Le manda sus reflejos,  
Alados geniecillos  
Se enroscan á su pie.

De cuando en cuando el hombre,  
Mendigo ó soberano,  
Al ánfora se acerca  
Con amoroso afán;  
Uno tras otro objeto  
De allí saca su mano,  
Y al agua uno tras otro  
Desde su mano van.

Ya es la graciosa y bella  
Sortija de esmeralda,  
Ya la bruñida copa  
Que adornan piedras mil;  
Ya de olorosas flores  
Magnífica guirnalda,  
Ya peregrino busto  
De plata ó de marfil.

Todos, según su peso,  
Al piélago descienden  
En rápida caída  
Ó en suave ondulación;  
Pero al tocar al fondo,  
Del fondo se desprenden,  
Para quedar flotando  
Del mar en la extensión.

Allí vagan revueltos  
Hasta que llegue el día  
En que á remotas playas  
Los lleve el vendaval:  
Ninguno se destroza,  
Ninguno se extravía,  
Y siempre el hombre pródigo,  
Y el vaso siempre igual.

El hombre es el poeta;  
En vano á lo insondable  
Arroja sus tesoros  
De inspiración y fe:  
El mar se los devuelve,  
Y amigo, aunque mudable,  
El viento los difunde,  
Y el porvenir los ve.

Profeta melancólico  
De un ideal sublime,  
Viviendo entre las nubes  
Y cerca de la luz,  
Con los soberbios lucha,  
Con los dolientes gime,  
De su martirio eterno  
Cargado con la cruz.

La muerte le predican,  
Mas él, con dulce calma,  
Indiferente al mundo  
Su voz al aire da:  
Cuando la ciencia logre  
Crear seres sin alma,  
Cuando el amor no exista,  
¡Entonces morirá!

MANUEL DEL PALACIO.

# ROPA NEGRA

Eso de decirle á un hombre:  
«No tiene usted ropa negra»,  
Es lo mismo que decirle:  
«Usted es un cualquiera.»  
(SCHILLER.)

Nadie hubiera podido calcular hace dos siglos la importancia que había de adquirir la ropa negra.

Caprichos de la moda.

El negro fué siempre color muy respetable, suponiendo que la negación sea color.

La ropilla negra de terciopelo no se hallaba al alcance de los pobres en el siglo XVII.

Pero en el siglo XVIII solamente los personajes de ciertas profesiones, como los magistrados, médicos y abates, usaban terno negro.

El luto siempre se ha significado con el traje negro entre europeos.

En Asia usan el color amarillo algunos pueblos para significar duelo por desgracias de Estado ó de familia.

Otros visten de colorado.

Según el efecto visual que produzcan los colores en las imaginaciones de los individuos de una comarca.

La ropa negra da á quien la viste cierta majestuosa representación.

«Es color muy serio», como dicen modistas y sastres.

Para significar alegría y bienestar, se huye de lo negro.

Vestir á una novia de negro para la solemnidad matrimonial, sería provocar un conflicto entre las familias beligerantes.

La novia ha de vestir el color de la pureza: blanco.

El novio sí puede, y aun debe, entre personas de regular posición, vestir de negro.

Lo cual es quitar importancia á la ropa negra.

Un hombre con frac, chaleco y pantalón negros tiene cierta representación oficial, de que carece un caballero de medio color.

Solamente una abstracción artística de sastrería pudo inspirar al genio del primer maestro la idea del frac.

Visto por delante, es una chaquetilla de majó.

Visto por detrás, es la cola de un cuervo.

De lado, un mamarracho.

Hay pocos hombres que puedan vestir frac.

Es prenda de guardarropa que no se halla al alcance de todas las figuras de hombre.

Un gordo en meses mayores, vestido con frac, es un fenómeno.

Un hombre delgado, envuelto en un frac, parece un heraldo del cólera morbo.

Un enano con frac, un sujetapapeles.

Un individuo largo que viste frac, es un portero de la Necrópolis.

La ropa negra aumenta la palidez de las personas blancas hasta darlas el aspecto de cadáveres enfundados.

Para las morenas el vestido negro es miel sobre hojuelas. Parece que la cara es de la misma tela, aunque algo desteñida por el uso.

Cuando la ropa negra significa luto, no hay que parar en semejantes observaciones.

La huérfana que llega al pie del altar para dedicar sus preces á la memoria de la madre querida.

La viuda, la madre que acuden enlutadas al cementerio donde se guardan los restos del que fué amante esposo, del que fué adorado hijo.

¡Esas enlutadas inspiran tanto respeto, tan dulces sentimientos!

Cuando veo en la calle á una persona enlutada, pienso en el muerto y me digo:

— ¿Ese luto será por él ó por el mundo?

He conocido á varias señoras que pasan la vida enviudando.

Cada vez que tropiezo con alguna de ellas, me digo:

— Ya cayó otro.

A ciertas mujeres y á ciertos caballeros que se hallan en igual caso, debiera prohibir la autoridad la reincidencia.

Es un abuso de su mala sombra tomar cónyuges para despacharlos.

Una inmoralidad matrimonial.

— ¡Cómo harán algunos hombres para enviudar! — exclamaba un infeliz del gremio de funcionarios públicos á precios reducidos, padre de siete niños y mártir del carácter de su señora.

Y otro compañero de infortunios ratificaba:

— ¡Cómo harán algunos hombres para morir!

La ropa negra es más cara que la de color, en igualdad de clases.

Es más: puede llevar un hombre modesto una cazadora de color, con toda la barba: esto es, de pelo largo ó de medio pelo.

Un frac peludo sería sobrado motivo para que el portero de la casa adonde quisiera entrar un individuo, le detuviera diciéndole:

— ¿Qué frac es ése? ¡Vaya usted á afeitarse, sinvergüenza!

Sin ropa negra no puede un sujeto ser nada ni contar con nadie.

Aun entre las chulas y «cabayeros del ramo» ha llegado á ser una necesidad la ropa negra.

Es un insulto entre ellos decirse:

—Ni tú tienes ropa negra, ni vas á parte alguna.

Es como si le dijeran:

—Ni tú eres hombre de principios, ni tienes corazón, ni dinero, ni oficio conocido.

—Tan convencido estoy de esa verdad, que me acuesto con frac—me decía un amigo correcto.

Otro á quien ya no trato, porque murió hace algún tiempo, se hizo un frac de un gabán-saco de color de tórtola enamorada (que es más oscura).

La manufactura fué casera: se le cortó, probó y cosió la patrona.

Luego le hizo teñir de negro.

Un día, ó mejor dicho, una noche, en una reunión, bailando con una elegante joven vestida de color de rosa, notó que la pareja cambiaba de color y él también.

Se había desteñido parte del frac con el sudor.

La joven tuvo que retirarse del baile, con vetas negras.

Él salió chorreando tinta y se dirigió al Viaducto.

Dos guardias llegaron á tiempo para evitar la catástrofe.

Pero en el parte decían, viéndose las manos negras:

«...fué detenido un caballero, al parecer persona, destiñéndose solo.»

EDUARDO DE PALACIO.





RETRATO AUTÉNTICO DEL CÉLEBRE PINTOR PAOLO VERONESE.

(Museo de Dresde.)



# DOS CUERPOS SIMPLES

DESCUBIERTOS POR QUÍMICOS ESPAÑOLES



**M**UY pocas veces se ocuparon los escritores españoles en la historia de las ciencias naturales, que si en todas épocas tuvieron cultivadores distinguidos, fueron meritisimos cuantos á ellas se consagraron durante las admirables reformas en buen hora iniciadas por Carlos III, de grata memoria, y hasta los últimos días del siglo anterior. No hicieron prosélitos, ni fundaron escuela, ni siquiera lograron discípulos y adeptos; pero la culpa no es suya, sino del medio nada adecuado á los progresos de las ciencias, de las continuas revueltas en que España ha vivido y de las funestas consecuencias de la intransigencia política, extremada en persecuciones indignas de un país civilizado. Acaso por lo mismo, ó deslumbrados con el magnífico espectáculo del desarrollo científico de Europa, no reparamos en la labor obscura y en las pequeñas investigaciones de nuestros sabios de antaño, y buscamos fuera la hermosa tradición científica que en casa tenemos olvidada. Quisiera yo reivindicar la gloria de algunos descubrimientos realizados por españoles en la Química, no muy numerosos, pero sí importantes á causa del tiempo en que se hicieron y de la manera de llevarlos á buen término; porque no sólo es triste haber de acudir siempre á libros extranjeros, si algo ha de aprenderse, y tener de continuo en los labios, cuando se trata de las mejores innovaciones, nombres insignes no pronunciados en nuestra admirable lengua, sino que duele ver negados los méritos de los sabios españoles, omitidos sus trabajos y atribuidos á otros descubrimientos que les pertenecen.

No hace mucho tiempo hojeaba el libro que acerca de la metalurgia de la plata escribió con destino á la Enciclopedia Química de Frey el ingeniero M. Roswag, cuyo autor omite todos los trabajos de los mineros españoles en los procedimientos de amalgamación y los adelantos á ellos debidos, cita una vez nada más y en lugar muy secundario el nombre ilustre de D. Fausto Elhuyar, el primero que explicó el mecanismo de tales métodos y los fenómenos químicos acaecidos en el beneficio del oro y de la plata, empleando el mercurio, y no habla palabra del famoso D. Andrés del Río, autor de muchos é importantes descubrimientos y de un magnífico discurso sobre las vetas metálicas. Estas omisiones son harto frecuentes, y tan injustificadas me parecen, que siempre protesto de ellas, y trabajo á fin de allegar datos para la historia de las ciencias naturales en España;

y aunque en 1886, en una conferencia dada en el Ateneo de Madrid, que corre impresa en el tomo segundo de las Históricas publicadas por aquella sociedad, he procurado, poniendo en ello toda mi diligencia, examinar buena copia de investigaciones científicas realizadas en España, quiero insistir en el asunto y á ello muéveme un hecho bastante repetido. Cuando se examina la lista, cada vez más numerosa, de los nombrados en la Química elementos ó cuerpos simples, ninguno de ellos aparece descubierto por químicos españoles, y sin embargo, registrando las mejores monografías del tungsteno y del vanadio, puede observarse que todas las del primero de estos cuerpos empiezan diciendo que ha sido aislado por Elhuyar, reduciendo el ácido túngstico mediante el carbón, y del segundo, afirmase haberlo encontrado D. Andrés del Río en un mineral de plomo pardo de Méjico. Y esto no obstante, atribúyese el descubrimiento del tungsteno, al gran químico Scheele en 1780, y el de vanadio á Selfström en 1830. Me propongo en el presente artículo demostrar que á Elhuyar y Del Río corresponde la gloria de haber dado con los dos cuerpos citados, y respecto del tungsteno, hasta el conocimiento de las propiedades del metal; por eso y por tener mejores datos le consagraré mayor espacio. Trato de recabar para aquellos ilustres ingenieros de minas el puesto que les corresponde, y que sus nombres vayan unidos á los descubrimientos que realizaron, y acudo á medio tan público como el presente, á fin de que todo el mundo se entere, como acudiré á las corporaciones científicas y á los sabios hasta conseguir que el nombre de Elhuyar vaya unido al tungsteno, y el de D. Andrés del Río al vanadio en las listas de los cuerpos simples.

Ante todo debo prevenir la observación de que los descubiertos por químicos españoles carecen de aplicaciones industriales y son mera curiosidad de laboratorio. Aparte de haber sido los compuestos de tungsteno objeto del mejor y más acabado trabajo del gran químico ginebrino M. Marignac, y la monografía del vanadio preferente estudio del eximio Berzelius, D. Fausto Elhuyar, al término de la Memoria que escribió con su hermano, ocupándose en la utilidad de su descubrimiento, previene el caso en estas palabras: «Hasta ahora no se hace uso del wolfram, ni vemos en qué pueda emplearse el nuevo metal que contiene; pero no debemos deducir de esto que sea completamente inútil. Vemos á cada instante aplicarse á las artes y á la Medicina substancias de las que se dudaba pudieran hacerse usos. La Química, examinando las propiedades de los cuerpos, las

descubre nuevas todos los días y multiplica su aplicación. Debemos esperar que esta ciencia, descubriendo las propiedades de este nuevo ser, nos hará conocer medios de sacar de él alguna utilidad.» A la hora presente, es cierto, no han llegado todavía las aplicaciones del tungsteno, y aunque el estudio de sus compuestos ha resuelto varios problemas y esclarecido diversos asuntos de la Química, continúa siendo el metal lo que no hace mucho eran el níquel y aun el aluminio.

Don Fausto de Elhuyar nació en Logroño á 11 de Octubre de 1757, y consagrado siempre, desde el comienzo de sus estudios, á las ciencias naturales, fué, con su hermano don Juan José, discípulo notabilísimo de la afamada escuela de Freyberg, donde el gran Werner enseñaba, y luego profesor de Química en aquel Seminario de Vergara, que cuenta entre sus maestros á Chabaneau y á Proust. Por entonces, y en los primeros años de su magisterio, realizó Elhuyar, ayudado de su hermano, el descubrimiento del tungsteno. En 1780 el químico Scheele analizó un tungstato de cal, aislando Bergmann el ácido túngstico de este cuerpo, llamado piedra pesada entre los mineralogistas; presumíase que tal ácido, sólido, amarillo y amorfo, debiera contener alguna substancia metálica, por ser lo que entonces se nombraba una cal y hoy decimos óxido ó combinación oxidada. Que Elhuyar conocía los trabajos de Scheele y Bergmann es cosa indudable observando las veces que los cita en su Memoria acerca del análisis del wolfram, y no lo es menos que el químico español, pretendiendo realizar las previsiones de los sabios extranjeros, usó un método propio y tuvo como primera materia otro mineral de tungsteno bien distinto de la piedra pesada, el tungstato de hierro y manganeso, llamado wolfram, nombre que dió el profesor español al metal aislado en sus experimentos. Comienzan éstos con el análisis minucioso de la substancia dicha, separando hierro, manganeso y un polvo amarillento, dotado de la propiedad de volverse azul calentándolo, análogo al ácido túngstico de Scheele, y de ahí provino describir el wolfram compuesto, si no de igual naturaleza, á lo menos de muchos de los elementos de la piedra pesada. El trabajo de Elhuyar á propósito del nuevo cuerpo no quedó ignorado, y conozco de él hasta cuatro ediciones: primero vió la luz pública en las *Actas del Seminario de Vergara*, y luego en folleto separado en 1783 ó 1784; en el mismo año publicóse en lengua francesa con este título: *Mémoire présentée à l'Académie des Sciences, Inscriptions et Belles Lettres de Toulouse sur la nature du wolfram et celle d'un nouveau metal qui entre dans sa composition*. Al año siguiente, 1785, vese la misma Memoria impresa en Londres y en lengua inglesa, titulándose: *A Chemical analysis of wolfram, and examination of a new metal, wich inters into is composition*, y es curioso que en esta edición inglesa se hayan incluido, á modo de preliminar ó antecedente, los trabajos y experimentos de Scheele y Bergmann acerca de la piedra pesada. No cabe, pues, la menor duda que Elhuyar, relacionado con los más insignes sabios de la época, perteneciendo á varias sociedades científicas y disponiendo de medios de publicidad, dió á conocer su descubrimiento, y sin embargo, no es su nombre, sino el de Scheele, el unido al metal tungsteno, y eso que sólo llegó á aislar de la piedra pesada uno de sus compuestos con el oxígeno: el ácido túngstico.

Que los méritos científicos y las eminentes eualidades del

químico español eran notorios, lo atestigua un sabio extranjero que enseñó Química en España y era el único capaz de emular la gloria y los trabajos del ilustre ingeniero de minas; me refiero á D. Luis Proust, quien publicó, en la excelente Revista nombrada *Anales de Química del Real Laboratorio de Segovia*, tomo 1, pág. 267, un artículo curiosísimo titulado: *Extracto de los descubrimientos de Don Fausto Elhuyar*, y se refería á los relativos al procedimiento de amalgamación en el beneficio de los minerales de plata, terminando con estas palabras: «No me queda duda de que Elhuyar, aumentado de conocimientos que adquirirá en la comparación de los trabajos de Hungría con los de América, llegará á publicar una obra que hará época en la historia de la Metalurgia.» Tanto fiaba el ilustre Proust en las altas dotes y sabiduría del profesor de Vergara. Como sólo me propongo tratar del metal tungsteno, no añado detalles biográficos acerca de Elhuyar, de quien pueden verse extensas biografías en la admirable *Bibliografía Minera* de los señores Maffei y Rua Figueroa y en el *Semanario Pintoresco Español* de 22 de Enero de 1843, donde se publica su retrato; cúmpleme, no obstante, manifestar que D. Fausto Elhuyar fué desde 1788 Director de Minería en la Nueva España, reorganizador de la Escuela renombrada de Méjico, cuyas minas puso en el más próspero estado, realizando los magníficos adelantos que sus estudios le sugerian, que volvió pobre luego de hacerse independiente aquel Estado, después de rechazar brillantes proposiciones de Itúrbide, que trabajó mucho en Almadén y contribuyó á la ley de Minas de 1825, no teniendo otro afán sino la gloria científica y el engrandecimiento de España, en lo que se esforzó siempre hasta su muerte, acaecida el día 6 de Enero de 1833.

Nada hubo de casual ó imprevisto en los análisis de Elhuyar hasta llegar al feliz término del descubrimiento del tungsteno, y así puede verse examinando las operaciones practicadas, los puntos de vista teóricos y los caracteres asignados al nuevo metal, que no resulta producto y término de complicados tratamientos, sino del mejor y más adecuado empleo del carbón como reductor de óxidos ó combinaciones oxidadas, á temperatura elevadísima. Deben considerarse la escasez y poco conocimiento de la Química, la falta de método y la ignorancia de las propiedades de los cuerpos en aquellos tiempos de los trabajos de Elhuyar, que no llegaron aun los más venturosos y felices en que Lavoisier fundó la verdadera ciencia de la combinación; de donde procede que si grande y extensísimo era entonces el campo abierto á las invenciones, escaseaban los medios de realizarlas y llevarlas á buen término. Por dicha, el químico español, peritísimo en el arte de analizar y conocer los minerales, aprendido de Werner allá en Freyberg, conocía el empleo del fuego y sabía de qué manera el carbón puede apoderarse del oxígeno de los compuestos metálicos oxidados, poniendo en libertad el metal hallado en forma de régulo en el fondo de los crisoles donde los experimentos se practican. Así resulta el hecho interpretado con el criterio que al presente informa la ciencia; pues en 1783 decíase que el carbón provocaba combinaciones del filogisto, de cuyas combinaciones originábanse los cuerpos simples.

Procedió Elhuyar con el wolfram, especie mineralógica abundante en España, hallada en varias localidades de Galicia y tenida como excelente mena de hierro, á causa del

manganeso en ella contenido, cuerpo al que se atribuye el magnífico temple de las mejores armas antiguas. No falta quien atribuya al mismo Elhuyar el descubrimiento del wolfram en 1781, fundándose en que por tal año registraba los montes de Navarra buscando hierros con destino á las fábricas del Estado, y en el cuidado minucioso y prolijas atenciones puestas en su análisis. El wolfram es sólido, de color negro agrisado, opaco, laminar, agrio, cristaliza en prismas rectos rombales con estrias longitudinales en sus caras: es fusible al soplete, colora en amarillo el vidrio de bórax, y el ácido clorhídrico hirviendo lo transforma en aquel polvo amarillo claro obtenido por Scheele y Bergmann de la piedra pesada, al que llamaron ácido tungstico, y fué base del método de Elhuyar. Estudiadas sus propiedades y confirmada la analogía del ácido tungstico del wolfram con el de la piedra pesada, mezclóse con carbón y en un crisol brascado hubo de someterse á temperatura bastante elevada, obteniéndose un botón metálico, que el ácido nítrico convertía de nuevo en aquel polvo amarillo punto de partida del trabajo: llegados á la substancia metálica y convertida ésta en ácido tungstico, D. Fausto Elhuyar y su hermano intentaron la empresa admirable de la síntesis del wolfram; pues obtenido uno de sus elementos, ansiaban completar la obra formando aquello que sus mismos análisis destruyeran. La poca solubilidad de las materias y no cristalizar en el agua, hiciéronles desistir de la vía húmeda, y el no ser fusible el polvo amarillo, y las dificultades originadas por la resistencia del hierro y de la manganesa á liquidarse mediante el calor, fueron los obstáculos opuestos á realizar sus generosos intentos apelando á la vía seca. Hasta 1861 no se consiguió la síntesis del wolfram debida á Genther y Forsberg, fundiendo tungstato de sosa con los cloruros de hierro y manganeso adicionados de sal común, y más tarde Debray, haciendo pasar una corriente de ácido clorhídrico por ácido tungstico y óxido de hierro, preparó, en su laboratorio, el mineral que analizaron en 1781 los hermanos Elhuyar.

Sus múltiples experimentos demostraron cómo el polvo amarillo, reducido mediante el carbón, debía considerarse cal metálica (óxido), y verdadero metal el régulo hallado en los crisoles, y añaden en sus memorias que todavía este metal puede convertirse en ácido, á semejanza del arsénico, en vista de sus propiedades ácidas manifestadas en las combinaciones con los álcalis, y luego, completando toda su labor experimental, añaden los hermanos Elhuyar el estudio de sus caracteres: danle el peso específico de 17,6, bien poco diferente de 17,3 modernamente determinado en el tungsteno procedente de la reducción del óxido por el carbón, y debo señalar el hecho á causa de tratarse de números y haber cambiado los procedimientos de medir densidades, y lo describen difícilmente fusible, oxidable al aire y á temperatura muy elevada, convirtiéndose en polvo amarillo de ácido tungstico, el que combinase formando sales, insoluble en los ácidos sulfúrico y clorhídrico y atacable con el nítrico y el agua regia, que lo oxidan; es decir, las propiedades todas que la Química reconoce ahora en el tungsteno. Y es notable asimismo que el método de obtenerlo sólo se haya modificado substituyendo el carbón con el hidrógeno ó descomponiendo el cloruro tungstico mediante el sodio metálico, según aconsejan Wöehler y Sainte-Claire Deville, cuando se precisa el metal muy puro. Los hermanos Elhuyar propo-

nían el nombre de wolfram para el cuerpo que descubrieron, y así lo nombran muchos químicos rusos y aun bastantes alemanes, y de esta manera debemos llamarlo en España, siquiera en memoria de sus ilustres descubridores. Si alguna duda pudiera haber respecto del hecho, la disipará el que habiendo registrado todos los trabajos referentes al tungsteno, jamás pude dar con ningún método, ni descripción del cuerpo al estado metálico, inventados por Scheele ó Bergmann, quienes trabajando con la piedra pesada lograron aislar y estudiar el ácido tungstico; pero respecto del metal que contiene, si acaso sólo sospecharon su existencia, sin pretender aislarlo. Así pienso sea reconocido, y ya que no podemos en España ofrecer al mundo el magnífico estudio de las ciencias naturales, gloria de otros países más adelantados, que á lo menos el nombre de Elhuyar se una al del wolfram ó tungsteno que ha descubierto.

Raro y difícil de obtener es el vanadio, cuyo estudio hizo primero Berzelius y fué objeto de las admirables investigaciones del químico Roscoe: abundan los minerales que lo contienen, mas en tan exiguas proporciones, que se necesitan grandes cantidades si han de prepararse algunos gramos. Se han descrito y analizado la *vanadina*, ó ácido vanádico, especie rarísima; la *calcovanadita*, ó sea el vanadato cálcico; la *vanadiolita*, también vanadato cálcico con sílice, alúmina, magnesia y hierro; la *vanadinita*, ó clorovanadato de plomo, donde D. Andrés del Río descubrió el vanadio, y hasta otros siete compuestos de ácido vanádico. Para extraer el metal, que es trabajo nada fácil y en extremo minucioso, se apela á reducir el bicloruro de vanadio por el hidrógeno ó por el sodio: resulta siempre un polvo metálico gris, infusible, que no se oxida al aire, le atacan los ácidos nítrico y sulfúrico, éste concentrado y caliente, arde calentado en una atmósfera de cloro, y á elevada temperatura se combina con el nitrógeno, formando el nitruro de vanadio. Hasta Roscoe no se obtuvo puro; pues el metal de Berzelius era el óxido ahora nombrado vanadilo; sin embargo, no lleva el nombre del renombrado químico inglés y se atribuye su descubrimiento á Selfström, quien ensayando muestras de hierro muy dúctil de la mina *Tuberg*, de Suecia, obtuvo un residuo considerable después del tratamiento clorhídrico, fenómeno incompatible con las propiedades del hierro examinado. Sospechó entonces la existencia de un nuevo metal y dióle el nombre de vanadio, consagrándolo á una de las divinidades escandinavas.

Así se admite en la ciencia, y, sin embargo, al relatar la historia de semejante cuerpo, siempre se empieza diciendo que en 1801—veintinueve años antes que Selfström—don Andrés del Río, profesor de Mineralogía en Méjico, reconoció la existencia de un metal nuevo, distinto del cromo y del urano, aunque parecido á ellos, analizando un plomo pardo de Zinapan, á cuyo nuevo cuerpo, á causa del color rojo que sus sales adquieren mediante el fuego y los ácidos, hubo de llamar el famoso autor del discurso de las vetas *Eritronio*.

Fué D. Andrés del Río uno de aquellos notables ingenieros de minas españoles educados en la escuela de Freyberg, partidario del sistema mineralógico del gran Werner su maestro, habilísimo analista, perito en clasificar minerales y sabio metalurgista. Como Elhuyar, fué á Méjico, sólo que, menos patriota, dejó de ser español cuando aquel vasto

Estado se emancipó de España proclamándose independiente: es autor de muchos trabajos y de un excelente libro de Mineralogía. Los datos en que me fundo para considerarlo descubridor del vanadio son una carta del egregio Humboldt, dirigida al Instituto de Francia y fechada en Méjico á 21 de Junio de 1803, que puede leerse *Gilberts' Annalen*, tomo XVIII, pág. 122, y la concordancia perfecta de los análisis de D. Andrés del Río con los de Wœhler en 1830. Pueden verse las investigaciones del químico español en los *Anales de ciencias naturales* de Madrid año de 1804, donde describe el mineral de Zimapan conteniendo ácido crómico y óxido de plomo; es decir, que volvió sobre su acuerdo y describió el primero de estos cuerpos en lugar del vanadio. En persona de su carácter es esto cosa muy extraña; pero se explica en el hecho de haber asentido á las observaciones del químico Collet-Descotils, quien en 1805, un año después de publicado el segundo análisis de D. Andrés del Río, donde no se habla del nuevo cuerpo simple, señaló su existencia en el propio mineral que nuestro compatriota estudiara. Sea como quiera, resulta del testimonio indudable de Humboldt,

que conoció á D. Andrés del Río y tuvo circunstanciada noticia de sus investigaciones, que el químico español fué quien primero descubrió el metal vanadio en minerales de plomo, y debe su nombre unirse al cuerpo citado, según es de derecho que el de Elhuyar se una al wolfram que aisló y describió minuciosamente.

Al recordar estas glorias científicas y estos hechos realizados durante el breve renacimiento de la antigua cultura española, iniciado en las reformas hechas por Carlos III, quiero indicar el camino que es menester seguir cuando los medios de trabajo son mayores y la ciencia ofrece ancho campo á los experimentos. ¡Ojalá el ejemplo de aquellos varones que como Elhuyar y del Río trabajaron sin descanso é hicieron investigaciones coronadas por éxito excelente, despertara nuestra afición y estimulara y promoviera el hermoso estudio de las ciencias naturales!

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

Madrid, 1888.



E. L.  
Roma 83

ROMA.

RECUERDO DE LAS FIESTAS DEL JUBILEO DE S. S. LEÓN XIII.



«OTOÑO», por Picolo.





# AL SALTO DEL NIÁGARA

¡Salve, tú, poderosa catarata!  
 ¡Qué veloz tu corriente se desata!  
 ¡Cuán recio vibra tu cantar sonoro!  
 ¡Salve!..... Tu espuma brilla como plata  
 Y al sol tus ondas brillan como el oro.  
 ¡Salve! Corren tus aguas turbulentas,  
 Y la voz estruendosa de tu empuje  
 Tiene, como la furia con que alientas,  
 El sordo retemblar de las tormentas  
 Y el eco bravo de la mar que ruge.  
 Si cantando tu inmenso poderío,  
 Grande en cascadas, anchuroso río,  
 Mi voz suspira débil, voz ingrata,  
 Las de tus bosques formarán mi coro.....  
 ¡Salve!..... Tu espuma brilla como plata  
 Y al sol tus ondas brillan como el oro.

Niágara, quien viene á tu ribera,  
 Si hermosa para tantos sentimientos,  
 ¡Ay! para tantos otros extranjera,  
 Padece la inquietud y los tormentos  
 Del que esperando siempre desespera.  
 Desde que sufro desventuras largas  
 Yace mi voz en pertinaz desmayo,  
 Pero tu vista desgarró mis nieblas,  
 Como con luz de irresistible rayo.  
 Ansias y amores de felices días  
 Otra vez en mi espíritu amanecen,  
 Llenándolo de vagas alegrías,  
 Más que tienen colores y cambiantes  
 Los arcos de tus iris, que parecen  
 Como franjas de trémulos brillantes  
 De alguna hermosa estrella desprendidos,  
 Que viniendo en tropel desde la altura  
 Se pararon de pronto, sorprendidos  
 Al contemplar tu espléndida hermosura.

Yo sé que cuando vienen tempestades  
 Sobre el abismo con tus aguas lleno,  
 A fustigar con rayos tus corrientes,  
 Y luchan por las mil concavidades  
 Abiertas en el hueco de tus rocas,  
 El largo són de cada ronco trueno  
 Y el trueno de tus múltiples torrentes,  
 Que van por rapidísimas vertientes  
 Rajando quiebras y partiendo bocas  
 En tus agrias rompientes;

Cuando los vientos sobre tí se quejan,  
 Y por los aires, en espumas, subes  
 Sobre tus bosques á ganar el cielo;  
 Cuando tus aguas lívidas reflejan  
 Los colores violáceos de las nubes  
 Con que la tempestad teje tu velo;  
 Ya si el año que espira te abandona  
 Al rigor de los meses invernales,  
 Y el doloroso frío de tu zona  
 Finge cuevas de sueños idéales  
 Cuando en altas columnas aprisiona  
 Tus mágicos raudales;  
 Ó que ya te corone la tormenta,  
 Ó que el tiempo te marque sus injurias,  
 Él más que tú dominador y fuerte,  
 Sobre tu altiva majestad se ostenta  
 Ó la furia mayor entre las furias  
 Ó la imagen más bella de la muerte.  
 Yo no las vi jamás, que yo te admiro  
 Tal como fuiste mi primer encanto;  
 Como entonces te ví siempre te miro,  
 Y como entonces te admiré te canto.  
 Porque yo te admiré cuando lucía  
 Claro sol estival, que repartía  
 Sobre tus dos cascadas,  
 En trémulas y ardientes oleadas,  
 El gran tesoro de la luz del día;  
 En la estación de anhelos y de amores,  
 Cuando el ambiente quema  
 Y embriaga el aroma de las flores  
 Y es la pasión la realidad suprema;  
 Y entonces, contemplando tu hermosura,  
 Toda expresión y vida y movimiento,  
 Despertaron mis sueños de ventura,  
 Despertó mi dormido sentimiento,  
 Y al escuchar tu valeroso acento  
 Sentí que retoñaba la bravura  
 Del corazón que apresurado late,  
 Que siente que la vida lo reclama,  
 Como si oyera el del clarín que llama  
 Con voces insistentes al combate.

Sale del lago rumorosa, clara,  
 La anchísima corriente,  
 Como si, lleno el lago, rebosara  
 Sus aguas apacibles, mansamente,  
 Y en su primer arranque, lento, blando,



Van las ondas azules  
 En sus limpios cristales reflejando  
 Grupos de pinos y olmos y abedules.  
 Y luego, ya en torrente,  
 Por las rocas primeras se encarama,  
 Y las evita y cruza velozmente  
 Y por cauce más ancho se derrama;  
 Y las rocas aumentan,  
 Y las aguas batidas, poderosas,  
 En sus flancos revientan  
 Y siguen, sin parar, vertiginosas;  
 Y hacia el abismo vienen,  
 Y un impulso tremendo las agita,  
 ; Y mientras más las peñas lo contienen,  
 Más el loco raudal se precipita!  
 Por el aire sereno  
 Sube ya cerca vaporosa bruma,  
 Y el gran fragor de interminable trueno  
 Brota de nubes de irisada espuma.  
 Por la doble, magnífica ribera  
 El roble adusto y el castaño hermoso  
 Y la encina severa  
 Que corren se dijera,  
 A presenciar el salto del coloso.  
 Sus ramajes se inclinan  
 Hacia el rumor que zumba desde abajo,  
 ; Y algunos recios árboles se empinan  
 Entre las grietas del profundo tajo!  
 Llega el raudal..... ; Bajo sus ondas falta  
 El pedregoso cauce!.....  
 .....Y corre más..... ; y salta  
 En el abismo y en su inmensa fauce!  
 Y las aguas, sin fin, se precipitan,  
 Se empujan, se atropellan,  
 Se chocan, se adelantan,  
 Y al caer ya se estrellan  
 Y ya sobre las rocas se levantan,  
 Y formando mil círculos de espuma  
 Y envueltas en tremendo remolino,  
 Y entre el fragor y la creciente bruma  
 ; Siguen, siguen y siguen su camino!....

; Qué interminable estruendo!  
 ; Cómo, sobre los húmedos vapores,  
 Va el iris extendiendo  
 Maravillosas franjas de colores!  
 En esta inmensa luz, en este ambiente,  
 Lleno de penetrantes armonías,  
 Junto al raudal grandioso del torrente  
 Que precipita por la gran vertiente  
 Sus ondas indignadas y bravías,  
 Encuentro al fin el anhelado tono  
 De mi canción soñada,  
 Que se va repitiendo  
 Al compás del estruendo

De la inmensa cascada.....  
 Cántanos, corazón, tu fe, tu gloria,  
 Tus ensueños mejores,  
 Y de tu patria la inmortal historia,  
 Y de tí los dulcísimos amores.....  
 Fuente sublime de inmortal belleza  
 Han menester mis tímidos cantares.....  
 ; Para copiar del cielo la grandeza  
 Necesitó la gran Naturaleza  
 El espejo sublime de los mares!

Niágara, la tarde se despide;  
 Yo también abandono tu ribera.  
 ; Oh! ; Si mi voz tuviera  
 Los tonos de idéal melancolía  
 Que logran siempre que jamás se olvide  
 Ni la nota postrera  
 Del adiós hermosísimo del día!  
 El sol está dorando todavía  
 Las corrientes, las masas del follaje.....  
 ; Su luz, que va muriendo temblorosa,  
 Aún hace más hermosa,  
 Más triste la nostalgia del paisaje!  
 Sus últimos reflejos  
 Huyen sobre las ramas de la selva,  
 Desvanecidas ya, como bosquejos.....  
 ; Ay! ; Cuando el sol á coronarte vuelva  
 Nos hallará muy lejos!

Pero..... ; qué? ; tornarán mis agonías?  
 ; Torna la duda vil que me acobarda?  
 ; Piensa tú, corazón, en tantos días  
 Como el hermoso porvenir te guarda!  
 No temas á la furia rencorosa  
 Del terrible combate de la vida.  
 Vé, frente á ti; la lucha prodigiosa  
 Es tenaz, y constante, y sostenida.....  
 ; La febril catarata no reposa!  
 ; Nunca tampoco la verás vencida!  
 ; Salve, pues, hermosísima cascada!  
 ; Con qué placer tan grande te contemplo!  
 ; Tu vigor me sostiene en la jornada!  
 ; Me seduce tu ejemplo!  
 ; Salve! Corren tus aguas turbulentas,  
 Y la voz estruendosa de tu empuje  
 Tiene, como la furia con que alientas,  
 El sordo retemblar de las tormentas  
 Y el eco bravo de la mar que ruga.  
 ; Ya tu voz á la vida me reclama!  
 ; Ya el corazón apresurado late!  
 ; Oh!..... ; Ya el acento del clarín me llama!  
 ; Adiós! ; Vuelvo á mi patria..... y al combate!

CARLOS FERNÁNDEZ-SHAW.





ARROBAMIENTO.—Cuadro de Ballavoine.



# LAS MONJAS PAGANAS

## EN EL ANTIGUO MUNDO LATINO



SERVIO en sus *Comentarios á la Eneida*, Tito Livio en sus *Décadas*, Plutarco en su *Historia de Numa*, Plinio en sus *Cartas*, Valerio Máximo en sus *Ejemplos*, nos han dejado noticias respecto de las vestales, que ilustran y esclarecen mucho su condición social. Guardar en sí la inviolable castidad, virtud á su ministerio esencialísima, y sostener en las aras aquel fuego sacro, de cuya luz y calor vivía Roma, eran sus dos capitales obligaciones. Con su cumplimiento se mantenían la ciudad tranquila y los númenes propicios. Así, el quebrantarlos aparejaba, según el rigor de la vieja y tradicional jurisprudencia, tremendos castigos. Plutarco, al tratar de Numa, le reconoce una excesiva importancia religiosa; y al reconocerle una excesiva importancia religiosa, le consagra muchos loores por la organización sacerdotal dada en sus estatutos á las clases intermediarias entre la tierra y el cielo. Organizando semejantes clases, no podía olvidarse de Vesta y las vestales. Plutarco nos cuenta por qué tomó su templo la forma circular y por qué se puso en el centro mismo de tamaño templo un ara capitalísima y sobre tal ara un fuego inextinguible. A fuer de buen griego, derivaba este historiador, poeta y filósofo, las instituciones romanas del espíritu griego, y difundía en sus historias el más entusiasta y más clásico helenismo. Así Numa se nos revela en sus libros como Pontífice pitagórico, y por Pontífice pitagórico fabrica un templo de figura circular, como el Universo de Pitágoras, á Vesta, y pone su fuego sacro en el punto donde convergen todos los radios, como el sol está en el punto á cuyo alrededor giran los planetas. En efecto, la concepción pitagórica del cielo se adelanta en muchos siglos á la que nuestra ciencia y nuestro espíritu allegaron tras tantas revelaciones sublimes. Y el sol está inmóvil en la creación como el fuego en su templo; y alrededor suyo giran la tierra y los planetas, como las vestales alrededor del ara sacrosanta. Vesta no tiene para Plutarco el ministerio tan sólo de representar la religión del hogar; tiene otro más alto: es la Mónada ó Unidad suprema, donde beben su espíritu común y encuen-

tran su ideal respectivo todas las cosas creadas. En los tiempos de Plutarco, cuando las ideas judeo-alejandrinas iban formando el Cristianismo, tendía todo á la Unidad absoluta. De aquí predominio del Dios judío, uno, sobre todos los dioses; y predominio de la Ciudad Eterna, una, sobre todas las gentes; y predominio de los sistemas neoplatónicos y su sincretismo unitario sobre todas las ciencias. Pues al ver Plutarco levantarse Vesta entre orientales misterios, animada por una teología espiritualista, circuida de vírgenes cuyos cuerpos deben eterizarse como la llama del cielo, créela y júzgala en su interior aquella Mónada sublime, de quien parecen como irradiación las ideas y como copia el conjunto eterno de las cosas. Y á la concepción de su culto religioso y litúrgico agrega concepción astronómica del Universo, tan extraña entonces, que deroga todas las tradiciones recibidas y trae novedades bien poco explicables y concebibles entonces, y luego creídas y universalizadas por nuestro saber y nuestra ciencia. Virgilio, Plotino, Plutarco, Séneca, todos los ingenios de primer orden brotados en torno de la idea cristiana, bien poco antes de amanecer, bien poco después de haber amanecido, se daban de ojo para sintetizar las ideas paganas en superior unidad y espiritualizar los dioses antiguos en una teología superior, á fin de que pudiera sentir el género humano la sociedad de Dios y del espíritu, á que aspiraba el alma en su sed anhelosa entonces de lo infinito y de lo abstracto. Un romano clásico nunca hubiera creído, ni en la idea metafísica, ni en la idea puramente astronómica del poeta y del filósofo Plutarco, muy dado á encerrar dentro de símbolos y personificaciones las nuevas ideas, aunque tales símbolos fueran anacrónicos é imposibles históricamente cual sucedía con el Pontificado pitagórico de Numa. El pueblo rey quería su Vesta; no por imagen de la Mónada, incomprendible á su espíritu; no por simulacro de la ciencia, contradictoria con todas sus nociones fundamentales y con todos sus viejos principios; la quería por superior imagen y representación de su casa, de su familia, de su gente, de su ciudad; pues en todos estos grados había de hallar el numen propicio de su genio religioso y el calor vivificante despedido por su fuego sacro.

Así, pues, no hay que maravillarse del rigor de las penas promulgadas contra cualquier abandono de la llama vivida ó de la castidad conventual. Varias veces el fuego sacro llegó á extinguirse, como podemos ver en Valerio Máximo

y en Tito Livio. Corría el Pontificado de Licimo. La Vestal, que cuidaba el hogar encendido, lo descuidó, y se apagó. Imaginaos que vinieran á despertaros en callada noche diciéndoos como se había extinguido el sol. Pues igual sacudimiento, que sentiriais creyéndoos privados del calor, al cual debemos el espíritu de animación, sintió el colegio de Vesta viéndose privado de aquella sacra luz, cuya eternidad les importaba tanto como la existencia del pueblo mismo. La diosa debió agravarse, porque, inmortal por naturaleza, no podía consentir en cosas suyas nada que oliese á la muerte, y para conjurar el agravio, pedía el ritual monástico una pena á la culpada de indiferencia y desatención. Viniera de un fenómeno corriente y natural aquella extinción, y el Monasterio no tratara de investigar su origen, resignado y conforme con disposiciones celestiales, contra las que no puede haber apelación alguna ni recurso. Pero un descuido, debido á las vestales mismas, dotadas con tantos privilegios en el ministerio de su culto y en el ejercicio y cumplimiento de sus deberes, no merecía perdón. El único medio de calmar á la divinidad iritadísima y ocurrir á contingencias futuras era el implacable rigor. Lo tuvieron. La juventud, la hermosura, la delicadeza del reo no desarmaron á la fría razón, que regulaba los negocios religiosos y políticos en la Roma patricia. El derecho escrito y el derecho consuetudinario se juntaban para infligirle bien crueles penas; y había que cumplir como pudiera cumplirse cualquier ley mecánica en el Universo. Desnudaron, pues, á la Vestal, é hicieronla descender á un sitio húmedo, frío y obscuro, que sólo con triste sepultura podía compararse. Allí el Pontífice azotó sus carnes hasta que la sangre culpada salpicó su frente. ¡Y cuánto no sufriría una muchacha, de complexión delicadísima, de piel sedosa, toda nervios, al sentir un duro azote sobre sus carnes, adobadas con todos los cosméticos y perfumes romanos! Bárbara desproporción entre la pena y el castigo, mirados al centelleo de nuestras ideas; pero si consideramos la importancia reconocida por el mundo antiguo á estas instituciones, sobre las cuales su poder se fundamentaba y de las cuales fluía su vida, no deben extrañarnos estos rigores congruentes con todo lo esencial que allá en sus adentros pensaban y sentían. Tras esta pena sobrevino una purificación del templo, necesaria en las tradiciones de aquella liturgia. Dionisio Halicarnaso, en su lib. II, cap. LXVIII de sus *Historias*, cuenta hechos análogos, que nos dicen toda la importancia por los romanos dada en sus ritos tradicionales á la conservación del fuego sacro. Hallábase éste confiado á la Vestal Emilia, quien, por descuido y pereza, lo confió á joven inexperta novicia. Durmióse, poco penetrada de su responsabilidad, la guardadora, y el fuego se apagó. Terrible sacudimiento recorrió los nervios de las gentes romanas, como si un rayo enorme hubiera caído sobre todas ellas. A este sacudimiento siguió una inmensa perturbación. Clamores de angustia llenaban los aires cual en las calamidades mayores de peste ó terremoto. Cada ciudadano preguntaba por su diosa, cual puede preguntar un huérfano perdido y errante por su hogar y por su madre. Aquella religión era doméstica y nacional á un mismo tiempo.

Así, no obstante lo positivo del genio romano, circundaba la diosa y su culto de litúrgicas leyendas. Emilia, la infiel guardadora del fuego sagrado en las circunstancias referi-

das por Dionisio de Halicarnaso, temió que creyeran el descuido falta suya, la más punible de todas, la falta de castidad, y conjuró á su diosa, rogándole, por medio de vivas instancias, que la socorriera en aquel contratiempo y patentizara toda su pureza. Mirábanla con ojos atónitos los circunstantes, pero sin atreverse, á pesar de la modestia que se descubría en su actitud y de la inseguridad que revelaban sus palabras, á oirla y prejuzgarla, según sus manifestaciones y protestas. Pero ella, segura por su fe antigua en la diosa de que no podía por modo alguno abandonarla y consentir suplicio tan terrible como el entierro en vida, se abrazó á su ara y le pidió un milagro. Apenas lo había pedido, penetró en su corazón el sentimiento profundísimo de haberlo por gracia la diosa otorgado, y se levantó radiante, transfigurada, regocijadísima, despidiendo de su mirar efluvios, á cuya irradiación caían sobre todos sin excepción dulces y consoladoras esperanzas. La virgen cogió su estola de mangas perdidas, de amplia rozaga, y arrancando un trozo del transparente lino, lo arrojó á las frías cenizas, cierta de que llevaba dentro de sí una centella vivificadora y capaz de reanimar el fuego sacro y poner en toda su verdad la certeza de que fiaba con empeño á este seguro milagro la demostración de su virtud. En efecto, las llamas ardieron de nuevo; y la inocencia quedó patentizada entre los loores de los asistentes, quienes aclamaban y decían á Vesta protectora llena de misericordia. Valerio Máximo en sus *Historias*, Propertio en sus *Cánticos*, Plinio en sus *Cartas*, refieren otro milagro parecido y hecho por la diosa en pro de la sacerdotisa Tuzia, demostrando que no había manchado su lecho virginal ni desobedecido á las leyes canónicas de su religión y de su culto, para lo cual sugirióla el subir en cribas agua del Tiber, y llevarla, sin que se derramase por los agujeros, hasta el ara de la diosa. Todas estas tradiciones más ó menos litúrgicas, copiosa invención de aquel antiguo genio romano, muestran la verdad evidéntísima de que á las virtudes vestales y á la conservación del fuego sacro fiaban los dueños del mundo un tesoro tan preciado como la salud y la buena ventura de su Roma.

Así no es mucho que vieran con horror cualquier tropiezo de las sacerdotisas, generador de cualquier perturbación en el culto y en su liturgia. Por eso hay que leer á todos los escritores antiguos, desde los más veraces hasta los más poetas, para estimar el precio dado en aquellos tiempos á la castidad y pureza de tan sacras vírgenes. En Roma corría con más ó menos crédito, pero muy vulgarizada, la especie de cuán imposible, ó por lo menos cuán difícil era que faltase una vestal, y no se conociese por todos su falta. Así las jóvenes huían á dignidad tan gravosa y presentaban toda clase de ofrendas y ex votos á sus genios tutelares en demanda y súplica de que las eximiesen ó exentasen de tan terrible suerte. Pero los nombres de todas las doncellas patricias, desde que cumplían los seis años, estaban á una insaculados; y como sorteadas á cada vacante que hacían la muerte ó los años en aquel colegio sacratísimo, no tenían otro remedio sino conformarse con los caprichos del sorteo. La historia de Minucia, que corre por todos los clásicos, y que ha presentado en su libro de Roma durante el siglo de Augusto un tan experto erudito como el francés Dezobry, demuestra el rigor penal ejercido en aquellas mujeres por el derecho consuetudinario. Minucia iba llegando

á los once años, y no podía sospechar que le tocara la suerte de vestal, realmente reservada por antiguas costumbres á niñas de menor edad que la suya. Por esta convicción comenzó á oír los requerimientos y reclamos de amor que le dirigiera un joven patricio, en quien á porfía se juntaban las prendas del cuerpo con las prendas del alma y el temperamento enérgico y varonil con robusta pero graciosa belleza. Dados estaban uno y otro amante á sus esperanzas, convenidos en el día y hora de reclamar á sus padres las debidas licencias, en fin, prometidos ó novios ó desposados eran, y ya creían tocar la común ventura, cuando el Pontífice Máximo envía por la joven, notificándole como estaba en el caso de renunciar por treinta y más años á todo amor, elegida y designada para sacerdotisa de Vesta. ¡Pobre niña! Los ensueños que doraban su juventud, las dulces emociones sentidas al despojarse de su infancia, las esperanzas risueñas á cuyo calor la sangre le ardía en todo el cuerpo, aquellos sus amores beatos que completaban el ser y que prometían la ventura con la honra, desvaneciéndose para siempre bajo funestísimo número sacado á capricho por un Pontífice implacable, quien inmataba dos corazones jóvenes en el albor de su dicha y en la florescencia de sus esperanzas. Cuando se ha llevado á orden rigurosa una tierna niña incapaz de sentir por su edad pasión alguna, puede acomodársela fácilmente, con empeño y tiempo, á los rigores de disciplina demasiado severa; mas imposible amoldar con facilidades iguales á un rito contradictorio con el ser propio aquella virgen que ha columbrado más espaciosos horizontes y que ha entrevisto en sus ilusiones y en sus esperanzas la felicidad suprema del amor.

No debe, pues, maravillarnos que ave tan hermosa como el alma de Minucia, desacostumbrada de jaula tan estrecha como la orden romana, quisiese volar por otros espacios más amplios y por otros cielos más espléndidos, en busca del amor, á cuyo imperio entregara y rindiera su albedrío. El exceso de cuidado en sus vestiduras, el suspiro puesto á hurtadillas lejos del aire impregnado por la mirra y el incienso de Vesta, las palabras escapadas en el curso de sus conversaciones más íntimas, los ensueños mismos traslucidos en frases incoherentes, demostraban que mientras el cuerpo de Minucia se rendía por obediencia y acatamiento al imperio de las leyes religiosas, volaba el alma estática por profanos recuerdos propios tan sólo de antiguo é invencible amor. Lo cierto es que signos celestes de cólera divina comenzaron á dibujarse con aspecto siniestro por los cielos airados, y que plagas innumerables cayeron sobre la Ciudad Eterna, culpada indudablemente de algún tremendo crimen. Reunidos las augures y consultados los augurios, no quedó ni asomo de duda respecto al motivo y causa del desorden. Vesta debió ser desacatada por alguna sacerdotisa ligera y de sus votos olvidada, pues todos los signos subsiguientes á casos de tal índole centelleaban por las alturas y despedían relampagueos siniestros. Entonces un esclavo del templo, verdadero esbirro, muy complacido en tomar este desquite de su infame humillación, delata sin piedad á la pobre Minucia, imputándole crimen de suyo tan vergonzoso y horrible como el haberse acercado impura, sin conciencia en el alma y sin virginidad en el cuerpo, á los altares de Vesta, irritadísima por semejante desacato. ¿Cómo no creerlo? Había ido allí núbil y hermosa tras

unos amores próximos á inmediato matrimonio, encendidos los ojos á las caldeadas lágrimas, roto el pecho á los amargos suspiros, plañéndose con lamentos parecidos á los del avecilla en celo que pierde sus amores ó su prole, resistiéndose á las tijeras sacras que le cortaran el cabello, como hubiera podido resistirse á la cuchilla que le segaba la garganta, y mostrando sus preferencias por un hogar bien diverso del amplísimo que presidía y habitaba Vesta. El forcejeo continuo de la joven sacerdotisa bajo su abrumadora cadena, la triste añoranza de otros lugares y otros tiempos, la repulsión á sus nuevos oficios delatáronla más todavía que la delación horrible del esclavo.

Inmediatamente los jueces litúrgicos, designados por la tradición y por las leyes para el conocimiento y juicio de casos tales, congrénganse reunidos por el público clamor que pide fervorosamente una satisfacción inmediata, bastante á desfruncir el encolerizado entrecejo de la diosa implacable. Antes de reunirse los jueces, ya el Pontífice prohíbe á la inculpada todo contacto con los objetos litúrgicos y toda proximidad al sitio profanado. El aula regia, ó sea el monasterio contiguo al templo, se llena de los magistrados y ministros necesarios para un juicio tan grave. Por fin la vestal acusada se presenta en el sitio terrible donde los jueces han de pregonar su veredicto tras las necesarias ceremonias litúrgicas. Ninguna turbación, ninguna, en su aspecto; ningún descuido, ninguno, en su actitud. Contenida, reservada, modesta, conforme con la triste suerte que le deparaba el destino, incapaz de acusarse á sí misma con excesos violentos en la propia defensa, parecía ignorar hasta de lo que trataban, y ni presentir ni presagiar su triste desventura. El refinamiento de su traje había servido como de indicio para los cargos y las acusaciones, pues lo presentó en el tribunal con mayor esmero. Olía su cuerpo á profanas esencias; brillaban sus ojos con los centelleos del amor humano; el blanco lino de su estola presentaba nitidez y plegado extraordinario; lucían en sus manos ramilletes de gayas flores, y en su cabeza refulgentes lazos de oro, cual si quisiese agradar á un mortal apasionado y sensible, antes que á una divinidad rígida y austera. Habíase quitado el velo multicolor que las vestales agarran con brillantísimo corchete á su cuello, y ora lo dejan flotar sobre sus espaldas, ora lo ponen sobre su cabeza, con ánimo de que nube ninguna ocultase todas aquellas sus armoniosas líneas y todas sus espléndidas gracias. Veinte años tenía, y nueve llevaba ya de religión. La rigidez terrible de aquellas leyes monásticas, la imposición de aquellos hábitos religiosos, la vida mesurada por una especie de matemática celeste, los oficios prestados y prestables al templo de su orden y al numen de su diosa, no lograron acabar en ella con el temperamento civil y profano adquirido en una juventud, á la cual diera todos sus goces más puros y todas sus esperanzas más risueñas el humano amor. Arrancada por el destino implacable de la casa paterna; dividida sin piedad ni misericordia del esposo á quien diera su albedrío entero antes aún de contraer las legítimas nupcias; acostumbrada de antiguo á las profanas conversaciones usuales en la juventud de uno y otro sexo; más propia para oír la sonora cítara y para danzar el baile voluptuoso que para servir á las ofrendas hieráticas de un templo y á las sacras liturgias de una religión; los Pontífices, airados é implacables, con esa crueldad propia de

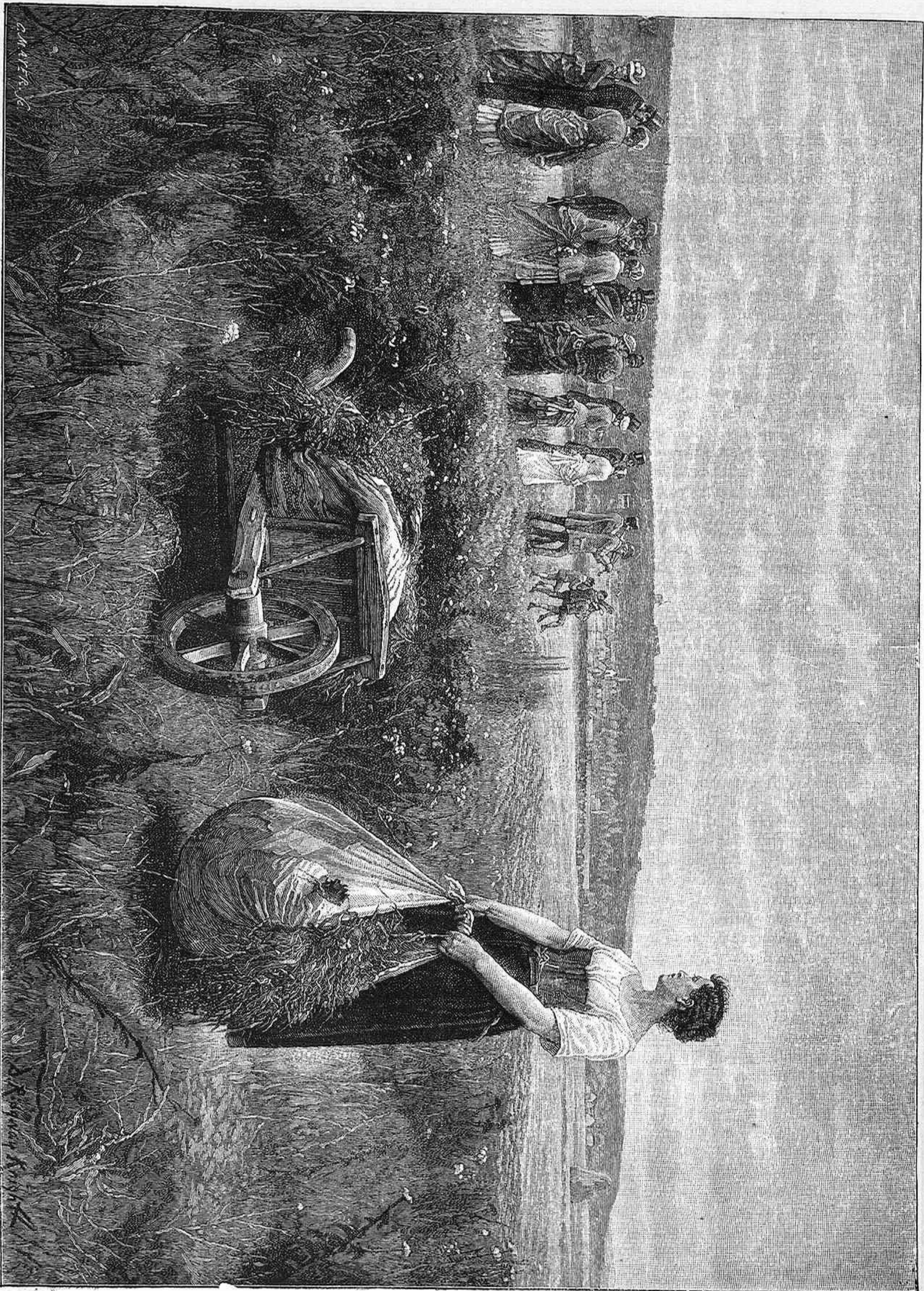
todas las magistraturas hieráticas, muy dadas á identificar su grandeza personal y la grandeza de su Dios, castigaban ciegos en aquella mujer el crimen por ellos perpetrado, la sobreposición de complexiones artificiosas, contra las cuales todo el ser se rebela y subleva sin remedio y sin recurso, á la complexión que pone la sabia naturaleza en cada cual, y que, sustancia y esencia recóndita de nuestra entidad, salta por todas partes en una rebeldía indeliberada é inconsciente, y obedece y se rinde tan sólo á sus propias leyes, mucho más fuertes que todas las arbitrarias convenciones, siquier se cohonesten torpemente con los mandatos de una revelación engañosa.

Cuando uno lee los historiadores antiguos, observa la importancia inmensa que daban á la castidad de sus vestales. En el octavo libro, párrafo undécimo, de su *Historia romana* refiere Tito Livio todos los prodigios acaecidos por tropiezos de las vestales. Los templos de Terracina heridos por el rayo; los altares de Satrico profanados por las serpientes; los segadores de Anzio sorprendidos á la extrañeza de que sus hoces destilaran sangre; la presencia de dos soles en Alba; el súbito relampagueo de luz siniestra y fugaz en Fregela; el articulamiento de algunas palabras oídas en el mugir de los bueyes romanos; las piedras del templo de Neptuno, sudorosas; y Ceres y Quirino agitados á una sobre sus aras, enseñan hasta cuáles extremos llevaban la persuasión de que la castidad vestal se unía en estrecho corsorcio con la suerte y el destino de Roma. Así es que, juzgadas las vestales por un derecho puramente consuetudinario, no se contentaban los romanos con su propia tradición y costumbre, acudían á Grecia también y diputaban embajadores al templo de Delfos, para que les dijeran los oráculos en su lenguaje misteriosísimo, si debían ó no gravar con crueldades gravísimas la pena y el castigo tradicional. Muy prolijos resultáramos en este bosquejo de Vesta y las vestales, buscando todo lo referente á sus culpas y á sus penas contenido en las viejas tradiciones. Tito Livio nos cuenta, en el lib. XXII de su inmortal *Historia*, las turbaciones de los ánimos á consecuencia de una infidelidad vestal. Oppimia y Flornia, vestales ambas, adulteraron con Cantilio, escriba del Pontífice; y la pobre Oppimia se vió enterrada viva; y Flornia se suicidó implacablemente; mientras el adúltero, puesto desnudo á la vergüenza pública, pereció bajo el golpe de innumerables azotes; por todo lo cual tuvo que ir á Delfos Fabio Pictor en demanda y requerimiento de los sacrificios que debían ofrecerse para serenar á los dioses, diciéndole aquel oráculo que soterrara un galo y una gala, un griego y una griega, en el mercado de bueyes y dentro de sitios cerrados por enormes ciclópeas piedras. Todo esto demuestra con demostración patentísima como Roma daba extraordinaria importancia en sus anales á la pureza del rito, que tenía por objeto mantener el fuego sacro en las aras y pura é incólume la castidad en las virgenes, haciéndose así propicios los númenes y alargando la vida romana casi como la misma lumbre del sol en las sublimes y altísimas esferas.

Mezclóse á todo esto la poesía. Y entre los poetas, Propertio dedicó una elegía incomparable á la infidelidad de las vestales, contando la causa de que dieran su nombre siniestro á la Roca Tarpeya y dedicaran á los últimos suplicios esta colina. Oídlo. Riente bosque, tapizado todo él de hiedra, cubría la eminencia, de cuya base iba fluyendo

cristalino arroyo, junto al cual sesteaban las ovejas, después de haberse abrevado fieles y obedientes al son dulce de melodiosos caramillos. Haces de trigo coronaban su cima, formando empalizadas de primitiva defensa. Nula Roma entonces, pues los sonidos de las trompetas vecinas resonaban en la roca de Júpiter, y el sabino esgrimía sus lanzas en el Foro, y las aguas del Tiber abrevaban los caballos de los contrarios, y por todas partes algún enemigo asediaba con sus odios el templo que debía imponer leyes á la tierra. Entre las hijas de Roma estaba Tarpeya, inscrita ya en el colegio de las vestales, y consagrada, por ende, á conservar el fuego eterno. Háblala enviado la Orden á recoger agua para el servicio de la diosa, y llevaba como una diadema su ánfora sobre la frente. Dado el número de implacables contrarios, en aquellos alrededores reunidos, acechando á Roma naciente, nada tan fácil como encontrar un soldado en armas, y al asedio continuo apercebido. Tarpeya vió á Tacio, que sobre su corcel de combate caracoleaba orgulloso, inquirendo el sitio por donde podría más fácilmente penetrar su lanza en el pecho de Roma. Viéndole tan perfecto y acabado; caballero en montura semejante por su rapidez y por su majestad al águila de Júpiter; en su cuerpo relumbrando todas las armas de aquel tiempo, y de sus ojos difundiéndose un centelleo divino, Tarpeya dejó caer el ánfora de la frente, picada, como por una víbora, por el nefando amor al extranjero. ¡Cuántas veces, desde aquel día, su oración se dirigió, no al sostén de la patria idolatrada, sino á rogar que sus sitiadores triunfasen; cuántas veces pidió á la luna que trajera en la callada noche, con sigilo y silencio, los jinetes contrarios á su tierra; cuántas veces sus brazos se tiñeron de sangre desgarrados por las agudas espinas de los zarzales, cuando corría desalada en su amor á la cima para descubrir desde lejos al sitiador y desear que se la llevase cautiva! Así no era mucho que llorase á la continua sobre las aras donde rezar debía, y que se corriese un peligro tan grande como el de ver apagada la lumbre de Vesta por aquel diluvio de lágrimas.

Los romanos y sus enemigos debían combatir en la mañana siguiente. Los compatriotas todos de Tarpeya requerían sus armas y aparejaban sus caballos á la defensa, mientras las mujeres preparaban sus votos y sus ofrendas, pidiendo al cielo el necesario triunfo. Pues del sitio sacro, donde concentrarse debía toda la fuerza del alma romana, levantábanse plegarias en demanda ¡parece increíble! de una derrota. Tarpeya deseaba contemplar á Tacio, subiendo por la pendiente de su colina cubierta de zarzas á la cumbre donde gallardeaban sus templos, vestido de púrpura que á maravilla le sentaba, y que no podía sentar bien á gente como la suya lactada por las lobas. En su delirio la cuitadísima le ofrecía Roma por dote, Roma completamente abierta á la invasión por su mano traidora, consagrada en aquellos ritos á mantener el fuego sacro. ¿Qué le aguardaba en el Capitolio á ella, triste religiosa de Vesta? Pues aguardábale una juventud consumida en las horrosas esterilidades del sacerdocio, y una vejez prematura sin hijos y sin descendencia. En cambio, el enemigo le traía la corona de himeneo, y la empujaba desde un altar estéril á codiciado lecho nupcial. Así revolviase por las noches en desasosegados insomnios, viendo, si despierta, el anhelado amante, y soñando con él, si dormida. Era un día de fiesta.



SIN DOTEI — Cuadro de Knight.

MADRID  
BIBLIOTECA  
ARTISTICA

Celebrábase con regocijo el comienzo de las murallas. Los aires resonaban á una con los acentos de caramillos y flautas. En las mesas rústicas humeaban los más primitivos manjares. Esparcida por doquier una general alegría, danzaban los pastores de Roma, mientras los soldados yacían ociosos, separados de sus armas y de sus clarines, sobre la hierba. La vestal, que habia entregado su corazón á Tacio, creyó aquel momento propicio para entregarle también su patria. En efecto, abandona el templo de Vesta, y corre á indicar la facilidad de una sorpresa en los espasmos de un regocijo. Los perros del templo ladraban; pero los degüella con los instrumentos litúrgicos vueltos de servicio en deservicio de la diosa. Por fin la traición se consuma, y el vestibulo de la Ciudad Eterna se abre al enemigo. Tarpeya entonces cae á los pies del joven amado y le ruega que señale y designe la hora de sus nupcias en premio á sus traiciones. Pero Tacio no codiciaba, no, á Tarpeya; Tacio codiciaba en su furor á Roma. Teníala ya bajo sus plantas, merced á la traición de una sacerdotisa consagrada por el cielo al culto de la llama sacra, y despreciaba la traición por cuyo medio se le habia rendido. Y en vez de llevarla, como le prometiera, con amor á su tálamo un día, mandó que la inmolaran sus soldados. En efecto, inmoláronla sin piedad; y desde aquel entonces lleva la colina este nombre siniestro de Tarpeya, y presencia las ejecuciones capitales, consumadas todas en su triste recinto.

Hemos colocado estos episodios ante la narración del suplicio de Minucia para explicar toda la trascendencia del daño que podía una vestal hacer á la vida y á las instituciones de Roma. Las leyes y las costumbres de consuno, queriendo prevenir los pecados, precavíanlo mucho; mas una vez cometido el crimen, castigábanlo sin género alguno de piedad. No hay que confundir la vestal clásica con la monja cristiana. Recluida en su convento ésta, no asiste á la sociedad y al mundo, como decimos ahora en lenguaje un poco francés, mientras aquélla se muestra en todas partes, presencia los espectáculos, y si bien alojada en el atrio adscrito al templo, recibe allí á sus amigos con una libertad ignorada completamente de las matronas, y da comidas en banquetes regocijados á sus parientes, aun los más jóvenes, sin temer los riesgos corridos en todas estas incomprensibles libertades. No deberá, pues, maravillarnos que pretenda la ley romana coartar estas prerrogativas con grandes rigores, en el temor á la culpa. La fatal sentencia se da por fin y se cumple. Despojan á Minucia de su blanco traje y la envuelven como á un cadáver fúnebres sudarios. Tiéndenla en una especie de mortaja, como anticipándole implacables la silenciosa y fría sepultura. La compasión está prohibida, y nadie puede llorar sin hacerse reo del crimen que se persigue y que se pena en aquel momento. Fúnebre cortejo, que parece de sombras, acompaña la yerta y moribunda virgen. Al pasar por el Foro, en la plaza misma que se conoce con el nombre de los Comicios, su amante perece azotado por los verdugos, que le arrancan pedazos de carne, como si sus látigos fueran colas de serpientes ó garras de rapiña. A la extremidad occidental del Foro sube la procesión por la montaña Quirinal en silencio tan profundo, que se diría venida negra noche sobre la diurna luz. Los pasos de aquellas gentes resuenan sobre los suelos, cual si Roma estuviese levantada y erigida sobre la concavidad horrible de un sepulcro. Alguna

vez un cuervo y un milano, que pasan hambrientos, suelen despedir gritos, á cuyos estridores se unen los mal reprimidos sollozos de tanto deudo como sigue hasta su descanso postrero á la desgraciada joven. Por fin llegan y el sepulcro aparece abierto á sus plantas, mas para recogerla sin piedad y enterrarla viva.

¿Por qué antes no haberla rematado? ¿Por qué hacerle devorar tantos dolores inútiles? ¿Por qué si desaparece de los vivos, no evitarle aquella horrible tortura? Las leyes romanas lo quieren así, á fin de impedir culpas que importan á la vida entera del pueblo rey. El refinamiento de barbarie se lleva tan lejos, que le procuran cómodo lecho, ardiente lampadario, pan blanco, aceite y leche, no para que prolongue su vida, para que prolongue su agonía. Por fin baja desde la superficie del suelo, donde todavía ven sus ojos la luz y respira el aire su pecho, á la tumba, donde como una sombra desaparece. Hala conducido allí el Pontífice Máximo, quien, después de abandonarla por completo al abismo, levanta los brazos hacia el cielo y dice las oraciones de rúbrica, mientras los verdugos tapan la boca de aquel agujero, que se abre terrible sobre la cima del abismo insondable. ¡Oh! Ella, que habia soñado tantas veces, ¡la infeliz Minucia! con su corona de sésamó y verbena, con su velo nupcial, con su túnica de novia, oyendó anticipadamente los epitalamios compuestos por los primeros poetas al son armoniosísimo de las cítaras, baja ¡oh contradicción! cadáver viviente, cuando la flor de su juventud se abre, cuando todas las ilusiones y todas las esperanzas estallan á una en su pecho, cuando los horizontes de bellissimo porvenir debieran sonreírle, al sepulcro, y ni dentro del sepulcro encuentra los consuelos y los descansos de la muerte. En su delicadeza, en su ternura, en su sensibilidad, los tormentos de aquella increíble agonía exacerbábanse de un modo tal, que apenas podemos comprenderlo, ni siquiera evocando los tormentos más terribles. El instinto de la propia conservación debió llevarla quizás á reposar un poco sobre la cama tendida en los dinteles de la muerte. La primer hambre buscaría el pan; la primer sed buscaría el agua. Dentro de aquel sepulcro aún pugnaria en ella el deseo y el anhelo de vivir. Pero, agotadas estas últimas provisiones, consumido el aire que podía restarle allí, en la sepultura todas las enfermedades juntas irían sobre su cuerpo, como van los gusanos sobre los cadáveres. ¡Qué horrible agonía! ¡Qué conjunto de dolores materiales y morales! ¡Qué muerte tan espantosa! ¡Cuál eternidad horrible de penas sin fin y sin cuento en aquel minuto supremo!

Los romanos por tal modo eran crueles con estas victimas, que las hundían en lo más profundo para que nadie las oyese, y luego allanaban el suelo de suerte que no pudiera buscarse la víctima, ni saberse dónde yacía para siempre. Pero ella, destinada por el cielo á todas las delicadezas y á todas las ternuras de un sexo que ha nacido para vivir en sociedad y amar eternamente, sentiría dolores centuplicados por su propia condición femenil, dolores que no pueden comprender las naturalezas varoniles, forjadas para la guerra y expuestas de continuo al esfuerzo, al combate, al sacrificio, á la muerte. Todas estas resignaciones y conformidades con el destino de la mujer, nacida para martirios más que para combates, acrecientan mucho la índole y naturaleza de sus dolores. Cualquier contrariedad muerde mu-

cho más en su corazón, tierno y delicado, que no en el corazón de los hombres, rudo y fuerte. Por consecuencia, cuando nos asomamos al sepulcro de la vestal, oímos tales ayes y lamentos; vémosla en su hambre, morder sus propias carnes; vémosla, en su sed, chupar su propia sangre; se nos figura que asistimos á la extinción de su inteligencia; que vemos el conflicto entre un cuerpo deseoso de vivir en su robustez juvenil y un alma que se sube á las alturas como vivida llama, y que lleva la herida del mismo cuerpo á quien deja. Pero así lo quiere el secreto y el misterio que debe presidir á las viejas instituciones y á su tradicional y religiosa liturgia. Hoy que las piedras del templo de las vestales han servido á fabricar los cristianos templos; hoy que la idea y la efigie de Vesta se han disipado en los aires; hoy que otras lámparas arden y lucen ante otros altares rodeados también de ilusiones y esperanzas, hoy solemos creer é imaginar que todo aquello fué una pura ficción desvariada, indigna de la humana inteligencia, contradictoria del todo con la naturaleza, é inútil, si no dañosa, para el hom-

bre. Y sin embargo, si la virgen Vesta no se levantara en el soberbio Palatino; si la llama sacratísima no ardiera sobre las altares y al pie de la diosa inmortal; si las vestales no curaran de atizar aquella lumbre con cuidado y empeño, quizá no hablaríamos hoy nosotros el idioma que hablamos; quizá no tuviéramos el hogar fundado sobre las bases del derecho civil moderno; quizá no profesáramos la religión que profesamos; quizá esta raza, en la tierra del Foro amasada y quizá esta civilización, á tanta costa conseguida, no hubieran jamás crecido y prosperado, haciendo más habitable la tierra, más diáfano el cielo, porque de tales ficciones sucesivas y enlazadas en serie lógica por los desarrollos del espíritu y por los movimientos del tiempo, ha vivido en siglos de siglos y en generaciones de generaciones la mísera humanidad, arraigada por su organismo en la materia y por su espíritu en Dios, merced á lo cual saca de irreductibles contradicciones toda su grandeza.

EMILIO CASTELAR.



E.L.  
9/1.88.  
Roma.

RECUERDO DE ROMA.



# GUILLERMO I

EMPERADOR DE ALEMANIA, REY DE PRUSIA



«El Señor se ha dignado llamar á sí, esta mañana, á las ocho y media, á Su Majestad Nuestro Emperador y Rey, después de breve enfermedad, en el 28.º año de su reinado lleno de gloria y de fortuna. Con la familia Real, toda la nación deplorará profundamente la muerte del Soberano bien amado y venerable, cuya sabiduría ha regido sus destinos con gloria, así en la paz como en la guerra.»



EL PRÍNCIPE GUILLERMO, NIÑO.

(De una miniatura.)

Con estas breves frases, impresas en suplemento extraordinario al *Mensajero del Imperio*, publicado en Berlín á las nueve y cuarenta minutos de la mañana del 9 de Marzo de 1888, anuncióse oficialmente al pueblo alemán el fallecimiento de Su Majestad Imperial y Real Guillermo I, emperador de Alemania, rey de Prusia, á la edad de noventa y un años menos trece días.

La muerte del ilustre Soberano fué dulce y tranquila: á las cinco de la tarde del 8, el pastor Kœgel, capellán de la corte, creyendo que el augusto enfermo espiraba, recitó los versículos correspondientes de la Biblia; el Emperador respondió con acuerdo, y habló en seguida por espacio de algunos minutos con la Gran Duquesa de Baden, su hija, y con el príncipe Guillermo, su nieto, sobre la situación política y militar de Alemania; la agonía empezó á las cuatro, y el postrer movimiento del enfermo fué dirigir la mirada á su esposa la Emperatriz, que lloraba tristemente.

En el momento de la muerte del Emperador estaban presentes: la emperatriz Augusta, sentada á la cabecera del lecho; la Gran Duquesa de Baden, de luto por su hijo el príncipe Luis, y su esposo; el príncipe Guillermo; el príncipe regente de Brunswick (Alberto de Prusia) y su esposa; la

Princesa viuda de Federico Carlos; el Conde de Moltke; el Conde de Stolberg, ministro de la casa Imperial; el doctor Laüer; el capellán Kœgel y varios ayudantes de órdenes; todos besaron la mano derecha del difunto y dieron el pésame á la emperatriz Augusta, que estaba resignada, pero muy conmovida.

Falleció el Emperador en su «Palacio pequeño», que está situado en la Avenida de los Tilos, frente al colosal monumento erigido por el famoso escultor Rauch, de 1840 á 1851, en honor de Federico *el Grande*; un modesto palacio de dos pisos, que apenas se distingue de las soberbias construcciones inmediatas, ni por su estilo arquitectónico, ni por su ornamentación exterior.

En uno de los ángulos del edificio aparece la ventana del despacho del Emperador: ventana histórica (*Historische Eckfenster*, que así se la denomina) en la que se presentaba el Monarca todos los días, no estando enfermo, á los berlineses, en la hora del relevo de la guardia; ventana histórica desde la cual la profunda mirada de Guillermo I medía el poderío de Alemania, representado por el Arsenal (quizás el más bello edificio de Berlín), la Universidad y la estatua de Federico el Grande, que, sobre un corcel de batalla, indica el camino de la victoria á sus sucesores, rodeado de las estatuas de los generales de 1813 y 1814, que forman como el sostén de la antigua monarquía prusiana, y parece que están dispuestas á bajar de sus pedestales para defender la nueva; ventana histórica frente á la que lanzaron gritos de muerte los revolucionarios de 1848, y que corresponde á la cámara mortuoria del Monarca.

En la mañana del 10, embalsamado el cadáver por el doctor Hartmann, médico de la corte, en presencia de los médicos particulares del Emperador, doctores Laüer y Lenthold, fué colocado en doble caja de zinc y de cedro sobre el mismo lecho mortuario, rodeado de coronas y candelabros y custodiado en guardia de honor por ocho oficiales y soldados de los diversos regimientos de la Guardia, en uniforme de gala con coraza; el cuerpo vestía uniforme del primer regimiento de la Guardia, con gorra de campaña, y ostentaba en el pecho la cruz de Hierro, la cruz rusa de San Jorge, las medallas de las guerras de 1814, 1864-66, 1870-71, y las medallas de Hohenzollern y badense.

El mismo día 10 se celebró un servicio religioso, dirigido por el capellán Kœgel, y al cual asistieron la emperatriz viuda Augusta, los príncipes Guillermo y Enrique, los



GUILLERMO I.

(De fotografía instantánea.)

Grandes Duques de Baden, el Príncipe de Bismarck, el feld-mariscal Moltke, y otros personajes de la corte.

La traslación del féretro á la catedral se efectuó á media noche del 12 al 13, y aunque nevaba copiosamente y la temperatura descendió á  $-7^{\circ}$  centígrados, se calcula que concurren á presenciar la imponente escena más de 100.000 personas.

La ceremonia fúnebre religiosa se verificó el día 16, y en seguida se formó la comitiva para la traslación del féretro al mausoleo de Charlottenburg.

Rompian la marcha escuadrones de húsares, dragones, hulanos y guardias, y las primeras compañías de los regimientos de infantería y de artillería, de guarnición en Berlín, todos con los estandartes de su cuerpo y con las músicas tocando marchas fúnebres; seguían los mariscales y los pajes de la Corte, los ministros y los altos funcionarios, llevando en cojines las insignias Reales; marchaba después el carro fúnebre, tirado por ocho caballos negros, flanqueados por oficiales superiores; el féretro estaba cubierto con un paño negro, cuyas puntas asían cuatro caballeros del Aguila Negra; sobre el féretro iba el palio imperial, llevado por generales; á los lados de la carroza iban los oficiales jefes del Estado Mayor, los coroneles y los generales, y detrás el caballo favorito del Emperador, conducido del diestro por el primer caballerizo de la casa Imperial; seguía el general Von Pape con el estandarte del Imperio, acompañado del general Letendorff y del Príncipe de Radziwill.

Detrás del estandarte imperial seguía el duelo, en esta forma: el príncipe imperial Guillermo, delante, y cinco pasos detrás, los Reyes de Sajonia, de Bélgica y de Rumania, los Príncipes prusianos, los grandes duques Nicolás y Miguel de Rusia, el Príncipe heredero de Suecia, el Príncipe de Gales, el archiduque Rodolfo de Austria, los príncipes Jorge y Augusto de Sajonia, los príncipes Luis y Leopoldo de Baviera, el Príncipe de Nápoles, el Duque de Coimbra y los demás príncipes extranjeros y embajadores extraordinarios; seguían los funcionarios de las casas del emperador Fe-

derico III y de la emperatriz Victoria, los diputados, las altas autoridades del Banco, de Correos y de los diversos departamentos militares y civiles, las diputaciones de las Iglesias, de las Academias, de las Universidades, de los Tribunales y de los Municipios, los alcaldes de Berlín y de Potsdam y los representantes de las ciudades del Imperio.

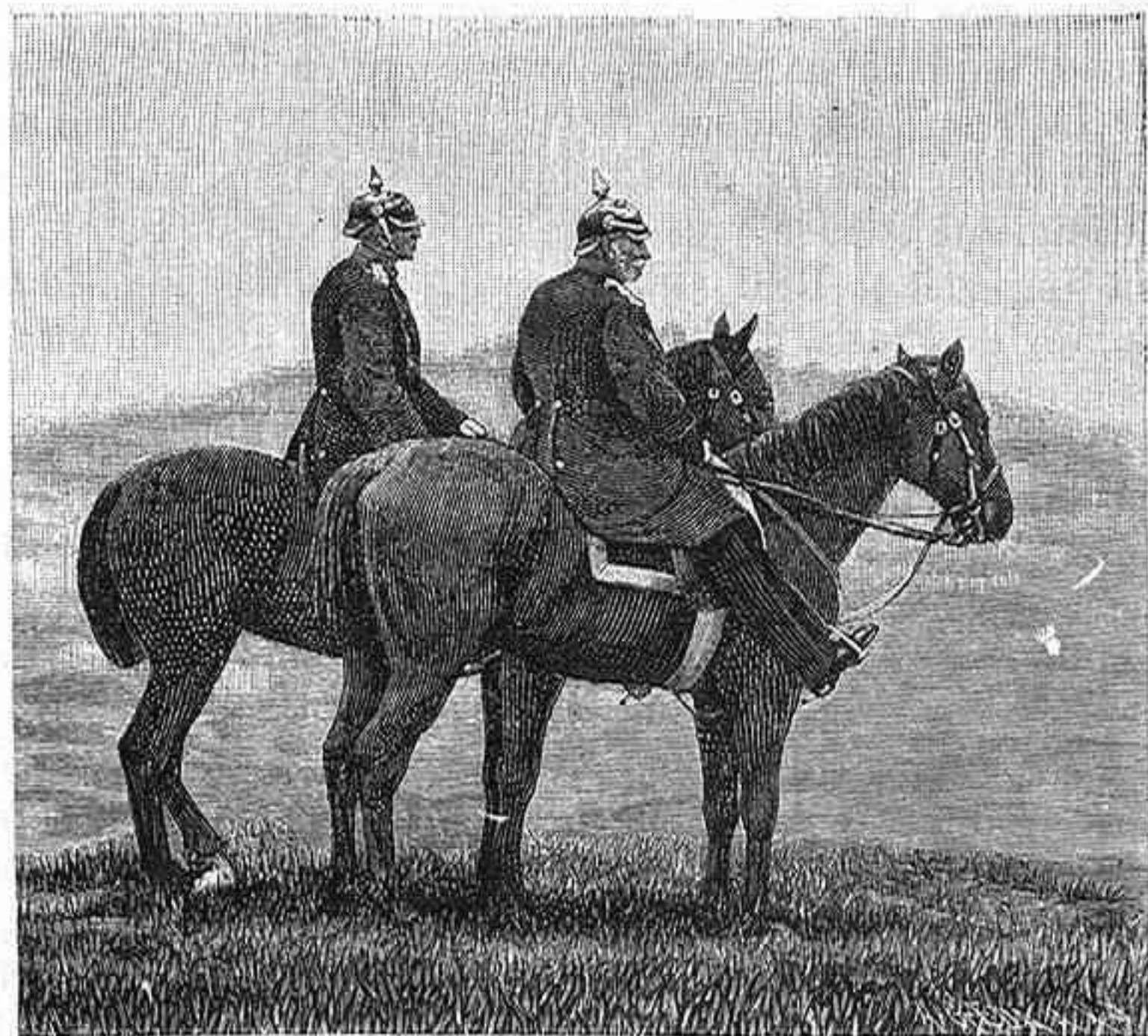
Cerraban la comitiva regimientos de infantería y artillería, y escuadrones de los diversos regimientos de la Guardia.

La comitiva fúnebre, que tenía una longitud de dos kilómetros, tardaba hora y media en pasar por un punto determinado, y en la Avenida de Charlottenburg, cerca de la Avenida de Siegel, se disolvió el elemento oficial, adelantándose los personajes, en sus coches de gala, á Charlottenburg, para recibir al féretro delante del Real mausoleo.

Más de 500.000 personas, escalonadas á lo largo del recto camino, acompañaron á su última morada al que fué su soberano, y en el momento de darse al cadáver provisional sepultura en el panteón, hasta que se construya su sepulcro definitivo, la artillería hizo una salva de 101 cañonazos.

Sabido es que el mausoleo de Charlottenburg era lugar de piadosa peregrinación para el emperador Guillermo, en las circunstancias más graves de su vida: allí estuvo orando, ante el sepulcro de sus padres, el día de la declaración de guerra á Francia, y allí había dispuesto ir el 10 de Marzo, es decir, el día siguiente al en que le sorprendía la muerte, por ser el aniversario 112 del natalicio de la reina Luisa, que nació en igual día de 1776.

El mausoleo es un edificio de regular arquitectura dórica, que está construido en medio de un bosque de abetos; el interior es riquísimo, por sus columnas soberbias de mármol amarillo, capiteles blancos y zócalos rojos, llevadas de Oriente á Roma, y después á Polonia y Charlottenburg; descansan allí, en magníficos sepulcros, los reyes Federico Guillermo III y su esposa la reina Luisa (padres del difunto Emperador), y la estatua yacente de la reina es obra maestra de Rauch.



GUILLERMO I Y EL CONDE DE MOLTKE

(De fotografía instantánea.)

A grandes rasgos trazaremos la biografía de Guillermo I, apuntando fechas y sucesos.

El príncipe Guillermo, hijo segundo del rey Federico Guillermo III, nació el 22 de Marzo de 1797; inauguró su vida militar concurriendo como oficial (portaestandarte, *führerich*) á la batalla de Jena, y aprendió á conocer el duro oficio de soldado en las mismas filas del ejército; en 1814 estuvo al lado de Blücher en el paso del Rhin; en la batalla de Borsur-Aube, encargado de un difícil reconocimiento, cumplió su deber con inteligencia y bravura, á satisfacción de sus jefes; recibió en el campo de batalla la cruz de Hierro, y el czar Alejandro I le confirió la orden de San Jorge, de la cual era decano en la fecha de su fallecimiento; entró en París con los ejércitos aliados, y fué nombrado capitán de la Guardia; en 1815 ascendió á comandante, y concurrió á la campaña de Bélgica; sucesivamente, grado por grado, fué coronel, general, comandante de la primera división de la Guardia, comandante del tercer cuerpo de ejército, teniente general y, en 1838, general comandante del cuerpo de la Guardia.

A la muerte de su padre obtuvo el rango de Príncipe Real de Prusia, y en 1849 mandó en jefe el cuerpo de ejército destinado á operar contra los insurrectos badenses, ganando con la capitulación de Rastadt la orden titulada «Para el Mérito»; en 1854 fué nombrado feld-mariscal, y en 1857, á los sesenta años de edad, se celebró en Berlín con gran suntuosidad el aniversario 50.º de su ingreso en el ejército, y el Príncipe recibía, como presente de las tropas y del pueblo, una rodela y un casco de plata «por sus servicios á la patria prusiana».

¿Quién dijera entonces que aún no había comenzado el período principal de su gloriosa carrera?

El 23 de Octubre de dicho año 1857 fué llamado á la Regencia del reino, por enfermedad de su hermano el rey Federico Guillermo IV, y sucedió á éste en el trono de Prusia el 2 de Enero de 1861, rodeándose entonces de los generales más experimentados, aquellos cuya capacidad conocía perfectamente: Manteuffel, como jefe de su gabinete particular; De Roon, como consejero y ministro; De Moltke, el único de los tres que aun vive, como jefe de Estado Mayor; y para los asuntos políticos otorgó toda su confianza á M. De Bismarck, hoy Príncipe y gran Canciller del Imperio.

La guerra del Sleswig-Holstein con Dinamarca, conquista y reparto de los Ducados y convención de Gastein se efectuaron en 1864-65; la guerra con Austria, victoria de Sadowa, tratado de Nicholsburg, anexión del reino de Hannover y de las provincias y ciudades libres, y constitución de la Confederación de la Alemania del Norte, en 1866; los primeros conflictos con Francia, á propósito de la cuestión del Luxemburgo, en 1867, y la tremenda guerra del año terrible, con el motivo aparente de la candidatura del Príncipe de Hohenzollern al trono de España, en 1870-71.

El rey de Prusia Guillermo I fué proclamado emperador de Alemania, en Versalles, el 18 de Enero de 1871.

Una curiosa obra se ha publicado en Berlín en Julio último: titúlase *Recuerdos íntimos sobre Guillermo I*, y reúne el doble interés de la actualidad y de la valía indiscutible

de sus documentos justificativos y de su origen para la moderna historia de Europa, no sólo de Alemania.

Su autor fué Luis Schneider, lector del mismo Emperador, quien le honró con no pocas misiones de confianza durante las guerras de 1866 y 1870-71; murió hace diez años, en 1878, dejando escritos esos *Recuerdos*, y consignando en disposición testamentaria que no se publicasen en vida del anciano Monarca; hijo de un cómico, él mismo cómico y autor dramático, escritor militar y político de buen talento y exquisita delicadeza, logró cautivar la atención de Guillermo cuando éste era Príncipe Real de Prusia, y ganar su confianza desde que el Príncipe, elevado á la dignidad de Regente del Reino, le recompensó sus servicios otorgándole el nombramiento de consejero áulico.

Luis Schneider estaba perfectamente colocado en la corte de Berlín para adquirir noticias exactas: vivía en intimidad con el Emperador, tenía el cargo de presentarle y leer todas las mañanas una relación compendiosa y fiel de los principales artículos de la prensa periódica, recibía á menudo confidencias del Soberano, vió de cerca todos los grandes sucesos políticos y militares acaecidos en el glorioso reinado, y los vió por el lado pequeño, digámoslo así, por su parte íntima, por donde ofrecen más novedad y es más difícil conocerlos; y como «el mismo Emperador se dignaba (dícese en el prólogo de la obra) revisar con frecuencia el manuscrito, corregirlo, completarlo con adiciones hechas de su puño y letra», los *Recuerdos* tienen carácter, en cierto modo, de una auto-biografía de Guillermo I escrita por otra persona.

La mayor parte de la obra (que forma tres abultados tomos en 4.º) está dedicada á las guerras de 1866 y de 1870, refiriéndose día por día la vida, las palabras, las impresiones del Emperador; bosquejos animadísimos de la vida íntima y militar de Guillermo I y de las personas que le rodeaban, tomados del natural por un observador sagaz y de buena memoria.

Véanse dos rasgos bien característicos.

El primero confirma plenamente el dicho vulgar de que «no hay grande hombre para su ayuda de cámara»: Guillermo I sufría mucho de *lumbago* la víspera de su coronación en Versalles, y Schneider, al presentarse por la mañana al futuro Emperador, sorprendióle en su gabinete particular haciendo ejercicios de equitación sobre una silla, experimentando si tendría fuerzas para montar á caballo y pasar revista al ejército.

El segundo no es menos curioso: describese con vivo colorido la dramática entrevista de Guillermo I y Napoleón III en el castillo de Bellevue, después de Sedan, y «lo primero que impresionó al Rey, viendo á Napoleón vencido y humillado, fué la cruz de la orden de la Espada de Suecia, que el Emperador de los franceses ostentaba en su uniforme de general, entre otras condecoraciones, y que el Rey, sin embargo, no poseía».

«Napoleón (añade textualmente Schneider) guardó una actitud dignísima en toda la entrevista, y expresó la mayor admiración hacia nuestra caballería, que supo ocultar todos los movimientos de los ejércitos alemanes formando como un espeso muro delante de ellos, de manera que en el cuartel general francés no se sabía nada de nuestros movimientos y operaciones. Quejóse amargamente de la indisciplina de su ejército, el cual, dijo, estaba minado y dividido por



*Wilhelm*

S. M. I. Y R. GUILLERMO I,  
EMPERADOR DE ALEMANIA, REY DE PRUSIA.

(Del último retrato fotográfico del Soberano.)



las banderías políticas, y confesó que había sido empujado á la guerra, no por convicción propia, ni de la Emperatriz, sino por el parlamentarismo, por la prensa periódica y por la opinión pública.»

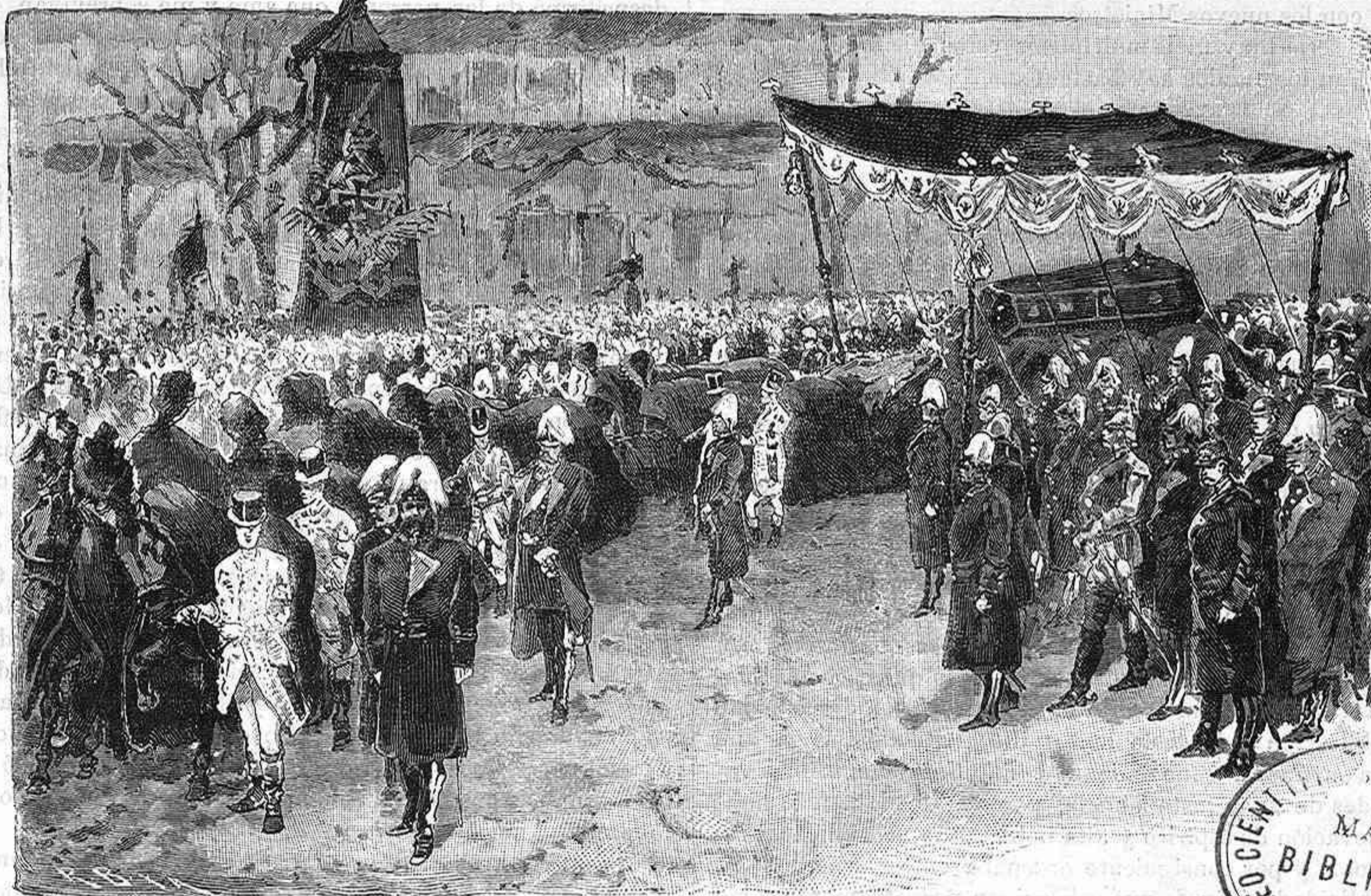
Traduzcamos ahora algunos períodos que nos muestran á Guillermo I en el ejercicio de sus funciones soberanas y en sus relaciones con los ministros.

«El Rey no ha tenido jamás un favorito, un confidente, un intermediario por el que se pudiese obtener gracias y mercedes; en un favorito, un confidente, un intermediario por el que se pudiese obtener se buscaría, du-

mientras no tenía motivos para desconfiar, y si alguna vez la retiraba era imposible (no recuerdo un ejemplo en contrario) volver á recobrarla.

»Un domingo (25 de Julio de 1865), estando en el palacio de Babelsberg, me aventuré á preguntar á S. M. si nunca había tenido un leal amigo; y después de mirarme fijamente un buen rato, aunque sin recibir mal la pregunta, porque conocía la pureza de mis intenciones, respondió:

«—¡Oh, sí! He tenido dos buenos amigos al principio de mi carrera cuando yo era joven: el coronel Von Brause,



CONDUCCIÓN DEL CADÁVER DEL EMPERADOR AL PANTEÓN DE CHARLOTTENBOURG.

rante su reinado, un nombre que sea inseparable del suyo en las páginas de la historia, como para el rey Federico I el del Conde de Wartenberg, para Federico-Guillermo I el de Greimbkon, para Federico-Guillermo III el de Witzleben, para Federico-Guillermo IV los del Conde de Stolberg y de Gerlach; no hablo de los Mazarinos, de los Richelieu, de los Potemkin, de los Grüwne, etc., que son perfectamente extraños á nuestro país.

»Concedía su confianza á ciertas personas, únicamente para los asuntos de Estado, y con arreglo á la especialidad que motivaba su influencia; jamás tuvo un confidente para toda clase de negocios, según lo exige la verdadera confianza, ó, si se quiere mejor, la amistad; todos los personajes de la corte conocían que era tiempo perdido emitir su opinión sobre los negocios del Estado si no se la pedía, aunque era benévolo para escucharla tranquilamente y dirigir después la conversación, con habilidad y cortesía, hacia otra materia; concedía su confianza á una especialidad determinada,

después general, á quien mi padre había nombrado en 1815 preceptor militar mío, y después á Ræder, que servía en mi regimiento, y á quien dejé bien atrás, aunque era mi maestro y modelo. Ni uno ni otro me pidieron nunca nada. ¡Eran excelentes hombres!»

»Había dos puntos en los que el Rey no sufría contradicción: el mantenimiento de la dignidad de su corona y los asuntos del ejército, que él conocía mejor que nadie; dominábale siempre, en absoluto, el sentimiento del deber, y hasta se podría decir que los intereses del servicio; sin alarde alguno considerábase como el primer servidor del Estado y como el primer soldado, y siendo rey cumplía sus obligaciones como cuando era un vástago de la familia Real sin ninguna esperanza de subir al trono.

»En los más graves sucesos de su vida procedió por sí mismo, siguiendo sus propias inspiraciones, y tal ocurrió desde los primeros actos de su regencia, y con ocasión del programa de gobierno de 9 de Noviembre de 1858, que él



formuló y presentó al Gabinete Hoheuzollern-Anerswald-Schwerin-Patow: en los Estados constitucionales, cuando se forma un nuevo ministerio, éste suele someter al soberano su programa de gobierno antes de aceptar la dirección de los negocios; pero aquel Ministerio debió de experimentar grande asombro en viendo al Rey dar lectura á un programa completo, según el cual se debía gobernar, escrito por el mismo Rey, sin consejos de nadie; no permitió discusión sobre los principios allí expuestos, y aun creo saber que hizo imprimir y publicar el documento sin contar para nada con los nuevos Ministros.

»Me sería muy fácil multiplicar estos ejemplos; pero ¿á qué? Con los citados hay bastantes.»



El rasgo más característico de la gran figura de Guillermo I era la tendencia de su espíritu hacia el misticismo: invocaba á Dios en las primeras palabras (ya las hemos referido) que pronunció en público al subir al trono, y le invocaba también, con gran asombro de los escépticos, en medio de las afortunadas campañas de 1866 y de 1870-71.

Precisamente pocos días hace se ha dado publicidad en el *Mensajero del Imperio*, diario oficial de Berlín, á los preámbulos de varios testamentos redactados por el mismo Emperador en diversas épocas de su vida, y se han publicado por orden del actual emperador Guillermo II, su nieto, quien eligió el día del bautizo de su quinto hijo, 30 de Agosto, para ofrecérselos al pueblo alemán, continuando así la tradición de su ilustre abuelo: asociar los acontecimientos de la vida íntima de su familia con hechos que interesan á la nación y á la historia; y en el rescripto que el joven Monarca dirigió al Ministro de la casa Imperial, disponiendo la publicación de los testamentos, dice textualmente que «no quería sustraer al conocimiento de su pueblo las últimas voluntades de su augusto abuelo, porque atestiguan admirable elevación de espíritu y alta nobleza de sentimientos religiosos», y por consiguiente ordenaba entregar aquellos á la publicidad «á fin de que sobrevivan perpetuamente como insigne monumento á la memoria del difunto y como un ejemplo para su casa y su pueblo».

El primer testamento, anterior al día en que Guillermo I subió al poder como Regente del reino de Prusia, por enfermedad de su hermano, empieza de este modo:

«Coblentz, 10 de Abril de 1857.—¡La esperanza reside en la fe! ¡Ten confianza en las vías del Señor, y espera en él y serás feliz! ¡Señor, tu voluntad sea hecha en la tierra como en el cielo!—Cuando este escrito llegue á manos de los míos, yo no estaré entre los vivos: anhelo que me sea concedido en las últimas horas de mi vida poder confiar mi espíritu á las manos de Dios; anhelo también que me sea concedido despedirme de las personas que amo y me sobrevivan, y si muerte repentina ha de alcanzarme, que toda mi vida pueda ser una preparación á la vida de la eternidad. ¡Quiera el Señor mirarme como juez misericordioso!—Mi existencia está llena de turbaciones: según los decretos de Dios, las alegrías y los dolores han ocupado sucesivamente mis días.—Las tremendas desgracias que han herido á la patria en mi juventud, y la pérdida prematura de mi inolvidable y bien amada madre, me han hecho serio muy temprano. El concurso dado á la reconstitución de la patria ha sido el primer rayo de luz de mi juventud. ¡Jamás podré agradecer bastante á mi padre y mi Rey bien amado, por haberme permitido tomar parte en el honor y en la gloria del ejército! ¡Debo á sus bondades y á su amor todo lo que él me ha confiado hasta el día de su muerte!—Cuanto al Rey, mi hermano, que es también para mí un amigo leal y afectuoso, nunca podré darle bastantes gracias por los cargos que se ha dignado confiarme. Juntos hemos pasado días crueles y días dichosos, que nos han acercado inseparablemente, sobre todo en los años últimos, cuando la traición y el error (alude al período revolucionario que comenzó en 1847) han llevado la patria al borde del abismo. A su gracia y á su confianza debo haber podido restablecer el orden y el respeto en Alemania, como él mismo había dado ilustre ejemplo.—¡Dios todopoderoso! ¡Tú conoces mi gratitud por todo lo que, feliz ó adverso, me ha sucedido en este mundo! ¡En tus manos pongo mi alma! ¡Amén!—*Guillermo.*»

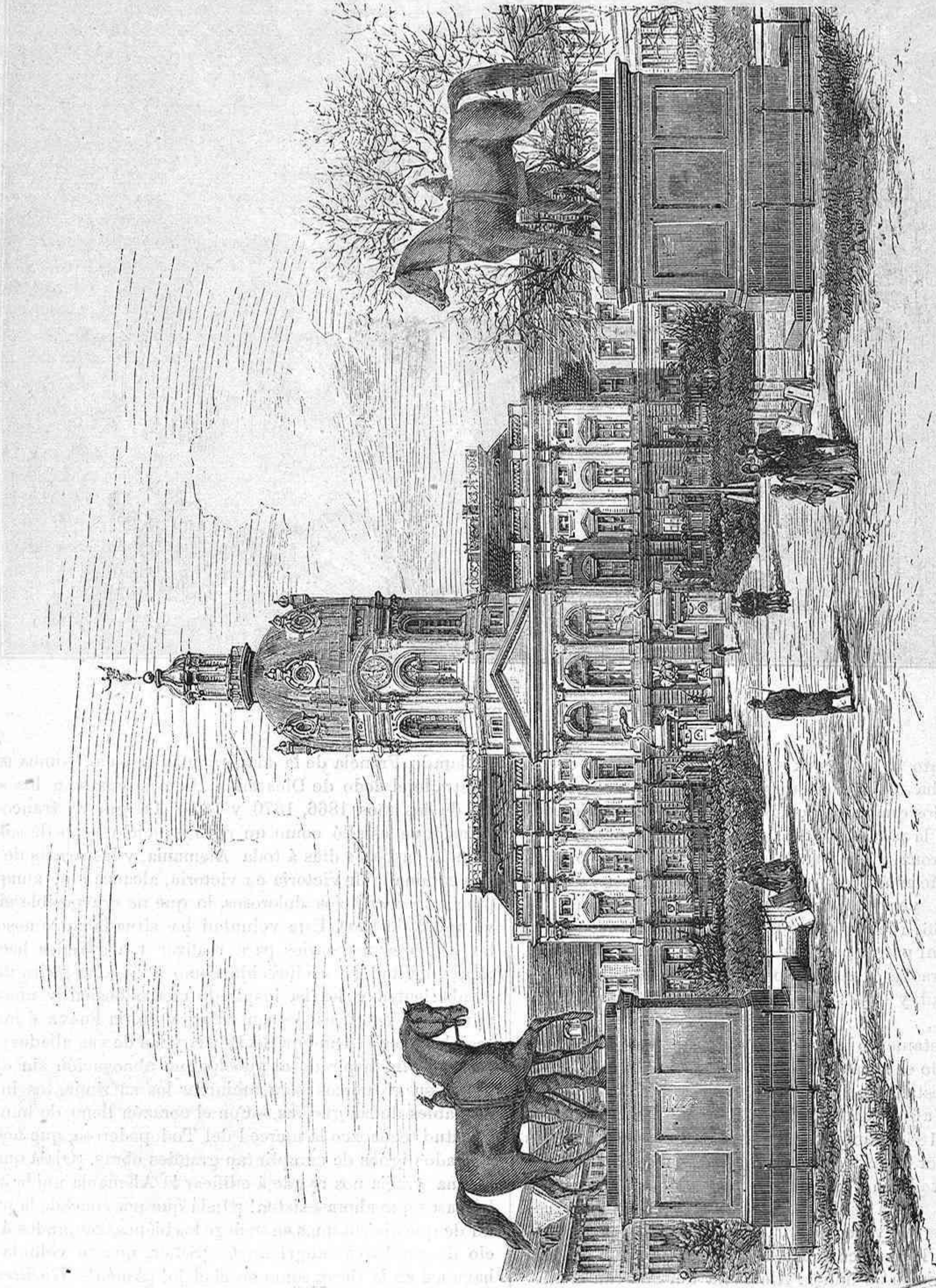
El segundo testamento está escrito después de las grandes victorias sobre Austria-Hungría, que fundaron la hegemonía de Prusia en Alemania, y lleva la fecha de 31 de Diciembre de 1866: Guillermo I recuerda la muerte de su hermano y



Caballo favorito del Emperador.

Estandarte del Imperio.

Presidencia del duelo.



PALACIO IMPERIAL DE CHARLOTTENBURG.





PANTEÓN DE CHARLOTTENBURG  
DONDE FUÉ SEPULTADO EL EMPERADOR GUILLERMO I.

su advenimiento al trono; expresa la convicción profunda que siempre ha tenido del cumplimiento de su deber; perdona á todos los que se han opuesto á sus sinceros esfuerzos por el bien de la patria, «y aun á los que han querido disminuir la corona ó enajenarla del amor del pueblo prusiano»; da gracias á Dios por haberle llamado, «en edad ya avanzada», á ver cumplirse acontecimientos como los de 1861 y 1866, «de los cuales parece que deberá resultar la salvación de mi patria propia y de la gran patria alemana»; da también gracias al ejército por su abnegación, al pueblo por su fidelidad, y otra vez á Dios por las victorias que le ha concedido.

El tercer testamento lleva la fecha del último día de 1871, y su preámbulo es notabilísimo.

«¡Dios ha estado con nosotros! ¡Gloria á Él, y honor, y alabanzas, y agradecimiento!—Cuando yo daba gracias á Dios á fin de 1866, con el corazón henchido de sentimientos de gratitud, por sucesos gloriosos que nadie podía prever y que han resultado en ventaja de Prusia y traído la reunión de Alemania, podía creer que la misión laboriosa que Dios me imponía estaba ya cumplida y que dejaría á mi hijo la conclusión de la obra comenzada, previendo que á él sería otorgada la misión de unir la Alemania del Sud con la Alemania del Norte, en un solo y mismo Todo (*sic*). Los decretos insondables del Altísimo, sin embargo, me han designado para cumplir yo mismo esa misión, tal como hoy existe, después de una guerra gloriosa y sangrienta que nos ha

declarado Francia de la manera más frívola. ¡Nunca se ha mostrado el dedo de Dios en la Historia como en los sucesos de los años 1866, 1870 y 1871! La guerra franco-alemana, que estalló como un rayo en cielo lleno de sol, ha reunido en pocos días á toda Alemania, y las armas de ésta han caminado de victoria en victoria, alcanzando, aunque á precio de sacrificios dolorosos, lo que no era posible sin la voluntad de Dios. Esta voluntad ha situado entre nosotros los hombres necesarios para realizar tan grandes hechos; esta voluntad ha endurecido como acero el espíritu de los combatientes y les ha inspirado una adhesión y una bravura hasta entonces desconocidas, y gloria nueva é inmarcesible rodea la bandera de Prusia y las de sus aliados; esta voluntad ha inspirado al pueblo una abnegación sin ejemplo en sus esfuerzos para aminorar los sufrimientos incontrastables de las guerras.—Con el corazón lleno de humilde gratitud reconozco la merced del Todopoderoso, que nos ha juzgado dignos de cumplir tan grandes obras. ¡Ojalá que esa misma gracia nos ayude á edificar la Alemania unida sobre las bases que ahora existen! ¡Ojalá que nos conceda la paz, á fin de que disfrutemos en sosiego los bienes comprados á precio de combates sangrientos.—¡Señor, que tu voluntad se haga así en la tierra como en el cielo! ¡Amén!—*Guillermo.*»

El cuarto y último testamento está firmado el 31 de Diciembre de 1878, «á las diez y media de la noche», y es más breve que los anteriores: Guillermo I habla de los atentados de que fué objeto el 11 de Mayo y el 2 de Junio de dicho



año, y da gracias á Dios, con la efusión de verdadero creyente, por haberse mostrado con él tan misericordioso, que no sólo le ha guardado la vida, sino que le ha devuelto la salud.

«¡Alabanza á Dios—dice—por lo que ha ocurrido! Reconozco en ello una advertencia para encomendarme antes de comparecer en presencia del Altísimo; reconozco en ello un efecto de la gracia divina, que debe conducir al bien, como todo lo que nos sucede, bueno ó adverso. ¡Bendigo también á la Providencia por los dolorosos sucesos del año último!»

Expresa luego su gratitud hacia los miembros de la familia Imperial y Real y hacia todos los que le han atestiguado sus simpatías con ocasión de aquellos atentados, y concluye con estas conmovedoras frases:

«Las simpatías de los hombres hacia mí no se han manifestado únicamente en este doloroso período, sino siempre, y

más grandes que merezco; los hombres han pasado por encima de mis debilidades y demás faltas; ¡que Aquel que las conoce sea para mí juez misericordioso, y me perdone si he faltado á las doctrinas y á los preceptos del Hijo encarnado del Padre Eterno! ¡Señor, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo! ¡La fe da la esperanza, y el amor divino conduce á la fe! ¡Amén!»

Estos piadosos testamentos son la mejor autobiografía de Guillermo I de Alemania: en ellos aparece la historia de su vida, aunque abreviada, y completan lo que ya se conocía acerca del pietismo, nunca afectado, sino sincero, profundo, del vencedor en Sedan.

¡Qué singular efecto habrán producido en la frívola sociedad de nuestra época las efusiones místicas del nieto y sucesor del volteriano Federico II *el Grande*.

V.



## RETRATO DE UNA MUJER

(FRAGMENTO DE UNA COMEDIA INÉDITA.)

Elvira es una hermosura  
De negros y ardientes ojos;  
Tez de nieve, labios rojos,  
Noble cuerpo de escultura;

Firme seno delicado;  
Piel sedosa y transparente;  
La espalda, tersa y luciente  
Como un bronce cincelado.

Belleza deslumbradora,  
Cuyos ojos seductores  
Ostentan los resplandores.....  
Toda la luz de la aurora!

Su faz es sol sin ocaso;  
Su cabellera brillante,  
Desatada y ondulante,  
Una bandera de raso.

Hay deliciosos rubores  
En su noble frente hermosa,  
Y en su voz armoniosa  
Un canto de ruiseñores.

En sus labios la pasión,  
Y en su rostro sonrosado,  
¡El finísimo y dorado  
Vello del melocotón!

MANUEL REINA.





POPEA. — Cuadro de N. Sichel.

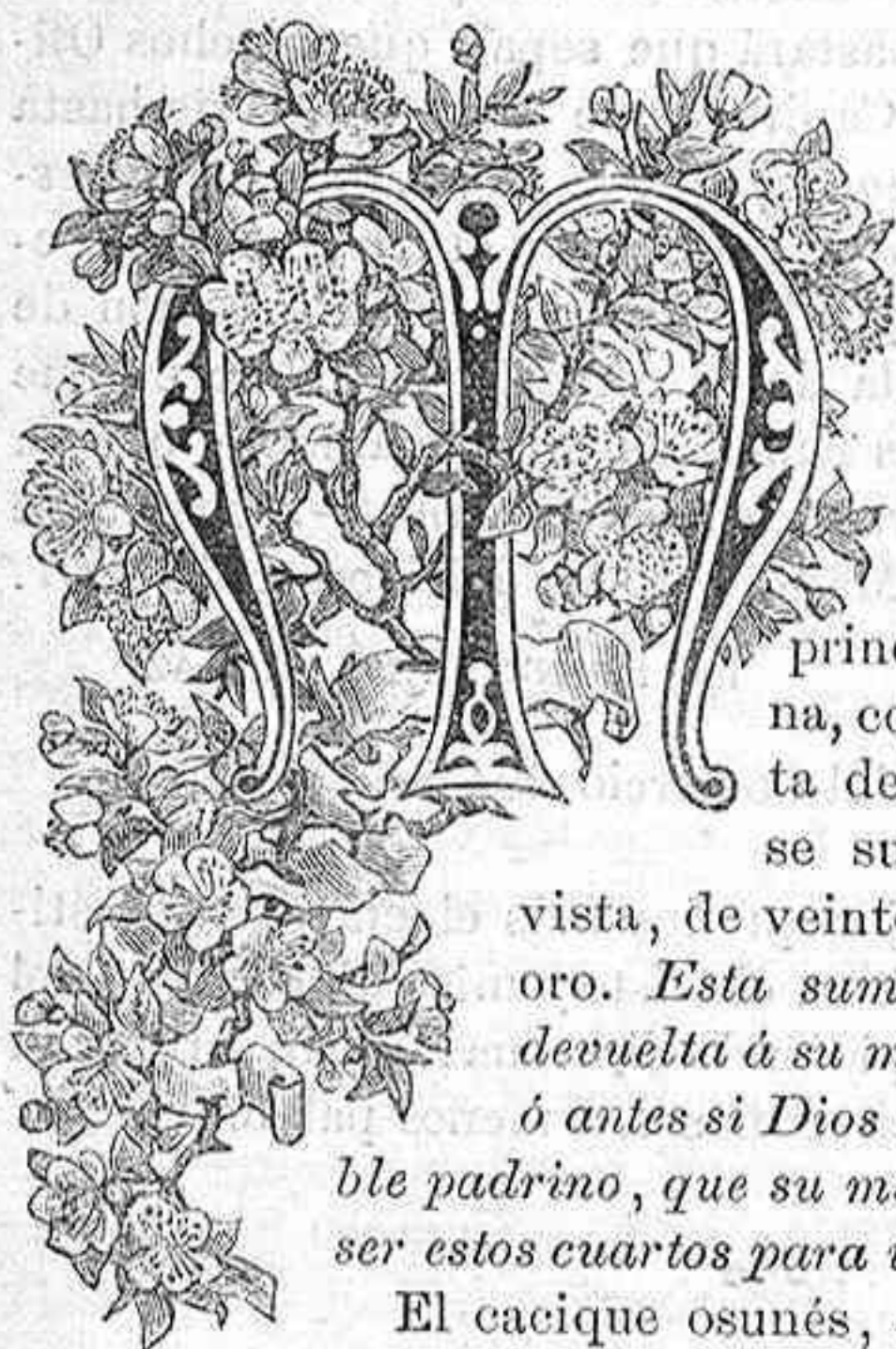
# UN PAR DE CARTAS

FOR EL

DOCTOR THEBUSSEM



A DON DOMINGO SÁNCHEZ DEL ARCO; EN MADRID.



Querido señor y amigo:

Cuentan que un emisario del señor Pablo Aroca, capitán de los famosos *Niños de Écija*, se presentó cierta noche en casa de uno de los principales señores de Osuna, con su correspondiente carta de introducción, en la cual se suplicaba la entrega, á la

vista, de veinte mil reales en moneda de oro. *Esta suma, decía el jefe, le será devuelta á su merced de aquí á dos días, ó antes si Dios quiere, y espero, respetable padrino, que su merced ha de servirme, por ser estos cuartos para una buena obra.*

El cacique osunés, que, según la costumbre de aquella época, era honrado protector de ladrones en cuadrilla, no tuvo más remedio que aflojar las sesenta y dos y media onzas de oro, aparentando la mejor voluntad del mundo. Pablo Aroca recibió la suma, y en el acto la entregó á su compadre Jacinto López, hábil molinero y probo encubridor de salteadores del término de Écija.

Al día siguiente llegan los curiales á embargar el molino de López, contra el cual pendía ejecución por cobro de reales. El deudor, con la cara triste, pregunta el importe total de su débito y costas, y enterado de que asciende á diez y ocho mil y pico de reales, da un suspiro, se levanta, trae un bolsón, vacía el oro sobre la mesa, y gimiendo y llorando, paga su cuenta con gran júbilo y admiración de la justicia allí dignamente representada por escribanos, corchetes y tagarotes.

A las dos horas la partida de los *Niños de Écija* asalta, roba y apalea á la justicia; recoge las fructíferas onzas de oro, y las devuelve escrupulosamente al caballero de Osuna con las más expresivas gracias por su buena obra.

Aplicándome este cuento, yo no hago más que devolver

en letra de molde las noticias manuscritas que acompañaban á las cartas originales del Príncipe de la Paz, que usted tuvo la hidalguía y la generosidad de regalarme.

Harto sabidas son las circunstancias en que se hallaba España el año de 1801. El ejército se sostenía sin víveres ni paga, y la marina sin provisiones ni armamento. Agréguese la guerra sostenida contra los ingleses; la falta de comunicaciones con América; la horrible pérdida de los navíos *Real Carlos* y *San Hermenegildo*, que se acañearon en medio de la obscuridad de la noche juzgándose enemigos y resultando del combate dos mil seiscientos muertos, y añádanse las siete mil víctimas que hizo la fiebre amarilla en el año anterior, para formar idea del estado en que se hallaban la ciudad de Cádiz y sus célebres y opulentos mercaderes.

En tales circunstancias, recibióse carta del Serenísimo Señor Príncipe de la Paz, fecha en Madrid el 22 de Noviembre, pidiendo al comercio de aquella plaza nada menos que un millón de pesos fuertes en calidad de préstamo. Inmediatamente el Prior mandó citar á los Cónsules á su salón de juntas. Era éste un local amueblado con la modestia que correspondía al mucho dinero y pocas necesidades de los miembros. Estera de esparto, bufete de caoba, velón de azófar, sillones de vaqueta y brasero de cobre, que pretendía templar la frialdad del tiempo, formaban todo el menaje.

A las tres de la tarde del viernes 4 de Diciembre de 1801, dos horas después de haber comido, se reunieron aquellos señores, que hoy nos parecerían muy respetables á causa de sus chupas, casacones, cañas de India, calzón corto y pelo empolvado. Sus caras, vistas de perfil, se parecían en lo graves y serias á bustos de onzas peluconas.

Conviene recordar cuál era en el siglo XVIII la índole y carácter de la generalidad de los comerciantes de Cádiz.—Casi ninguno había nacido en Andalucía. Eran gentes del Norte que entraban pobres en la capital, y que á fuerza de trabajo, constancia y disposición subían lentamente del

mostrador á la caja y de la caja á la carpeta, pudiendo luego decir aquello de

Giré después de mi cuenta,  
Gané suma sobre suma,  
Y creció como la espuma  
Con mi crédito mi renta.  
Cinco y dos, siete..... y tres, diez;  
Quito nueve..... una me resta;  
Toda mi doctrina es ésta;  
Sépalos usted de una vez.

.....

Sin una probidad intachable era difícil terminar la carrera, y por eso afirmaban que la palabra del mercader gaditano valía como la mejor escritura. Con escaso trato social, sin más ciencia que las cuatro reglas de aritmética, ni más libros que los de caja, ni más letras que las de cambio, ni más instrucción que la religiosa, llegaban á jefes á los cuarenta años y les quedaban veinte ó treinta para acrecer su fortuna y henchir sus arcas de doblones. Si alguno lograba, á fuerza de oro, de nobleza ó de méritos, un marquesado ó la cruz de Alcántara, el mayor número limitaba su lujo y sus ambiciones á labrar una gran casa con mucho mármol, mucho bronce y mucha caoba, aun cuando la escalera fuese agria, la cocina obscura y los dormitorios sombríos, que en tales pequeñeces no reparaban aquellos potentados. Con esto y con pasar los meses de verano en las inmediatas villas de Chiclana ó Rota, se veían colmados los deseos de tales señores. A ninguno de ellos, que yo sepa, se le ocurrió en los siglos XVII y XVIII publicar obras relacionadas con el comercio y la contabilidad mercantil. Creo que las prensas de un pueblo donde tanto se trataba y contratava, no han producido en los dichos tiempos libro alguno de tratos y contratos. Parece que la hermosa y envidiable habilidad de ganar mucho dinero, está reñida con lo que el mundo llama *talento*. Las facultades necesarias para componer un libro y para tener agradable y amena conversación, suelen estar reñidas con la clara inteligencia que se necesita para el tráfico y el medro.

Existen dinastías, que digamos, de nobles que heredan las ideas aristocráticas de sus antepasados, las cuales se transmiten de generación en generación. Las hay también de militares, de agricultores, de médicos, de abogados y de otras clases y profesiones, pero no de mercaderes. Las casas nobiliarias que subsisten hace siglos y siglos, no sorprenden á nadie; y en cambio, ciento y pico de años consecutivos de comercio en una misma familia, se tienen por caso raro y estupendo. El hijo del negociante representa en el mundo el reverso de su padre. Este fué pobre en la mocedad y opulento en la vejez, y aquél aparece rico cuando joven y miserable cuando viejo. En algo se fundan las gentes al asegurar que

A padre comerciante,  
Hijo caballero  
Y nieto pordiosero.

Volviendo al tema, diré que después de una corta discusión, pues nuestros negociantes eran económicos en usar de la palabra, se escribió al Señor Príncipe de la Paz haciéndole ver las calamitosas circunstancias de la época y buenos deseos de servirlo que alentaban al comercio de Cádiz, añá-

diendo que en breve, según la urgencia del caso demandaba, enviarían nota de las bases justas y prudentes para verificar el préstamo. El Príncipe debió quedar satisfecho de tales ofertas y palabras, según se deduce de la siguiente epístola:



«(RESERVADO.)

» He recibido la carta de V. SS. de 4 del corriente en que me avisan haberse celebrado la tarde de aquel día la Junta general de Comercio, y por resultas de la sesión me manifiestan V. SS. los ardientes deseos de ese Comercio y las medidas en que entiende, á fin de realizar el apronto de un millón de pesos fuertes para socorro de la Marina. Quedo enterado de ello, y vivo persuadido de que el Comercio de Cádiz hará en la ocasión presente tan importante servicio.— En efecto, la necesidad actual es de aquellas que no dan tregua: y para que V. SS. y ese Comercio puedan formar juicio de las estrechas circunstancias en que se ve ese Departamento de Marina, bastará que sepan que muchos Oficiales, desde la clase de Capitanes de fragata ó navío hasta la de Alféreces, *piden limosna*; que la tropa, por estar *desnuda*, no hace servicio; que *desprovisto* el Arsenal de efectos y Maestranza, no se puede atender á la habilitación de dos fragatas, con pérdida de la estación oportuna en que deben dar la vela para las Américas, y últimamente, que en tal estado no cabe que haya *orden ni disciplina*.— Dios guarde á V. SS. muchos años.— Madrid, 15 de Diciembre de 1801.

EL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

» Sr. Prior y Cónsules del Comercio de Cádiz. »

Esta misiva pinta mejor que los más elocuentes y lastimosos discursos del cronista, el triste y miserable estado del país. ¡Tropas desnudas pidiendo limosna, y sin orden ni disciplina! No puede decirse más con menos palabras.



La averiguación que hizo Don Quijote para hallar la causa de aquel dolor de Sancho que le cogía desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro, hallando que debió consistir en que el palo con que le dieron era largo y tendido y le cogió todas las espaldas, se parece mucho á la otra averiguación de los economistas cuando dicen que lo abundante vale barato y lo que escasea cuesta caro.

Este principio ó esta vulgaridad, conocida de cuantos comerciantes han existido en el mundo, no pudo ocultarse á los de Cádiz, y por eso entendieron, y con razón, que su dinero valta mucho. Le fijaron el módico interés del *veinte por ciento*, sin quedarse cortos en reclamar garantías, exenciones y privilegios, mientras la deuda no se hallase del todo satisfecha. Los mercaderes quisieron sacar demasiado jugo al limón, sin acordarse de que podía salir amargo, ni menos de que quien lo quiere todo lo pierde todo.

Con data del 11 de Diciembre se enviaron por correo extraordinario la comunicación y notas al Señor Príncipe de la Paz, el cual contestó con una paulina que puede servir de modelo á las más terribles y furibundas que haya trazado la

pluma de gobernante alguno. Dice así este peregrino documento:



«He recibido la carta de V. SS. de 11 de este mes y el plan que la acompaña, que ha sido formado en junta general de ese Comercio y adoptado por el mismo en la propia fecha, con el fin de facilitar el millón de pesos fuertes para socorro de la Marina, cuya anticipación pedí al Comercio de Cádiz en 22 del mes pasado.

»Es tal el horror con que he leído las proposiciones lucrativas y el interés de un 20 por 100 que por cortísimo plazo de días quiere exigir ese Comercio en recompensa del caudal que adelantase, que no me determinaría á contestarle á no ser necesario que yo manifieste al Comercio de Cádiz, como lo hago por medio de V. SS., el desagrado con que el Rey ha oído su propuesta, *la particular y horrible imagen de mi enemistad* que ella ha provocado, y en fin, la advertencia que hago á ese Comercio en nombre del Rey de que jamás recibirá S. M. con gusto las representaciones de unas gentes á las cuales embaraza la codicia y disipa la avaricia el uso de sus potencias.

»Nunca creí que el corazón del hombre fuese de mármol y se hiciese insensible á las impresiones de los objetos más tiernos y propios para inspirar caridad: jamás me persuadí que hubiese oídos capaces de sufrir los gritos de la miseria sin hacer nada por remediarla; pero ya he encontrado esta clase de gentes en el comercio de los mortales.

»No importa: el Rey encontrará en esta ocasión vasallos fieles, así como los tuvo quando al momento de partir yo para la guerra contra Portugal, halló S. M. en el Comercio de Madrid quienes anticipasen quantiosas sumas sin exigir el gravamen de un medio por ciento, siendo tan diversas aquellas circunstancias de las presentes. Esto basta; pero harán V. SS. entender al Comercio de Cádiz que S. M. obrará teniendo á la vista la serie escandalosa de los hechos y conducta de unos vasallos á quienes no dará más pruebas de su paternal confianza.—Dios guarde á V. SS. muchos años. Madrid, 18 de Diciembre de 1801.

EL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

»Sr. Prior y Cónsules del Comercio de Cádiz.»

El espanto y consternación que la lectura de esta misiva produjo en el consulado gaditano, fué semejante al de la entrada de lobo hambriento en redil de corderos. Hubo individuos achacosos á quienes se agravaron sus dolencias, y no faltó quien muriese de resultas de la melancolía y desabrimiento que le causó el discurso de D. Manuel Godoy.

El caso no era para menos. En los privilegios rodados estampaban los Cancilleres y tabeliones la advertencia de que quien los quebrantase ó menguase, incurriría en la IRA del Príncipe. Semejante fórmula, aun cuando la autorizara Don Sancho el Bravo ó D. Pedro de Castilla, era grano de anís comparada con *la particular y horrible imagen de la enemistad* de Godoy. Espantosa debió ser la ira del hombre fatuo, altivo y poderoso á quien el mismo Rey en documentos oficiales le decía que «solos vuestros talentos, actividad, celo por mi servicio y amor á mi persona, eran

capaces de conducir en tan críticas y estrechas circunstancias los negocios militares y políticos á un fin feliz, conservando el decoro de mis armas; vuestro saber obrar, energía y prudencia han excedido la expectación de todos, y hasta vuestros émulos han callado. Por mi parte pongo el sello á la íntima confianza que vuestros continuados y altos servicios os han granjeado, y os aseguro de que será inmutable, igualmente que mi estimación y amor....; y teniendo la mayor confianza en vuestra extensa capacidad....», etc., etc.

Estos renglones, que parecen memorial ó dedicatoria de vasallo adulador á monarca poderoso, más bien que Real decreto dirigido á un súbdito, abonan y justifican el miedo que la filípica de Godoy produjo en el consulado gaditano. Tan absurdo hubiera sido el intento de aplacar ó contrarrestar las iras del famoso valido, como el de extinguir el incendio de la pólvora. No eran entonces vulgares como hoy las relaciones políticas, que han hecho cambiar los papeles, dando por resultado que los Ministros sean quienes temán á los pueblos, á los electores, á las cigarreras y hasta á los presidiarios. Los mercaderes gaditanos no conocían en la corte más que á sus correspondientes, ni entendían de otra cosa que del precio del añil ó del azúcar y del arroz ó del cacao, ó bien del alza y baja de los cambios entre México y Amberes ó entre Nápoles y Lisboa.

Godoy practicó su venganza favoreciendo á Sanlúcar de Barrameda, con el fin de perjudicar á Cádiz. «Se habilitó su puerto (dice D. Adolfo de Castro) para el comercio con el extranjero y con las Américas, y con título de capital de una provincia de su nombre, independiente de Cádiz y Sevilla, dándole por términos á Chipiona, á Lebrija, á Trebujena, á Las Cabezas y toda la Isla mayor del Guadalquivir; por Norte y Poniente, el Caño de las Nueve Suertes, el arroyo Curallón, Palma, San Juan del Puerto, Gibraleón, Villanueva de los Castillejos y San Silvestre, á más del territorio de Arenas Gordas, el Coto de Oñana y los despoblados que hay entre Palacios del Rey, Bollullos, Almonte, costas del Océano y del Guadalquivir. Quedó facultada la ciudad de Sanlúcar para tener un consulado independiente de Sevilla y una aduana.»

Y luego, en Diciembre de 1804, se fundó en Sanlúcar un jardín de aclimatación, puesto bajo los auspicios de la Sociedad Patriótica, y se establecieron cátedras de Agricultura, desempeñadas por los renombrados botánicos Rojas Clemente y Boutelou, todo ello por iniciativa y mandato de Godoy. Para sufragar los gastos de semejantes mejoras, se impuso un derecho á las producciones agrícolas extranjeras que se introdujesen por los puertos de Andalucía desde Algeciras hasta Ayamonte, y de este modo Cádiz contribuía á la prosperidad y engrandecimiento de su rival.

Claro es que de todos estos sucesos no supo el público ni una palabra. Quiero decir, que se vieron los efectos, pero se ignoraron las causas. Entonces no había periódicos que enterasen á las gentes de lo que los ministros ó corporaciones pensaron, pensaban ó pensarían hacer en tal ó en cual asunto. No existían comentarios, censuras ni opiniones dichas á cara descubierta. Unos mandaban y otros obedecían, y en paz. El pueblo se quejaba por medio de anónimos ó pasquines. Los diarios insertaban noticias de Rusia ó de Inglaterra con seis meses de atraso, el jubileo, las mareas, el santo del día, la puesta del sol, los avisos de teatros, la

pérdida de alguna joya y la llegada del galeón de Acapulco ó del acreditado extremeño con sus chorizos y jamones.

El periódico ha ganado en nuestros tiempos, pero dejando seca y sin jugo á la carta misiva. Ésta queda hoy reducida á unos cuantos renglones, de mala letra por lo general, diciendo que por las gacetas sabremos ya lo del terremoto, el cambio de ministros, el éxito de los toros, la muerte de Fulano, el casamiento de Mengano y las telas y colores que han de usarse en los trajes de primavera. Si en la antigua epístola de cuatro carillas, larga y sustanciosa, con su cruz arriba y con todas sus fórmulas de atención, cariño y cortesía, se hallaba simbolizado el tiempo antiguo, en las tarjetas postales y en los telegramas se retrata la agitación é impaciencia de la época moderna, que apenas si le alcanza el tiempo para vivir, según deplora los veinte, treinta ó cuarenta minutos que se retrasa el correo, el tren ó el telégrafo.

Las cartas son documentos de mi singular predilección, porque ellas, según dije y según creo que se ve en las anteriores del célebre Príncipe de la Paz, retratan al vivo las costumbres y las personas. Y más curiosas é instructivas que estas epístolas oficiales son las puramente privadas, en que el autor revela su pensamiento con toda libertad y confianza, y con la fácil y elocuente retórica de la verdad y de

la sencillez. Desde este punto de vista, pocas correspondencias hay tan amenas, instructivas y entretenidas como la de *Algunos PP. de la Compañía de Jesús* en los años de 1634 á 1648, publicadas por la Real Academia de la Historia; misivas que lo mismo pueden proporcionar recreo á una dama, que enseñanza al político ó al literato. Las *Cartas de Indias*, dadas á luz por el Gobierno en fastuosa edición, son piezas de altísimo valor histórico. En Alemania, Francia, Inglaterra y otras naciones de Europa y América son frecuentes y numerosas las publicaciones de epistolarios. Esta mina se halla casi sin explotar en España, y creo que serian de gran provecho para la historia las colecciones de misivas de archivos públicos y privados que, escogidas y clasificadas con inteligencia y acierto, viesan la luz pública en la Península.

Perdone V. mi pesadez, y crea que conservaré siempre entre mis más preciados papeles el par de cartas que motivan la presente, y con las cuales la bizarría de V. se dignó obsequiar á su atento amigo y servidor,

Q. L. B. L. M.,

EL DOCTOR THEBUSSEM,

Cartero honorario de España.

Huerta de Cigarra (Medina Sidonia), año de 1888.



E. L.  
Roma 88.

LA ESFINGE.





«INVIERNO», por Picolo.



ARTE E LETTERATURA

1911



## MI MUSA

Tiene rayos de sol en su cabello  
Y palidez de luna en su semblante,  
Y en sus ojos, cual cifra de lo bello,  
Cielos y mar: lo inmenso y lo distante.

En su boca risueña y tentadora  
Del bosque virgen el encanto asume;  
Es el beso de Céfito y de Flora,  
Unión de la frescura y el perfume.

Es su cuerpo de nieves y de fuego;  
Tiene, cual las mujeres del Tiziano,  
Con la serenidad del arte griego  
Las delicadas formas del cristiano.

Cuando con gracia y altivez camina,  
Tiemblan las curvas de su cuerpo esbelto,  
Y á Diana cazadora se adivina  
Tras de los pliegues del ropaje suelto;

Ropaje que es peplón de Mnasidice  
Y es la veste de Ofelia y Margarita:  
El blanco traje que tristezas dice  
Y el traje blanco que al placer incita.

Su espíritu es dulzura y fortaleza  
Y vence siempre en las humanas lides;  
Lo engendraron la Fuerza y la Belleza,  
Como el Amor que canta Simónides.

Yo soy su esclavo y á la vez su dueño;  
Sólo existe en mis gratas fantasías,  
Que en los mundos fantásticos del sueño  
Juntos vivimos en pasados días.

Cuando le digo con la voz de Alceo  
«Ámame, necesito ser amado»,  
En el dórico umbral del gineceo  
Me ciñe con su brazo sonrosado.

«Pedir amores el amor me veda»;  
Canto cual Ventador; y alza el rastrillo  
O echa la escala de tejida seda  
De la ojival ventana del castillo.

Como son sus amores de los cielos,  
No mueve á sus rivales cruda guerra.  
¿La han de turbar con punzadores celos  
Mis vulgares amores de la tierra?

Yo la rindo mi culto reverente  
Sin el anhelo de viril conquista,  
Y aduno á los arrobos del creyente  
El amor imposible del artista.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

Madrid, 1888.

## POST PHŒBUM NUBILA

MADRIGAL.

Iba Cloris hermosa  
Tras pintada y alegre mariposa,  
Que esquivaba, saltando  
De flor en flor, cautividad segura.  
Y como su ventura  
En cogerla ve Clori, jadeando  
Corre, en su afán, tras el insecto breve,  
Prestándole sus ansias nuevo brío;  
Cuando con vuelo leve,  
Señal á Cloris de postrar desvío,  
La mariposa se remonta al cielo.

En pos del sutil vuelo  
De la que causa su pesar y enojos,  
Clori alzó entonces sus divinos ojos,  
Y, al alzarlos, la luz huyó del vallo,  
Sin que el motivo halle  
De cambio tal la niña en su sorpresa.  
¡Era que el sol, de aquellos ojos bellos  
Resistir no pudiendo los destellos,  
Corrido se ocultó tras nube espesa!....

VIRGILIO QUIRÓS.



MI MUSA



ENTRE COMPAÑEROS.



# UNA RAMA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

## PERTENECIENTE YA Á LA HISTORIA



ODA la vida de Dios ha habido conciencias anchas y conciencias estrechas; hombres pusilánimes y hombres enérgicos; genios burlescos y genios formales; caracteres aduladores y bajos y caracteres dignos é independientes.

Todas esas opuestas cualidades se han dejado ver en las múltiples fases que ostenta la vida social; pero, por lo que atañe á las respectivas primeras de dichas circunstancias, quizás nunca de un modo tan saliente, en nuestra España, como en los antiguos *pareceres, dictámenes ó aprobaciones* que precedían á la lectura de cada libro, sin cuyo requisito no podían obtener éstos la licencia competente para poder salir á luz.

Dicho se está que un noventa y cinco por ciento de los lectores (y tal vez me quede largo) pasaban por alto semejante lectura, á causa de creerla enojosa, en lo cual quizás no carecían de fundamento; pero, como no hay regla sin excepción, y como quiera que, considerado el asunto por otro aspecto, todo modelo es conducente á la enseñanza, el bueno, para ser imitado, y el malo, para evitado, de ahí que siempre me dediqué á semejante lectura, en mi afición innata á leerlo todo; y hoy que ese género de literatura *sui generis* ha pasado de moda, probablemente para siempre, y con más motivo desde que el capítulo de elogios previos ha sido sustituido por el prólogo del amigo, así como el de elogios mutuos por ciertas colectividades literario-artístico-políticas, no estará demás el escribir ahora algunas líneas con el objeto de echar una *breve ojeada sobre la naturaleza de las antiguas aprobaciones de los libros en España*.

Indudablemente, los antiguos no tenían tantas cosas en que pensar como nosotros, por lo que se les hacía más larga la vida; por eso tenían que buscar medios para emplear en algo el tiempo, y uno de esos medios fué, sin linaje de duda, el apelar al recurso de escribir las  *censuras ó aprobaciones de los libros*. En efecto, es cosa que mete miedo al hombre

de más agallas eso de ver que para una cosa que se puede, y debe, decir en diez ó doce líneas, como sujeta á una mera fórmula, se empleen diez ó doce páginas, y aun más: y todo ello, ¿para qué? para hacer del autor y de su obra los encomios más ridículos é infundados, por punto general, cuando no para hacerlos de sí mismo el aprobante; que de todo hay en la viña del Señor. Ahí está, que no me dejará mentir, el final del siglo xvi, todo el xvii y gran parte del siguiente, época en que cundió esa verdadera plaga ó epidemia de nuestra Literatura, que constituye de por sí una rama especial, y cuyo estudio reclama la atención más detenida y profunda por parte del hombre curioso y observador. Dejemos ahora á un lado todo ese fárrago de aprobantes y aprobados, y fijemos nuestra consideración tan sólo en los siguientes breves pasajes, que tocaremos al vuelo, el primero de los cuales se refiere á la *aprobación* dada por el Rmo. P. Fray Tomás Moreno, lector jubilado, etc., á los sermones de Soto y Marne, cabalmente el blanco principal contra el cual asestó sus certeros cuanto desapiadados tiros el famoso y nunca bien ponderado autor del *Fr. Gerundio de Campazas*, á mediados del siglo décimooctavo. Dice así, en substancia:

« . . . . . confieso que, oprimido de dos inevitables riesgos, ignoro qué senda elegir para el acierto: si elijo la de censor, es el agravio notorio; pues además de ser proporcionado instrumento mi pluma para publicar elogios merecidos á su fama, su fama en la oratoria, sobre remontarse á las esferas y colocarse aun más allá de los astrós, como dice el poeta, . . . . . «puede con razón titularse el Colón primero de este siglo, pues descubriendo con su erudición nuevas sendas á lo panegírico, deja en cada concepto ejemplos á la posteridad, y en cada línea suspensiones á la admiración.» . . . . . «Muchos gozan la fama sin merecerla, y muchos la merecen sin gozarla; pero nuestro autor la goza y la merece, porque con sus estudiosas tareas ha sabido merecerla, y con las frecuentes declamaciones en los principales púlpitos ha conseguido gozarla. Por lo regular la fama excede al mérito, pero esta obra declama que excede su mérito á su fama, pues ninguna fama puede llenar su mérito», etc.

Esto, y mucho más, dice el estupendo Fr. Tomás Moreno, hermano de religión de su aprobado, esto es, franciscano, á vueltas, por supuesto, de mil citas latinas y de un millón de extravagancias y falsedades más.

Y no vaya á creerse que le indujera á hacerlo así el espíritu



de hermandad ó de familia, no; ahí va, en prueba de ello, el principio del dictamen extendido por el Rmo. P. M. *Fray Juan Ladrón de Guevara, del gremio y claustro de la Universidad de Salamanca, su catedrático de Regencia y opositor á las de Propiedad, maestro extranumeral, elector general, difinidor mayor actual de esta provincia, regente de los Estudios, y prior que ha sido de este convento de San Andrés del Carmen Calzado de Salamanca*, el cual principio del dictamen dice así, literal y puntualmente transcrito (1):

« . . . He leído con la mayor complacencia, y suavidad deliciosa este Florilugio Sacro, composición amenissima del ingenioso desvelo del Rmo. P. M. Fr. Francisco de Soto y Marné, Predicador Apostolico, Lector de Theologia, y Chronista de la Inclita Provincia de San Miguel del esclarecido Orden Seraphico. Y al reflectizar la pequeña luz de mi talento sobre la dicha de recrearse con tan noble embeleso entre las abundancias florigeras de este frondosissimo Soto, se me previno, como uno de los mas oportunos elogios de este volumen aromatico, lo que de el gran Josias dice el Eclesiastico: *Memoria Josia in compositione odoris*: porque con esta deliciosa, y odorifera composición de aromas, que ofrece la imponderable cultura de su Author, sabio en este ramillete vistoso de Oraciones Sagradas, se eternizará perenne su merecida alabanza, sabroseandose los venideros dulcissimamente con su famosa memoria: *In omni ore quasi mel indulzabitur ejus memoria*. Luego que me franqueó mi fortuna la felicidad de ser Censor de esta composición de fragancias, pensé en quejarme de mi insuficiencia, distantissima, para ser igual Panegyrista de una inventiva tan pasmosa, que evapora ambares, con que llena del apetecido olor de la fama toda la redondez de la tierra. . . . »

Basta ya, porque tanto dulce empalaga, y tanto aroma marea. Por otra parte, vistas las dos anteriores pruebas del cinismo literario que á la sazón reinaba en nuestro suelo acerca del asunto que nos ocupa, se puede asegurar que, con corta diferencia, se tiene una noticia exacta del fondo y forma que ostentaban este linaje de escritos.

Sin embargo, como donde menos se piensa, salta la liebre, ocurrió tal vez, siquiera muy contada, el hablarse en este terreno el lenguaje de la verdad, de la franqueza y de la ingenuidad, libre y exento del carácter de la servil lisonja y de una mal entendida modestia, al par que destituido de toda la hinchazón y nebulosidad en que por aquel entonces se hacía consistir todo el mérito y la gala toda del lenguaje. Por lo regular, mucha hoja fué signo inequívoco de poco fruto.

Uno de esos raros campeones fué el R. P. M. Fr. Antonio Ventura de Prado, predicador de S. M., trinitario, y hombre que debía de tener bien fino el olfato, á juzgar por la condenación (que aprobación no puede llamarse) hecha al *San Raphael custodio de Cordova. Eutrapelia poetica, sobre la historia de su patronato, que en siete centurias heroycas escrivia el R. P. M. Fr. Buenaventura Terrin, del Orden de la Santissima Trinidad, etc. Madrid, Imprenta Real, 1736*. Comienza así su censura, estampada en los pre-

(1) He copiado todos los títulos que constan en el libro á que me refiero, por cuanto tratándose de un autor de muchas campanillas, más grande tiene que ser el ruido que de su combinación resulte al moverlas caminando con la carga de tamaño peso.

liminares del libro, según costumbre, á guisa de cabeza de proceso:

« V. A. me manda censurar esta obra; y aunque estimo á su autor como Dios manda (esto es, como á mí propio), no obstante, si el cariño (según proverbio divino) pone la vara en la mano, de esta vez puede ser se acuerde de mi cariño; y suponiendo que en toda esta sacra epopeya no he hallado cosa que desdiga de nuestra confesión cristiana, pasaré á tender sobre la facultad mi vara censoria.

» La *primera centuria* descubre el mejor blanco á la Poesía, porque es lienzo de pintura; pero, aunque voces y frases son cultas, forrajea tanta erudición, que empalaga, y la demasiada luz no alumbrá, sino encandila; pensión á que se precisan los que en chico cuerpo quieren que rebose la alma. De aqueste vicio se acusó á sí mismo Horacio; pero se absolvió, diciendo: *Que él jamás juzgará poeta á el que tuviere los números más medidos y el estilo más hermoso, sino á quien tuviere el ingenio más profundo y el espíritu más alto*. Perdónesele á el nuestro el descuido por el ejemplo, si acaso en no seguir el ejemplo no estuviere su descuido.

» La *segunda centuria* se propone asunto medio moral y medio físico, con que le pide diversos colores á el efecto; y aunque en esta parte se hizo cargo nuestro poeta cambiando su espíritu desde la octava 50, no obstante, en lo uno y en lo otro se dejan entender algunos desmedros. En la primera mitad se embolisma tanto en las metáforas del *caballo* y la *victima*, que, para lo uno, es menester quien entienda de freno, y para esotro, no largar de la mano las sagradas riendas del Levítico. . . .

. . . . Esotra mitad de esta segunda centuria, me pidió cierto amigo médico que no la censurara, porque me dijo no estaba muy mal pintado el tabardillo. Allá se lo haya. Lo que digo es, que, si tiene algunas pintas, son negras.

» La *tercera* . . . ; pero ¿adónde vamos á parar? Merecía copiarse todo este documento, en el que respira gran copia de instrucción sólida exornada con el más fino gracejo. Baste, pues, con trasladar aquí textualmente las palabras con que á su compromiso da fin tan entendido censor:

» . . . . Otros descuidos de la prensa, ó de la pluma, discurro los notará la fe de erratas. Esta es mi censura, en cuanto á la Arte poética. En cuanto á la Religión, vuelvo á decir no encuentro cosa contra la cristiana piedad; por lo cual soy de parecer, el que V. A. le conceda la licencia que pide, para que cumpla siquiera (ya que nó con la Poesía) con su santo Arcángel. Este es mi sentir, aunque otro sea mejor. Madrid, 4 de Diciembre de 1735.—Fr. Antonio Ventura de Prado.»

Eso, y matar moralmente á un autor y á su libro, viene á ser todo uno.

No mejor, pero sí diametralmente opuesto fué el sentir de los ocho escritores que en sendos sonetos aparecen en pos de tan amarga cuanto merecida censura, dado que ponen por las nubes la obra y al padre que la engendró. Contentémonos (que, de lo malo, con poco basta, y aun sobra) con trasladar aquí la tercera de dichas composiciones *encomiástico-hiperbólicas*, la cual, debida á la pluma de ganso del licenciado D. Antonio Josef Neri y Villarreal, abogado de los Reales Consejos, y sujeto muy conocido en su casa, es como sigue:

Númenes raros, genios peregrinos  
Emularon del Bétis las vertientes;  
Hijos del Bétis fueron, que en corrientes  
Vencieron sus raudales cristalinos.

Los dos Sénecas varios en destinos,  
El Góngora, y Marcial venas potentes,  
El Lucano, y el Mena que eminentes  
Excedieron á Griegos y Latinos;

Pero aunque tanto númen ha llenado  
De aplausos las edades anteriores,  
En lo fértil, lo ameno y lo fecundo:

Hoy á presencia de este nuevo prado  
Ajadas quedarán aquellas flores,  
Pues de flores contiene un nuevo mundo.

No es posible faltar á la verdad de manera más descarada; lo cual se hace tanto más punible cuanto se trata de todo un señor *abogado*, sin que le valga lo de *poeta*, porque no merece tal apelativo quien cree que la Poesía consiste en tomar la vara, ó el metro, y ponerse á medir.

Y que esto sea faltar á la verdad, y no otra cosa, lo evidenciarán sobradamente las dos primeras y las dos últimas estrofas de este, por mal nombre, *poema heroico*. Leo, y copio:

Yo, aquél que al son de la grosera avena  
Desataba tal vez travieso aliento,  
Cuando del Bétis la templada arena  
Con rauda voz me murmuró el acento;  
Aquél que divulgó en cambre Morena  
El rechazo de cóncavo cimiento,  
Silvo de desgrefiadas lozanas  
Que aduló Faunos, y asustó á sus Driás;  
Ahora que á mi espíritu aprisiona  
En la Hercúlea región la Cotinusa  
Con el grillo opulento, que eslabona  
Digno presidio á delincuente Musa,  
Arrebata mi sien á su corona  
Caliope, que el ocio antiguo acusa,  
Demonstrando en lo heroico, á que me ordena,  
Que el influjo tal vez lo da la arena.

Y tú, Arcángel patron, númen glorioso,  
Tutelar de mi alma, á cuyo oficio  
Debe mi bajo albugue no armonioso  
Sea (más que su acento) el beneficio:  
Recibe aqueste ritmo religioso,  
Que por tí ha profesado lo novicio,  
Y respirara en tí todo su aliento,  
Si cien bocas tuviera, y lenguas ciento.

Perdóname (otro Jerjes) Ángel mío,  
Aqueste helado brindis de Helicón;  
Este destello de mi Numen frío  
También tú (Patria mía) me perdona;  
Perdóname (oh lector) el desvarío,  
Si de canoros yerros se eslabona,  
Pedernal desgalgado del Parnaso,  
Y raízno bozal de mi Pegaso.

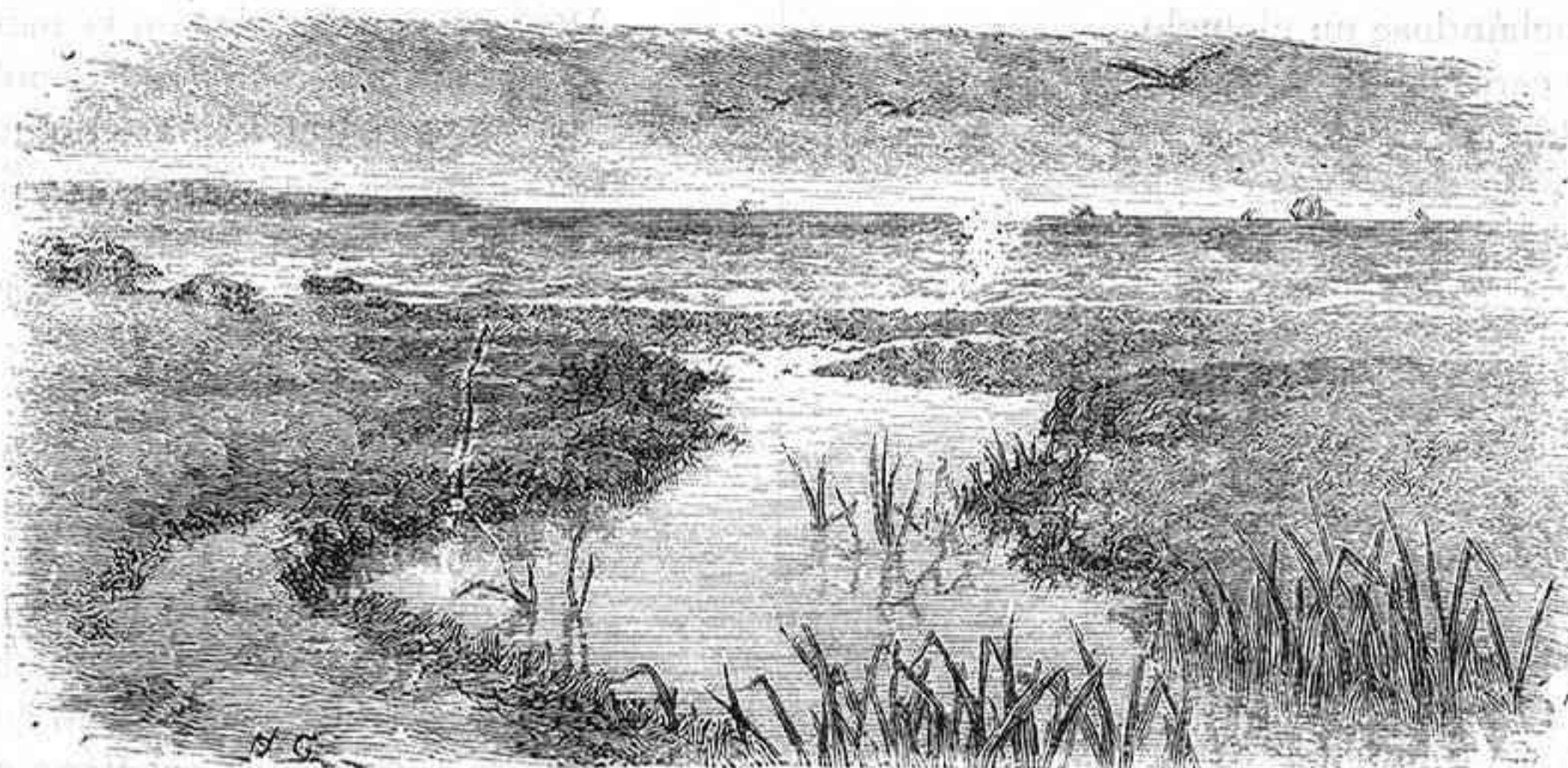
El más inteligente lector pronunciará ahora su fallo; yo, por mi parte, me limito tan sólo á decir: *No me gustan más barbaridades que las mías*.

Aunque cortés en número, los ejemplos citados prueban suficientemente que, por punto general, se hallaba en aquella época esta rama de nuestra Literatura, así en la esencia como en los accidentes, adoleciendo, ya de falta de conocimiento en la materia juzgada; ya de sobra de pasión á favor del interesado; ora de exceso de miedo ó temor de incurrir en el desagrado de éste; ora de no tomarse el trabajo de siquiera pasar la vista por el escrito, juzgando por lo tanto á bulto; bien, aprovechando la ocasión de intentar lucirse por su parte el aprobante, etc.; en suma, la conducta noble, franca y digna que, según hemos visto arriba, desplegó el R. P. M. Fr. Antonio Ventura de Prado, había tenido pocos ejemplares antes, así como contadísimos imitadores alcanzó después.

Concluyamos. Si bien hace años que desapareció en la forma esta rama de nuestra Literatura, nó así en el fondo, dado que existen los prólogos y los dictámenes de algunos particulares, de igual manera que los informes de ciertos cuerpos científicos ó literarios, los cuales matan ó sanan sin responsabilidad alguna legal, como acontece con los médicos, respectivamente al pobre, ó al venturoso, paciente que cae por su banda. Inútil es decir que, cuando media algún certamen, suele salir entonces la diosa Témis lesionada más que nunca en sus derechos, efecto, unas veces, de la falta de *con-ciencia*, y otras, de la sobra de *sin-ciencia* por parte de jueces en uno y otro caso incompetentes; bien es verdad que, si una tierra cubre los yerros de los médicos, otra tierra descubre, tarde que temprano, las immoralidades de jueces más ó menos venales y apasionados, ó ineptos de todo punto.

JOSÉ MARÍA SERRA.

Madrid y Febrero de 1888.



# ALEGRÍA

POEMA

## CANTO IV (1)

LA FUGA

I.

Vivo el sol y dormida la marea,  
Hace bochorno tal, que el averío  
Debajo de los árboles carlea.  
El reyezuelo, por bajar al río,  
Deja al insecto que, de mata á mata,  
Funámbulo seguro, se pasea  
Por hebra sutilísima de plata.  
La res que al aguadero llega ansiosa  
Alza, al ir á beber, de los pilones  
Una sedienta nube tormentosa  
De mosquitos, abejas y avispones.  
Seca hallando la blanca mariposa  
La flor en cuyo cáliz se regala,  
En el tallo se posa,  
Y la forma esbeltísima modela,  
Al juntar por el dorso ala con ala,  
De un barquichuelo de latina vela.  
En cielo, tierra y mar todo está inerte,  
Cual si diese en la honda  
Soñolencia callada de la muerte,  
Otra voz no escuchándose en el suelo  
Que el grito del cernicalo que ronda  
En la calina pálida del cielo.

II.

Bajo el moral frondoso del cercado,  
Alegría sesteaba  
En medio de las aves y el ganado.  
Del pecho, que envidiara Galatea,  
Saca un papel de garrapatos lleno,

↑

Con febril ansiedad lo deletrea,  
Suspira, llora, se lo vuelve al seno,  
Torna á sacarlo, en lágrimas lo moja,  
De descifrarlo vuelve á la tarea,  
Y con ella de nuevo á su congoja.

Poco hace que la carta ha recibido;  
Mas son tantas las veces  
Que la ha abierto, plegado y escondido,  
Que se empieza á romper por los dobleces.  
Y aunque ella la leía  
Entre llantos, suspiros y lamentos,  
La carta solamente contenía  
Estos simples y alegres pensamientos.

III.

—«Sabrás como he logrado, vida mía,  
Por mi conducta y mi saber, la ganga  
De poderme plantar desde este día  
Dos cintas coloradas en la manga.  
Cabo soy; mas no tengas sentimiento  
Por verme á tal altura remontado,  
Que á mí no me infla de la gloria el viento.  
Quien te quiso soldado,  
Cabo te quiere y te querrá sargento.

Y si acaso dijérate al oído,  
Para hacerte sufrir, un mal pensado,  
Aquello de — El patán enriquecido  
Mira con espejuelos el arado—  
Para que otra sentencia no te ladre,  
Dile que esa no va con tu cortejo,  
Á quien la leche que bebió en su madre  
Hízole entrañas de cristiano viejo.

(1) Véase el ALMANAQUE de 1888.

↓

Una semana escasa  
 He pasado en mi pueblo, ¡qué alegría!  
 Todo estaba como antes en mi casa,  
 Menos la madre mía  
 Que, de tanto llorar y haber sufrido,  
 Lo mismo que una pasa  
 Se ha arrugado en mi ausencia y consumido.

Yo también cada vez estoy más flaco.  
 Desde que te dejé, perdida el hambre,  
 Manténgome de sueños y tabaco,  
 Y al fin me dejarán como un alambre  
 El humo y la ilusión de que me atraco.

No tomara estar flaco á desventura  
 Si no fuera perdiendo el alborozo  
 Á medida que pierdo la gordura.  
 ¡Cuánto me extrañarías si me vieses!  
 Ya no juego, ni bailo, ni retozo,  
 He aborrecido el zumo de la parra,  
 Y ¿qué te diré más? ¡Hace dos meses  
 Que no cojo en mis manos la guitarra!

El sargento primero, que es un pillo  
 Con más letra menuda que un breviario,  
 Me dice que padezco de un moquillo  
 Que no cura ningún veterinario.  
 —Enfermedad — añádeme el sargento —  
 Que no tiene más cura que la muerte,  
 U otra cosa peor, el casamiento.—

¡Quién pudiera curarse de esta suerte!  
 Contigo y con dinero yo me vea  
 (Ó contigo no más, que tú me bastas),  
 Aunque toda la gente diga y crea  
 Que dinero y mujer son las dos astas  
 Con que el diablo á los hombres nos cornea.

En lo que harás pensando, me consumo.  
 Recógete en tu casa, que no quiero  
 Mujer que, como el humo,  
 Ande siempre buscando el salidero.  
 Del barberillo y de su gente loca,  
 Que tienen la malicia por sistema,  
 Huye, por Dios, cosiéndote la boca;  
 Húyeles, que el tizón, cuando no quema,  
 Ensucia con su tizne lo que toca.  
 Quiere mucho á tu abuelo,  
 Quien, como siempre, seguirá, discurso,  
 En tí mirando, como yo, su cielo;  
 Dale expresiones mil á Señor Curro,  
 Y de Manolo teme los agrados,  
 Que caricias de burro  
 Siempre acaban en coces y bocados.

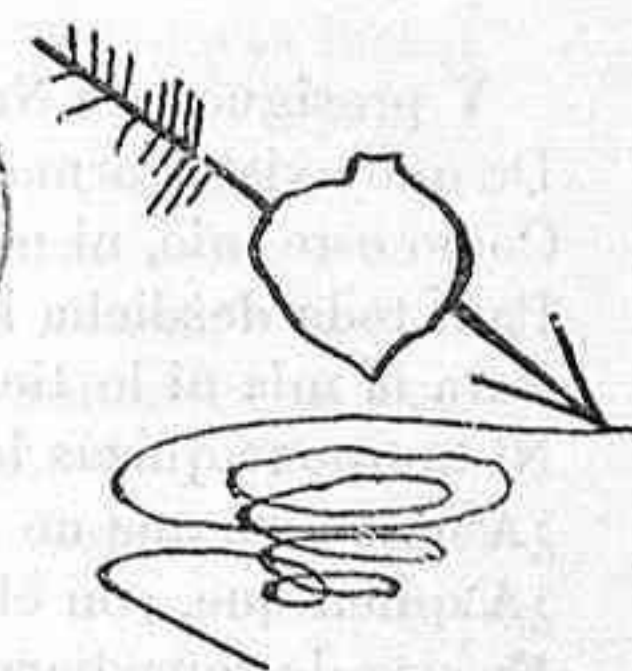
No dejes de escribirme, sandunguera,  
 Aunque yo, por mi nuevo ministerio,  
 No te conteste á escape cual quisiera.  
 El ser cabo es muy serio.  
 Mi capitán, al darme la noticia

De mi ascenso, me dijo: — Ten presente  
 Que es un gran sacerdocio la milicia, —  
 Añadiendo otras cosas gravemente  
 De conducta, de honor y de justicia.  
 Así que ni me achispo,  
 Ni armo pendencias, ni me entrego al ocio,  
 Para dejarme atrás hasta al obispo  
 En eso de llevar el sacerdocio.

Dime, de haber parido ya la vaca,  
 La pinta y condiciones del ternero,  
 Y si está tu madrina, como espero,  
 Después de haber tomado la triaca,  
 Convaleciente ya del avispero.

Adiós; que me perdone te suplico  
 Lo malo de la letra y del dictado,  
 Y sabe que se encuentra, cuerpo rico,  
 Como ese que en la firma va pintado,  
 Por tí de parte á parte atravesado  
 El leal corazón de tu

*Perico.»*



IV.

En unas hojas de papel de barba  
 Que arrancó del cuaderno  
 Que sirve al abuelico de gobierno  
 Para saber lo que rindió la parva  
 Y los jornales que pagó en invierno,  
 Aquella misma siesta  
 Alegría con ansia se dispone  
 Á escribir á su amante la respuesta.

Mas todo á su propósito se opone.  
 La pluma el papel rasga y no lo pinta  
 Por tirar cada punto hacia un sendero,  
 Ni el vinagre de yema saca tinta  
 De las secas zurrapas del tintero;  
 Y si algo logra, tras de mil enojos,  
 Escribir la mozuela atribulada,  
 Lo borra con el llanto de sus ojos.

Escrita de tal suerte, ¿qué letrado  
 Descifrará su carta malhadada?  
 ¿Habrà quien la comprenda? Sí, el soldado;  
 Que todo el que bien ama entiende luego  
 Aquello que le escribe el ser amado,  
 Aunque lo escriba en alemán ó en griego,  
 Por tener el amor, cuando es profundo,  
 Más comprensión y más sabiduría  
 Que todos los poligrafos del mundo.

## V.

— « Perico de mi alma,  
— Escribe en letras gordas Alegría  
Cuando comienza á recobrar la calma:—  
Perdona que á tus frases de contento  
Con otras te responda  
De profundo y amargo sentimiento.  
Es ¡ay! mi desventura  
Tan sin remedio, tan inmensa y honda,  
Que temo que me lleve á la locura.  
Sábelo de una vez: ¡ Estoy perdida!  
Perdida, no lo dudes, me lo dice  
El ser que toma en mis entrañas vida. » —

Y al escribir tal frase, la infelice  
Rompe de llanto en abundosa lluvia,  
Sin sentido en la silla se desploma,  
Y hunde en el seno su cabeza rubia  
Como el pico en el buche la paloma.

Y prosigue:— « No habrá quien me convenza  
De que existe tormento tan profundo  
Como este mío, ni mayor vergüenza.  
Para toda desdicha hay un consuelo;  
Para la mía ni lo tiene el mundo,  
Ni tampoco quizás lo tenga el cielo.  
¿A quién iré que no me lo rehuse?  
¿A quién que, con el gesto avinagrado,  
En vez de remediarme no me acuse?  
¿Contaré al Señor cura mi pecado,  
Si no hay vez que me vea  
Que no me diga:— ¡ Adiós, gala y dechado  
De las mozas honradas de la aldea!—  
¿Acaso á la Marquesa, mi madrina,  
Que creyéndome santa, como el cura,  
También con sus elogios me asesina?  
¿Y no fuera locura  
Abrir los ojos á mi pobre abuelo,  
Para quien soy tan pura  
Como las castas vírgenes del cielo?

¡Ay! ¿ Por qué se murió la madre mía?  
Ella, más que yo misma atribulada,  
Mi infortunio conmigo lloraría,  
Y leyéndolo todo en mi mirada,  
La triste confesión me evitaría  
De la culpa en que vivo avergonzada.

Una culpa secreta ¡ qué agonía!  
Al corazón cual sierpe se me enrosca;  
Todo me hace temblar, todo me asusta,  
Hasta el leve zumbido de una mosca.

Una palabra de mi abuelo adusta  
Hace que de mis fuerzas desconfie  
Y me roba la calma,  
Y si alegre me besa y me sonríe,

De sentimiento se me parte el alma.  
Si alguien se fija en mí con insistencia,  
— ¡ Ese lo ha conocido!—  
Angustiada me grita la conciencia;  
Y cuando se hablan ante mí al oído,  
La horrible idea el corazón me inspira  
De que se dicen lo que callo tanto,  
Y estoy por exclamar: — ¡ Eso es mentira! —  
Que no encuentra la culpa en su quebranto,  
Adondequiera que los ojos gira,  
Sino fantasmas que le dan espanto.

Á veces llega á tal mi desvario,  
Que temo que tu amor faltarme pueda....  
¡ Como si fuese el cielo tan impío  
Que pudiera quitarme, Pedro mío,  
El único consuelo que me queda!  
Otras mil, arrebatome de suerte  
Que, con fervor sincero,  
De rodillas á Dios pido la muerte;  
Mas no hagas caso, no, de lo que digo;  
Mientras me quieras tú, morir no quiero  
Porque no muera tu querer conmigo.

¡ Ya ves cuán poco tiempo es necesario  
Para que el bien se trueque en desventura!  
Ayer me viste triunfadora y pura;  
Hoy, vencida, marchando á mi calvario  
Por la calle fatal de la amargura.

¿ Qué de mí, si la Virgen no me ampara?  
La Virgen ¡ay! Desde que estoy perdida  
No me atrevo á mirarla cara á cara.  
Pedro, será un delirio,  
Mas hállome del todo decidida,  
Antes que sucumbir á este martirio,  
Á buscar á tu madre, que es tan buena,  
Y en el nombre del cielo y en el tuyo  
Pedirle protección para mi pena;  
Y si, rehuyendo mis amantes lazos,  
Se negase á piedad el pecho suyo,  
Á correr á morirme entre tus brazos.

No puedo más; adiós, perdón te pido  
Otra vez por mis frases de agonía;  
Si alguna te ofendió, dala al olvido,  
Que no quisiera, ni aun en este día  
En que hasta el sol encuentra obscurecido,  
Darte pesar ninguno tu

ALEGRÍA. »

## VI.

En tanto, allá en la hacienda,  
El abuelo y Manuel en el sombrero  
Se toman un gazpacho de merienda,  
Y después de quitarse la ardentía  
Del pimiento y el ajo  
Con rajadas de melón y de sandía,



Sacando el recio petacón de Ubrique,  
De Virginia se fuman una tranca,  
Que á cualquiera persona que se pique  
De tener duro el bofe, se lo arranca.

Después, mientras callado como un muerto  
Pasa Manuel las horas de calina  
Á la larga tendido, aunque despierto,  
Señó Jeromo sin cesar trajina.  
Y ya por agua fresca al pozo baja,  
Ya con un bieldo á la era se encamina  
Para limpiar la paja  
Y meterla á pisón en la barcina.  
Ora da vueltas al tomate rojo  
Por ver si por igual ha madurado  
En el lecho que le hizo de rastrojo,  
Ora vase al tinglado  
En que extendido en el redor de pleita  
Puso á secar el higo almibarado.  
Bien se torna al cebón, y se deleita  
Mirando cómo trata,  
Por salirle al encuentro, de librarse  
Del peal de tomiza que le ata;  
Bien corre á encaramarse,  
Para dar un vistazo, al *bienteveo*,  
Altísima atalaya y cobertizo  
Que, por librar la viña de un saqueo,  
Levantó con pitones y cañizo;  
Que á pesar de cumplidos los setenta,  
En trabajar con frío ó con bochorno,  
Aún el viejo le acusa las cuarenta  
Á todos los zagales del contorno.

## VII.

Cuando vuelve al sombrero,  
Ya la potencia del calor vencida,  
Para ir de nuevo á golpear al tajo,  
Manuel, que aquella siesta no dormida  
Estuvo en la memoria revolviendo  
Todos los sinsabores de su vida,  
Rojo de indignación ó de vergüenza  
(Que él mismo ignora lo que está sintiendo),  
Á increparle de súbito comienza.

— «Si hago una atrocidad el mejor día,  
De usted, yo se lo digo,  
De usted será la culpa más que mía.  
¿Por qué lo que deseo no consigo  
Y desgraciado soy? Porque cual todos  
Usted la pega sin razón conmigo.  
¡Maldita la hora sea.....!»—

— «Ó con tu padre ten mejores modos,  
Ó vete donde nunca más te vea,  
—Dice el viejo temblando de coraje.—  
¿La sentencia en el cielo estará escrita  
De que sólo, Manuel, para el ultraje  
Dejará de ser muda tu maldita?»—  
Después, repuesto un poco:

— «No te castigo — añade — cual debiera,  
Porque más que malvado eres un loco.  
¿Qué te hace maldecir de esa manera?  
¿Qué tienes? Hab'a claro.»—

— «Nada» — Manuel responde,  
Convertido en bochorno su descaro.

— «¿Qué vibora se esconde  
— Sigue el viejo — en tu pecho, arca cerrada  
Que no ha habido quien abra ni desfonde?  
¿No me contestas nada?  
¿Á qué entonces tu lengua desatina?  
¿Á qué darla de gallo  
Para cantar tan pronto la gallina?  
Nunca el hombre hablador hízome gracia.  
Más preferible al que en callar se obstina  
Hallo el que á modo de costal se vacía.  
Revienta de una vez, que no me explico  
Que empieces por corrida de caballo  
Para tener parada de borrico.»—

— «Bien sé, padre, que tengo pocas luces,  
— Manuel responde al fin; — pero no ignoro  
Que son muchos, cual yo, los avestruces.  
¿Por qué á los tales se les da decoro  
En tanto que conmigo nadie alterna?  
¿Soy judío quizás? ¿Nací yo moro?  
Cuando entro en la taberna,  
O no me miran ó me dan de lado;  
Allá en la barbería  
Me reciben con gesto avinagrado;  
No hay moza en el lugar que me sonría,  
No tengo amigo alguno que me quiera,  
Y usted, en fin, me trata sin agrado,  
Mientras se hace de almibar con cualquiera.  
¿No es esto, padre, para estar sentido?»—

Y replica el abuelo: — «¿Que tal diga  
Quien á una bendición suelta un gruñido  
Y es más áspero á todos que la ortiga?  
Pero vamos á ver, ¿por qué razones  
Lo que jamás tu sentimiento ha herido  
Hoy te causa tan grandes desazones?»—

Y contesta Manuel, ya sin reparo:  
— «Porque quiero casarme.»—

— «¡Ave María!  
— Dice el viejo; ¿y con quién?»—  
— «¡Eso está claro  
— Respóndele Manuel; — con Alegría!»—

Á tal declaración, señó Jeromo,  
Estupefacto, con la boca abierta  
Y perdido el aplomo  
Como aquel que de súbito despierta  
Y se ve frente á frente á una estantigua:  
— «¡Jesús!» — tan sólo á pronunciar acierta  
Y una vez y otras ciento se santigua.  
Y luego le pregunta, recobrado:

— «¿Cómo, si nunca amaste á las mujeres,  
Te encuentro de repente enamorado?  
¿Desde cuándo la quieres?» —

— «Ha un siglo—Manuel dice—que á su lado  
Ardo, me ahogo, tiemblo y me espeluzo.» —

— «¿Y hasta hoy—responde el viejo—lo has callado?  
¿No tienes mal resuello para buzo!  
Pero vamos á cuentas, callantío.  
¿Dijiste algo á la chica?  
¿No le habrá otro robado el albedrío?  
¿Has procurado conquistar su gracia?» —

— «Padre, yo sólo sé—Manuel replica—  
Qué ha de haber en el mundo una desgracia  
Si la veo de otro hombre entre los brazos,  
Que tal no sufre quien, cual yo, se atreve  
Á reventar un buey á puñetazos.» —

— «¡Ya escampa y fuego derretido llueve!  
¿Y con tales acciones  
—Interrúmpelo el viejo—  
Pretendes conquistar los corazones?  
Oye, Manuel, y sigue mi consejo.  
Fruto bueno y temprano se asegura  
Quien lo aviva con riego y con abono,  
Y no quien á apretones lo madura.  
La mujer pretendida está en el trono,  
Y, como reina, cede á la lisonja,  
Pero nunca á la fuerza ni al entono.  
¿Pero cuán poco su reinado dura!  
La mujer, de su cáscara de monja  
Y de ángel y de reina despojada,  
Viene á quedarse, igual que la toronja  
Si se le quita la corteza, en nada.  
¿Mas quién le pone el cascabel al gato?  
Es decir, ¿quién la rinde? Aquel que tiene  
Constancia, picardía y garabato.  
Con los hombres conviene,  
Si han de ser dominados, la violencia;  
Pero ten la evidencia  
Que á las mujeres, en su trono altivas,  
Es preciso ablandarlas como al cielo,  
A fuerza de dulzura y rogativas.» —

Y queriendo el abuelo  
Sus palabras hacer más expresivas,  
Al hablar tose, guiña, palmotea,  
Gritando á toda voz se desquijara,  
Y pellizca á Manuel, lo zarandea,  
Y le mete las manos por la cara.

Conmovido y perplejo  
Manuel quedóse, hasta que roto el nudo  
Que le acongoja, responder al viejo  
Estas palabras lastimeras pudo:

— «¿Y quien carezca, como yo, de labia  
Para ablandar los duros corazones,

Tendrá á la fuerza que vivir en babia,  
Ó como los gorriones  
Dejarse en un rincón morir de rabia?  
¿Ha de ser este mi destino perro?» —  
Y al decir angustiado estas razones,  
Comenzó á sollozar como un becerro.

— «¿Lloras?» — dice el abuelo sorprendido. —  
Y, los brazos abiertos, se adelanta  
A Manuel, tan gozoso y conmovido  
Que la voz se le muere en la garganta.

Es ¡ay! la vez primera  
Que ve en sus ojos lágrimas, y siente  
Derretírsele el alma como cera.  
Apartando la mente  
De aquello que Manuel como hombre ha sido,  
La lleva dulcemente  
A las memorias del lejano día  
En que, niño inocente,  
Con angélico amor le sonreía.  
Y besa, como entonces, su faz dura;  
Y Manuel con caricias le contesta;  
Y llenos de ternura  
Después de tantos años de despego,  
Sienten que en sus entrañas resucita  
Del amor apagado el vivo fuego;  
Y de uno y otro henchido de esperanza  
Con ritmo igual el corazón palpita;  
Que tanto bien á realizar alcanza  
El brillo de una lágrima bendita.

— «Vamos, ya se acabó, no llores, hijo.—  
Con la voz todavía acongojada  
Señó Jeromo placentero dijo.—  
Yo haré que tu ambición mires colmada  
Pronto, muy pronto, porque no se diga  
Que soy como la jaca levantada  
Que haciendo caracoles se fatiga  
Y con tanto moverse no anda nada.  
Es semejante quien predica y no obra  
Á quien labra y no siembra;  
Por lo tanto, el hablar está de sobra;  
Hechos son necesarios, no razones;  
Que la verdad es débil por ser hembra,  
Y son fuertes, por machos, las acciones.

» ¡Al instante aparéjame la mula!  
¿Me miras con asombro! ¿Te has creído  
Que voy acaso á predicar la bula?  
Voy á abrirelé el sentido,  
Echándole un sermón que cante el credo,  
Á aquella que en tu pecho se ha metido.

» ¡La jáquima, Manuel.....! ¿Quién dijo miedo?  
Allá me voy; que la ocasión preciosa  
Se escapa cuando no se la sujeta,  
Porque es tan caprichosa  
Que se viene y se va como un cometa.



LA VISITA AL MUSEO. — Cuadro de V. Corcos.



»¡Asegura la albarda,  
No estampe yo la cara en la campiña!  
Tú en el viñedo quédate de guarda  
Mientras preparo á la zangona aquella,  
Que muy pronto á guardar vendré la viña  
Para que vayas á charlar con *ella*.  
¿Que está fosca contigo!  
Menos la temas cuanto más te ladre.  
Ella se ablandará: yo te lo digo....  
¡Más dura de pelar era tu madre,  
Y al fin y al cabo se casó conmigo!

»Dame un pie. ¡Bueno va! ¡Ya estoy arriba!  
Pero al hablar, Manuel, con tiento vete;  
Que la muchacha sabe, porque es viva,  
Como suele decirse, más que siete.  
Gasta mucha saliva,  
No sea que por labia se te encime;  
Á cuanto diga, pon cara de fiesta,  
Y si mucho, arguyéndote, te oprime,  
Le largas un requiebro por respuesta;  
Que no hay grande argumento ni profundo  
(Te lo dice tu padre que no es topo)  
Que convenza mejor en este mundo  
Á una moza bonita, que un piropo.»—

Y roto el hilo aquí de tanta idea,  
—¡«Arre, mula!»—gritando,  
El ijar de la bestia taconeá,  
Y á Manuel con la mano saludando  
Se pierde en el camino de la aldea.

## VIII.

Tanto después se abstraé,  
Que ni siquiera advierte  
Que el roncal de la mano se le cae,  
Ni que la bestia, que le juzga inerte,  
En ir ramoneando se distrae.  
Y cuando, por completo ensimismado,  
—«¡Tendrán que pagar breve!»—va diciendo,  
Encuétrase parado,  
No en el ancho padrón que iba siguiendo,  
Sino en mitad de un prado  
En que la mula se metió comiendo.

—«¡Jesús, qué desatino!»—  
Exclama entonces, el roncal recobra  
Y se planta de nuevo en el camino.  
Pero no se le quita la zozobra  
Que el pago del tal breve le produjo,  
Y repitiendo va:—«Ya sé de sobra  
Que no ha de haber ni súplica ni influjo  
Que ablanden á la curia que lo cobra.»—

—«¡En buena me he metido!  
—Luego se dice;—¡mas si ya se sabe  
Que yo en viendo llorar estoy perdido!  
Porque ¿cómo juntar en una pieza

Á una niña más dulce que el jarabe  
Y que al demonio gana en sutileza,  
Con Manuel, ave fría,  
Que añade, á ser un cardo en la aspereza,  
El no tener más luz que la del día?  
Aunque, después de todo,  
—Argúyese de súbito á sí mismo,—  
¿Á que haya entre los dos buen acomodo  
Se opone alguna ley del catecismo?  
Si ella viva, hacendosa,  
Él recio y laborioso, aunque zoquete;  
Si ella alegre, bonita y salerosa,  
Él un mozo lo mismo que un trinquete;  
Si ella toda bondad, él muy sencillo.  
¡Pueden ser muy felices. ... muy felices!.....»—  
Y repitiendo, absorto, este estribillo,  
Por poco no se aplasta las narices  
De su casa al entrar por el portillo.

Al verse dentro de ella disimula;  
—«¡Alabado sea Dios!»—con fuerza grita,—  
Se baja de la mula;  
Y cuando, para hablar, toma resuello,  
La muchacha, que hacia él se precipita,  
Colgándosele al cuello,  
Á besos apretados se lo quita.

## IX.

Tratando sagazmente,  
En medio, cada cual, de su arrebató,  
De esconder en el pecho lo que siente  
Cómo las uñas en su estuche el gato,  
Tras largo circunloquio,  
Sentándose confusos frente á frente,  
Entablaron, al fin, este coloquio:

—«¿Á qué ha venido usted?

—Pues..... á afeitarme.

—¡Si no es domingo!

—Pero ya la barba

Comenzaba á picarme

Con el polvo maldito de la parva.....

Además..... no teníamos tabaco.

—¿Cómo no, si anteayer lo llevó el mozo?

—Sí, pero anoche al abrevar al jaco

Se me cayó de la chaqueta al pozo.

—¿Con la petaca?

—Sí.

—¡Pues buena estuvo!

¿Mas cómo es eso si la estoy mirando?

—Es..... que pude sacarla con el cubo,

Pero el tabaco..... se quedó nadando.

.....  
¿Qué te pasa en los ojos, Alegría,  
Que tienen el color de la centolla?

¿Has llorado, hija mía?

—¿Llorar yo?..... No, señor. Esto es..... del humo.

¿Como que acabo de espumar la olla!

Igual me pasa siempre que la espumo.  
Además.... al partir una cebolla,  
¡Chis! á los ojos se me vino el zumo.

—Pues lávatelos bien con agua clara,  
Que esta noche es preciso  
Que luzcan como soles en tu cara.

—¡Esta noche! ¿Por qué?

—Darte el aviso

Me toca á mí tan sólo;  
Lo demás, que es de mucho compromiso,  
Á explicártelo bien vendrá Manolo.

—¿Y va á dejar la viña?

—¡Toma, toma!

Tiene un negocio que arreglar más serio.

—Usted está de broma.

—No hija, no.

—¿Pues qué ocurre?

—¡Es un misterio!

—Acláremelo usted, que estoy en ascuas.

—¿Alegre te pondrás si te lo digo?

—Lo mismo que unas pascuas.

—Pues quiere hablar contigo

Porque está de una moza enamorado.

—¡Santo Dios! ¡Qué locura!

—¿Lo juzgas por lo helado

Incapaz de amorosa calentura?

—¿De quién se enamoró?

—De la muchacha

Más bonita de todo el obispado.

—¿Quién es? ¿quién es?

—Aciértalo.

—¿Tonica?

—¡Quiá! ¿De esa col ingerta en remolacha?

—¿Inés?

—Más alto pica.

—¿Isidora quizás?

—¡Vaya una facha!

—Pues entonces no sé....

—Quiere á una chica

Retrechera, graciosa, vivaracha....

—¡Si no tiene otra seña!....

—Allá van más. Es rubia,

Blanca como el papel, alta, cenceña

Y fresca cual los chorros de la lluvia.

Es más dulce al hablar que el caramelo;

Al ruiseñor cantando desafía;

Al pie le llega desatado el pelo;

Roba para mirar su luz al día;

Es el ojo derecho de su abuelo....

Y se llama.... se llama....

—¡Ave María!

Eso no puede ser. ¡Ay!

—¿Qué te ha dado?

Muchacha, vuelve en tí.

—Nada.... no es nada.

—¿Qué tienes?

—Un mareo.... ya ha pasado.

—¿Estás acongojada?

—¡Bah, señor! ¿No ve usted cómo me río?

Pero el bochorno.... y luego, de repente

Salirme usted con ese desvarío....

¡Tiene usted unas bromas!....

—De veras que Manuel....

—¿Está demente?

—Haces muy mal si á diversión lo tomas.

—¡Pero si no es posible.... padre mío!

—¿Y por qué no ha de serlo, retrechera?

Aunque algo estrafalario,

Lo mismo que cualquiera

Tiene puesta Manuel su alma en su almarío.

—Bueno; mas....

—Punto en boca

Hasta que yo mi plática concluya.

¿No siente, cual la mía, el alma tuya,

Al saber que se ablanda aquella roca,

Deseos de entonar el aléluya?

Tú estás con esa calma

Porque su llanto de dolor no has visto.

¡Si lo vieras llorar con toda el alma!

—Pero, padre, ¡por Cristo!

¿Puede el terrón de hielo

Estallar de repente como el misto?

—Lo que sé, y cual lo siento te lo encajo,

Es que si el pobre en tí no halla consuelo,

Es capaz de tirarse por un tajo.

—¿Y qué le voy yo á hacer?

—Oye, hija mía:

Puesto que no has tenido

Amores, que yo sepa, todavía,

Pon los ojos en ese desgraciado

Y lo verás (porque su fondo es bueno)

A influjos de tu amor regenerado.

¿Quién otro á todo vicio más ajeno?

Serio, trabajador, bien parecido....

¿Que es de cortos alcances? ¡Qué tontuna!

Para ser buen marido,

¿Es preciso saber ciencia ninguna?

¿Quién mejor para el caso que un zanguango

Que te deje tener, por ser un cero,

La sartén agarrada por el mango;

Que al oírte suspirar, corra ligero

A mercarte un precioso ringorrango,

Y á quien puedas poner con un *¡te quiero!*

Más alegre, aunque rabie, que un fandango?

—¡Si es padre, un basilisco!

—¡Inocente! Con sólo que lo mires,

Trocaráse de ortiga en malvavisco.

—¡Ay! (me siento morir).

—No me suspieres.

¿Y si (como es posible á los setenta)

¡Pum! lo mismo que un tiro, el mejor día

Tu abuelico revienta?

Manolo, de su madre con los bienes,

Bien ó mal vivirá....

Mas tú, que nada tienes....

—Ni quiero á tanta costa tener nada.

—¡Vamos, perdiste el juicio!

¿Prefieres, á vivir acomodada,

Mendigar ó meterte en el hospicio?

—¡Pero si no es posible que le quiera!

—Comiéndalo á mirar con buenos ojos  
Y lo hallarás mejor que á otro cualquiera.  
Esto al principio causarás enojos,  
Más tarde agrado, regocijo luego,  
Después á tus mejillas los sonrojos  
Acudirán del amoroso fuego,  
Y, ya tu corazón encandilado,  
En Manuel hallarás el dulce amante  
Y el marido, por último, soñado.  
¡Si este es el mundo! En fin, ya hablé bastante.  
¿Darás gusto á tu viejo, picarona?  
—Así.... de pronto. ... (¡Ay Dios!)  
—¡Si no hay premura!

Reflexiona, hija mía, reflexiona,  
Pero trátalo en tanto con dulzura,  
No sea que al mirarse despreciado,  
Haga, como te dije, una locura.  
¡Vaya, me voy!

—No, padre.

—No te apures.

¡Si á la postre se hará lo que tú quieras!  
—Yo juro.....

—No me jures.

¡Hija, me abrazas hoy con unas veras!  
Por la Virgen, mujer, no aprietes tanto.  
Vamos. ¡Adiós!

—¡Un beso!

—¡Basta, basta!

No sé cómo os aguanto.  
¡Bendito el cielo que me dió esta pasta!  
¡Qué día me habéis dado! ¡Vaya un día!  
Estoy de tí y Manuel hasta los topes.  
Vaya, adiós, hija mía,  
Que me voy á la hacienda en dos galopes.»—

Dice, vase á la bestia con presura,  
Hácele morisquetas á Alegría  
Mientras arregla en firme la montura,  
Y exclamando—«¡Qué buena está la masa!  
No hay alcahuete que me gane á diestro»,—  
Se sale poco á poco de su casa  
Llevándose la mula de cabestro,  
La arrima luego de la puerta al poyo,  
A mujeriegas móntala con brío  
Y echa á andar por enmedio del arroyo.

## X.

Ella, sintiendo circular el frío  
Del espanto y la muerte por sus venas,  
—«¡Dadme otro corazón—dice—¡Dios mío!  
Que en éste no me caben ya más penas!»—  
Y arrastrada por loco desvarío,  
Á su abuelo escribiendo,  
Estas frases á intervalos murmura,  
Sin querer lo que escribe repitiendo:  
—¡Escándalo!... ¡Vergüenza!... ¡Desventura!...  
¡Perdón!... ¡No maldecidme!... ¡Voyme huyendo!...

Después corre á su alcoba,  
Á la alcobita aquella  
De sus sueños de niña y de doncella,  
En cuyo ambiente el ánima se arroba  
Por estar todo saturado de *ella*.  
Allí el lecho mezquino,  
Que ayer halló de plumas y hoy de espinas,  
Junto al arcón de pino  
Donde guarda sus galas peregrinas;  
El espejo con marco de caoba  
En que ayer se miraba  
Y ya no quiere verse, y el rosario  
Cuyas cuentas de vidrio repasaba  
Postrada ante una imagen del Calvario.

Todo, sin ver, extática lo mira.  
De pronto abre el arcón; de los pestillos  
Con tanta fuerza tira,  
Que casi de los gonces los arranca,  
Y por el suelo arroja los membrillos  
Que perfuman su limpia ropa blanca.  
Del arca en los profundos recovecos  
Busca el negro vestido de lanilla  
Y el pañolón de flecos  
Que los domingos en el templo ostenta,  
Preservados allí de la polilla  
Con piñas de ciprés y con pimienta;  
Sácalos, y con prisa se los viste,  
La imagen de la Virgen pareciendo  
Cuando en amarga soledad y triste  
Iba los pasos de Jesús siguiendo.

Dispónese á partir, mas la detiene  
Tanto objeto preciado  
Como esparcido por los suelos tiene.  
Allí el libro sagrado  
Que como premio recibió en la escuela,  
De estampas y hojas secas atestado;  
El relicario de oro de su abuela  
Que su madre, al morir, le dió en secreto;  
El precioso dechado  
En que bordó de niña el alfabeto,  
Y zarcillos, tumbagas, cintas, flores  
Que fueron para ella  
Tesoros de ventura seductores.

Un ¡ay! desgarrador su pecho exhala,  
Y sale más veloz que la centella  
Huyendo de la alcoba y de la sala;  
Pero en el patio á detenerla torna  
Con anillos de hierro la agonía  
Que el corazón y el alma le trastorna.

—«¿Dónde vas, Alegría?»—  
Cree oír que le pregunta con voz queda  
Un rosal que, tendiéndole una rama,  
Logra enredarse en su mantón de seda.  
Y escuchar en seguida le parece  
Otra voz en su cuarto que la llama,  
Y otra en el árbol que la brisa mece,

Y que todo se anima, y gime y llora,  
—«¿A dónde vas, á dónde?»—repitiendo  
En coro de armonía aterradora.

Al fin sale corriendo,  
Para tornarse del espanto presa  
Hacia unos pasos que la van siguiendo.  
Eran los del humilde corderillo  
Que á la mano crió, que iba á su mesa  
Por migajas de pan, y que sencillo  
Con trémulo balar su amor le expresa.  
Ella exclamando al verle «¡pobrecillo!»  
Con arrebató histérico lo besa,  
Y su mortal angustia reprimiendo,  
Se enjuga el llanto, el pañolón se toca,  
Y decidida ya, salva el portillo  
Y se lanza á la calle como loca.

Del sol borradas las rojizas huellas,  
Ya el espacio sombrío  
Se cuajaba de innúmeras estrellas.  
La fronda mustia su follaje erguía,  
Libre por el benéfico rocío  
Del seco polvo y del calor del día.  
El ángel mudo de la paz y el sueño  
Sobre la tierra, que cansada sufre,  
Derramaba dulcísimo beleño  
Y en la hojarasca de la cerca umbría,  
Cual viva gota de encendido azufre,  
El gusano de luz resplandecía.

JOSÉ VELARDE.

Madrid, 1888.



## LA LEYENDA DE ASHAVERUS

I.



DESDE los primeros tiempos surge en las grandes efemérides de la historia una raza extraña y sin ventura, que pugna por mezclarse con las distintas nacionalidades que van apareciendo sobre la extensión habitada, y que es rechazada por todas ellas, acaso por fatal y perdurable egoísmo.

Su labor penosa, lenta, pertinaz, aseméjase á la de la hiedra, que lucha en vano por elevarse sobre los árboles que le

sirven de escala; al llegar al tope, arrastrándose penosamente, se inclina sobre sí misma, y desciende falta de apoyo; es que cumple la ley de las parasitarias: no puede subir sin adherirse al alto ó al fuerte.

Esta raza, cuyo origen es conocido de todos porque su antigua progenie y su árbol genealógico están consignados con nimia prolijidad en los textos bíblicos, es la raza hebrea; los descendientes de Jacob, que pastorearon en el Go-

cen; los que, bajo la vara de Moisés, pasaron el mar Rojo, bebieron el agua de la peña de Oreb, y recibieron del Sinai las célebres tablas; los que vencieron á los ammonitas y lograron ocupar las tierras que Moisés divisó apenas desde la simbólica cumbre del Nevó antes de eclipsarse ante el pueblo. Desde los primeros momentos de la aparición de esta raza comienzan á determinarse en ella lineamentos particulares que la separan del resto del mundo, y antagonismos originarios que trazan ya en lo lejano su fin providencial; precisados á arrojar de sus hogares á las tribus filisteas antes de enseñorearse de aquella tierra y de levantar el trono de David, tienen que apurar las artes del engaño que también supieron usar fenicios y cartagineses, y se acostumbran á mirar con malos ojos á cuantos no pertenecen al pueblo elegido.

De qué modo estas propensiones han labrado una interminable cadena al pueblo hebreo, y cómo le han ido arrojando de su seno los pueblos todos, desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, es lo que me propongo compaginar con el espíritu de la maravillosa leyenda de Ashaverus (*El Judío Errante*).

La época del gran florecimiento del pueblo hebreo es la de la supremacía de Jerusalén, la bella ciudad conquistada por David á los gebuceos. Su hijo Salomón la había dotado de todas cuantas bellezas podían desearse, y el famoso templo cuyas descripciones nos recuerdan las maravillas de los cuentos orientales, llamaba á sí á todos los pueblos comarcanos. Acaso hubiera podido conservarse la tradición mo-

saica sin el comercio necesario al desarrollo del pueblo hebreo, pero con el trato continuo de gentes extrañas nacieron las idolatrías y las depredaciones. La hermosa tiria Athalia, mujer de Achat, llevó á la Judea el culto de Baal, y Mhyr Mylitta, y los profetas invocaron en vano á Jehovah para que derrumbase las columnas fálicas del Líbano y el altar de la amada de Adón. Ellos eran los primeros que le rendían culto impúdico y profano.

Dos espadas flamígeras vinieron á vengar á Jehovah de las idolatrías de los hebreos: Salmanazar, que puso término al reino de Israel y subyugó la Samaria, y Nabucodonosor, que arrasó á la pecadora Jerusalén y se llevó cautivos sus habitantes. A orillas de los ríos donde impera la altiva Babilonia, *Super flumina Babylonis*, como dijo el salmista, colgáronse los sonoros salterios, que ahora gimieron en los sauces lanzando sonidos melancólicos.

Antes de las terribles represalias de Salmanazar, el pueblo hebreo había sido traído y llevado por otros conquistadores, como manada de corderos; las tribus de Rhuben, Gaad y Manasseh fueron conducidas á la Media, arrancándolas de las márgenes del Jordán, y más de una vez se desolaron la mayor parte de las ciudades galileas.

Los libros de los rabinos españoles señalan la época de las victorias de Nabucodonosor, como la de la venida á España de la raza hebrea; uno de ellos, Isaac Acosta, asegura que un príncipe de España, Hispan seguramente, ayudó á Nabucodonosor en sus *hercúleas* empresas, y que cuando Hispan volvió á sus dominios, trájose grandes colonias de hebreos que se establecieron en la Península. No está confirmada esta opinión ni otras similares que ruedan por las páginas de los libros hebreos y españoles, pero está demostrado por varios hebraístas modernos, que tales afirmaciones radican únicamente en un oscuro pasaje de Flavio Josefo al cual se ha dado demasiada importancia.

No hemos de seguir nosotros á los doctos en estas hondas exploraciones, pues basta para nuestro propósito señalar la opinión más lógica y acomodada á la realidad de los hechos, y ésta es la que expone el moderno y malogrado historiador D. José Amador de los Ríos asegurando que la venida de los hebreos á España fué un hecho puramente comercial, y que éstos, siguiendo las huellas de los fenicios, trajeron sus naves á los puertos de la Tárasis española.

En efecto, las afinidades de raza y de localidad que existían entre fenicios y hebreos, el genio comercial que era común en ellos y la resonancia de sus excursiones al famoso jardín de las Hespérides, en donde nacían las manzanas de oro, es indudable que indujo á los descendientes de Jacob á visitar nuestras costas y á utilizar los grandes elementos que nuestras ricas minas y nuestras feraces campiñas, tan semejantes á las suyas en las estaciones estivales, podían proporcionarles. Un pueblo tan utilitario y amigo de negocios, tan dado al cambio y al tráfico, no podía dejar de imitar al fenicio y al cartaginés, que siempre tuvo tan cerca. No van, pues, descaminados los que creen que Salomón estuvo en España y dejó en ella colonias hebreas para que llenasen las flotas que iban de Tarsis á Tiro cargadas de riquísimos productos; antes bien, es muy lógico suponerlo, supuesto que sirios y tirios son en la Iberia primeros pobladores.

Táchase á los hebreos, por algunos escritores, de refrac-

tarios á las letras y á las bellas artes, y de ignorantes en todo aquello que no se relaciona con la usura y con la codicia, y aunque en esto no les falta razón, no puede afirmarse que hayan dejado de contribuir al progreso de éstas y de aquéllas. Aunque no hubieran cumplido otra misión que la que cumple el usurero y el traficante, no se puede negar que ellos, al esparcirse por todo el mundo conocido en virtud de su existencia nómada é inestable, llevaron de una parte á otra los conocimientos que adquirieron, é implantaron en varias localidades formas y adelantos que, como la letra de cambio y los estudios físico-químicos, habían de prevalecer más tarde. La ley mosaica, prohibiendo las representaciones humanas y los engrandecimientos y comodidades de la tierra, los separó, es verdad, de las obras plásticas, no concediéndoles arte propio y haciendo que en sus templos y en sus moradas se sirvieran de los elementos extraños; mas no porque la casa hebrea fuese miserable, hemos de creer que aquellos sabios cortesanos que como Don Çag de la Malhea, Aben Hannoeh, Hasdai y tantos otros, que habitaron los palacios de los califas y de los reyes, habían de carecer de la noción de lo bello, desconociendo el valor artístico de las joyas y preseas en que comerciaron, y de las vajillas, adornos y primorosas telas de que estaban henchidos hasta los cuchitriles de los prederos más modestos. En cuanto á la música y la poesía, basta recordar sus salmos y lamentaciones, para comprender que habían llegado á un extremo de cultura estética por demás envidiable; si la arquitectura y la pintura les estuvieron vedadas, débese, como hemos apuntado, á las doctrinas bíblicas y talmúdicas, que se lo prohibieron expresamente.

En los nefastos días del imperio de Tito vió la raza hebrea caer de nuevo sus glorias á los pies de los caballos de sus numerosos enemigos; las huestes romanas triunfaban á la vez en Jerusalén, Palestina y Siria. Las hermosas hijas de Sión caían rendidas y exánimes entre los robustos brazos de los legionarios, y la trompeta fatal del Apocalipsis retumbaba de modo lúgubre en los valles llenos de flores del Jordán y hacía conmovér hasta en sus raíces á los robustos cedros del Líbano. Adriano, siguiendo el ejemplo de su padre, los desterraba de Jerusalén, y aquella raza, mil veces cautiva y aherrojada, sacudía el polvo de sus sandalias por centésima vez lejos de su patria.

La esmeralda simbólica del templo de Adonis volvió á brillar espléndidamente; volvieron á encenderse en la misma cumbre del Gólgota las profanas antorchas del paganismo, y en los orgullosos muros de la ciudad deicida se mandó elevar, por escarnio y burla, un colosal cerdo de mármol.

Volaron para siempre las esperanzas proféticas del suspirado reino de David, y, como las manadas de corderos de Gaad acosadas por el lobo, la grey judía se esparció temerosa por todos los pueblos, volviendo, los de la tribu de Judá sus ojos á España, á la cual le unieron siempre las tradiciones de sus mayores.

Cuanto se ocupan de la venida de los judíos en esta época citan los cánones del Concilio Iliberitano, en los que se consigna el hecho de un modo indudable; y tan importante y numerosa hubo de ser la incesante invasión, que ya los Padres de Ilibéris, alarmados por ella, comenzaron á preparar la campaña que habían de llevar al más increíble extremo los Ojedas, los Deza, los Cisneros y los Torquemadas.



Antes de la celebración del Concilio, las relaciones entre judíos y españoles eran tan suaves que permitían á éstos una vida tranquila y reposada; la benevolencia de los prócsules, que solían guardar sus dádivas á manos llenas, hacían fáciles ciertas alianzas entre iberos y hebreos, y éstos, guardando sus leyes religiosas, usaban también cierta lenidad, no siendo extrañas aquellas alianzas que después reprobaron los Padres en los cánones iliberitanos.

Largo tiempo de paz gozaron, sin embargo, los hebreos durante el interregno que medió hasta la venida de los bárbaros; los cánones previsores no se pusieron en vigor sino en cuanto tocaban á los adeptos al cristianismo, y los terribles presagios de separación y persecución que habían de desarrollarse en toda su trascendental plenitud con los Reyes Católicos, fueron sólo vagas sombras que se arrebujaban á lo lejos.

Con el advenimiento de las razas del Norte llegó un nuevo período de recomposición é innovación que favoreció el arrianismo. Los visigodos dejaban llegar á los judíos á nuestras costas trayendo los productos en que habitualmente negociaban, porque los consideraban elementos propicios al Estado; y como para ellos el cristianismo fué un enemigo más que un aliado hasta la celebración del Concilio Toledano, los hebreos adquirieron en este lapso de tiempo notable importancia, llegando á ocupar puestos públicos al lado de los reyes anteriores á Recaredo, á tener esclavos católicos y á enlazarse con familias arrianas.

A partir de este reinado, empieza á sentirse de nuevo la influencia de los Concilios, apoyados por los reyes del período ya verdaderamente cristiano; la ley de Recaredo y las disposiciones de sus sucesores, entre los que descuella Sisebuto, limita los derechos de los judíos españoles poco á poco, oprimiéndolos con cingulo de hierro, y trata de expulsarlos de su seno; pero acogidos los hebreos á la tabla salvadora de la conversión, y habiendo muerto Sisebuto poco después de dado el célebre edicto, vuelven pronto á las andadas.

El débil y caprichoso Witiza marcó más la protección á la raza hebrea por lo mismo que sus antepasados la habían postergado; tuvo en ellos los pagadores de sus vicios y liviandades y levantándoles legalmente por medio de un Concilio las prohibiciones de Wamba, volvieron las promiscuidades de raza y las anheladas libertades. Sin embargo, ya sonaban á lo lejos los lelies africanos. Tarif con sus leones del desierto, hacia su entrada triunfal en España, y la raza hebrea vió, con su perspicacia de eterno esclavo, que tenía que cambiar de señores.

La rapidez de las conquistas de Muza y Tarif espantaron á aquel rebaño asustadizo, en el cual la utilidad propia era lo primero, y desconociendo la hospitalidad que España les había generosamente dispensado, se pusieron al lado de las huestes de Mahoma. A ellos debieron los árabes la toma de muchas ciudades, y á tal punto llegaron sus complacencias, que más de una vez sirvieron de refuerzo, en pueblos como Ecija y Estepa, á las tropas musulmanas, tomando las armas contra sus mismos convecinos, y engrosando los retenes que dejaban tras sí los conquistadores en las ciudades de que hacían presa.

En esta época llegan también á España, según afirma Amador de los Ríos, los judíos africanos.

## II.

Como hemos podido ver por estos ligeros datos históricos, los hebreos, después de haber procurado en vano agruparse en las tierras de Asia, cerca de aquellos valles históricos, al calor de aquel sol que había dejado caer sus ardientes rayos sobre los alcázares de Salomón y sobre las maravillas del gran templo, habían sido barridos como secas aristas por el viento de los imperios extraños, y se adherían como parásitos á las razas dominadoras.

La leyenda, recogiendo las amarguras de sus cautiverios, de sus desventuras y de sus expulsiones, amontonó en un extraño personaje simbólico todas sus miserias, y cargó sobre el tal la maldición y el desprecio de sus enemigos, como si el pueblo de Judá no pudiera soportarlos colectivamente. A semejanza de aquel macho cabrío de los sacrificios sobre el cual depositaba la tribu elegida sus pecados y abominaciones, el errante Ashaverus, el perpetuo viajero, recibió pacientemente en su alforja las pravedades de la raza hebrea y las paseó sin cesar por toda la redondez de la tierra.

Un prelado alemán de la Edad Media, el obispo Glosovick, es el primero que nos transmite la historia de Ashaverus, contada por uno de los que le acompañaron en su excursión á Eder. Hamerling, en su notable poema *Nerón y Ashaverus*, hace algunas insignificantes variantes, pero siempre queda el relato íntegro que recogió Pompeyo Gener en su curioso libro *La Mort et le Diable*, publicado en París recientemente.

Ashaverus habitaba en Jerusalén en la época en que se desarrollaba allí el terrible drama de la Pasión y muerte de Jesucristo, y pertenecía al pueblo bajo de Judea y al gremio de zapateros. Vivía en compañía de su mujer y su hija en una de las calles por donde había de pasar Jesús para subir al Calvario, y en aquel día nefasto y triste en que la multitud desalmada y gritadora seguía, ávida de sangre, á los que iban á ser crucificados, asomóse á su puerta para ver pasar el cortejo, teniendo en brazos á su pequeñuelo, al que señalaba con delicia el terrible cuadro que formaban los sayones que fustigaban á las víctimas y los vistosos atalajes de los centuriones romanos.

Jesús, transido de dolor y agobiado por el peso del madero, que ya no podía soportar sobre sus hombros, sintióse vacilar al llegar á la puerta del judío, y quiso apoyar en el umbral su mano débil y macerada; pero éste, cogiéndole bruscamente por un brazo, le arrojó lejos de sí diciéndole:

—¡No manches el umbral de mi puerta, y anda, que está ya cerca el Calvario!.....

—¡Yo llegaré pronto, pero tú caminarás eternamente!—le contestó el Señor recobrando su pesada cruz y fijando en el hebreo sus divinos ojos, que brillaban como el sol próximo á eclipsarse;—¡tú andarás, y andarás sin tregua!.....

Siguió avanzando el terrible cortejo por la calle de las Congojas, y resonó por undécima vez el pregón del faraute y el gemido de su trompeta. El judío sintió que una fuerza superior le abría los nervudos brazos, de los que se deslizaba su hijo, y obedeciendo á secreto impulso, se vió arrastrado con los últimos grupos que seguían á aquella procesión de muerte. Su esposa le tendió los brazos en vano; el man-

dato de Jesús se cumplía; Joseph había empezado su eterna peregrinación.

Resistiéndose en vano y como aguja solicitada por el imán, llegó á las escuetas rocas del Calvario, donde presencié á su pesar la agonía del hijo de María; su hombro iba adosado al hombro del verdugo que llevaba los clavos, y llegó con él, mal de su grado, hasta el pie mismo del madero. Entonces le fué revelado dónde estaba la sepultura del primer Hombre, y vió con asombro que los sayones que rompieron las piernas del bueno y del mal ladrón, como rezan las Escrituras, no quebrantaron á Jesús ni un solo hueso.

Espiró Jesús: era la hora de sexta, y, como dice San Mateo, la tierra se cubrió de tinieblas y el monte tembló y se partieron las piedras. Entonces Ashaverus se sintió lanzado por la pendiente del Gólgota como alud que baja de la altura, y vió por fin á Jerusalén á la luz del relámpago, pero no pudo detenerse ni aun para apretar las correas de sus sandalias.

Durante esta primera marcha el cielo parece desplomarse sobre su cabeza y la tierra abrirse bajo sus pasos; en vano vuelve los ojos á su hogar abandonado; una tromba le empuja por la espalda, el granizo azota su rostro y le hace mirar siempre hacia adelante; Jerusalén huye de él, y el huracán dice zumbando en su oído: «¡Anda! ¡anda! ¡anda!...»

Al pasar el Jordán, un anciano apóstol le detiene para que tome el agua del bautismo, y Ashaverus, que ha conocido ya su gran pecado, deja que caiga sobre su cabeza, quebrantada por la piedra del cielo, aquel rocío refrescante: vano remedio; siente de nuevo el impulso de su destino, y sigue su ruta dejando pronto atrás las campiñas de la Judea. ¿Dónde irá? ¿Quién lo sabe?

Después de vagar muchas semanas por páramos, selvas y arenales, puede volver sobre sus pasos y llegar de nuevo á Jerusalén, que incendian á la sazón las legiones romanas. Al pasar por la calle en que moraba, ve una casa que arde y se desploma, y oye lastimosos plañidos. Son los de su hijo, que muere entre las llamas. Bien hubiera dado la vida por salvarlo, pero no puede detenerse; pronto se encuentra fuera de las murallas de la ciudad, que se derrumba; las tajantes espadas de los sitiadores no han podido herir su cuerpo, ni el incendio lamer su carne incombustible. ¡Vive! ¡Alienta! ¡Anda!

Llega á Roma el mismo día en que las huestes de Alarico la entran á saco. Los templos ruedan; las termas y los palacios caen sobre sus mismos dueños, y los que escapan del siniestro mueren bajo las clavos y las mazas terribles de los bárbaros; allí están las hermosas vestales con sus senos de virgen abiertos por la pezuña de los corceles y las blancas vestiduras salpicadas de sangre: Ashaverus se entra en lo más recio del combate, lucha con aquellos hercúleos hijos de las estepas, y sale ileso de tal maremagnum de horrores. ¡Vive! ¡Alienta! ¡Anda!...

Desesperado al ver que nada le detiene, sigue su marcha por Italia con el intento de arrojarle en Caribdis, el horrible abismo del mar de Sicilia; allí encontrará de seguro la muerte. Ya mira á sus pies las olas alborotadas; los negros peñascos parecen torsos de titán roídos por las bocas de leones de agua. En el fondo mugen las espumas como un tropel de harpías que aguardan la presa. Ashaverus, solicitado por el abismo, se asoma sobre las tinieblas azules y rueda al fondo pesadamente, pero las espumas le tejen

blanda cuna y le colocan cuidadosas sobre la playa cercana. ¡Aún alienta y vive y anda!...

Ansioso de probar otras catástrofes, va á Francia, donde los aborígenes pelean con los invasores, y á la Germania, donde la guerra incendia los bosques druidicos: sin embargo, ni la flecha ni el roble ardiendo, en cuyo tronco se reclina para calzarse el zapato, le hieren ni le consumen. Cierta día quiso probar los ímpetus del volcán, y se arrojó, como Plinio, al Vesubio; las entrañas de la tierra tuvieron horror de él, y el irritado cráter lo escupió de nuevo al espacio en uno de sus gigantes vómitos de lava.

También vino á España Ashaverus durante la invasión de los árabes. Deseando probar su fe cristiana, se propuso alcanzar el cielo cayendo al golpe de los alfanjes y las moriscas cimitarras; mas.... afán inútil: el mismo Almanzor no pudo guardar la cenizas del hebreo con el polvo de sus batallas; el ángel de la victoria, blandiendo su simbólica espada ó su antorcha asoladora, no hubiera tocado al pelo de la túnica de Ashaverus.

Las hachas de armas se rompían en su cuello; las jabalinas entraban y salían por su cuerpo como sale y entra la luna por la enramada; la llama se impacientaba lamiendo inútilmente su costado, y el agua, ya lo hemos visto, le arrullaba en sus brazos, como arrulló á Moisés entre los juncos.

El último canto del poema de Hamerling describe estos gigantes esfuerzos de Ashaverus de un modo notable.

Ashaverus dice á Nerón: «Yo soy el primogénito de los que no han nacido, y en el polvo de mis zapatos llevo el polvo de las generaciones.

»Soy salamandra en el fuego, corcho en el agua, diamante en el polvo, ala en el aire y eterno peregrino en el humano sendero.

»Me respeta el reptil venenoso, el insecto no me pica, y las bestias feroces que desgarran y devoran á los demás hombres, no me hacen daño; por eso pregunté á mis amigos los leones de la selva de Hiranía: «¿Dónde voy?»

»Y los leones me dijeron: «¡Vete al país de las serpientes que tienen fauces bilingües y venenosas; á ellas les sabrás mejor!.....»

»Fuí donde estaban las serpientes, y retorciéndose afalemente, me dijeron: «¡Vete con las águilas, que tú no eres nuestro enemigo!»

»Subí á las peladas rocas donde anida el águila fuerte, y ésta me llevó consigo hasta el trono del Sol, desde donde me dejó caer en el valle del Etna, sin hacerme el menor daño.»

»Se iban y venían los dioses de Roma, y Ashaverus continuaba su «peregrinación.»

### III.

Reanudando el hilo de nuestra ligera reseña histórica, diremos que los judíos españoles llegaron en la época del Califato y de los reyes de Taifa á la cumbre del poder en los estados andaluces.

En efecto, la raza judía, trabajadora por naturaleza, encerrada en sí misma como el gusano de seda en su capullo, labraba su porvenir y se sobreponía lentamente á los cristianos y mozárabes. La ayuda que habían prestado á los

mahometanos en los asomos de la conquista, les hizo recabar de ellos privilegios repetidos, y pudieron vivir tranquilos en sus casas cumpliendo sus ritos religiosos, sosteniendo sus sinagogas y acopiando en sus tiendas el dinero de todos.

El reinado de Abderramán y la supremacía de Córdoba puso el colmo á la prosperidad judaica; el comercio de esclavos se les cedió á ellos, y las rentas del Estado pasaron á sus manos; poco tiempo después ocurría lo propio con nuestros reyes; D. Alonso el Sabio y D. Pedro de Castilla se servían de ellos para manejar las rentas reales.

Las brillantes dotes del consejero de Abderramán III, el rabbi Abu-Joseph Aben-Hasdai, abrieron el camino á otras muchas ilustraciones hebreas que tuvieron francas las puertas de Córdoba. Aben-Hanoch, Aben-Sarup, Abu-Zacarías, Aben-David y otros muchos, ganaron los primeros puestos. Aben-Gan, dice Amador de los Ríos reseñando los méritos de esta notable pléyade cordobesa, *«alcanzó de Almanzor, árbitro de los destinos de la España árabe, el privilegio de aparecer en público con una escolta de honor.»*

La Reconquista no fué menos benévola con los hebreos, como ya hemos indicado. Los *fueros* y *cartas pueblas* concedían á éstos derechos y privilegios que les permitieron hasta tener ciudades propias, y si en Córdoba y en Granada brillaron los Honrah y los Hasdai, en la capital del Principado alcanzaron los Barkelmi, los Barzilai, los Higah y los Aben-Samuel fama y altos puestos al lado de los Condes soberanos.

Las preeminencias de los hebreos en Sevilla durante el Emirato fueron tantas, que acaso influyeron en el ánimo de Alfonso el Sabio para tratarlos con relativa benevolencia. En efecto, conocidas las aficiones de este Monarca, y sus tendencias al estudio de las ciencias ocultas, que los hebreos cultivaban casi exclusivamente, no tienen nada de extrañas las íntimas relaciones que entabló con ellos.

En cuanto á Al-Motamid, su afición decidida por las eminencias hebreas se revela en las gestiones que hizo hasta llevar á Sevilla el célebre granadino Aben-Albulia, excelente médico y astrónomo, y á los doctos rabbis Aben-Misgal, Aben-León, Aben-Escapha, Aben-Moschia y otros muchos que levantaron á la reina del Betis á la categoría de metrópoli de las ciencias y letras hebreas.

Tarea interminable sería la de seguir poco á poco á la raza israelita en estas manifestaciones de vitalidad y fuerza á través de los siglos posteriores, hasta llegar á la época de la expulsión general ordenada por el célebre edicto de los Reyes Católicos. Los historiadores árabes y castellanos no pueden menos de confesar que hasta esa terrible época de dispersión y matanza, los hebreos fueron en España un elemento indispensable, y que á ellos se debió el poderoso auge en que nuestras industrias suntuarias estuvieron y las preciosidades de indumentaria que avaloran aquellos siglos medios, tan injustamente calificados por algunos de groseros y de torpes. Las juderías de Valencia, de Palma de Mallorca, de Toledo, de Granada, de Córdoba y de Sevilla surtian de telas preciosas, de objetos raros, de sedas, brocados, armas, vasos de arcilla, oro y plata, adornos y utensilios de todas clases á la España árabe y cristiana, y más de una vez las leyes y disposiciones de los soberanos tuvieron que atajar la fiebre de lujo que devoraba á los andaluces y prohibir la confección de las costosas manufacturas hebreas y

mudéjares, cuyo escandaloso uso iba siendo la causa de la ruina de la nobleza.

Pero esta misma supremacía alcanzada por los hijos de Judá, fué la causa de su perdición y de su ruina. Exasperados los cristianos y mozárabes de las preeminencias concedidas por los grandes y los reyes á la gente hebrea, empezaron á calumniarla y á señalar en alta voz sus codicias, sus crímenes y sus prácticas profanas. Más de una vez se amotinaron y entraron á saco, á pesar de las tropas reales, sus alhambias y moradas, y basta esta sola indicación para que vengan á nuestra memoria las terribles hecatombes de Toledo, Granada y Sevilla. Sus hombres más importantes contribuían también á socavar el antiguo prestigio, pues encariñados con las prósperas fortunas que hallaban en los palacios de sus amos, no se curaban de los suyos y los agobiaban de impuestos para llenar las arcas reales. Algunos pagaron caras estas falsías y llevaron mal cobro de los mismos á quienes sirvieron. Don Çag de la Malecha, arrendador de las cuantiosas rentas de la corona de Alfonso X y que cargó á sus hermanos de terribles y onerosos tributos, habiendo facilitado al príncipe D. Sancho, rebelado contra su padre, algunas cantidades del tesoro del sabio Rey, purgó su delito confiscándosele sus cuantiosos bienes y haciéndole arrastrar, metido en un serón por las turbas mozárabes y cristianas, desde el convento de San Francisco de Sevilla hasta la puerta de la ciudad, por donde entraba de vuelta de sus campañas de Granada el levantisco D. Sancho.

Todo esto no lava la culpa de nuestros monarcas católicos al exterminar despiadadamente á aquellos desdichados siervos incapaces de morder la diestra de sus amos. Los odios religiosos, los empeños inquisitoriales, lograron dar al traste con ellos en los asomos del Renacimiento con visible merma de la prosperidad de nuestra industria y de nuestro comercio, y sin embargo, teniase que saldar con aquella raza una deuda sagrada. Ellos ayudaron á los Garcilasos y Pulgares á cerrar el ciclo heroico de las conquistas católicas con la toma de la más hermosa y más rica de las poblaciones mahometanas.

Sus riquezas, vaciadas á manos llenas en Santa Fe y ante los muros de Cártama y Loja, contribuyeron en mucha parte al éxito de aquella magnífica campaña, y los ofrecimientos hechos por los Reyes tenían bases sólidas y razones bien pesadas; sin embargo, la fatalidad pudo más que los servicios y los buenos propósitos de la raza hebrea; y el edicto de 1492, desconociendo tan grandes sacrificios, se propuso barrerlos del suelo conquistado, para que continuase la tradición bíblica, para que el pueblo maldito no pudiese alcanzar nunca el fruto de sus usuras y de sus humillaciones.

El ejemplo de Isabel y Fernando fué seguido en breve en toda la Península; los hebreos, despojados de sus bienes, espolcados por la Inquisición y apremiados por el fisco, se vieron pronto en la necesidad de ceder sus tiendas y predios, abandonar sus templos y sus hogares, y prepararse para la eterna peregrinación. El breve plazo dado por ley tan sin entrañas, les hizo malbaratar sus haciendas hasta el punto increíble de dar una huerta por una mula y una casa por un asno; les fué prohibido llevar consigo el oro y la plata acuñada, y entregándose á los mares y á las selvas, cayeron unos en poder de los piratas, otros en manos de los bandidos de Fez, y los más arribaron á costas inhospitalarias don-

de fueron sus hijas vendidas como hermosa carne en los mercados de esclavos, y sus primogénitos entregados á la más triste esclavitud.

Contrista el ánimo y oprime el corazón el relato de aquella expoliación llevada á cabo en los primeros días del mes de Agosto casi simultáneamente. Los desdichados hebreos salían de España montados en carros y en acémilas, rodeados de sus familias, tristes, lanzando sollozos y gritos ahogados. Las madres apretaban á sus pequeñuelos contra el corazón, y los ancianos volvían la faz llorosa hacia los barrios solitarios; *unos muriendo y otros naciendo*, adelantaban penosamente por las trochas y veredas. «Los rabbíes, dice un cronista de los Reyes Católicos, les iban esforzando é facian cantar á las mugeres é mancebos é tañer panderos é adufes para alegrar á las gentes.»

A cuatrocientos cuarenta mil ascendían, según algunos cronistas, los que salieron en esta época; número insignificante si contamos las diferentes expoliaciones.

La leyenda de Ashaverus se cumplía, por lo tanto, fatalmente; el hebreo no podía anidar en ninguna parte, y falto siempre de pueblo y de hogar, estaba condenado á la peregrinación inacabable. A contar desde aquella fecha sigue el Judío Errante luchando con su condición nómada y buscando en vano la tierra prometida.

En nuestros días presenciarnos todavía la terrible lucha de Ashaverus. Recientes son las sangrientas persecuciones sufridas por la raza hebrea en los nuevos Estados modernos, y á pesar de esto, la gran república norte-americana cuenta con una población judía compuesta de 230.984 habitantes. En Nueva York había, según modernas estadísticas, hace poco, 60.000 judíos; en San Francisco, 16.000; en Chicago, 13.000; en Baltimore, 10.000. Contábanse 278 sinagogas con 12.556 miembros, y asistían á las escuelas hebreas 12.886 niños de ambos sexos.

Los émulos de aquellos ricos hebreos que compartían la mesa de nuestros reyes, se ven hoy también en las altas sociedades ostentando lujosos trenes y acaparando en sus cajas sociales rendimientos tan grandes como los cuentos de maravedises que contaron sus abuelos.

La leyenda de Ashaverus, es, como vemos, un extraño símbolo que se perpetúa hasta nuestros días. Los hebreos de hogañ, como los de antaño, no olvidan la promesa talmúdica y siguen buscando con afán el reino prometido, á pesar de encontrar siempre ante sus pasos la sima del odio europeo.

Hace poco tiempo falleció en Tánger, á avanzada edad, el Dr. Moses Isaac Nabou, caballero de la orden de la Corona de Italia.

El Dr. Isaac fué con Sir Moses Montefiori á la corte marroquí con objeto de tratar con el Emperador actual de la situación de los hebreos, recabando del Monarca algunas concesiones á favor de sus hermanos. El periódico que daba esta noticia, añadía por su cuenta: «*El Sr. Nabou estaba dotado de excelentes prendas, descollando entre ellas la virtud de la caridad, la que ejercía con prodigalidad, siendo por lo tanto sumamente respetado y apreciado, no solamente en aquella localidad, sino en esta plaza, donde la noticia de su fallecimiento ha causado profundo sentimiento.*»

Esto prueba que los descendientes de los Hannah y Hasdai velan aún por sus hermanos y acarician aquel sueño, que no se realizará, porque Ashaverus vaga todavía sin descanso por la tierra, y los Rothschild, los Solomons y otras dinastías y altas entidades, imitando á los poderosos de la decadencia hebrea, se han resignado á tener el ideal del poder en sus propias fortunas, y á custodiar en los famosos Bancos europeos los restos del Arca de la Alianza.

BENITO MAS Y PRAT.



## LEY DE AMOR

Dios las almas reparte por el mundo  
Según su omnipotente voluntad;  
Su gemela destina á cada una,  
Y le ordena buscarla sin cesar.  
Al encontrarse, impulso irresistible  
Une á las dos..... ¡hasta la eternidad!  
Porque lazo de esencia tan divina,  
¡Ni Dios mismo se atreve á desatar!

EDUARDO SÁNCHEZ DE CASTILLA.